Para los días que vendrán

Roberto Testa

1- *¿Desea usted poner fin de inmediato a su vida?*
2- *En caso de que su respuesta sea negativa, ¿podría explicar por qué considera que prolongar su existencia tiene sentido?*

Estas son las dos preguntas a las que deberé enfrentarme en unas horas. Tengo una respuesta muy clara para la primera: no deseo poner fin a mi vida. Pero no sé cómo contestar a la segunda.

En realidad, las preguntas no son formuladas de esta manera tan brutal como yo las he planteado. Por ejemplo "vivir" o "morir" son términos que no se recomiendan; generalmente usan "continuar" y "cesar". Y la persona que plantea estos eufemismos es siempre una joven bella, simpática, amable, inteligente y muy preparada para su trabajo. El lugar de la charla es un ambiente cómodo, sobrio, impecable, amplio. La joven me hará pasar, me dirá su nombre, improvisará algún chiste sencillo y efectivo, y con un par de comentarios al paso me hará sentir que simpatiza conmigo y que sólo está ahí para hacer lo mejor para mí, para ayudarme a concretar mi deseo. Debo tener presente todo el tiempo que la joven que está frente a mí ha sido seleccionada entre cientos de aspirantes a Psicólogas Legales no sólo por sus conocimientos sino también por ciertas características de naturaleza que la hacen perfecta para su trabajo: tono de voz cálido y bien modulado, rasgos que favorecen la confianza del interlocutor, sonrisa perfectamente calibrada; todos hemos conocido a alguien que entró a su entrevista absolutamente convencido de continuar, y sin embargo pocos minutos más tarde firmó la autorización para su cese.

Me preguntará si leí el Instructivo NPRS, si tengo alguna pregunta al respecto. Diré que lo leí, que todo está muy claro, que apoyo con fervor la política del Instructivo. Recién allí comienza la entrevista. Y entonces ella soltará la Primera Pregunta: ¿desea usted cesar?,

con la misma actitud de alguien que pregunta "desea usted un café" y acompañado por un breve y encantador gesto, un poco seductor y un poco aniñado que se puede leer como "¿no que sí?, para qué continuar con este fastidio".

Como dije, de ninguna manera deseo cesar, la sola idea me espanta. Pero a la vez no tengo ningún motivo para continuar como no sea el miedo a cesar, y tal vez también un deseo de resistir. Ella percibirá mis sentimientos encontrados, y en un ademán estudiado y que cambia de año a año pero que siempre hace estupendamente, apoyará una mano sobre la mía, o inclinará su rostro en un ángulo preciso, o tal vez sea un breve parpadeo o cualquier otra cosa que sirva para invitar a la confidencia, para derribar mis defensas, para producir un quiebre psicológico. Este es el momento más difícil, en el que tengo que estar más atento.

Querido y misterioso lector o lectora: si alguna vez te toca enfrentar a una Psicóloga Legal y pretendés salir con vida, recordá esto: no se puede evitar el quiebre, no hay manera. Si entrás confiado en no quebrarte, estás perdido. Por más preparado para la entrevista que te sientas, cuando estés allí te verás sorprendido por la habilidad de una profesional que te obliga a ver tu vida desde una perspectiva descarnada, que desnuda las fragilidades del relato que construiste para pensar en vos mismo, y que sostenés de manera acrítica a lo largo de los días rutinarios de la vida. Vas a sentirte confundido, muy confundido.

Lo que sí se puede hacer es convertir la debilidad en estrategia. Debés decir "estoy confundido". Esas palabras son importantes porque el protocolo de entrevista dice que en caso de confusión del entrevistado o entrevistada, la operadora deberá clarificar las razones por las cuales se considera conveniente el cese. Esto te dará tiempo para rearmarte.

“Estoy confundido”, dicho casi en un ahogo, conteniendo las lágrimas. Y entonces ella dirá algo así como “Juan, no debe tener miedo a cesar, todos lo haremos eventualmente”. “Lo que le ofrecemos es un cese por completo indoloro, sumamente placentero”. Mentiré que no deseo cesar por miedo sino por otras razones. Es importante extenderse, hacer digresiones, repetir lo que ya se dijo, mostrarse un poco errático, mientras se hace tiempo hasta que pasen los cuarenta terribles minutos de la entrevista.

Pero por mejor que lo hagas, no podrás evitar el vendaval de preguntas envenenadas: ¿Cuántos años hace que usted no trabaja y vive de Crédito Oficial?, ¿cree que alguien se perjudicaría con su cese? ¿O más bien alguien se beneficiaría?, y luego el reproche dicho con una sonrisa veladamente desdeñosa: ¿entiende usted la necesidad de ser un ciudadano responsable en un mundo civilizado?, ¿entiende usted que no puede autorizarse un nacimiento como no sea a partir de la confirmación de un cese?

Y entonces inventaré que estoy escribiendo un libro y necesito tiempo para terminarlo. Nunca podés engañar a una Psicóloga Legal, pero tampoco les importa, o quizás hasta las halague que lo intentes. Y, felizmente, no es políticamente correcto que las Psicólogas Legales acorralen a sus entrevistados -digresión: también hay Psicólogos Legales, pero siempre me asignan a mujeres, supongo que no debe ser casualidad- Ella escuchará mis argumentos sin creerlos, asentirá, con esa expresión de “si no puede ser este año, será el próximo, o el siguiente, pero inexorablemente te daré caza” y dará por terminada la entrevista poniéndose de pie y diciendo “Hasta el año que viene, Juan. Espero que logre terminar su libro para que pueda al fin cesar”, mientras con un movimiento sencillo toca la tecla que desbloquea mis fondos del Crédito Oficial para que yo pueda vivir holgadamente durante todo un año. Y yo saldré de allí con la sensación de alivio de

haberme librado de la muerte hasta el año próximo, pero también con un poco de culpa de saber que soy un enorme lastre social.

Pero para la próxima entrevista les tengo preparada una sorpresa: hoy he empezado a escribir este libro.

...

I- Los nuevos Neandertales

UN AÑO MÁS TARDE

Los últimos días de nuestro mundo

Recuerdo con claridad el día en que comprendí que el mundo que yo había conocido terminaba para siempre. Yo tenía en ese entonces 40 años y era profesor de Historia en dos escuelas públicas de Buenos Aires. Ya había empezado a abusar del alcohol hacía unos quince o veinte años, pero aún era plenamente funcional.

Y ya había leído sobre los nuevos "super bebés", como los llamaban entonces, y el tema no me había llamado demasiado la atención, como supongo que le pasó a casi todo el mundo. Mis días transcurrían batallando –cada vez con menos empeño- con alumnos adolescentes rematadamente necios a los que les importaban un carajo cosas como el surgimiento de la sociedad de masas, el fordismo, los totalitarismos y otros ismos, y mis noches transcurrían bebiendo y mirando toneladas de series de ficción. Pocos años más tarde, el tema de los super bebés, ahora "niños alfa" se volvió tópico en todas las publicaciones y redes sociales. Estos niños eran la primera generación de humanos mejorados por medio de la manipulación genética. Eran inmunes a muchas enfermedades, eran fuertes, ágiles, veloces, y lo más notable: eran más inteligentes. ¿Qué tanto más inteligentes? No estaba del todo claro, porque hasta el día de hoy es bastante difícil definir "inteligencia" pero sí era evidente que eran más rápidos para el cálculo y que habían aprendido el lenguaje antes que los demás niños. Ya para entonces se leían testimonios según los cuales pronto los hijos entendían que sus padres eran seres físicamente flojos, un poco torpes, e

intelectualmente limitados. Un par de años más tarde una nueva problemática se instalaba en las escuelas: los super alumnos aprendían de sus maestros a la velocidad de la luz y se vinculaban con sus compañeros de manera bastante conflictiva. Para esta época algunos políticamente incorrectos empezaron a plantear la pregunta "qué vamos a hacer con esta gente tan peligrosa cuando se vuelvan adultos y sean cada vez más". Para bien o para mal, la nueva tecnología genética y biomédica existía y nadie la iba a parar. Estas prácticas se hacían en clínicas privadas exclusivas, costaban muchísimo dinero, y por lo tanto interesaban a los sectores más influyentes. Así que los super bebés o pequeños monstruos aumentaban en número todos los días.

Permítanme que les cuente sobre Marcela y Darío. Darío era también profesor de Historia en una de las escuelas en que yo trabajaba, Marcela enseñaba Literatura. Eran gente de lo que se llamaba "clase media" con intereses culturales, intelectuales, políticamente un poco de izquierda, un poco progresistas, un poco peronistas. Vivían bien y deberían haber seguido así, pero un día decidieron que querían tener un hijo. Recuerdo una charla tiempo antes de que tomaran esta decisión, en la que todos estábamos de acuerdo en lo que había pasado a ser una especie de sentido común de los sectores bien pensantes a los que pertenecíamos: que el tema de la manipulación genética era un horror de consecuencias imprevisibles; que había una consecuencia que sin embargo era bien previsible: las clases acomodadas aumentarían sus posibilidades de que sus hijos, ahora super adaptados desde la biología, lo siguieran siendo, y por lo tanto el mundo se volvería cada vez más desigual e invivible. Por otro lado, también estábamos de acuerdo en que, en un momento como aquel, en el que el crecimiento demográfico global seguía en expansión y por lo tanto la destrucción de los equilibrios ecológicos empezaba a tener consecuencias desastrosas, el simple hecho de traer otra boca al mundo era un acto de irresponsable egoísmo.

De hecho, unos veinte años antes de esta charla yo mismo había cometido la irresponsabilidad de tener un hijo. En realidad, podría decir que fue contra mi voluntad. Quiero decir que de haber podido elegir hubiera preferido que el embarazo se interrumpiera. La madre no estuvo de acuerdo y no me quedó más remedio que apoyarla en su decisión, pero la verdad es que nunca he tenido empatía con ese niño que hoy ya es un adulto amargado y frustrado, y que me detesta con toda justicia.

Volviendo a Marcela y Darío, cuando murió la madre de Darío algunas cosas empezaron a cambiar. Recuerdo otra charla, a la salida del teatro, en la que ambos habían incorporado un nuevo punto de vista: la vida era un horrible camino hacia la decadencia, la soledad, la decrepitud y finalmente la muerte; y su único propósito era la reproducción. Desde el punto de vista de la especie esto era perfectamente lógico, y tenía una implicancia también lógica en lo individual: lo único que aliviaba el dolor era traer nueva vida y consagrarse a la alegría de cuidarla. Recuerdo que respondí con sarcasmo que entonces la única manera de soportar esta peregrinación hacia la nada era condenando a un inocente a pasar por lo mismo. Después de un breve silencio, Marcela me dijo "ya firmamos, en dos meses se hace la inseminación; si todo sale bien a fin de año voy a estar embarazada". Fue, claro, un momento muy incómodo. No dejamos de ser amigos con Marcela y Darío, pero nuestra amistad nunca volvió a ser igual. Nos seguíamos cruzando en los pasillos de la escuela y a veces compartiendo un café a media mañana, entre horas de clase. Me enteré por Marcela de que pronto habían cambiado su posición sobre la cuestión de la manipulación genética: si habían decidido ser padres, eso implicaba darle a su hijo las mejores posibilidades de que pudieran disponer. No hacerlo significaba condenar a la criatura a ser más débil y enfermiza, una especie de estúpido en el mundo del futuro de los super bebés. Esta vez, por supuesto, me limité a escuchar.

Por aquellos días eran muy pocos los que pensaban lo que luego resultó cierto: la especie humana estaba pegando un salto evolutivo y nosotros éramos ya parte del pasado, aunque aún no nos hubiéramos anoticiado; éramos los viejos seres humanos, éramos los nuevos Neandertales. Incluso si uno revisa hoy las publicaciones pretendidamente serias de la época que intentaban entrever el futuro, de la corriente política que sea, comprobará que se le dedicaba al tema un lugar que hoy parece absurdamente menor.

Recuerdo haber ido al Sanatorio cuando nació Mariela, la hija de Marcela y Darío. Ese día se los veía muy felices. Fue la última vez que vi sonreír a Marcela, estoy seguro, y tal vez también a Darío. Marcela no volvió a la escuela después de su licencia. Según me contó en esos días Darío, ella había caído en una depresión. Para cuando terminó su licencia psiquiátrica ella aceptó el retiro voluntario. Me cruzaba a Darío una vez por semana y ambos fingíamos que estábamos apurados por llegar a alguna parte. Él parecía envejecer semana a semana. Lo último que supe es que la pequeña Mariela era una especie de criatura satánica y que Marcela y Darío ya no vivían juntos. Poco tiempo después yo acepté el retiro voluntario -por llamarlo de alguna manera- y no supe más nada de ellos.

Pero empecé este capítulo prometiéndote, lector o lectora, que te contaría cómo fue que yo percibí que era el fin de nuestro mundo. Porque una cosa son estas consideraciones retrospectivas, o la historia de gente próxima, y otra es la vivencia personal. Cuando tenía cuarenta y cuatro años no se me había cruzado por la cabeza la posibilidad del retiro anticipado. Ese año conocí a Gabriel.

Gabriel tenía entonces catorce años y era uno de los primeros chicos Alfa, el primero que llegaba a la escuela donde yo trabajaba. A su manera, Gabriel estaba pagando el precio de ser el primero. Unos años después, cuando la cantidad de chicos Alfa en edad escolar empezó a ser importante, se crearon los Centros Especiales de Educación, que fue una de

las primeras balbuceantes respuestas a la pregunta "qué hacemos con esta gente". Pero nada de esto existía cuando Gabriel llegó a nuestra escuela. Estos pioneros de la nueva era venían todos con historias traumáticas. En general, la reacción de los otros niños y niñas con los que compartían la clase era de temor ante los Alfa y muchas veces les rehuían y los aislaban. Otras veces la cosa pasaba de la hostilidad pasiva a la activa y se armaban pandillas de niños que lograban por medio del número empardar la mayor fuerza física del pobre infeliz. Y las maestras no sabían qué hacer, como tampoco los padres. Muchos de estos chicos no llegaron a adaptarse de ninguna manera y sus padres los terminaron sacando de la educación formal para rodearlos de docentes particulares que les enseñaban de acuerdo con sus capacidades. Gabriel, en cambio, no había tenido más remedio que soportar toda la escuela primaria entre la hostilidad de sus compañeros y la indisimulable antipatía de sus maestros. Pero una vez en el secundario, se había dado un fenómeno interesante: Gabriel se había erigido en líder de su clase. En todos los cursos hay líderes naturales. Con la experiencia que tenía yo en aquel momento me bastaba entrar a un aula y con apenas un pantallazo podía entender rápidamente quién era él o la líder y cuál era la naturaleza de ese liderazgo. Había liderazgos positivos y negativos que definían cuál era la actitud del grupo hacia los docentes, hacia el estudio, hacia valores como el respeto, etc. La semana anterior a empezar las clases me citaron a una reunión con el director de la escuela y todos los docentes asignados a ese curso. Allí estaban los docentes del año anterior. Cada uno relató su experiencia. Todos parecían tener un insólito respeto, o temor, o directamente profundo odio hacia Gabriel. Gabriel era descripto como un líder de una maldad refinada, manifestación de un profundo resentimiento justificado por haber sido objeto de hostilidad desde sus primeras experiencias. Relataron distintos episodios: en algunos casos Gabriel los había

desautorizado con sutileza y éxito. Uno de sus trucos habituales era quedarse mirando por la ventana, distraído. Y cuando el docente le recriminaba que no le estaba prestando atención a la clase, Gabriel lo miraba condescendiente y empezaba a repetir palabra por palabra, y seguramente sin equivocarse en ninguna, todo lo que el docente había dicho, desde buenos días en adelante, y el resto de los compañeros se quedaban mirando al docente con una expresión seria pero que de alguna manera implicaba una burla.

Recuerdo el día que entré a dar clase al curso de Gabriel como posiblemente los indios que atisbaban la costa recordarían cuando vieron aparecer por primera vez las carabelas de Colón: todo cambiaría a partir de ese momento, sería el principio del fin del mundo. Expliqué brevemente de qué se trataba la materia, pregunté si les interesaba el tema, las cosas de todos los principios de curso. Gabriel era un muchacho que parecía unos dos años más grande que su edad y que me miraba fijo, casi sin parpadear, sin manifestar abiertamente ninguna expresión, pero me pareció evidente que trataba de intimidarme. El resto de los compañeros también me miraban atentamente, pero noté que estaban más pendientes a lo que Gabriel fuera a hacer o a decir que a mí. Empecé a percibir una especie de duelo latente, como en las viejas películas del lejano oeste, cosa que quise desactivar de inmediato, preguntando con mi mejor cara de profesor bueno y amable si alguien tenía alguna inquietud. Entonces Gabriel, muy serio, me dijo que había estado revisando la bibliografía del programa y que había comprobado que a pesar de que aparentaba ser ecuánime, estaba sutil pero claramente orientada hacia la izquierda y que le parecía que eso podía llegar a interpretarse como un intento de manipulación. Respondí que yo no hacía los programas de estudio –error, retrocedí desde la primera palabra que dije y todos esos mocosos de catorce años lo percibieron de inmediato- pero le pregunté por qué hacía semejante afirmación. Me respondió que seguir basando un programa de

Historia en Eric Hobsbawm –aclaró que respetaba muchísimo a Hobsbawm, qué caradura- cuando tanto se había investigado y escrito después de él, implicaba ignorar olímpicamente otras visiones, y que tratándose de gente tan respetable como la que hacía los programas no podía siquiera pensar que se tratara de ignorancia o desidia, y por lo tanto no le quedaba más remedio que pensar que el sesgo que se daba a la cátedra pretendía manipular al estudiantado. Y para que quedara claramente establecido quién iba a ganar el duelo me preguntó, con absoluta corrección "usted, que tampoco hace los programas ni decide gran cosa de los contenidos de la materia, ¿no se siente también un poco manipulado?". Y sí, me sentía manipulado, pero por Gabriel. Me hubiera encantado estrangularlo. Eso era lo que pensaba mientras me quedé en silencio, mirándolo. Y mi silencio era una muestra elocuente de que Gabriel podía hacerme perder la calma, o el habla, con poco esfuerzo de su parte, y de esa manera estaba dejando en claro que la autoridad formal podía estar en mis manos, pero la autoridad real no.

Pero lo que me impresionó no fue la audacia y la habilidad de Gabriel, sino la actitud de sus compañeros. A primera vista parecían festejar con discreta complicidad esta temprana victoria de Gabriel, pero en sus miradas vi un matiz que nunca había visto y que lamentablemente vería innumerables veces después: había algo que decía "profesor, no se dé por vencido frente a este hijo de remilputas porque si puede hacerlo tan fácilmente con usted, entonces el futuro nunca será para nosotros otra cosa que este sometimiento silencioso". Luego Gabriel remató su frase, con fingida solidaridad hacia mí "bueno, discúlpeme, no quise complicarle la vida, después de todo usted no es más que un profesor de escuela secundaria".

Y entonces estallé. Lo miré a Gabriel y dije "si vos sos lo más brillante de tu generación, si ustedes son el futuro, entonces yo no quiero estar allí. No sos humano, sos un cachorro de

monstruo horrible y sería mejor para todos que nunca hubieras nacido" y luego miré al resto de la clase y dije "y ustedes me hacen acordar a los seguidores de Hitler, compitiendo a ver quién es más lame culo del líder y esperando no ser el próximo en caer en desgracia". Agarré mis cosas y me fui.

Recuerdo que en aquel momento me sorprendió mi propia violencia; nunca he sido un tipo inclinado al desborde, y hasta puedo decir que nunca, ni antes ni después, tuve una explosión de ira como la que tuve en aquel momento. Pensé entonces que en realidad semejante acto se explicaba por algún tipo de acumulación de frustración personal, que de alguna manera ese joven brillante había puesto en evidencia que yo era un fracasado sin retorno y que mi exabrupto era una reacción ante semejante noticia. También pensé que había cometido un acto de auto sabotaje, un acto de odio hacia mí mismo, porque la verdad es que no me hubiera costado nada irme en silencio, conseguirme una licencia médica o renunciar a esas horas de clase de ese curso en particular, conservando el resto de mi trabajo y de mi vida. Fue una furia fría. No es que me cegué y dije un exabrupto. No. En todo momento estuve perfectamente lúcido, conocedor de las consecuencias devastadoras para mí mismo del acto que estaba llevando a cabo. En fin, a lo largo de las décadas siguientes volví una y otra vez sobre ese momento. Sobre todo, cuando aquel muchacho, Brian Gabriel, se transformó en hombre y empezó su carrera política imparable. Más allá de todas las explicaciones posibles, hoy pienso que aquel día simplemente vi el futuro y, como un animal moribundo, tiré mi última colérica y agonizante dentellada contra mi depredador.

Era un buen hombre el director de la escuela, y al día siguiente me llamó y me citó a su despacho. Me explicó que mi actitud había sido un escándalo, que todos los pibes testimoniaban contra mí, que los padres ya lo estaban comentando indignados por las

redes sociales, que iba a ser sometido a sumario y que no tenía ninguna chance de conservar ni el trabajo ni la dignidad. Me explicó su plan. Se reuniría con los padres de los chicos, les diría que yo jamás volvería a poner un pie en la escuela, que de momento estaba de licencia psiquiátrica y que me darían una pensión por invalidez, con lo cual la situación quedaría perfectamente superada, y vuelta de hoja. Inmediatamente llamó a su amigo psiquiatra y concertó la cita para una hora más tarde. No llegué al consultorio del psiquiatra, simplemente él bajó a la puerta del edificio con una nota ya hecha. La nota tenía un diagnóstico inventado y decía que yo estaba incapacitado para estar frente a alumnos y que por el momento recomendaba que no se me diera ninguna tarea pasiva. Llevé la nota a Reconocimiento Médico, donde tampoco tuve que esperar ni quince minutos, y pasaron la notificación oficial de mi deceso como docente al director de la escuela, para que él pudiera presentar esa nota ante los padres de los alumnos. Y yo me apené apenas un poco de sacarme de encima el fastidio de la docencia. Al fin podría dedicarme a mi verdadera vocación, así que decidí empezar inmediatamente con mi carrera como borracho de tiempo completo.

...

Juan es un hombre que aparenta unos cincuenta años, de estatura media, pelo tupido, encanecido por completo, ojos celestes o grises, nariz prominente, mentón cuadrado y una mirada desencantada. Transmite un aire un poco severo y un poco triste. Está sentado en el sillón del living de su departamento, con un mate en la mano. El living es pequeño, de aspecto despojado. Un sillón reclinable de cuero sintético de dos plazas, una pequeña mesa con forma ovalada de cristal transparente, y nada más. Todas las paredes, incluso el techo y el piso, son pantallas de alta definición interactivas, como todos los departamentos de su edificio, como casi todos los edificios de la ciudad. No hay decoración fija, Juan cada tanto

elige nuevos motivos para alguna de sus paredes pantalla, aunque reserva siempre la que está frente a su sillón para usarla como monitor para sus escritos, o sus comunicaciones, o ver las noticias. Para descansar, prefiere que esa pared repita de manera incesante la imagen del mar, con las olas mansas desplegándose sobre la arena de una playa desierta. A veces le gusta relajarse quitando toda la información de las paredes, y dejando que una tenue luz verde jade irradie desde el piso, el techo y las paredes del living. En este momento, la pared lateral a su derecha tiene una reproducción de Nighthawks, de Edgar Hopper; siente una inexplicable fascinación por mediados del siglo XX, época que imagina como citadina, nocturna y solitaria. La cuarta pared es una ventana a la calle, desde donde se ve un bello perfil de Buenos Aires. A veces le gusta Buenos Aires.

En la pared pantalla quedó el último párrafo que escribió anoche.

- Guardar documento – le dice a su ordenador.
- Guardado, Juan – le responde la voz femenina que ha elegido como su interlocutora electrónica.
- Gracias belleza. Agenda – dice ahora Juan, mientras termina de vestirse y ceba un último mate.
- Sí, Juan. Estas son tus tareas del día, ¿querés que te las lea?
- No hace falta, amor, sólo mostrámelas.

Un cuadro aparece en un rincón de la pantalla. El cuadro dice:

COMUNICACIÓN CON VENCIMIENTO - CITACIÓN OBLIGATORIA.

Paciente: Juan Manuel Alassia.

Edad: 106

Estado clínico: Su corazón cc once deberá ser actualizado dentro de diez años, y su sistema circulatorio opera regularmente con nanoagentes. El cáncer hepático detectado a la edad de 90 está controlado, pero se recomienda programar un trasplante dado el nivel de deterioro del órgano natural. Su estado cerebral es normal.

Conclusiones: presenta un estado de salud adecuado para su edad. Con asistencia programada, control médico, reemplazos periódicos de nanoagentes, prótesis, y algunos trasplantes biológicos, el paciente puede en principio continuar indefinidamente.

Debe advertirse que el costo económico para la sociedad de la continuación del paciente tenderá a incrementarse.

Se notifica a Juan Manuel Alassia que, habiendo disfrutado del Crédito Oficial durante más de 60 años, se aconseja enfáticamente su cese, en beneficio del conjunto social.

Citación OBLIGATORIA de JUAN MANUEL ALASSIA: MIÉRCOLES 21 DE AGOSTO – 9HS – CEMA N° 4 - Comité de Evaluación Médica y Ambiental - Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

El viejo y pesado perro Hobsbawm viene a acomodarse a los pies de Juan. El perro tiene algo de Labrador y algo de un perro más grande, tal vez un San Bernardo. Es un animal imponente, con pinta de bonachón. Tiene paralizadas las patas traseras, así que cuenta con un sistema de dos ruedas que lo ayudan a moverse. El aparato es sofisticado, tiene suspensión y las ruedas pueden girar en trescientos sesenta grados. Va agarrado a la cintura del perro, y cada rueda se sostiene sobre un sistema de dos varillas que encastran en una especie de rodilla artificial, lo que le permite echarse y levantarse sin dificultades, ya que la robótica parece interpretar la voluntad del animal. Así que Hobsbawm tiene una vida normal para cualquier perro, a pesar de su parálisis parcial.

- Josby querido- dice Juan mientras le hace unas caricias – acompañame, vamos.

Entonces Juan hace un doble chasquido con los dedos y la pared pantalla se apaga y vuelve a verse como una simple pared, mientras la voz electrónica dice:

- Que tengas un hermoso día, mi amor.

La sala de espera es amplia, el mobiliario es predominantemente blanco, apenas cinco sillones individuales, la luz es fría. A través de un ventanal se ven los altísimos edificios de Puerto Madero que, en conjunto, componen una sucesión de pantallas que informan, reproduciendo hasta donde alcanza la vista en cualquier dirección, que son las nueve de la mañana, que hace once grados, que no se esperan lluvias para esta semana, y que falta un mes para que empiece la primavera, mientras bellas imágenes de flores abriéndose al sol transmiten una idea de vitalidad y sereno optimismo a toda la ciudad, como para templar un poco la mañana de invierno.

En la sala, a bajo volumen, se escucha una música relajante. Las pantallas transmiten imágenes de familias felices, todos sonrientes, en un esmerado equilibrio que muestra distintas etnias, o familias de mamá y mamá, o papá y papá, otras identidades sexuales no varón/mujer, y otras con tres responsables parentales. Todas, sí, con un único hijo o hija.

En una de las pantallas se lee este texto: NPRS - Nueva Política de Responsabilidad Social. Porque mantener el equilibrio ecológico y demográfico es responsabilidad de todos, todas y todes. En otra se lee: La humanidad unida en la Federación de Naciones.

Marcia aparenta unos cuarenta años, y es la única persona en toda la sala. Está sentada en un sillón y se la ve un poco inquieta. Morena, con rasgos árabes o quizá indígenas, angulosos, de una exótica belleza y unos ojos negros de mirada penetrante. Tiene un físico atlético, el pelo recogido en un rodete, enormes aros de plata en forma de círculo, un

vestido de color beige que deja entrever apenas sus hombros y que remata en una falda que le llega apenas dos dedos por encima de las rodillas dejando al descubierto sus elegantes piernas, y unos bellos zapatos abotinados que parecen de cuero negro.

Entra Juan con su perro Hobsbawm. Juan, despreocupado y con aire de estar haciendo una tarea de rutina, va directamente hacia un dispensador de agua, saca del bolsillo de su abrigo un pequeño platillo plástico desplegable para alimento canino, lo llena de agua, y luego va hacia los sillones, sin reparar aún en la presencia de Marcia. Se sienta en un sillón, deposita el platillo en el suelo, frente al perro. El perro bebe agua, luego flexiona sus rodillas mecánicas y se echa a descansar. Marcia ha visto la escena y le ha provocado un poco de ternura. Juan repara en Marcia. En realidad, primero repara en sus largas piernas, demora la vista un instante más de lo que se podría considerar correcto, y recién después parece llegar a los ojos de Marcia. Juan súbitamente se avergüenza de haber sido descubierto infraganti. Pero a Marcia, Juan le ha caído bien.

- Hola, soy Marcia.
- Hola, soy Juan. Y él es Hobsbawm. – dice desviando la vista hacia el perro.
- ¿Hobsbawm?

Juan asiente con un gesto.

- Si le caés bien por ahí te permite que lo llames Josby.

Marcia sonríe.

- Es muy lindo Hobsbawm.
- Sí, pero no se lo digas demasiado que se pone insoportable.

Marcia vuelve a sonreír. Juan sonríe.

- ¿Primera vez? – pregunta Juan.

Marcia asiente.

- Así que estás cumpliendo cien años.
- No se les pregunta la edad a las mujeres. Pero en este caso, no hay forma de mentir- sonríe Marcia.
- Perdón, qué torpeza la mía. Disculpas – dice Juan sinceramente avergonzado; sus años de ostracismo social a veces le hacen pagar estos precios.

Sin embargo, también percibe que Marcia no parece haberlo tomado de veras a mal.

- ¿Nerviosa?
- Muy nerviosa.
- ¿Vas a continuar o.…?
- Sí. De ninguna manera deseo cesar.

Juan sonríe afirmativamente.

- Todo esto me parece perverso – dice Marcia - Todo un espanto. La entrevista anual, la NPRS… en el fondo de esas sonrisitas beatíficas, nos desprecian y quieren terminar con nosotros, los NIG, lo más rápido posible.

Marcia se ha dejado llevar y de pronto se frena, entendiendo que ha dicho más de lo conveniente. Pero Juan asiente abiertamente, lo que tranquiliza a Marcia.

- Orgullosamente NIG – afirma Juan.
- Orgullosamente NIG. Pensar que el término nos lo pusieron ellos.
- No Intervenidos Genéticamente.
- Nos definen a partir de una supuesta carencia, como si fuéramos una obra incompleta. Pero nosotros nos apropiamos del término, lo resignificamos.

Le gusta esa mujer, se la ve con nervio, carácter, tiene ideas claras, y es bella. Pero no se le ocurre nada interesante para decir, así que deja, casi indiferente, que la conversación languidezca y Marcia vuelva la mirada hacia otro lado.

La pared reproduce ahora una escena en la que tres personas avanzan hacia la cámara, tomadas de las manos, por un jardín en primavera. Se trata de un varón joven, una mujer joven, y una mujer mayor entre medio de ambos. Los tres sonríen. De pronto se detienen. La mujer mayor mira al varón joven como en un amable saludo, luego le sonríe a la mujer joven, y entonces la mujer mayor suelta las manos de ambos y avanza, sonriente, hasta salir de cuadro. Queda en plano la imagen de los dos jóvenes, que se toman las manos y sonríen, mirando a cámara. El texto añadido a la imagen dice "Acompañemos a nuestres mayores en la culminación de sus vidas felices, en la hora serena de su cese – NPRS".

Marcia, en voz baja, parece explotar:

- Todo el día, todo el tiempo, en todos lados. ¿Te diste cuenta? Ya no queda superficie sobre el planeta que no sea una pantalla llenándote de propaganda, taladrándote el cerebro. Es insoportable.
- Dan ganas de irse a vivir al medio de la selva o al polo sur.
- A veces cierro los ojos y sigo viendo pantallas, es como si las tuviera adentro de mi mente. Es enajenante. Agotador. Disculpame, es que estoy un poco nerviosa.
- Calma – dice Juan, lamentándose de no tener nada más inteligente que agregar.
- Son apenas cuarenta minutos, no sé por qué estoy tan intranquila.
- Es natural que estés intranquila. Es tu primera vez.
- Cuarenta minutos. Si estoy tan segura de lo que quiero, ¿qué tan difícil puede ser?
- No te engañes, no es tan fácil.

Marcia mira a Juan de pronto alarmada. Juan lo percibe.

- No te quiero asustar, pero tenés que estar preparada. Esta gente está entrenada. Hay que tomarlos en serio.
- Si querías hacerme sentir más tranquila, la verdad que...
- Disculpas.

Juan siente que perdió puntos, si de acercarse a Marcia se trata, pero prefiere decirle la verdad: durante cuarenta minutos su vida está en peligro y más vale que esté alerta.

- No hay porqué, decís la verdad – dice Marcia, tras un breve silencio.
- Marcia, te va a ir bien, estoy seguro.
- Gracias por tus buenos deseos.
- No es sólo una expresión de deseos. Veo tanta vida en tu mirada que sé que contra eso no van a poder.

Marcia sonríe, halagada.

Un cartel anuncia: Marcia López a Consultorio 1

Marcia, nerviosa, se levanta y va hacia la puerta del consultorio 1, mientras Juan le hace un gesto de “fuerza” cerrando su puño derecho, que Marcia responde replicando el gesto. Luego entra al Consultorio.

En la pared pantalla ahora se ven bebés resplandecientes y el texto dice: “AT, anticonceptivo total. Expendido a través del agua corriente y presente en todos los alimentos, nos permite regular la natalidad y hacer que cada nueva vida sea el fruto de decisiones conscientes”.

Aparece otro cartel: Juan Manuel Alassia a Consultorio 2

Juan se levanta, Hobsbawm también. Juntos van hacia la puerta del consultorio. Juan entra, le hace una caricia a su perro, y éste entiende que debe esperarlo en la puerta.

…

El super mundo de los Alfa

Dejé el relato con el final de mi carrera como docente. Puedo afirmar que apenas quince o veinte años más tarde el mundo había cambiado de manos. Estos jóvenes de veinticinco o treinta años ya se habían hecho de lugares importantes en la mayoría de las grandes empresas, en las Universidades, y hasta en los gobiernos nacionales. Su arrollador avance había sido observado por el mundo con esa misma expresión que había visto en los ojos de los compañeros de Gabriel: admiración, adulación, sometimiento, impotencia, velado odio. Constituían una especie de logia, o más bien de casta. Los unía en principio un origen común: todos eran hijos de familias acomodadas que habían podido pagar las infladísimas cifras que había costado su concepción genéticamente intervenida. Tenían historias de vida más o menos similares que luego habían coincidido en los Centros Educativos Especiales que empezaron dos años después del fin de mi carrera, cuando empezó a ser evidente que esos chicos podían permanecer en escuelas normales a riesgo de acabar con todos sus docentes, o que sus compañeros acabaran con ellos (No todos estos chicos tuvieron la suerte de Gabriel. Meses después de mi pase a licencia leí –no sin cierta culposa complacencia- que en otra escuela un grupo de chicos había golpeado hasta matar a otro adolescente Alfa). Finalmente, los unía la conciencia de ser superiores.

Había por aquellos años un diagnóstico compartido: el mundo estaba a punto de ser destruido por la acción del ser humano. Estábamos frente a algo que no era otra crisis del sistema sino la crisis final de la civilización. Algo había que hacer al respecto.

No cabe ninguna duda, los Alfa lograron en muy poco tiempo cosas que se creían imposibles. La inteligencia que los llevó a los puestos decisivos de la sociedad, y el hecho de ser un grupo con conciencia de sí mismo, les permitieron darse progresivamente un programa de gobierno de alcance mundial, y les facilitaron de manera creciente los medios para ponerlo en práctica.

Veamos, la vieja lacra de banqueros, narcotraficantes, directores ejecutivos de empresas tecnológicas, fabricantes de armas, piratas de las finanzas, industriales y terratenientes que gobernaba el mundo, jamás en la historia de la humanidad había tenido la capacidad de ver el mundo como un todo, la inteligencia de prever la crisis, y la voluntad y el poder suficiente para cambiar las cosas. Las antiguas clases dominantes en todo tiempo y lugar nunca pudieron superar su provincianismo y su ambición sin límites, y nunca tuvieron otro objetivo que no fuera la acumulación. Pocos podían ver dos jugadas por adelantado.

La nueva casta Alfa llegó a los puestos técnicos de gobierno muy rápido, y más o menos en todos lados a la vez. También participaron en los partidos políticos tradicionales, donde rápido se hicieron con lugares decisivos. Sus posiciones solían ser radicales, pero nunca temerarias; entendieron que, para enderezar un mundo desvencijado y demencial, para hacerlo al menos vivible, para alejar el peligro de la autodestrucción, tenían que tomar decisiones que chocaban con los intereses de las más grandes corporaciones. Es decir, cierta búsqueda de mayor igualdad, repartición de recursos más armónica, etcétera, ya no era una cuestión de imperativo moral, o posición ideológica de izquierda sino una necesidad vital. Para poder imponerse sobre esas corporaciones, tenían un elemento central que es que ellos mismos ya estaban en posiciones decisivas en esas corporaciones. Aun así, necesitaban ganarse la legitimidad en el ejercicio del poder. Y lo hicieron.

Con una mirada que superaba el interés inmediato, el mero afán de acumulación, y las posiciones cerradamente nacionalistas, presionaron y tuvieron un primer logro que impactó profundamente: la decisión conjunta y coordinada de todos los Estados que tenían armas de destrucción masiva para acabar con ellas inmediatamente y sin ninguna compensación. El éxito fue decisivo para la nueva casta y supieron capitalizarlo políticamente. Las armas de destrucción masivas corrían por cuenta de los Estados Nacionales en su totalidad, y ahora los Estados desviarían esos fondos hacia objetivos más productivos como la investigación biomédica, en alza, la alicaída exploración e ingeniería espacial, o el desarrollo de obras de infraestructura en sectores y regiones postergados. Así que se les aseguró a todos los contratistas del Estado su lugar en estos nuevos emprendimientos y tiempo para adaptarse a los nuevos suministros requeridos. La clave era la coordinación política y económica a nivel mundial.

Recapitulando: una elite con características de casta trepa rápidamente hacia los puestos decisivos y se hace con el poder mundial. Esta elite tiene un diagnóstico preciso. Hay que acabar con los arsenales de armamentos de destrucción masiva de inmediato, luego hay que atacar el consumo irresponsable de recursos no renovables, frenar la contaminación y alejar el riesgo de colapso ecológico, revertir la desigualdad atroz que genera miseria, desplazamiento de poblaciones masivo, y finalmente atacar la superpoblación. El programa era claro: a- Desarme, b- Redistribución, c-Ralentizar el crecimiento económico e incluso frenarlo, d-Control demográfico. De estos puntos, sólo el desarme resultó relativamente sencillo de llevar a cabo. Los puntos b- c- y d- estaban interconectados entre sí y empezaron a aparecer en el discurso del gobierno y en la prensa como "la cuestión principal".

Para que esta cuestión principal pudiera ser atendida con alguna posibilidad de éxito, era necesario llevar la coordinación entre Estados a un nivel superior que la parodia que durante casi dos siglos había constituido Naciones Unidas. Nació así la Federación de Naciones, que, a diferencia de su predecesora, tenía el suficiente poder y autonomía respecto de los Estados que la conformaban como para ser capaz de disciplinar aún a los más poderosos. La Federación de Naciones fue la primera organización capaz de planificar a nivel mundial, e imponer y realizar su planificación, y marcó también la llegada al poder de un personal político y tecnocrático perteneciente por completo a la nueva generación Alfa.

El siguiente paso fue imponer en el debate público la necesidad de alcanzar un equilibrio eco demográfico. El planteo era el siguiente: el mundo ha conocido un aumento casi exponencial de la población desde el siglo XIX. La producción de alimentos, bienes y servicios ha seguido esa misma curva, o la ha superado (a pesar de su muy desigual reparto), con su consecuencia, que es el destrozo de los equilibrios ecológicos a escala mundial. El consumo de energía no renovable y la contaminación a escala mundial también ha seguido una curva exponencial. Entonces, ruptura de equilibrio ecológico, contaminación, cambio climático, son consecuencias inevitables de dos factores insostenibles: la superpoblación y la dinámica capitalista que asigna de manera ineficiente los recursos y que impone formas de producción y consumo destructivas.

Durante mis años de estudio la cuestión demográfica parecía en curso a estabilizarse. Había poblaciones como Europa en franco decrecimiento, otras como Japón, parecía que seguirían el mismo camino. Incluso China estimaba que alcanzaría el máximo de población en pocos años, y luego a partir de las nuevas pautas culturales urbanas

empezaría a decrecer. Distinto era el caso de India, que seguía en crecimiento sostenido, o Latinoamérica y África, en crecimiento moderado pero persistente.

Lo que realmente complicó el panorama fue el impresionante avance de la ciencia biomédica que en pocas décadas llevó la expectativa de vida de setenta y dos años a no menos de cien. No fue la aceleración de la tasa de nacimientos sino la brutal caída de la tasa de decesos lo que puso el equilibrio al rojo vivo. A la vez, este aumento de la esperanza de vida era uno de los logros más grandes de la humanidad. Por lo tanto, la medida que se volvió urgente, aún con la evidente consecuencia del envejecimiento global de la población, fue disminuir la tasa de natalidad.

Y en ese momento la ciencia aplicada vino a ofrecer sus servicios. Se desarrolló un anticonceptivo –AT, anticonceptivo total- cien por ciento eficiente tanto en mujeres como en varones, sin efectos secundarios negativos, específico para la especie humana, que funciona con una dosis constante y cuyo exceso el cuerpo elimina sin inconvenientes.

La Federación y los distintos gobiernos nacionales hicieron campañas esclarecedoras y lograron el apoyo para generalizar su uso a través de incluirlo en todos los alimentos, a través del agua corriente. Desde su aplicación el riesgo de embarazos no deseados se redujo a cero. Si una pareja deseaba tener un hijo, debía comprar el antídoto. El antídoto no tenía un precio demasiado costoso, pero había que tomarlo durante un tiempo prolongado, y debían consumir alimentos libres de AT, que sí eran bastante caros, con lo cual empezaba a ser una primera barrera restrictiva a la natalidad. Y si bien se alzaron algunas voces de protesta, en general había consenso o silenciosa aquiescencia. Entonces, concebir dejó de ser gratuito. Implicaba una planificación y un presupuesto aún antes de producirse la concepción. Y si bien se había extendido la asistencia médica universal hasta cubrir casi todas las prestaciones imaginables, había una que quedaba afuera: el antídoto.

En otras palabras, de manera más bien autoritaria, se les dificultó a los sectores de menores recursos la posibilidad de concebir.

El gobierno pudo sostener estas políticas durante casi diez años gracias a la enorme legitimidad que le daba el haber logrado una vasta paz social a partir de un cuadro tan desesperado como el que había heredado. Sin embargo, era indisimulable que el control de la natalidad por la vía de la restricción económica era difícil de defender para un gobierno que en otro orden de asuntos tenía posiciones progresistas; la limitación económica implicaba en los hechos una práctica clasista, y también racista, ya que las minorías étnicas solían coincidir con los sectores más pauperizados.

Así que el nuevo Gobierno Alfa decidió jugarse sobre el paño toda la legitimidad y el prestigio que venía acumulando, y después de una amplia campaña de propaganda pregonando la necesidad imperiosa de restringir la natalidad de manera drástica, impuso una modificación en la legislación que en los hechos implicaba un punto de quiebre en la historia de la humanidad.

La ley decía: A partir de ahora no se venderá más el antídoto, sino que lo proveerá de forma exclusiva el Estado, junto con los alimentos y el agua libres de AT. El Estado impone dos restricciones: la primera es que tanto mujeres como hombres sólo podrán tener un hijo o hija, mientras dure la situación de excepcionalidad. Las parejas que deseen tener un hijo o hija deberán presentarse en una oficina pública, y allí se les suministrará antídoto y alimentos. A cambio, la pareja debe firmar la autorización para la intervención genética del embrión. Esta segunda restricción era decisiva: ya no nacerían bebés que no fueran Alfa. De hecho, ya no nacerían más bebés por la vía natural, sino que todas las concepciones serían en laboratorio. Si por accidente se producía un embarazo natural durante el breve período en que la pareja estaba libre del AT, debían reportarlo y se

procedía a su inmediata interrupción. El futuro sería para los Alfa, los NIG desaparecerían paulatinamente.

Claro que para entonces ya no había padres ni madres que desearan tener hijos no intervenidos. Durante un tiempo existió una producción clandestina de antídoto, y nacieron algunos niños por gestación natural, pero se puede afirmar que eran tantos los escollos que sus padres debían enfrentar que fueron relativamente muy pocos casos.

Entonces la procreación pasó a ser un contrato entre la pareja y el Estado.

Es importante aclarar que no hay distinción de género en la pareja, que incluso puede estar integrada por más de dos personas, pero sí hay tres reglas. La primera es que la pareja debe aportar un espermatozoide y un óvulo perfectos para luego ser manipulados en laboratorio. La segunda es que la pareja debe aportar un vientre materno donde llevar adelante la gestación de ese embrión hasta su nacimiento. La tercera es que sólo se puede tener un hijo. Si uno ya tuvo un hijo con una pareja anterior, no puede tener otro con otra pareja, no se autoriza.

Ahora bien, como ya mencioné un poco a las apuradas, el problema de la superpoblación no estaba tan vinculado a la tasa de nacimientos, que ya desde mediados o fines del siglo XXI mostraba un lento pero consistente descenso global. El problema de fondo era el espectacular descenso en la tasa de mortalidad. Veamos, la generación de mis padres tenía una expectativa de vida de ochenta años. Yo tengo ciento seis y una salud y una calidad de vida similar a la que ellos tenían a los cincuenta. La idea de ancianidad ha variado, o ha caído en desuso, puesto que hoy los y las centenarios y centenarias no nos parecemos a nada de lo que yo recuerdo de cómo eran los ancianos cuando yo era niño.

Desde el punto de vista de la economía, desde los cuarenta y pico soy una mera carga para la sociedad; llevo sesenta años consumiendo sin producir nada. Mi caso es entonces el de millones y millones de habitantes que rápidamente nos volvimos obsoletos.

Si algunos años antes, cuando comenzamos a entender lo que significaban los Alfa, nosotros nos planteábamos qué hacer con esta gente, ahora eran ellos los que se planteaban qué hacer con nosotros. La nueva ley que decretaba que sólo nacerían bebés Alfa, implicaba el reconocimiento de que la humanidad estaba dividida en dos subespecies, y que una de ellas debía desaparecer en el plazo de algunas décadas.

Pero no olvidemos que en aquel entonces todos los Alfa tenían madre y padre NIG, y que el amor filial suele ser incondicional. Por otra parte, la inmensa mayoría de nosotros (no yo, claro) deseaba tener hijos que fueran "ellos" y no "nosotros". La idea de que ellos eran nosotros, pero un poquito mejores que nosotros, no está nada lejos de las expectativas de cualquier padre desde siempre, y esa confusión demoró cualquier respuesta política colectiva desde el nosotros, si acaso hubiera habido alguna respuesta posible.

Todo fue muy rápido para nosotros. Apenas tomamos conciencia de nuestra situación cuando ya estábamos atados de pies y manos. En aquellos primeros años se dieron dos actitudes. La mayoritaria: aceptar el lugar que nos dejaban en el mundo, refugiarse en los placeres de lo cotidiano, gozar del modesto confort que nos ofrecían hasta que llegara la muerte. Hubo grupos diversos y dispersos que resistieron. Fueron pacientemente ignorados por el poder, salvo en los pocos casos en los que hubo algún atisbo de organización violenta, que fue rápidamente neutralizada. Todos los NIG vivimos del Crédito Oficial, así que fue relativamente sencillo ir acallando las disidencias por medio del simple dispositivo de cortarle el chorro o complicarle las cosas a quien se mostrara capaz de pasar del rezongo a la acción política.

Sin embargo, la lenta extinción de los NIG y el rígido control de la natalidad no bastaban. En el fondo, las cosas eran claras para todos, aun cuando nadie lo planteara de este modo descarnado: hay un enorme número de población sobrante, inútil desde el punto de vista productivo, una pesada carga económica a expensas del resto de la sociedad, y es urgente balancear el número de la población mundial. Y los jóvenes desean tener hijos, y no tenerlos no es viable desde ningún punto de vista, y encima, la restricción a un único hijo está acelerando el envejecimiento de la pirámide demográfica. Señores, esto es sencillo: echemos lastre, los viejos tienen que morir.

La pregunta era cómo una sociedad nueva, de ideas progresistas, ilustrada, educada, democrática, donde la convivencia amable y la tolerancia eran reglas… ¿cómo iban a organizar el genocidio?

La NPRS fue la respuesta.

…

Marcia sale del consultorio. Está aliviada, quizás eufórica. Al salir ve a Hobsbawm, parado expectante junto a la puerta del Consultorio de Juan. Marcia decide esperarlo. Minutos más tarde, Juan sale. Le hace una caricia a Hobsbawm y repara en la presencia de Marcia.

- ¿Y, vamos a seguir viviendo un año más? – pregunta Juan.
- Sí, vamos a vivir un año más.

Marcia se pone de pie y va a abrazar a Juan, quien se deja abrazar, un poco extrañado con la proximidad física que le propone Marcia.

- Disculpame Juan, es que estuve tan nerviosa… no quise de ninguna manera…
- No hay problema.

Juan recoge el plato del perro, tira en la ranura del dispensador el agua que sobró, seca el plato con una pequeña toalla, la dobla, pliega el plato y lo guarda en su bolsillo, junto con

la toalla. Marcia mira toda esta ceremonia con complacencia; le gusta la relación de cariño que Juan tiene con su perro. Y le gusta Juan, ya lo ha decidido, se le nota, y hasta Juan se daría cuenta, si estuviera un poco más atento.

- Me alegro de que tengas clara la decisión de continuar. Ojalá también tengas claro para qué.
- Lo tengo más que claro. Pero, para empezar, vamos a festejar. A lo grande. Ahora que cada año hay que rendir cuentas ante el Estado, voy a empezar a rendir cuentas también ante mí misma.

Juan la mira como si hubiera olvidado el sentido de la palabra "festejo".

- Tomamos algo, comemos algo. Conozco uno de esos pubs de viejos NIG donde sirven cerveza y whisky – insiste Marcia con entusiasmo.
- Me inmunizaron contra el alcohol hace años.

No es una buena carta de presentación decir que alguna vez fue un alcohólico perdido que fue obligado a inmunizarse por la fuerza pública, y Juan se arrepiente de haberlo dicho. Desvía la mirada, finge estar ajustando la correa de Hobsbawm. Marcia queda un poco descolocada, se debe estar preguntando "¿este tipo me está rechazando?, ¿estaré haciendo el ridículo?, yo sólo quería invitarlo a tomar algo y charlar un rato, pero me parece que no quiere saber nada conmigo".

- Bueno, Juan, no te preocupes, todo bien. Fue un gusto.

Dice Marcia sin perder la amabilidad, a modo de despedida. Juan no atina a responder nada. Marcia camina por el pasillo rumbo al ascensor. A Juan no le queda otra opción que ir en la misma dirección. El ascensor tarda casi un minuto en llegar. Tensos segundos de silencio, en los que Juan piensa que preferiría estar ya en su casa, solo, con un té en la mano, dictando sus notas. Sus absurdas notas. Sus aburridas notas. Sus notas para nadie. Nadie

leerá nunca esas cosas que escribe, a nadie le importa, no son más que disparates. Sin embargo, cuánto más fácil es eso que decirle ahora a Marcia “dale, vamos a tomar algo, acepto tu invitación”. Juan es socialmente un poco torpe, pero no tanto como para no darse cuenta de que acaba de rechazarle la invitación a una mujer, y que lo lógico es que ella, sin decir nada, le dé la espalda y permanezca en silencio, silencio que continuará una vez que suban al ascensor, hasta llegar al hall principal del edificio, y entonces sí, se saluden con un gesto, y Juan salga, seguido por Hobsbawm, huyendo en la dirección contraria a la que ella tome, cualquiera sea esta.

Ya en el ascensor, casi balbuceando, Juan lo intenta de todos modos:

- Disculpame Marcia, me pareció que me estabas invitando a tomar algo a un bar.
- Eso fue hace una hora, ya pasó – dice Marcia, y ahora se le nota el disgusto.

Juan se siente abochornado. No sólo rechazó una invitación que debió haber aceptado con entusiasmo desde el primer instante, sino que además le arruinó a ella el festejo. Y ahora está siendo rechazado. Tras otros diez segundos de interminable silencio, cuando finalmente se abre la puerta del ascensor, Juan entiende que le quedan diez metros de pasillo hasta la puerta de calle, menos de diez segundos tal vez. Luego, Marcia se perderá para siempre en las calles de Buenos Aires.

- Marcia, te invito yo. Me encantaría charlar un rato con vos, sos una persona muy agradable, una mujer muy bella.

La mirada de Marcia se ilumina y una sonrisa involuntaria se le dibuja en el rostro. Qué raro es este tipo, debe estar pensando. Sin embargo, Juan le agrada. Así que decide que ya lo ha castigado suficiente.

- Dale. Pero yo elijo el lugar.

Y ahora la sonrisa que se ilumina es la de Juan.

…

La Nueva Política de Responsabilidad Social (NPRS)

La Nueva Política de Responsabilidad Social determinó que sólo se autorizaría un nacimiento si se producía una muerte. Si nadie muere, nadie nace. A este fin, se hacía necesario fomentar la muerte voluntaria. Esto implicaba la necesidad de crear una enorme estructura en diversos ámbitos. El primero era el ideológico: Morir voluntariamente es un deber. En la muerte no hay nada que temer, al contrario, la renovación de la vida exige que cedamos paso una vez que hemos vivido satisfactoriamente la nuestra. Aceptar morir voluntariamente es un acto de agradecimiento a la vida y a la naturaleza. Es una demostración de responsabilidad social y de grandeza personal digno de quien ha alcanzado un éxito pleno en sus proyectos y puede concluir su vida sin arrepentimientos, ni frustraciones, ni cuentas pendientes, sino con la profunda satisfacción de haber construido y prosperado. Morir es un derecho y una obligación social. La muerte no es un proceso doloroso, sino que mediante las drogas que el Estado provee se transforma en una fantástica orgía alucinatoria final, precedido por unos días de celebración y reconocimiento, y el nuevo niño o niña autorizada a nacer llevará el nombre de aquel gracias a quien nació y sus padres le inculcarán la admiración hacia esa persona.

Es importante aclarar que nadie es obligado a morir. Aunque también es verdad que la presión social hacia los ancianos es enorme. Y esta es la clave. No se trata de hacer una estadística de "bajas" para autorizar el mismo número de "altas", sino que la autoridad de aplicación local debe constatar la muerte de X para autorizar el nacimiento de Y.

¿Por qué no decir "cesaron tantos, tantos se autorizan a nacer"? esto en principio sería administrativamente mucho más sencillo.

La respuesta es que el hacerlo personal es precisamente la clave del éxito de la NPRS. Es esto lo que facilita que los centenarios firmen su cese, porque lo hacen para beneficiar a sus propios hijos, permitiéndoles de esta manera convertirse en padres. Si esta presión no existiera, seguramente sería mucho más difícil convencer a los viejos a entregarse a la inyección letal. Además, esta solución acaba con el problema de quién tiene derecho a la paternidad – maternidad: tiene derecho aquel que puede presentar la constancia del cese de su padre o madre.

Todos los ciudadanos a partir de que cumplimos los 100 años debemos presentarnos anualmente en el CEMA que nos corresponde y decidir si queremos continuar o cesar. En caso de decidirnos a cesar, podemos nominar en favor de quiénes. Uno puede nominar su cese, es decir, elegir el hijo de quiénes nacerá en su lugar, y como ya dije, casi todo el mundo cesa en favor de su hijo o hija.

Para aquellas parejas que no logran conseguir ningún viejo que los nomine, hay un cupo Estatal. Es el de todos aquellos que mueren naturalmente –en número insignificante- y los que cesan sin nominar. Hay un orden de mérito, siempre muy discutido, que asigna prioridades a las jóvenes parejas que se inscriben en el CUD (Consejo Urbano de Distrito, órgano político local). Cuando el CEMA de distrito informa al CUD por ejemplo 20 ceses innominados en el mes de julio, el CUD autoriza a las primeras 20 parejas para que se les dé el antídoto al AT y los alimentos libres, y la pareja luego entrega óvulo y espermatozoides y al tiempo recibe un precioso y genéticamente perfecto embrión. Si los jóvenes futuros padres consiguen nominación, se presentan junto con el cesante en el CUD y se programa tanto el cese como la concepción. Esto hace que la presión social –familiar, estatal, ideológica- hacia los viejos NIG sea intolerable y tarde o temprano todos terminan

entregándose, convencidos de que cumplen así su último deber hacia la familia y la humanidad.

La tasa de un nacimiento por un cese en realidad es algo mucho más complejo. Según la situación demográfica, hay zonas rojas, amarillas y verdes. En las rojas, más superpobladas, se requieren dos ceses para autorizar un nacimiento. En las amarillas sí se cumple el uno por uno, y en las verdes se autoriza un cupo de nacimientos sin su correspondiente cese. Como se podía esperar, esta política ha dado lugar a negociaciones permanentes donde, por ejemplo, la menor tasa de nacimientos asignada a la India "se compensa" con mayor inversión de capital en desarrollo social, y si los escandinavos no alcanzan a cumplir con la mayor tasa de reproducción requerida, se autoriza la migración de pobladores chinos o hindúes. Al interior de cada país también hay políticas de fomento. Sería largo y tedioso explicar las tasas de reproducción diferenciales al interior de cada región, en función de las cuales a una pareja le conviene más irse a algún nuevo desarrollo urbano o rural alejado de las grandes urbes para tener más posibilidades de acceder a la paternidad por sorteo (los ceses innominados se pasan de un CUD más densamente poblado a otro de menor densidad), y hay toda una serie de reglamentaciones y prácticas que exceden el alcance de estas notas.

Para cerrar este capítulo, la NPRS funciona eficientemente y con la excusa de buscar un equilibrio demográfico, una subespecie de seres humanos, los Alfa, está exterminando a otra subespecie, la nuestra.

<u>Algunos apuntes sobre manipulación genética</u>:

Permitir la manipulación genética en seres humanos fue abrir la caja de Pandora. Ocurre que las posibilidades son prácticamente ilimitadas. Por ejemplo, lo primero que se empezó a ver es que las parejas elegían con mayor frecuencia que el embrión fuera de sexo masculino, sobre todo en algunas culturas; evidentemente la mentalidad patriarcal había retrocedido, pero aún continuaba viva. Ahora la ley dicta que el embrión debe ser del mismo sexo que aquel que cesa, y en el caso de los cupos estatales, el número entre mujeres y varones debe ser idéntico. También fue claro desde el principio que seguían operativos todos los prejuicios étnicos y de estándares de belleza, y muchas parejas eran capaces de pagar un abultado plus para que sus hijos heredaran determinados genes y no otros. Ahí también intervino la legislación, prohibiendo que la intervención genética tuviera otro sentido que no fuera elegir los genes más saludables. Pero el diablo está en los detalles, y la cuestión, como casi toda cuestión de legislación, abrió paso a interminables debates y jurisprudencia.

Recuerdo por ejemplo la acalorada discusión sobre el Cromosoma once. Dicho famoso cromosoma es un gen recesivo. Si el embrión hereda el Cromosoma once tanto de la madre como del padre, dará lugar a un bebé albino. La discusión fue ¿es el albinismo un rasgo o una enfermedad? Finalmente se llegó a la conclusión de que podía considerarse una enfermedad –para indignación de muchísimos albinos que llevaban vidas plenas y aseguraban no sentir ningún síntoma de enfermedad alguna-. Entonces, adiós cromosoma once. Pero antes de despedirlo, veamos cómo se ganaba la vida: El once es el responsable de un déficit total o parcial de melanina, que es el pigmento que da color al cuerpo. Ahora bien, si el déficit total o parcial de melanina es una enfermedad, ¿su abundancia no sería también una enfermedad? planteó un reconocido estudio de abogados, ganándose con toda justicia el repudio de todos los gobiernos de África y de todas las organizaciones de

afroamericanos y afrodescendientes en todo el mundo. Esto del cromosoma once es sólo un ejemplo de los miles que aún se dirimen, como por ejemplo el enanismo, o la tendencia a la obesidad. Todo esto ha dado lugar al "Derecho Genético", sin dudas la más próspera rama del derecho.

Otra consecuencia de la manipulación genética es la proliferación de granjas de humanimales, es decir animales con células madre humanas, de tal forma que el animal en cuestión desarrolle órganos humanos para trasplante. Es muy habitual tener un riñón o un hígado desarrollado en una oveja o un cerdo. Es socialmente más aceptado matar animales para usar sus órganos que matar animales para alimentarse. Quien necesita un trasplante, compra el órgano a través del Hospital o Clínica donde se hará la intervención. Si bien la intervención es gratuita como toda prestación médica, el órgano es producido por granjas privadas, y el Estado se hace cargo sólo de una parte de su costo.

Más allá de la manipulación genética en humanos, un aspecto muy beneficioso del vertiginoso avance de la ciencia fue el desarrollo de carne sintética para alimento, elaborada a partir de células madre de cualquier animal. Esta carne es similar en sabor, textura y aspecto a la carne original, sin la necesidad de criar ni matar a ningún animal. El beneficio no ha sido tanto para la conciencia de aquellos que no deseaban matar para comer sino del planeta entero y del equilibrio ecológico. La producción masiva de animales, que ocupaba una parte muy grande de las tierras fértiles del planeta, era ineficiente porque se necesitaban muchos kilos de alimento vegetal para producir pocos kilos de alimento animal, los animales consumían muchísimos litros de agua, y emitían una parte significativa de los gases de efecto invernadero que llevaron al calentamiento global. El retiro masivo de los animales permitió la multiplicación de alimento vegetal y la reforestación parcial de vastas regiones. Este ha sido uno de los grandes éxitos de la

ciencia que permitió acabar con el hambre. Retomaré este tema más adelante, cuando me refiera a la revolución agrícola.

...

La calle está casi desierta. Algún caminante, algunos adolescentes deslizándose con dispositivos eléctricos como monopatines y otros vehículos de tres, dos, o una única rueda. Un cartel dice "Exclusivo peatones y vehículos individuales hasta 10 km por hora". Hay un árbol cada veinte metros en todas las calles, reglamentariamente. Los edificios tienen la particularidad de que sus frentes son todo pantalla. Muchos proyectan imágenes de playas o montañas, la mayoría publicitando destinos turísticos. A veces, de día, se alcanza a ver que detrás del cristal transparente de las pantallas hay ventanas y balcones, y uno recuerda que allí vive gente. Quien mira desde esas ventanas hacia la calle, no alcanza a ver qué es lo que su propia ventana proyecta, ve simplemente la calle. La ciudad luce cuando, durante la noche, las publicidades ceden paso a imponentes coreografías lumínicas que incluyen barrios enteros y que consisten a veces en dibujos que refieren a la historia de la ciudad y que se continúan de edificio en edificio, a veces en diseños geométricos que se mecen o se agitan al compás de alguna música; así, doscientos años después, el bandoneón de Piazzolla sigue dibujando el perfil de Buenos Aires.

- Cuando estaba en la entrevista empecé a pensar en por qué cosas valía la pena vivir. Y lo primero que me vino a la mente fue la alegría compartida.

Juan asiente. Está feliz de caminar al lado de Marcia. Cuánto tiempo hacía que no gozaba de la compañía de una mujer, rumbo a algo que se parece a alguna especie de cita.

- Ay, Juan, no podemos dejar que estos hijos de puta terminen de matar lo que nos queda de humanidad –dice Marcia y calla de pronto, como sintiendo que está diciendo cosas que no debe.

En ese momento, en muchas pantallas de los edificios aparece la imagen de un diputado hablando desde un salón del Congreso. En el zócalo de las pantallas se lee “Brian Gabriel – diputado”. Gabriel aparenta treinta y pocos años, pelo lacio castaño, anteojos redondos, y viste una especie de camisola blanca que lo distingue del resto de los diputados y diputadas que visten trajes formales y caros, de cuello redondo, a la moda. Habla pausadamente, en su castellano rioplatense inclusivo natal:

“Durante las últimas décadas hemos avanzado a paso seguro en la estabilización del número de habitantes y en la racionalidad en la explotación de recursos. Hoy tenemos un sistema de distribución de cargas y beneficios equitativo. Clave para esto fue la institución del Servicio Social Obligatorio mediante el cual todes les jóvenes tienen que consagrar un año de sus vidas a realizar las tareas productivas y de servicios que nadie voluntariamente haría, pero que son imprescindibles. Sin embargo, está claro que estos esfuerzos no son suficientes. El aspecto más crítico hoy es que nuestra mano de obra, por más joven y competente que sea, es insuficiente en algunas áreas específicas. A medida que los No Intervenidos Genéticamente han ido pasando a retiro en sus funciones laborales, el déficit de mano de obra se ha ido haciendo más notorio, provocando una situación que debemos atender con urgencia. El costo de no cambiar el sistema implica, según cálculos en los que todes coincidimos, que les jóvenes deberían en un futuro consagrar el doble de años para sostener la producción. Y es injusto que les jóvenes se sacrifiquen tantos años. Otra opción sería hacer que la edad de retiro se retrase hasta los ochenta y cinco años. Pero sería injusto con nuestres mayores. En otras palabras: el equilibrio que tan trabajosamente alcanzamos hoy está crujiendo, y a menos que tomemos decisiones audaces, pronto estallará. Es por eso que adelanto mi voto afirmativo al proyecto de creación de Mano de Obra Genéticamente Intervenida, conocida como MOGI.”

- Lo odio- deja escapar Marcia, como sondeando a ver qué opina Juan.

Juan asiente.

“Se concede el uso de la palabra a la Senadora Martínez. Recuerde Senadora que, en esta instancia, y por tratarse de una sesión bicameral presencial, ningún legislador puede explayarse más de diez minutos”. La cámara toma a la Senadora Martínez, una mujer que aparenta no más de cuarenta años, gesto firme, rictus serio, quien toma la palabra. Habla en inglés, pero la traducción simultánea permite escuchar su discurso en castellano local:

“Cinco minutos me sobran, señor presidente, para rechazar de plano este horrible proyecto. Diputado Gabriel, de lo que estamos hablando es de crear una subespecie humana mentalmente minusválida, incapaz de aspirar a otra cosa más que a realizar sus tareas rutinarias de manera dócil. Yo les pregunto ¿los MOGI que nos proponen son humanos? Porque si es así, y me parece que no cabe ninguna duda de que es así, entonces estamos cometiendo un crimen, porque los estamos privando de su libre albedrío al establecer los estrechos límites de aspiraciones y modos de vivir sus vidas desde el momento en que son engendrados. Podrán decirme que nuestros antepasados no tuvieron ninguna consideración ética cuando nos crearon por medio de manipulación genética. En ambos casos estamos usando la tecnología para alterar la naturaleza. No tengo nada contra alterar la naturaleza; lo hemos hecho desde que bajamos de los árboles. Pero no todo da lo mismo, porque nuestros ancestros usaron la biotecnología para mejorar las condiciones de vida de las personas, mientras que ahora estamos votando crear una raza de esclavos. Usted dijo, diputado, que habíamos racionalizado la economía, igualado los derechos y las cargas, roto con la sociedad de clases. Pero si ahora votamos la creación de un ejército de idiotas para que nos sirvan, lo único que habremos hecho será dar un enorme rodeo para retroceder hacia el esclavismo.”

…

No quisiera dar la impresión de que explico los cambios históricos a partir de los cambios tecnológicos. Los cambios tecnológicos devienen de los cambios económicos y sociales, y en todo caso luego estimulan los cambios económicos y sociales que les dieron origen. Recuerdo un ejemplo que le daba a mis alumnos de secundaria: la máquina de vapor se conocía desde la época de la Grecia Clásica, y más tarde los romanos la usaron para hacer juguetes. Sin embargo, tuvo que esperar hasta principios del siglo XIX para ser aplicada a grandes emprendimientos que revolucionaron la industria, las comunicaciones y el comercio. No fue el invento de la máquina de vapor la que posibilitó la revolución industrial y cambió el mundo, sino que el mundo cambió y entonces se volvió económicamente conveniente aplicar esa tecnología a hacer ferrocarriles que permitieran cruzar los continentes con grandes cargas comerciales.

Adonde quiero llegar es a que el nuevo mundo no es consecuencia de la manipulación genética, ni del AT universal, ni de ninguna tecnología; todos esos factores fueron meros instrumentos. La tecnología es un instrumento, y como todo instrumento, pongamos por caso un martillo, puede servir para construir una casa mejor para todos o puede servir para hundirle el cráneo al vecino. Nosotros los humanos desarrollamos esa tecnología que ahora irónicamente es utilizada para acabar con nosotros, y no nos deja otra opción que ceder nuestro lugar en la Tierra a hijos que nos reconocen como lejanos parientes simiescos.

No es la perversión de los Alfa lo que acaba con nosotros, fuimos nosotros mismos, o el sistema social que supimos construir. Pudimos haber usado la tecnología para igualar las condiciones de vida y las posibilidades de todos los seres humanos; en cambio, decidimos mejorar sólo la de nuestros hijos para que fueran más competitivos y adaptados que los del

vecino. Nuestro sistema económico era el capitalismo, y tenía como pilares la desigualdad y la necesidad de multiplicar bienes innecesarios de manera constante, contaminando el planeta entero. Las consecuencias de todo esto eran claras y sin embargo no nos pudimos dar un sistema económico y social con pautas de producción, distribución y consumo razonables. Y así hicimos la tecnología que necesitábamos para nuestra visión ética y nuestra organización económica, política y social, y no levantamos el pie del acelerador ni siquiera cuando vimos la pared delante de nosotros.

…

El pub parece detenido en algún momento impreciso de fines del siglo XX. Se escucha música de esa época, rock - pop. La luz es cálida, el ambiente amable, en parte por el encantador detalle de las paredes con ladrillo a la vista. Hay varias mesas ocupadas, la mayoría por grupos de gente que aparenta entre cuarenta y cincuenta años, como todos los viejos casi centenarios hoy día. Marcia y Juan se sientan a una mesa.

- ¿Dos pintas? – pregunta Marcia.

Juan hace un gesto de asentimiento. Entonces Marcia hace clic dos veces en la pantalla táctil incorporada a la superficie de la mesa.

- Uno de los motivos por el que me gusta mucho este lugar es porque no hay paredes pantalla. Acá se puede pensar y charlar sin que te estén bombardeando todo el tiempo con información innecesaria.
- Sin embargo, fíjate que la mayoría de la gente, en lugar de charlar entre sí, hablan o miran cosas en sus ordenadores pulsera o en la pantalla de su mesa.
- Es una forma de adicción.
- De todas maneras, me gusta el lugar, da una sensación de intimidad.
- Exacto – afirma Marcia, con énfasis - ¿Te gusta el rock?

- De a ratos sí, de vez en cuando. No sé mucho sobre rock.
- Amo el rock.

Felizmente para Juan, que no tiene mucha gimnasia en sostener una conversación simpática y frívola, propia del coqueteo, y quizá también para Marcia, que empieza a temer que quizá esté frente a un hombre inteligente pero definitivamente aburrido, llega una pequeña mesa robótica que se desliza silenciosa sobre ruedas, con dos vasos de cerveza helada. Juan y Marcia toman sus vasos y la mesa se retira. Chocan los vasos en un gesto de brindis silencioso, y luego ambos beben un trago.

- ¿Cómo fue que decidiste inmunizarte contra el alcohol?
- Si hubiera sido por mí, hubiera seguido hasta reventar. Pero me hacía la intervención o me cortaban el crédito de retiro.

Juan sabe que la cosa ha empezado mal. Por qué dio una respuesta tan horrible, se pregunta. Marcia parece también haberse dado cuenta de que su pregunta fue inadecuada y trata de pasar de tema.

- ¿Y antes de todo eso?
- Antes de todo eso era Profesor de historia en varios colegios secundarios, ¿Vos? – apura Juan, con ganas de salir lo más rápido posible de ese terreno minado que ahora se le antoja su pasado.
- Socióloga. Estudié para entender un mundo que al poco tiempo había dejado de existir.
- Estoy escribiendo, o tratando de escribir un libro sobre este mundo incomprensible. O cómo incomprensiblemente llegamos a tener este mundo.
- Me interesaría mucho leerlo – dice Marcia con sincero entusiasmo.

- Te puedo pasar algunos adelantos. Es toda una novedad tener una lectora que es socióloga, y por lo visto, con ideas políticas muy definidas.

Marcia sonríe, un poco nerviosa quizá, nota por primera vez Juan. Las cosas mejoran, ella no es tan avasallante como él creía. Quizá sí logre sostener una charla amable y liviana.

- ¿Te gustaba tu trabajo como docente?
- Fui profesor de Brian Gabriel, fue mi primer alumno Alfa. Y también el último.
- ¡Guau! ¿Ya era como es ahora?
- Antes era el huevo de la serpiente, ahora es la serpiente madre a punto de poner sus huevos.
- Por lo que entendí del discurso de hoy, parece que nos quieren reemplazar por idiotas de diseño.
- Nadie mejor que Gabriel para eso, está genéticamente adaptado para ser un perfecto hijo de puta.

Marcia ríe. Es evidente que está predispuesta a celebrar cualquier ocurrencia de Juan. Y él sigue ganando confianza. Hasta donde puede ver, piensan políticamente más o menos igual, ella es una persona con ciertas lecturas, la charla es interesante y, por sobre todas las cosas, no nos olvidemos de esas piernas increíbles que tiene esta mujer. No puedo creer que esta mina me esté dando bola a mí. ¿Le digo que me gusta?, ¿le digo que es muy sexi?, ¿o va a ser considerado un comentario sexista, machista, patriarcal, feo? Mejor no digo nada. Pero qué lindo escote, ¿serán de ella? no, supongo que se las hizo, pero qué buen gusto el cirujano. Y esa boca de labios carnosos…

- ¿En qué te quedaste pensando?
- Me gustan tus zapatos.

- … gracias – dice Marcia, un poco desconcertada por el comentario de Juan.
- Me parecen muy sexis.

Marcia sonríe. Gira brevemente la cintura retirando de debajo de la mesa sus piernas, corriéndolas a un lado, con un movimiento sutil, mostrándole a Juan sus zapatos.

- Los compré especialmente para la entrevista de hoy. Después pensé, "qué boba, qué sentido tiene comprarse zapatos nuevos para ir a discutir si me suicido o no. Pero qué se yo, una se siente mejor cuando se ve mejor, ¿no te parece?".
- Claro

Desde su despertar sexual, Juan tiene un fetiche con distintas clases de calzado femenino, que en este caso vienen a ser la frutilla del postre de esas piernas perfectas, que son como dos fusiles disparando feromonas, y producen en Juan una erupción volcánica hormonal que parece venir de algún lugar de su remota adolescencia.

- No es cuero de verdad, pero es casi igual. A mí también el cuero me resulta, ¿cómo dijiste?
- Sexi.
- Eso, sexi, sí – dice Marcia y sonríe.

La palabra "sexi", en los labios voluptuosos de Marcia, suena gozosamente lasciva. A Juan le parece que la mirada de ella resplandece. Y es cierto, los ojos de Marcia brillan. Y si Juan pudiera mirarse a algún espejo, comprobaría que su mirada también ha abandonado su indolencia habitual y parece la de un ave rapaz. No va a haber que esperar a una segunda salida, esto se precipita hacia la cama como una locomotora lanzada y sin frenos. Pero ¡momento!, ¿cuánto hace que no cojo? medio siglo, por lo menos. Me da vergüenza de sólo pensarlo. Ya ni me acuerdo cómo se hacía. Voy a pasar un papelón. Necesito una pastilla de encendido. Por las dudas, mejor dos. ¿Tres me harán mal?

Una sombra se ha cruzado en la mirada del ave rapaz, transformándola en la de un triste e inofensivo canario. Marcia lo percibe mientras, de pronto incómoda, vuelve a poner sus piernas debajo de la mesa y bebe otro trago de cerveza, que ya se le está por acabar. Se produce un instante de languidez.

- Bueno, dijimos que íbamos a celebrar. Vamos a casa. Vamos a escuchar rock del bueno, ¿dale? – invita Marcia.

Juan queda pasmado. ¿De veras está ocurriendo esto? Si el mismísimo dios le hubiera dicho esta mañana, cuando salió para la maldita entrevista macabra, que iba a terminar en la cama con una mujer tan impresionante, no le hubiera creído una palabra y habría confirmado que dios no era más que un charlatán, parecido a todos los que hablan en su nombre en las pantallas. Gracias dios, existas o no, pero ya que estás, te pido una manito más: cómo hago para conseguir un par de pastillas. En casa tengo.

- Podemos ir a escuchar música a mi casa, Marcia, ¿qué te parece?
- Vivo acá enfrente.

¿Qué excusa le doy para llevarla a casa? Puedo usarlo a Josby; tengo que volver a casa porque Josby… ¿no puede dormir sin su osito de peluche?

- Tengo unas pastillas que te van a resultar sumamente interesantes – dice Marcia a media voz, como si hubiera adivinado los pensamientos de Juan.
- ¿De qué estás hablando? – pregunta Juan con alguna duda de si es lo que él piensa o Marcia le está ofreciendo alguna clase de alucinógeno.

Marcia hace un gesto de entornar las cejas que se lee como “¿Hace falta que te lo aclare?”, sintiendo de pronto un poco de pudor.

- Bueno, no estaría mal probar una de esas pastillas de las que tanto hablan – dice Juan, dejando en claro en su expresión que está mintiendo.

- Me dijeron que funcionan bastante bien – le sigue la corriente Marcia.
- En este mundo podemos dudar de todo, hasta de nosotros mismos; de lo único de lo que no podemos dudar es de la eficacia de la industria farmacológica.

Marcia ríe. Y a Juan ella le gusta más a cada instante; es inteligente, tiene sentido del humor, y tiene un cierto desparpajo en la dosis justa. Juan hace clic en el teclado táctil de la mesa. Aparece instantáneamente una cifra, la cuenta.

- Si vos invitás las pastillas, yo invito la cerveza – dice Juan, y pone su ojo al alcance del lector de iris incorporado a la pantalla táctil.

…

<u>La vida cotidiana, hoy</u>:

Me despierto todas las mañanas a las 7:30, cuando las cuatro paredes y el techo de mi cuarto se encienden paulatinamente simulando un amanecer, y la pared pantalla frontal muestra la imagen de la orilla del mar en una playa desierta. Siempre elijo el mar y siempre hace veintiún grados. Desayuno algunas frutas con unos mates. Salgo a dar una breve vuelta con Josby; ya tendremos más tiempo a la tarde. A las nueve menos cuarto, todos los días de lunes a viernes, dejo a Josby en casa y camino cinco cuadras hasta el CRAMPE, Centro de Recreación, Actividades y Monitoreo Permanente de mi zona. No voy allí por mi voluntad, voy porque cada ausencia significa que me descuenten una suma de mi crédito. No niego la sapiencia del legislador, que en un rasgo de cuidado hacia la población mayor –a la que por otra parte ansían eliminar lo más rápido posible- han dictado estas leyes que les permiten a algunas almas culposas vanagloriarse de un "neo socialismo", que le da un rostro humano a la NPRS. Los lunes, miércoles y viernes tengo sesión de entrenamiento físico relajado, los martes y jueves se hace caminata por la

reserva ecológica. Todos los viernes tengo que llevar muestra de orina y me sacan sangre para constatar que sigo saludable; cada tres meses nos hacen un análisis a fondo y deciden si necesitamos algún tratamiento, intervención quirúrgica o trasplante. A las diez nos agrupamos y jugamos juegos de equipo. Todas las actividades están coordinadas por jóvenes expertos en educación física y recreación. Tratan de que no nos oxidemos y de que mantengamos algún nivel de sociabilidad que nos permita no caer en la demencia senil. La sociabilidad también debe darse en forma de charla amena durante el almuerzo. Cada uno tiene su almuerzo planificado según su estudio de ADN. El mío abunda en verduras, frutas, carnes blancas sintéticas y pescado, y me niegan las harinas, que es lo que más me gusta y peor me hace. Nos sentamos cada uno en la mesa que le toca. Todos los días nos toca en una mesa distinta. Las mesas tienen carteles luminosos donde aparecen nuestros nombres, indicándonos donde debemos sentarnos, para que tengamos conversaciones con personas diferentes todos los días. Prácticamente me niego a hablar con nadie. Me doy cuenta de que los demás se fastidian si les toca compartir la mesa conmigo. Soy considerado el más cascarrabias de todos esos viejos de mierda. En mi defensa, quiero replicar alguna de las conversaciones que se escuchan allí:

- *El otro día me vino a ver mi sobrino. Es mi único pariente. Vino a pedirme el cese a su nombre.*
- *¡Ah, qué suerte!*
- *Sí, la verdad que sí. Cesar sin nominar hubiera sido terrible.*
- *No hay nada mejor que cesar en favor de una persona querida y de la familia.*
- *No veo la hora de cumplir los cien para cesar de una vez.*
- *Sí, qué alegría. Da gusto estar en paz con uno mismo, y poder cesar en el momento correcto, no como otros…* -dice mirándome de soslayo, acusándome.

En fin, este es un diálogo inventado, pero no anda demasiado lejos de los que se escuchan.

A la una salgo del Centro y vuelvo a casa, caminando despacito. Me tomo una pastilla de encendido y una de apagado. En realidad, no tengo demasiado deseo sexual, la masturbación es una forma de pasar el rato y ayudar a actuar a la pastilla de apagado. El médico me ha dicho que una masturbación diaria es imprescindible para mantener la próstata saludable. Más tarde escribo, o mejor dicho dicto estas vacilantes líneas sin destino. Habitualmente no alcanzo a escribir más que un par de párrafos por día. Luego salgo a caminar en círculos, con Josby, esperando la hora de cenar. A las ocho de la noche me siento en alguno de mis restaurantes favoritos, tomo mi pastilla para facilitar la digestión, y empieza la hora gloriosa. Decido mi cena con el mismo cuidado con el que elijo la música que la va a acompañar. Generalmente elijo jazz de la década del cincuenta y sesenta del siglo XX. Los restaurantes que elijo son aquellos que permiten cenar en una cabina individual, donde la acústica está bien medida. Más tarde vuelvo a casa y miro viejas series de tv, películas clásicas, documentales sobre ciencia, hasta que hacen efecto las pastillas de apagado.

Mis amigos y amigas han muerto hace mucho tiempo, o tal vez no han muerto ellos y ellas sino la amistad en sí. Sólo lo tengo a Josby, que ahora me mira severo como diciendo "¡un poco de respeto, me llamo Hobsbawm!".

Hobsbawm tiene cuarenta y un años, edad muy infrecuente para un perro. Eso se debe a que tiene una cadera artificial, nanoagentes en la sangre manteniendo en regla sus cansadas arterias, varias intervenciones menores y varios reemplazos dentales. Una vez por semana lo ve un veterinario. A veces parece un poco cansado de vivir. A veces yo también lo parezco.

Hoy en día prácticamente toda enfermedad puede ser curada o controlada. Morirse de muerte natural es cada vez más difícil. Los accidentes son muy infrecuentes gracias a los avances en las normas de seguridad. El precio que hay que pagar por esta vida eterna es un aburrimiento sin límites. Hoy la principal causa de muerte es el aburrimiento; ese es el principal motivo por el cual la gente firma su cese. Creo que la perspectiva de enfrentar un año más de charlas durante almuerzos en el CRAMPE en algún momento llega a ser tan devastadora que uno termina firmando.

Josby me salvó la vida. Creo que conté que viví unos cuantos años de olvido. En un momento esto saltó a la vista de las autoridades y no me dejaron más alternativa que someterme a un sencillo tratamiento de un día en el cual por medio de una vacuna, mi cuerpo se volvió inmune al alcohol. La cura es indolora, definitiva. Sin embargo, quienes hemos pasado años en aquel oscuro país, caemos en desesperación cuando nos encontramos con que de repente tenemos que enfrentar la vida sin ningún amortiguador emocional, sin nada que nos aletargue. Entonces, más allá de la intervención, tuve que estar un horrible mes internado escuchando estupideces y sedado para poder dormir. Lo único valioso de esos días fue que me aconsejaron que adoptara un perro. Me parecía un disparate. Pero me presentaron a este cachorrito simpático y comprador, que en seguida me sedujo. Adoptar a Josby fue lo mejor que me pudo pasar. Y fue para mi recuperación mucho más decisivo que el grupo de autoayuda o el psicólogo charlatán.

Suficiente sobre mí. Cómo es la vida cotidiana de un joven adulto Alfa. Bien, la jornada laboral es de cuatro horas. La mayoría hace el trabajo desde sus casas y una vez por semana concurren a alguna oficina de la empresa o institución para la que trabajan a tener reuniones de control o socialización. La mayoría trabaja en el sector que antiguamente denominábamos "de cuello blanco", bancos privados y públicos,

comercialización y gestión, gobierno local y mundial, servicios varios. Los antiguos empleos "de cuello azul" han sido ampliamente automatizados y robotizados. Aun así, este es un punto débil de la organización social. Muchos de esos trabajos peor remunerados los hacen viejos NIG, a punto de pasar a retiro. Y por más abrumador y sofisticado que sea el aparato de propaganda ideológica, no han logrado convencer a los jóvenes de que esos trabajos, a los que consideran "cosa de NIG", sean deseables. De allí los siniestros planes del partido de Gabriel de crear MOGI, mano de obra genéticamente intervenida.

Los jóvenes Alfa también tienen un sistema de obligaciones sociales que deben cumplir si quieren conservar su crédito. Cumplida la jornada laboral, deben concurrir a sus Centros de Recreación, donde practican deportes y los someten a controles médicos, igual que a nosotros en los CRAMPE. El Gobierno hace un gran esfuerzo para que la gente joven se reúna, ya que las condiciones de la vida material tienden al aislamiento.

En algún momento de su joven madurez, los Alfa deciden que quieren formar pareja, y según su orientación sexual se reúnen y planifican. El amor romántico ha muerto y no seré yo quien derrame una lágrima en su nombre. Sin embargo, el mundo Alfa me resulta demasiado frío. Es como si nacieran casi sin intensidad emocional. Con el tiempo evaluarán el momento indicado para solicitar su derecho a tener a su único hijo o hija. Y cuando se aburren de su pareja, simplemente tienen algún amante o cambian de pareja. En realidad, según he leído, la tendencia es a que los miembros de la pareja vivan por separado, en lo posible más o menos próximos. De hecho, la mayoría de las personas busca pareja no más allá de diez cuadras a la redonda de sus domicilios, según leí.

En lo que los Alfa parecen volcar su libido es en la competencia deportiva y matemática. Hay todas las semanas torneos de cálculo matemático, y de manera para mí insólita, son espectáculos que reúnen gran cantidad de fanáticos. Los deportistas profesionales tienen

un gran reconocimiento social, llegando a ser verdaderos ídolos populares. Estos chicos Alfa viven compitiendo. Me pregunto si alguna vez en la vida se detendrán a pensar en qué sentido tiene la existencia, si reflexionarán sobre algo. Me da la impresión de que no, que la filosofía ha quedado en el arcón de los trastos viejos de la historia. Siempre parecen estar serenamente optimistas. Al menor síntoma de depresión o tristeza, hay una pastilla que de inmediato les devuelve la sonrisa de dientes inmaculados.

Un fenómeno curioso es el de los deportes de combate. Son por lejos los más populares. Los sábados y domingos ocupan las pantallas del mundo entero. Hay centenares de ellos cada día, y a veces en los bares se ven simultáneamente varias peleas en distintas pantallas. Hay también muy diversos deportes de combate, con reglas muy distintas. El más popular, el que acapara casi toda la atención, es el más brutal de todos. Es una pelea en un octágono cerrado. Los contendientes tienen algunos golpes prohibidos, pero por lo demás vale casi todo. Se lo promociona de la siguiente manera "Sólo uno saldrá de pie". Se trata de dos rounds de cinco minutos, con un minuto de descanso. Hay un árbitro, pero no hay jueces ni puntaje. Si al cabo de los dos rounds uno de los contendientes no ha acabado con el otro, se libra un vibrante tercer round libre, es decir hasta que uno de los dos quede fuera de combate. Uno o una, porque las peleadoras son tan populares como los peleadores. También hay tantas espectadoras como espectadores, y estos bares son un buen punto de socialización espontánea. He estado alguna vez en alguno de los bares de Alfa, azorado ante el nivel de violencia que alcanzan no sólo los peleadores, sino los espectadores. Parece ser el único momento de la semana en que les corre sangre por las venas. De más está decir que el espectáculo es en sí morboso. Una buena pelea es aquella en la que hay mucha sangre. Cuanta más sangre y dolor, mejor. La rotura de un brazo por una palanca es respondida por una ovación de la platea. Hay premios extra para las

peleas más sangrientas, y los peleadores que se dan por vencidos son repudiados y no vuelven a ser programados para otras peleas. Sólo uno sale de pie, y muchas veces ninguno de los dos. No es infrecuente que alguno de los contendientes muera durante el combate o a consecuencia de éste. La musculatura trabajada y entrenada sobre una base de ingeniería genética avanzó muchísimo, y tenemos pesos pesados perfectamente atléticos que pesan doscientos kilos, mientras los mentones y los cráneos siguen siendo los mismos de siempre. Hay estudios sobre este fenómeno de la masividad de las peleas, sobre el que ya me he extendido tal vez demasiado, pero parece ser que en la violencia los Alfa encuentran algún espacio de liberación de instintos, y me atrevería a afirmar que después de las peleas vuelven a sus casas con muchas más ganas de tener sexo.

…

Las figuras geométricas circulares se van transformando en otras figuras geométricas de manera paulatina, y los colores van cambiando, mientras una música con alguna vaga inspiración hindú acompaña el movimiento.

- A mí me gustan estos mándalas.

Dice Marcia, acostada al lado de Juan, después de haber pasado la tarde juntos.

- Yo siempre elijo el mar. Las olas llegando a la playa. Amo el mar.
- A veces me paso horas viendo programas hasta que elijo alguno. Este me gusta porque es medio hipnótico. Me relaja, me ayuda a dormir.
- Tendría que sacar a pasear a Josby – dice Juan, en un bostezo.
- Son las ocho – responde Marcia, mientras toma de la mesa de luz su ordenador pulsera y se pone a revisar si tiene algún mensaje.

“Tendría que sacar a pasear a Josby” fue un comentario ambiguo. No se termina de entender si Juan piensa sacarlo y volver, o si piensa sacarlo e irse a su casa. De hecho, el

comentario fue un tanto cortante, pero como Juan lo acompañó con un bostezo, podría interpretarse como “pucha, tendría que hacerlo, pero no tengo ganas”. El comentario de Marcia también fue bastante ambiguo, “son las ocho”, ¿y qué?, ¿escuchamos rock, cosa que al final no hicimos, o vamos a cenar por ahí? ¿O directamente fue un “son las ocho, es tarde, mejor andate”?

- En serio lo tengo que sacar a pasear, si no te vas a arrepentir.
- Bueno.

Juan sigue sin hacer ningún movimiento, y no alcanza a percibir si el “bueno” fue una expresión de alivio o de decepción. ¿Sabe Juan qué es lo que quiere, más allá de sus frustrados intentos por interpretar qué quiere ella? Sí, claro, Juan quiere salir corriendo ya mismo. La verdad es que acaba de tener sexo por primera vez en medio siglo. La idea de tener sexo era algo que había quedado en esa penumbrosa zona del pasado que no se recuerda ni se extraña, tan olvidado como sus guantes de arquero de futbol, o ir a bailar. El sexo era algo que ya no esperaba. No tenía nada que ver con sus masturbaciones higiénicas; eso no era sexo, o en todo caso no se parecía en nada a esto. Esto lo había llenado de vida y juventud, y estaba deseoso de salir a la calle a disfrutarlo. Quería caminar más erguido, sentirse pleno, con una sonrisa ancha, otra vez soy un hombre, otra vez me pasan cosas, otra vez estoy vivo.

Está Marcia, por supuesto. Marcia le gusta. Le gusta tanto que aún después de haber tenido sexo con ella, él se sigue sintiendo un poco tenso y tiene miedo de arruinarlo todo con algún comentario inapropiado. O que tal vez las indiscretas primeras luces de la mañana lo encuentren roncando y babeando, y dejen a la vista las marcas de la centuria en su cuerpo que la biomedicina se empeña en disimular con relativo éxito. Hasta ahora, las cosas salieron tan inesperadamente bien que se siente muy afortunado. Podría empezar de nuevo

con los arrumacos, y tal vez… pero como todo jugador afortunado sabe, es mejor retirarse antes de que se corte la racha.

- Marcia, lo que pasó fue fantástico. La pasé sensacional.
- Está todo bien, yo también la pasé sensacional y no me tenés que dar ninguna explicación. Para decirte la verdad, yo también prefiero dormir sola – dice Marcia, sonriendo.

Bueno, piensa Juan con alivio, no hay nada que temer, no he sido secuestrado ni tampoco tiré abajo la mampostería; no hay heridos, ni vencedores ni vencidos, cada uno por su lado y todos contentos. Juan se incorpora y empieza a vestirse.

Pero atención, yo quiero irme, pero también quiero volver a verla. Por ahí esta mina no me quiere ver más. Por ahí fue una tarde de locura, nada más, y ahora quiere que me borre y no quiere volverme a ver en la puta vida.

- Marcia, te invito a cenar el sábado. Yo cocino, ¿qué te parece?
- El sábado no.
- ¿viernes?
- El fin de semana no.

Dice Marcia, y a Juan le parece como si ella se debatiera pensando en dar alguna explicación que no quiere o no puede dar. Hace unos instantes Juan sólo pensaba en cómo escapar de esa ratonera y ahora siente que le han vedado el ingreso al palacio de la princesa. No termina de entender si el rechazo es absoluto, o es específico para el fin de semana, y teme preguntar. Qué complicadas son estas situaciones, recuerda de pronto Juan. Es una danza demasiado sutil en la que cualquier movimiento puede terminar ofendiendo a quien no se quiere ofender, o cargándolo de una expectativa tal que la otra persona tiende a salir

huyendo. Ahora recuerda por qué nunca se le dio demasiado bien, sobre todo si hay sexo de por medio. Decepcionado, se incorpora y empieza a vestirse.

- Juan, ¿qué te parece el lunes?

A Juan le vuelve a sonreír el alma.

- Lunes, claro, sí, cómo no.
- ¿Cocinás bien?
- Soy un genio. Hice como cuatrocientos cursos de cocina. Me muero de ganas de cocinar para vos. ¿Qué te gustaría comer?
- Elegí vos, super chef.
- Pero dame alguna pista, no me gustaría preparar algo y que después no te guste.
- Bueno, no compres carne de verdad, prefiero la sintética. Yo llevo el vino.
- Mejor traé las pastillas.

Marcia ríe, Juan ríe mientras se calza los zapatos.

- Te daría algunas para que experimentes, pero necesitás receta, son de uso muy restringido. En el prospecto dice que veces, unas horas después de la ingesta, pueden producir terribles erecciones capaces de durar días. No quisiera llegar el lunes y encontrarte en un estado ruinoso.

Dice Marcia exagerando su seriedad para luego estallar en una risa. Juan, ya vestido, le lanza una almohada a Marcia, quien sigue riendo.

- Juan, mandame tus escritos.
- Bueno, en realidad son borradores, medio desordenados, incompletos…
- Sin excusas, profesor
- … de acuerdo, te los mando.

- Genial. Seré una crítica implacable.
- En general, prefiero un público más bien complaciente.
- Ni lo sueñes.

…

<u>Economía - post capitalismo global, o capitalismo regulado</u>:

El resultado concreto de las políticas aplicadas por los gobiernos en la última etapa de la primacía de los NIG – lo que hoy se conoce como etapa oscura- podía verse en las calles de una ciudad cualquiera, como Buenos Aires. Miles de niños, ancianos, jóvenes pobres hasta la miseria, lisiados, personas con problemas mentales, todos viviendo y muriendo a la intemperie. Los que teníamos la suerte de no haber sido despojados aún de todo, nos volvimos inhumanos para poder salir todos los días y ser indiferentes a esas manos que se alzaban desde el barro pidiéndonos una ayuda. A algunos, transformarse en soberanos hijos de puta les habrá costado muy poco. Otros negociamos. Por ejemplo, yo decidí donar todos los meses el cinco por ciento de mi salario de entonces a una organización de beneficencia social; con esto me sentía un poco menos monstruoso cuando me abría paso entre la miseria para ir a mi trabajo, o cuando gastaba mi dinero en tonterías.

Podríamos discutir qué parte de la culpa y la responsabilidad tenía cada uno, si todos éramos víctimas de un fenomenal engaño, si acaso no podríamos haber hecho algo para detener a este capitalismo depredador y criminal. El Estado estaba muerto, o era tan débil que ya no podía ni siquiera ponerle mínimas reglas al capital, en beneficio de ordenar al mismo capital para su mejor reproducción. O quizá el Estado había perdido sus complejidades y pliegues desarrollados en décadas de asumirse como árbitro -nunca imparcial- de la lucha de clases, para volver a ser el instrumento sencillo de expoliación

que había sido en un principio. Y ante la muerte o degradación del Estado, y tal como lo había explicado Hobbes en el siglo XVII, el hombre había vuelto a ser el lobo del hombre.

En el breve tiempo de una generación, los nuevos jóvenes Alfa se hicieron con el poder con mucha facilidad. Esta nueva elite dirigente entendió rápidamente dos cosas: la primera era que el mundo estaba al borde de un abismo. La segunda era que la economía es un asunto político. De estas dos premisas se desprendían dos conclusiones: la economía global requiere un control político global y por lo tanto tiene que haber un gobierno fuerte que alcance a todo el mundo; la segunda premisa es que siendo que la economía es un problema político, había que plantearle políticamente a los antiguos sectores dominantes que estaban ante la disyuntiva de entregar algo para no perderlo todo, ya que su destino inmediato era, en el dudoso caso de que sobrevivieran al desastre, ser los señores de una roca seca que gira alrededor del sol. Algo a no perder de vista es que esos sectores dominantes estaban formados por los propios padres biológicos de la nueva elite Alfa. Me divierte imaginar que el futuro del mundo se decidía en la mesa de navidad de un par de miles de familias alrededor del mundo. Como sea que hayan sido esas discusiones, por primera vez en la historia los grandes ganadores aceptaron devolver una parte del botín y ponerlo a disposición de una élite joven que se movía más por urgencia que por perseguir alguna utopía. Esto se hizo obligando a las grandes corporaciones y Fondos de inversión a invertir en un nuevo Banco de Planificación Mundial, que fue el pilar para la constitución de la Federación de Naciones. Al nuevo mundo de los Alfa le hacía falta un sistema financiero enfocado en el desarrollo económico y social. Para eso, primero hubo que construir un Gobierno Mundial capaz de hacer una regulación general que hiciera imposible la existencia de lo que antiguamente se llamaba "paraísos fiscales" o "guaridas fiscales", donde se fugaba el dinero mal habido. Luego, definir la actividad financiera

como un servicio de interés público, de forma tal de desplazar a la búsqueda de lucro en el orden de prioridades. En esta línea, se establecieron normas para evitar la concentración de préstamos y depósitos en pocos bancos, la obligación de destinar parte de la cartera a pequeñas y medianas empresas, aquellas que el Estado considerara prioritarias desarrollar, y orientando el crédito hacia regiones postergadas y con una producción menos agresiva hacia el medio ambiente. Una vez establecida esta nueva regulación del capital, entonces sí estaban dadas las condiciones para la adopción de una moneda única, digital y no física, a la que habitualmente denominamos sencillamente "Crédito".

Pese a todas las dificultades la transición fue exitosa gracias a la firmeza con que la nueva clase política manejaba el timón.

<u>Sistema de gobierno</u>:

Los antiguos países siguen existiendo, conservan sus leyes, sus parlamentos y sus poderes Judiciales. Pero hay un gobierno mundial de la Federación de Naciones, constituido por los tres poderes clásicos, cuyas leyes son obligatorias para los Estados Nacionales. El poder legislativo se compone de dos cámaras. Se vota un elector por cada cinco millones de personas, y esos electores votan los doscientos diputados que componen la cámara. También se votan dos senadores por país. Lógicamente que esta arquitectura institucional tendería a sobre representar a los antiguos Estados Nacionales por sobre el número de población. Este problema se salda haciendo que el Senado sea una cámara más bien protocolar, menos determinante que la Cámara de Diputados, y que temas críticos se resuelvan en sesiones bicamerales. Estos cuerpos deliberan on line, y unos días en el mes

de agosto se reúne en alguna sede que cambia año a año para debatir en persona los temas de naturaleza extraordinaria o a fines ceremoniales.

El Ejecutivo es ejercido por un presidente que se vota a nivel mundial cada tres años, y cada ciudadano del mundo tiene un voto. El régimen es presidencialista. Esta solución, polémica, se prefirió por sobre la solución más europea de régimen de tipo parlamentario, alegando la urgencia y necesidad de tomar decisiones, para lo cual se necesitaba un Ejecutivo enérgico. El actual partido de gobierno se llama Humanista, y conserva el color naranja de los antiguos partidos humanistas como distintivo. El partido de oposición es el Ecologista, que también conserva el color verde de otras épocas. La diferencia entre ambos partidos es de matices, históricamente los humanistas están más preocupados por los derechos sociales y los ecologistas por la defensa de los ecosistemas. Últimamente, sin embargo, en el Partido verde, la tendencia más radicalizada, encabezada por Gabriel, parece estar por primera vez a punto de desbancar a lo que es una conducción conservadora moderada. En el partido naranja, la Senadora Martínez representa un ala más progresista que su conducción, que también es moderada.

Si uno atiende a la ingeniería institucional, al conjunto de representaciones que valorizan la tradición democrática delegativa, podría llevarse la falsa imagen de que el antiguo Occidente triunfó. No es así. Cuando la nueva elite llegó al Gobierno, adoptó sin ambigüedades el modelo económico chino. No había otra opción, había demostrado ser más dinámico y racional que el occidental, fue el triunfo definitivo de la economía planificada sobre la economía de mercado. La idea de los jóvenes Alfa fue conciliar el sistema económico de oriente con el sistema político de occidente.

El Estado está por sobre todas las corporaciones. El Estado puede decidir qué sectores deben ser estimulados, cuáles son los límites dentro de los que puede actuar el capital

privado, siempre orientado en beneficio de lo que el Estado considere más conveniente. Fue clave una reforma impositiva que gravaba a las ganancias de las corporaciones, de forma tal que a estas les convenía mantenerse dentro de ciertos márgenes de utilidades más que crecer. A modo de compensación, las corporaciones empezaron a gozar de una cobertura de seguros por parte del Estado. Un ejemplo: a una empresa que produce acero, le conviene más desarrollar e instalar un sistema de producción de menor impacto ambiental y aplicar así a la reducción del pago de sus impuestos de manera significativa, que aumentar la producción con la vieja maquinaria. En otras palabras, la idea era cambiar crecimiento económico por calidad de vida. Esto requería el decrecimiento de la población, cambios en los patrones de consumo, modelos de vida más austeros y saludables, y la mejora de las condiciones de vida de la población en general sobre la base de una redistribución de la riqueza más racional y equitativa.

La revolución de la agroindustria:

Aquí sí que se operó una verdadera revolución. Al incentivar la producción de carne sintética y desalentar la explotación de animales en los campos, se dio el puntapié inicial para una serie de cambios que modificaron desde el comercio mundial hasta la fisonomía de buena parte del planeta. No se trata sólo de las tierras liberadas de sostener animales, sino que mucho más importante es la enorme cantidad de campos de cultivo antiguamente dedicados a producir alimento para ganado, como las siembras de soja, por ejemplo, que ahora quedan libres. La producción intensiva de soja significaba una parte importante de la contaminación por agrotóxicos. Al frenarse abruptamente ese proceso se detuvo, además de la contaminación, el avance sobre los últimos bosques y selvas.

Nuevamente: no fue el avance tecnológico per se lo que resultó revolucionario, la carne sintética existe desde que yo era joven, sólo que nadie la consumía. Lo que cambió las cosas fue una política de Estado que fue capaz de trazar un plan de acción, que enfrentó grandes intereses, y los derrotó. A partir de subsidiar la producción de carnes sintéticas y abaratar su costo a cero, y de apoyar su consumo con una campaña publicitaria sostenida y apabullante, el resultado fue un aumento brutal del consumo.

Este proceso estuvo sobre determinado o fue concurrente con los efectos devastadores del cambio climático, que hacía mucho más incierta la producción agrícola. La alternancia de inundaciones y desbordes de ríos y arroyos con años de sequía, sumados a los efectos secundarios de este cambio climático, con efectos diferentes según la región, provocó la ruina de muchas tierras de cultivo, y la reorientación de la biotecnología aplicada a la producción agroalimenticia hacia productos menos dependientes de las condiciones climáticas. Así la producción de carnes sintéticas venía a dar una respuesta a un problema acuciante.

El gobierno fue desatando el nudo con paciencia oriental, compensando parcialmente a los terratenientes, formando cooperativas para comprar sus tierras devaluadas, dándoles años de gracia impositiva a las industrias cárnicas para reconvertirse, vinculándolas a laboratorios, y otras políticas activas que escapan a mi conocimiento o sería engorroso detallar.

Repartiendo tierras en cooperativas y dando facilidades para levantar enormes invernaderos a salvo de las inclemencias de los climas sublevados, la fisonomía del mundo fue cambiando. Hay un florecimiento de la producción campesina, pero con alto nivel tecnológico y apoyo estatal. Se lanzó una consigna que en mayor o menor medida se cumple: el setenta por ciento del alimento que consume una persona debe estar producido

a no más de doscientos kilómetros a la redonda. Esto permite comer a menores costos terminando con el hambre, acaba con la contaminación fruto de la producción de gases de los animales, baja la contaminación por fertilizantes y agrotóxicos, disminuye a casi cero el costo del trasporte y su propio impacto ambiental.

Estos fenómenos de la llamada "revolución agrícola" fueron contemporáneos y se retroalimentaron con cambios en el patrón de población a escala mundial, fomentados además por la política de asignación de cupos de natalidad. Hoy, salvo algunos barrios muy exclusivos, las grandes ciudades melancólicas son habitadas mayoritariamente por viejos NIG y jóvenes bohemios.

<u>Los años dulces</u>:

Progresiva y rápidamente desaparecían las manos suplicantes de las calles de Buenos Aires, y transitar después de la caída del sol dejaba de ser un riesgo mortal. Hubo en todas las grandes capitales y ciudades una serie de planes orientados primero a dar refugio inmediato, luego planes sociales supeditados a capacitación laboral para los sectores juveniles (serían la última generación de NIG), más tarde planes de radicación con trabajo asegurado en ciudades más pequeñas con nuevas empresas planificadas por el Estado. Todo esto ocurrió en el plazo asombrosamente breve de cinco o diez años.

En lo económico teníamos esta especie de capitalismo moderado, dirigido desde el Estado, forzado a repartir y subordinado al poder político. Los ricos seguían siendo ricos, los pobres seguían siendo pobres. Pero los pobres ya no pasaban miseria. Paulatinamente vimos aparecer una sociedad de dos polos cada vez más nítidos: Alfa ricos / NIG pobres.

Alfa jóvenes / NIG viejos. Alfa hacen trabajo calificado y profesional / NIG hacen trabajo simple, o desarrollan un oficio, o viven del seguro social.

Los festejos por los diez años de la creación de la Federación fueron un hito, y se organizaron a toda pompa en todas las latitudes. Nunca antes la humanidad entera había festejado junta, y creo que nunca más lo hará. Todo el mundo quería salir a la calle, ahora que el peligro de los contagios masivos de pandemias, las enfermedades de transmisión sexual, la miseria y la inseguridad habían remitido de manera notable. Creo que por aquellos días la humanidad empezó a tomar conciencia y a gozar de esta nueva forma existencial que consiste en saber que la muerte ocurrirá sólo cuando uno lo decida, lo que no significa inmortalidad, pero nos aleja de la sensación de aterrada perplejidad frente a lo frágil y contingente que es la vida. Y eso era parte de lo que se celebraba, porque para esa época toda forma de cáncer o enfermedad mortal podía o bien ser curada mediante drogas de gran precisión diseñadas para cada paciente, o en el peor de los casos transformarse en una dolencia crónica pero tratable.

Para cuando la fiesta acabó y vino la hora del balance, empezamos a preguntarnos en qué clase de mundo estábamos viviendo. Para todos era evidente que habíamos experimentado, de manera pasiva, una revolución. Una revolución planificada desde arriba. Los Alfa aún no se contaban por millones sino apenas por cientos de miles, pero pronto engrosarían su número para dejar de ser una casta o una elite para convertirse, en unas décadas, en la completa humanidad. Para acelerar ese proceso, se ponía en marcha la última fase de la política de control demográfico: la NPRS.

…

Juan entra al restaurante, siempre acompañado por Hobsbawm. El local está a pleno este mediodía de sábado. El tiempo acompaña y hay un aire optimista en el barrio histórico de

San Telmo, donde pasean turistas de los más extremos rincones del planeta. El restaurante es elegante, y aunque no tiene cabinas privadas, hay una buena distancia entre mesa y mesa, lo que permite que muchos concurrentes hayan traído a sus perros, correctamente educados, como manda la ley de animales domésticos.

Los comensales, a medida que reparan en el ingreso de Juan, comienzan a aplaudir de manera espontánea. En principio Juan no entiende lo que pasa, aunque de pronto lo entiende todo. Sí, claro, esos aplausos son para él. Es el reconocimiento social a un hombre mayor, triunfador y responsable, una tradición; por lo visto, el personal del restaurant ha advertido a todos de que hoy es el cumpleaños más especial de su vida. Juan agradece con un breve gesto, esperando que el simpático episodio, tan incómodo para él, se disipe y se olvide lo más pronto posible.

Bruno sale a recibirlo con un abrazo.

- Hola Papá. Felicidades.
- Hola Bruno.

Bruno tiene cierto aire de parentesco con Juan, su padre, aunque parece sólo apenas diez o quince años más joven que él. Bruno conduce a Juan a una mesa, en la que espera Ana. Ana también parece de unos treinta y pico. Juan calcula rápidamente que su joven hijo Bruno debe tener más de setenta años, y Ana debe estar en sus cincuenta. Ana va al abrazo con Juan.

- Hola Juan. Cómo estás. Feliz cumpleaños.
- Gracias Ana, ¿vos cómo estás?
- Yo muy bien. Quería agradecerte por este gesto. Es tan conmovedor, siempre voy a estar agradecida.

Ana lagrimea. Juan hace un gesto de asentimiento.

- Yo también, papá – dice Bruno.

Juan entiende que va a ser un mediodía pleno de momentos incómodos. Así que se sienta sin más a la mesa, y les hace un gesto invitándolos a Bruno y Ana a hacer lo mismo. Hobsbawm ya se ha echado debajo de la mesa, sin necesidad de ninguna invitación. Llega un carrito robótico con una botella de champán adentro de un nivelador de temperatura que indica “8 grados”, junto con tres copas. Bruno abre la puerta del nivelador, toma la botella y la empieza a descorchar.

- Hoy es un día para celebrar.
- Hay algunos detalles de los que hablar, Bruno – dice Juan, que quiere ir al grano para luego dedicarse a comer sin preocupaciones.
- Seguro. Nosotros también tenemos algunas propuestas. Te imaginarás que en el futuro nuestras vidas van a cambiar radicalmente… -sugiere Bruno.
- Y eso implica también una serie de gastos… -completa Ana.

Encima me van a pedir plata, piensa Juan con desagrado. Bruno termina de descorchar y empieza a servir tres copas de champán.

- ¡A tu salud, padre!

Los tres beben un trago.

- Bueno, queríamos plantearte si podés hacernos una donación en vida. De esa forma nosotros podríamos empezar a planear nuestro futuro con más tranquilidad.

Juan, fingiendo indiferencia para disimular cierta indignación que empieza a crecer en él, toma una botella de agua, sirve en el plato plástico de Hobsbawm, y se la acerca al perro.

- Usted brinda con agua, compañero, el alcohol le hace muy mal – le dice Juan a su perro, desentendiéndose deliberadamente de la charla con Bruno y Ana.

Bruno no percibe o no le importa el malestar de Juan, y retoma:

- Te decía, hacer una donación en vida, porque además nos ahorramos los trámites de sucesión. Sabés lo que cuestan esos trámites...

Juan asiente. Más allá de su disgusto con la situación, lo que Bruno plantea es razonable.

- Y si nos transferís una parte de tu Crédito Social durante los próximos meses nos vendría muy bien.

Juan vuelve a asentir.

Entonces Ana, de pronto emocionada hasta las lágrimas, en un ahogo alcanza a decir:

- Juan, te agradezco tanto que hayas firmado el cese a nuestro nombre. Estoy tan contenta de que vamos a tener un bebé. Además, era ahora o nunca, porque nuestros embriones llevan más de diez años congelados y si no nos decidíamos los descartaban. ¡Esperamos tanto este momento! Gracias Juan.
- El niño o niña por supuesto, se va a llamar Juan o Juana – acota Bruno.
- Lástima que no lo voy a conocer – dice Juan, de pronto ganado por la tristeza.

Bruno vuelve a levantar su copa en señal de brindis.

- Bueno, lo más importante. Hobsbawm. Necesito que se hagan cargo de él cuando yo ya no esté.

Bruno y Ana se miran un momento como no entendiendo bien, luego sonríen, cómplices, como si acabaran de oír alguna tontería de un señor senil.

- Josby será un gran compañero para él bebé – insiste Juan, que empieza a entender que Bruno y Ana tienen otros planes.
- Papá, Hobsbawm es un perro viejo, lo mejor va a ser ponerlo a dormir.

Entre la sorpresa y la indignación, Juan no puede creer lo que escucha.

- A ver, te estoy dando mi vida para que puedas ser padre y ni siquiera te podés hacer cargo de Hobsbawm.
- Vamos a estar económicamente ahogados, no nos podemos hacer cargo de un perro que dos por tres necesita prótesis nuevas que salen una fortuna.
- No puedo creer que sean tan egoístas.
- Papá, no seas caprichoso.
- No soy caprichoso, tengo una responsabilidad con mi compañero, no puedo creer que no puedas entenderlo.
- No hablemos de responsabilidades…
- ¿Qué me querés decir?
- No me hagás hablar.
- No, no, hablá, decí todo lo que tengas para decir.
- ¿Vos hablás de responsabilidades? Te recuerdo que alguna vez tuviste un hijo y no le diste pelota, ¿te acordás? Lo ignoraste durante toda su infancia. Claro, estabas muy ocupado ahogándote en whisky. Y ahora el irresponsable soy yo porque no me quiero hacer cargo de un perro pulgoso.
- Pero te estoy cediendo mi cese…
- Sí, ya te lo agradecí. Te lo agradezco de nuevo. Pero es lo que haría cualquier ciudadano responsable. Cualquier padre de verdad. Te tuve que insistir durante años, y parece que por fin lo entendiste. Bravo.
- No lo hago por una sociedad que me importa un huevo, lo hago por vos.
- Lo tomo como un acto de reparación. Me das la oportunidad de ser padre y prometo ser mejor padre de lo que vos fuiste.

- Te cedo mi cese, vengo acá y lo único que encuentro son mangazos e insultos.

Juan se para, indignado. Tira la servilleta sobre la mesa.

- Olvídense de mí, no les firmo nada, ni donación en vida, ni Crédito, ni una mierda.

Juan se levanta y se va, mientras parsimoniosamente lo sigue Hobsbawm.

En ese preciso momento llega el carrito robótico con una torta que dice “Feliz último cumpleaños, Juan. Ana y Bruno te agradecen. Toda la sociedad te valora.”

Ana, que no pudo intervenir a medida que la discusión escalaba, ahora estalla.

- Sos un pelotudo
- ¿Ahora la culpa es mía?
- ¿De quién más?, imbécil. Tendríamos que haberle dicho que sí a lo del perro y después lo poníamos a dormir igual. Pero vos te sacaste.
- Es que él me saca, es un viejo de mierda, un hijo de puta, toda la vida fue una mierda, lo odio con toda mi alma.
- Sólo había que seguirle la corriente por un rato, decirle que sí a todo, ¿tanto te cuesta entenderlo?

Bruno piensa un momento y ya más calmo entiende que Ana tiene razón.

- No te preocupes, Ana, lo más importante, el cese, ya lo firmó. Y eso no tiene vuelta atrás.

Juan está en el living de su casa preparándose para sacar a pasear a Hobsbawm. Una ventana en su pared pantalla alerta: “Llamada entrante”, acompañada con una grabación de Marcia saludando y riendo desde un jardín, que es su imagen de identificación y que se

repite incesantemente. Con el simple gesto de abrir la mano, acepta la llamada y se abre la imagen de Marcia en el living de su casa.

- Hola Marcia.
- Hola Juan, ¿estás ocupado?
- Para nada, voy a sacar a pasear a Josby y después voy a escribir un rato.
- Qué bueno. Justamente de eso te quería hablar. Estuve leyendo lo que me mandaste... ¡muy interesante!
- ¿En serio?
- En serio. Muy buen análisis. Me gusta la forma en que lográs explicar todos los cambios de los que fuimos testigos como parte de un proceso; a veces, en la cotidianeidad, uno tiende a pensarlos como hechos aislados, pero no, tienen una lógica de conjunto.
- Eso creo.

Juan abre la puerta de casa y sale con Hobsbawm, mientras le hace un gesto a Marcia de que continúa la comunicación por su ordenador pulsera.

- Aunque debo objetar que tu interlocutor es siempre masculino. A veces parece que te acordaras y agregás un “lector o lectora” como pidiendo disculpas, pero…
- No estoy escuchándote hablar en lenguaje inclusivo, si de eso se trata. Me sigue costando, sobre todo cuando escribo, pero tenés razón, tengo que actualizarme.
- Nuestras dificultades con el lenguaje inclusivo son generacionales, lo entiendo. Hubo una resistencia de décadas, hasta que los Alfa lo promovieron como idioma oficial ¿No serás de aquellos viejos NIG cavernícolas que se siguen oponiendo?

- No, te juro que no. Seré cavernícola por edad, pero no por posición política, eso no. Les jóvenes de hoy ya lo incorporan como lengua materna.

Llega el ascensor. Juan sube y marca el botón para ir a planta baja.

- Lo mejor del texto es cuando hablás desde tu experiencia personal, en especial tu experiencia con el joven Gabriel. Lo que me impacta es que creo que todos lo vivimos así. El mundo cambió de repente, no lo vimos venir, y ese cambio era irreversible… todo fue tan imperceptible y a la vez tan abrupto…

Juan se siente halagado con la atención que Marcia ha dispensado a sus borradores, mientras sale a la calle y Hobsbawm se apresura a saludar a su árbol más querido.

- Tu texto devela lo que se esconde detrás del discurso del poder. Detrás de todo este consenso respecto de un mundo unido, preocupado por la ecología, la paz universal, por oportunidades para todos, lo que se oculta es el genocidio de una subespecie y la inminente creación de otra subespecie de esclavos.
- Nada está oculto, todo está expuesto, eso es lo más brutal.
- Verdad, es como el reverso de la moneda, ambas cosas son ciertas y están a la vista –dice Marcia, pensativa.
- Exacto. La cara linda no puede existir sin la cara fea. Para seguir sosteniendo a flote la utopía tienen que echar lastre por la borda y traer marineros esclavos.
- Gran trabajo. Sin embargo…
- Siempre hay un “sin embargo”.
- Me pediste una lectura crítica, la tendrás.
- De acuerdo, eso es lo que espero.

- Bien, ante el panorama que describís surge la pregunta "¿y entonces qué hacemos?" Y no escucho respuesta.

Se produce un segundo de silencio. Recién ahora Juan cae en la cuenta de que, tras los halagos, hay una crítica filosa.

- ¿Cuál es tu respuesta ante el estado de cosas que describís? - insiste Marcia.

Juan no tiene ninguna respuesta. Él sólo se propuso trazar un cuadro de los años que le tocaron vivir; historiar, no hacer sociología. Ya no cree, como en su juventud, en una filosofía de la historia, en la idea de que de la historia se deducen leyes "científicas" que puedan llevar a conclusiones para el futuro. La historia no es predictiva.

- No tengo una propuesta para cambiar el mundo.
- ¿O sea que las cosas son así, y ya?

Juan se detiene, pone frente a sí su pulsera, para que la cámara lo tome cuando por toda respuesta se encoje de hombros. Marcia queda pensativa.

- Es muy descorazonador.
- Marcia, vivamos nuestras vidas con felicidad. No se me ocurre otra respuesta.
- ¿No tenemos una responsabilidad hacia los demás? En particular hacia todos los NIG que van a ser sacrificados, hacia todos los que van a nacer para ser esclavos.

Juan se siente sermoneado. Prefiere callar lo que piensa, que es que los NIG no merecen ni desean que nadie los defienda y que, si la sociedad vota con entusiasmo a favor de fabricar esclavos, entonces lo único que cabe hacer es encerrarse con una buena provisión de pastillas de encendido hasta que el mundo se apague.

- ¿Sigue en pie la cena del lunes?
- Sí, claro.

- Pero cuidado, no des todo por sentado, más vale que te esmeres con ese plato.
- Seguro, no tendré una solución para los problemas de la humanidad, pero cuando me pongo a cocinar me supero.
- Ah, algo más. Tu sentido del humor…
- ¿Qué pasa con mi sentido del humor?
- A mí no me engaña. Cuando contás cómo terminó tu carrera docente, el episodio ese con Gabriel… aunque trates de hacerte el gracioso, yo puedo ver que te dolió muchísimo. Yo creo que vos amabas la docencia, que los adolescentes no te parecían para nada una piara de estúpidos indolentes. Debe haber sido un dolor muy grande para vos tener que irte denigrado por una calentura de un momento.

Juan no responde, pero lo que ella dice es verdad.

- Puedo leerlo entre líneas. La docencia era tu vida. Y te echaron de tu propia vida. Fue muy injusto, no te lo merecías.
- Esto se está poniendo un poco incómodo.
- Cierto, pasan los siglos, cae el patriarcado, pero los hombres siguen tratando de mostrarse invulnerables.
- Ahora se está poniendo muy, pero muy incómodo.
- Okey, no te incomodo más. Dulces sueños, Juan. Dormí bien, nos vemos el lunes – sonríe Marcia, acompañando la sonrisa con un guiño de ojo.
- Que duermas bien.

Marcia hace un gesto con la mano de mandar un beso y a la vez cortar la comunicación.

Juan se detiene, toma de su bolsillo una bolsa y recoge las deposiciones de su perro, para tirarlas en un cesto de basura. ¿Qué voy a hacer con vos, Josby?, ¿quién te va a querer,

perro viejo que sólo sabe comer y cagar, y dar lambetazos, y alegrarme la vida y ser mi amigo?

En su pulsera aparece una llamada de Bruno. Juan no atiende.

Las pantallas de los edificios de la ciudad reflejan una bella coreografía de líneas flexibles que van mutando de color y grosor, y cuando predomina el color dorado, a Juan le sugiere espigas de trigo meciéndose por el viento en algún campo en donde nunca estuvo. Y por asociación, recuerda momentos de su infancia, veranos al aire libre en la casa de sus abuelos en algún pueblito perdido del sur de Buenos Aires, no muy lejos del mar. Un siglo entero ha pasado desde esos días. Esos bellos días donde el porvenir era tan ancho como el océano. De repente, un estremecimiento lo recorre. Incontenible, una sensación de angustia le estalla en el pecho y los ojos se le llenan de lágrimas. ¿En serio me voy a morir? Firmé mi cese como si estuviera vendiendo un auto viejo. Entendía perfectamente lo que estaba firmando, pero no lo sentía, no lo hacía consciente. De verdad me voy a morir pronto. Es increíble.

Decide que ya es hora de volver a casa. Trata de salir del extraño estado de conmoción que de pronto lo ha asaltado, pero las manos le tiemblan. Nunca le habían temblado las manos. Mira las luces de la ciudad, ¿todas se van a apagar? Sí, todo se va a apagar en un instante. Un ladrido seco de Hobsbawm lo hace reaccionar. El perro está allí a su lado, le ha ladrado mirándolo a la cara. Juan entiende que el perro ha percibido que algo le pasa; el animal es muy sensible al lenguaje que comunica la correa y debe haber sentido la inusual tensión con que Juan la sostiene, o aún el temblor de sus manos, así que allí está, preguntándole qué le pasa, si se siente bien, si lo puede ayudar de alguna manera. Juan le hace una caricia en el lomo, y basta el contacto con la piel del animal para que la tensión en Juan se disipe y las

manos le dejen de temblar. Está todo bien, compañero, ¿te molesta si en vez de ir a cenar, volvemos a casa y pedimos comida?

Juan vuelve sobre sus pasos en la noche silenciosa. Trata de pensar en qué cocinará para la cena del lunes, trata de evocar el cuerpo de Marcia entre sus manos, o de distraerse mirando las pantallas que ahora repiten círculos que se mueven y chocan entre sí y explotan y desaparecen como pompas de jabón. Pero no hay caso, se va a morir. La muerte ya no es una especulación, no es algo que está en un futuro indefinido, no, me voy a morir y recién ahora me entero. ¿Por dios, qué hice?, ¿por qué firmé esa mierda?

Juan llega a casa, suelta la correa de Hobsbawm, quien va lentamente a beber de su plato, mientras Juan se quita los zapatos y se deja caer en el sillón. En su pared pantalla ha quedado la imagen de identificación de Marcia, saludando una y otra vez desde un jardín. En otro rincón aparece Gabriel dando un discurso. Hay una llamada entrante: la pantalla muestra la imagen de Bruno. Juan borra de un manotazo a Gabriel y a Bruno, y expande la imagen de Marcia a todo lo ancho de la pared. Se queda mirando a Marcia.

- Yo no me entrego, Josby. Y vos tampoco. A algún lado nos vamos a escapar.

Y el animal percibe que Juan ha tomado una resolución que lo ha sacado al fin del estado de alteración en el que estaba, y entonces le responde con un ladrido que Juan sabe que significa “así me gusta, acá no se entrega nadie”.

Juan entra al comedor del Centro de Recreación. Le ha tocado almorzar en la mesa tres. Sin embargo, ve que en otra mesa se ha encendido el nombre de Carlos Ruli. Carlos Ruli se sienta a su mesa, junto con un hombre y una mujer. Queda un lugar disponible porque Josefina Valle no se ha presentado. Juan va a sentarse a ese lugar.

- Hola Ruli.

Ruli mira a Juan con desconfianza. Juan lo percibe.

- Soy medio mala onda, lo sé, pero nunca mordí a nadie.

Ruli mira a Juan sin salir de la suspicacia. Juan decide ir directo al asunto.

- Mirá, Ruli, la otra vez que nos tocó sentarnos a la misma mesa, escuché que le contabas a no sé quién que tu hermano se había fugado a una isla…
- No sé si decir que se fugó, digamos que se fue. No es nada ilegal.
- Bien, no es nada ilegal.
- No. Cualquiera puede circular libremente por donde quiere, dentro de su país.
- Pero vos decís que esta isla está al margen de todo.

Ruli asiente, sin decidirse a confiar en Juan.

- Dale Ruli, no me la hagas tan difícil, contame…
- Al sur de la Provincia de Buenos Aires, más o menos frente a Bahía Blanca o Punta Alta, hay un archipiélago helado. El mar es bravo, está lleno de tiburones.

Un joven que cumple su año de servicio social como enfermero se ha acercado a la mesa.

- Discúlpeme, Juan, pero esa es la silla de Josefina Valle.
- ¿Está Josefina Valle? – dice Juan, con fingida inocencia.
- No, hoy no se sentía bien.
- ¿Entonces?

Hay un momento de tensión. Ruli mira con los ojos exageradamente abiertos, sin decidirse a tomar ninguna actitud. El hombre que los acompaña mira hacia un costado, como si allí hubiera algo de su interés. La mujer lanza un resoplido como una queja, y mira al enfermero dándole su apoyo y suplicándole silenciosamente que ponga orden. Juan se ha

quedado mirando al enfermero. No es una mirada desafiante ni suplicante, es más bien una mirada firme que advierte que no se va a dar por vencido.

- Usted tiene su lugar, hoy le ha tocado la mesa tres.
- Pero quiero hablar con mi amigo Ruli.

Juan se repantinga en la silla, como diciendo “este lugar es mío”. La mujer hace un gesto de negación, comprendiendo que el enfermero no tiene la voluntad suficiente para sacarlo a Juan por la fuerza.

- Me están diciendo siempre que tengo que socializar más, que deje de ser tan callado, y ahora que hice un amigo me quieren mandar a mi mesa.
- La idea es que todos los días hable con gente distinta.
- Bueno, pero hoy empecé con Ruli, mañana hablo con quién usted quiera.

El enfermero decide no insistir, qué le importa ese viejo NIG de mierda. Da media vuelta y se retira.

- Ruli, hablame de esa isla.

Ruli parece hacer un esfuerzo por recordar algo, luego dice:

- Anadna. La isla se llama Anadna. Hay pingüinos.
- ¿Pingüinos?
- Pingüinos.
- ¿Y qué más?
- Ahí está mi hermano. Debe seguir ahí. Se fue con otros cuando cumplió cien porque no estaba de acuerdo con… - Ruli se encoje de hombros.
- Con la NPRS y el suicidio inducido.

Ruli parpadea denotando temor, “suicidio inducido” le resulta inadecuado, subversivo.

- ¿Cómo viven ahí?
- Están locos.
- ¿Locos, por qué?
- Viven como la mierda. No tienen Crédito, ni asistencia médica, nada. Envejecen como lo hacían nuestros abuelos, se vuelven grises y arrugados, se encorvan. Es repugnante. Y se mueren de enfermedades que podrían evitar. Es lo más rematadamente estúpido que vi en mi vida.
- ¿Vos estuviste ahí?
- Fui a buscar a mi hermano. A convencerlo de que volviera. ¡Pero el tipo estaba contento! En un año parecía haber envejecido cincuenta, sin colágeno y grasa inyectada la cara era un papiro egipcio. Y salía con otros en un bote a tirar las redes al mar, volvían congelados. Todos los días. Yo le preguntaba ¿por qué José? Y él me decía "porque amo la libertad", "¿qué libertad, la libertad de cagarse de hambre y de frío?" "no me voy a morir sólo porque cumplí cien años" "te vas a morir igual pelotudo, sólo que, si volvés te morís bien, en paz, sin dolor, dejando todo en orden, en cambio acá vas a dejar los huesos para que los caguen los pingüinos"

Ruli calla. Se ha angustiado a medida que rememoraba la conversación con su hermano.

- Estuve apenas dos días. No lo detectaron. Igual, no pasa nada. A menos que te quedes.
- ¿Cómo es eso?
- A nadie le importa que exista la Colonia en Anadna. Si unos viejos NIG quieren ir a hacerse los hippies, no le importa a nadie. Ahora, si no hacés ningún consumo en quince días te ponen en lista y te piden prueba de supervivencia. Y ahí ya está. Estás

muerto. Si no aparecés te cortan el Crédito. Y si aparecés después, te aplican el protocolo de seguridad: no te dejan volver porque dicen que estás infectado. La gripe del pingüino o cualquier otro invento. Por eso podés estar un par de días nomás. Fue todo al pedo, no hubiera podido traer a José de vuelta ni aunque él hubiera querido volver, pero yo entonces no lo sabía, me enteré ahí.

Juan queda pensativo. Ruli se concentra en su plato, y luego, sin mirar a Juan confiesa:

- Te juro que fui con ganas de quedarme. Si me hubiera gustado lo que veía, me hubiese quedado. Pero no. Es horrible. Para eso prefiero esperar unos meses más, hasta mi próxima cita, firmar mi cese e irme como debe ser.

En la tarde, casi noche, Juan bebe su té mirando en su pared pantalla imágenes de la isla Anadna. Se trata de una pequeña isla de apenas dos por dos kilómetros, dentro de un archipiélago donde las islas más grandes son Trinidad, Bermejo, Embudo y Wood, pero hay otras innumerables islas menores. Hay algunas fotos antiguas. Por lo que se puede ver, es una isla arenosa, llana, cubierta de pastizales. No se ven árboles, sí algunos arbustos aislados. Momento, ahora se ve una palmera. ¿Qué hace una palmera en este hábitat? En ninguna fotografía se ve ningún pingüino. Lo que más sorprende es la escasísima información que hay sobre Anadna. Más aún, cada vez que Juan busca información parece como si la red actuara deliberadamente conduciéndolo a cualquier otro sitio. Y esto es un poco sospechoso. Casi no hay información, toda la que hay tiene una antigüedad de por lo menos cincuenta años. Para mayor confusión, a veces aparece como Isla Ariadna, y Juan ya no sabe si es la misma isla o son dos islas distintas en el mismo archipiélago. En Google Maps aparece como Isla Anadna y no aparece ninguna Isla Ariadna, así que debe ser la misma y Juan le da la derecha a Ruli y a Google; debe ser Anadna nomás.

Juan trata de acercarse lo máximo posible a la superficie con el buscador. No se ve nada. Sólo verde musgo, gris amarronado. No se distingue ninguna construcción, ningún parcelamiento de tierras. La isla parece desierta, pero es sospechosa la falta de nitidez que muestra Google aquí, mientras en otros lugares da detalles de acercamiento muy precisos. Sin embargo, Juan no es un hombre proclive a las ideas conspirativas y decide que lo que ocurre es que Anadna es una isla tan irrelevante, seguro que poco acogedora, en cierta forma absurda, y por eso a nadie le importa y no hay ninguna información sobre ella. Es decir, Anadna es un gran lugar para fugarse.

- ¿Nos vamos de campamento al fin del mundo? ¿qué te parece, Josby?

En la mañana perfumada de flores que preanuncia la primavera, Juan sale a la calle acompañado por Hobsbawm. Se siente de buen humor; esta noche cocinará para Marcia. Podría haber hecho las compras desde el living de su casa, en una visita virtual al mercado, y le hubieran enviado lo comprado en no más de una hora. Pero Juan ha decidido que quiere pasear entre las góndolas, palpar y oler la fruta que va a comprar, esperar un rapto de inspiración para decidir cuál será el plato de esta noche. Es temprano y el mercado está desierto de clientes. Juan va adelante, Hobsbawm y el carrito automático de las compras lo siguen.

El punto fuerte del plato a preparar es la proteína, así que Juan va a la góndola de carnes sintéticas. Mira y vuelve a mirar hasta que finalmente se decide por un pedazo de carne de cordero sintética de más o menos medio kilo. ¿A Marcia le gustará la comida agridulce? porque Juan está pensando en hacer el cordero a la manteca, con una salsa de cerezas, impactante desde lo visual, de un sabor cautivante. Pero no, tal vez sea demasiado arriesgado, no todo el mundo gusta de esas combinaciones. Después de pensarlo un rato

decide que será valiente y se arriesgará. Será valiente pero no tanto como para decirle la verdad a Marcia. Debe decírsela, no puede seguir engañándola. Pero no hoy. No hoy. Hoy tengamos la fiesta en paz. Cena, pastillas, sexo. Sí. Y cuando llegue mañana, ¿cómo se lo dirá? Mirá Marcia, me olvidé de decirte, esa tarde en que nos conocimos, yo firmé mi cese. En unos meses me retiran de circulación. No sé cómo no te lo dije antes, se me pasó, ¿querés un café o preferís un licorcito? No, no te preocupes, me arrepentí y me voy con Hobsbawm a una isla de mierda en el medio del mar de los tiburones, ¿te venís con nosotros? La guarnición: papas noisette. Ricas, elegantes, van bien con cualquier proteína. Las puede acompañar con una crema de ciboulette, bien aromática. Juan va hacia la góndola de frutas y verduras y elije cuatro o cinco papas negras, ¿te venís con nosotros a la isla del terror, Marcia? La vamos a pasar genial. Cuánto podemos durar nosotros los centenarios sin nuestros controles médicos semanales, sin nuestras inyecciones de colágeno, de calcio, de vaya a saber cuántas otras vitaminas. Cuánto tiempo vamos a durar antes de sentirnos como lo que de verdad somos: animales viejos, animales que excedieron el tiempo de vida que dictaba su genética. Cuánto tiempo va a pasar antes de que empecemos a sentirnos mal, a enfermarnos, a morirnos con intolerable agonía. Por suerte las cerezas están en estación. Juan las toma con las manos, encantado. Se ven de un rojo intenso, tienen un suave perfume. Va a ser una gran cena. Quizás la última gran cena, porque de ahora en más habrá que pescar peces de verdad, matarlos y luego ponerlos a las brasas, o quizás armar una trampa para pájaros o pequeños roedores. Sabés qué, Marcia, deberíamos llevarnos semillas y cultivar lechuga o pepinos, cualquier cosa que soporte esas temperaturas. Eso sí, vamos por el mejor vino. Juan mira la góndola de vinos. Quiere agasajar a Marcia, así que elige uno de los más caros. ¿O sería mejor ahorrar para dejarle todo al nieto que nunca conocerá? Peor aún, que nunca nacerá, porque él huirá con su perro

viejo a una isla a morir solo. Por culpa de Juan, viejo estúpido, ese niño nunca nacerá. Juan elije huir y morir solo. Porque seamos realistas, Marcia no vendrá. Sería una imbécil si viniera. Juan no puede permitir que Marcia venga. Ella tiene una vida por delante, si logra seguir evitando caer bajo la presión social y las redes de chantaje de la NPRS; no se va a inmolar en la isla del culo en nombre de un amor suicida que no existe. Como postre, coulante de chocolate caliente con helado; no falla. Juan carga en el carrito dos tablas de chocolate semi amargo. Le sorprende el precio, pero en el monitor del carrito que muestra los detalles del producto, dice que es chocolate con leche de vaca, y la leche animal es un verdadero lujo. Por hoy, vale la pena. Anadna. ¿Y si en serio está ahí el hermano de Ruli viviendo en comunidad? No puede ser que Ruli se haya inventado toda esa historia. Aunque tampoco se entiende por qué las cámaras de Google Maps no registran nada. Tal vez la comunidad existió un tiempo y luego desistieron. O se murieron todos. Juan revisa si tiene todos los elementos que necesita para una noche inolvidable y luego se acerca al lector de iris para que deduzca el importe de su Crédito.

La puerta se abre y Marcia pasa, sonriendo. Es bella, viste bien, y Juan se siente muy afortunado. Pero la fortuna ha sido irónica, puesto que se ha presentado en el preciso momento en que él desistió de seguir esperándola, firmando su cese.

Se saludan con un beso en la mejilla.

- Estás espléndida.
- Gracias Juan, vos también te ves muy elegante.

El viejo Hobsbawm se levanta y viene también él. Marcia lo recibe con una caricia.

- Hola Josby.
- Pasá, ponete cómoda. La cena ya está lista.

Marcia se quita el abrigo, se acerca a Juan, lo abraza, lo besa en la boca. Juan, entusiasmado, desliza suavemente sus manos hacia las nalgas de Marcia.

- Bueno, quiero ver tu primer golpe de efecto, ¿qué vamos a cenar?
- Es algo tan impresionante que no existen palabras para nombrarlo. Lo tengo en el estabilizador de temperatura, justo a punto.

Juan sale hacia la cocina. Marcia aprovecha para mirar un poco el ambiente. El mar en la pantalla, la música vieja, el living pequeño pero acogedor, ninguna foto de familia. Marcia hace un gesto de asentimiento. Tal vez esté pensando que podría darle a Juan un lugar en su vida, tan cómodo y poco pretencioso como la casa de él. Y él seguramente le daría un lugar en la suya, si no fuera por aquella maldita firma… y todo por Bruno, mejor dicho, por culpa, o por desesperación, o por aburrimiento. Juan vuelve de la cocina trayendo una bandeja con la carne con su salsa de cerezas y sus papas noisette con crema ciboulette. El plato se ve impactante. Marcia abre sus fosas nasales y aspira.

- ¡Bueno, bueno, qué es eso, qué bien huele, qué bien se ve! ¿Qué es?, carne sintética, seguro. ¿Cordero?
- Cordero.
- Y la salsa es frutal, agridulce.
- Por favor, decime que te gusta la comida agridulce.
- Me encanta.
- Menos mal, qué alivio.

Marcia se sienta a la mesa. Juan toma el cuchillo, corta la carne, la sirve.

- ¡Cerezas!
- Así es.

- Me encanta que sepas cocinar.

Juan sirve las copas de vino.

- No sé cómo voy a hacer para estar a tu altura la semana que viene, cuando vengas a cenar a casa; la cocina no es mi fuerte.
- Me podés sorprender con alguna otra forma de agasajo…

Brindan chocando suavemente las copas. Este momento es perfecto. No, no lo es. Sería perfecto si no fuera por… pero no, hoy no. Otro día. Hoy todo tiene que al menos parecer perfecto y feliz. Juan ve a Marcia comer con voracidad, haciendo gestos de placer a cada bocado, casi como una niña; hasta es enternecedor. Y la está engañando como a una niña. Y eso no está bien, Juan. Quizá lo mejor sea plantearle la verdad, invitarla a vivir unos meses de serena y lujuriosa convivencia, y después marchar hacia la inyección mortal con las manos en los bolsillos y silbando bajito.

- Hay algo de lo que necesito hablarte... hay algo que no te dije y debí haberte dicho.

Marcia sigue comiendo, desatenta al cambio de tono; no ha reparado en que las vacilaciones de Juan algo se traen.

- Cometí un error que creo irreparable.... Firmé mi cese.

Ahora Marcia mira a Juan con atención. Lo que acaba de escuchar no tiene ningún sentido, es un disparate.

- ¿Qué?
- Que firmé mi cese. El día que nos conocimos. En la entrevista. No te lo dije, y debí habértelo dicho. Disculpas.

Marcia no puede creer lo que escucha. Abre los ojos dando a entender que está en shock. Deja los cubiertos sobre el plato, agita levemente las manos en el aire haciendo un gesto de incomprensión, finalmente reacciona:

- Si es una broma, la verdad es que no le encuentro la gracia.

Juan la mira con seriedad y Marcia entiende que no es una broma.

- ¿Es en serio?

El silencio de Juan lo confirma. Juan trata de volver sobre su plato, como si el tema se hubiera agotado y la conversación pudiera volver sobre cualquier trivialidad.

- ¡Pero cómo hiciste eso! No entiendo, ¿por qué?
- Mi hijo quiere ser padre.
- Tu hijo… ¿tenés un hijo? – dice Marcia, consternada, dolorida.
- Bruno. Quiere ser padre – dice Juan balbuceante.
- Ah, claro, tu hijo. De eso tampoco me dijiste nada – dice Marcia con un dejo de ironía, pero luego cambia a un tono resignado – está bien, no tenías por qué decirme nada, si apenas nos conocemos.
- No, tendría que habértelo dicho apenas nos sentamos a tomar una cerveza.

Marcia se encoge de hombros como diciendo qué importa.

- Te entregaste – acusa.
- Pensé que también era un acto generoso, permitir otra vida...
- Puedo entenderlo desde el amor filial – dice Marcia, con los ojos enrojecidos, quizá luchando para no dejar ver una lágrima.

Juan asiente, ahora se siente a merced de las reacciones de Marcia.

- Pero leí tus escritos, Juan. Cediste a un chantaje, pensé que lo entendías mejor que nadie. Vos decís que están cometiendo un genocidio, pero cómo vamos a pelear contra eso si hasta los que lo entienden después van y firman el cese.
- Me equivoqué.

- Escribís una cosa y hacés la contraria – ahora el tono de Marcia es de enojo.
- Marcia...
- Te suicidaste. Te suicidaste como un cobarde.

Dice Marcia, con una ira creciente, mientras se pone de pie y busca su abrigo con intención de marcharse cuanto antes.

- No voy a ir a inyectarme. Ya lo decidí. Me voy a escapar.
- ¿Y cómo vas a hacer eso?
- No sé, algo se me va a ocurrir.

Juan sigue sentado frente a su plato, que empieza a enfriarse, sin atinar a ponerse de pie.

- ¿Y por qué cambiaste de idea? Un día firmás tu propia sentencia de muerte y al otro día querés escapar.

Juan no responde.

- Puedo entender que quieras a tu hijo, puedo entender que en una situación extrema hasta dieras tu vida por él, pero esto no es una situación extrema. Le hubieras dicho que se inscriba en el cupo estatal, que espere. No tenía derecho a ponerte a vos entre la espada y la pared. Ay, Juan, porqué lo hiciste.
- Porque todavía no te había conocido.

Marcia queda perpleja ante esta indirecta declaración de amor, y luego explota indignada:

- ¡Pero mirá en el lugar en que me estás poniendo! Si yo no aparecía vos marchabas mansito a la muerte. Pero como yo aparecí, ahora parece que no. ¿Tu vida depende de mí?, ¿Me estás pidiendo que cargue con eso? Apenas te conozco. No sé quién sos.
- Marcia, me equivoqué. Pero veré cómo lo puedo reparar.

- No señor, no es así, si firmás tu propia sentencia de muerte, entonces lo asumís frente a los demás. Y los demás decidimos si queremos coger con un muerto o preferimos irnos a buscar a alguien que esté vivo.
- No me voy a morir.
- ¿Porque yo aparecí en tu vida? ¿Ahora tu vida o tu muerte dependen de mí? Si te digo que no te quiero ver más, ¿vas y te entregás?
- No quise decir eso.
- Mirá Juan, no se entiende qué quisiste decir, ni qué quisiste hacer, ni qué querés hacer, ni si tu fantasía de un escape heroico dura hasta echarte un polvo, nada se entiende. Lo único que se entiende es que me engañaste. Me ocultaste algo que no me podías ocultar, y ahora me estás hiriendo. Me tirás una carga encima que no puedo sostener. No sos el tipo que se suponía que eras.
- Perdón.
- No podés hacer lo que hiciste. Es de una desconsideración tan grande, una falta de honestidad, de respeto.
- Perdón, no sé qué más decirte. No sé qué hacer ahora.
- Me da mucha bronca. No quiero verte ni escucharte un minuto más- Dice Marcia mientras enfila hacia la puerta - Abrime.
- No quise herirte.
- Yo no puedo ni quiero estar con alguien que no tenga una firme vocación de vivir y de luchar. Ahora abrime.
- Pero Marcia…
- Tercera y última vez que te lo digo: abrime.

Juan, consternado ante la ira de Marcia, muestra su pulgar al lector de pared y la puerta se abre. Marcia mira a Juan una última vez. En su rostro no hay ninguna expresión.

- No me llames más – dice ella, sale y cierra la puerta.

Juan la ve irse en la pantalla, todo el tramo del pasillo, esperar el ascensor, bajar los veinte pisos, salir por la puerta de calle. Allí va su última oportunidad de amor.

Juan ha vivido ciento seis años y algunos días. ¿Para qué más? Ahora sólo queda por decidir si vivirá su rutina hasta el día de la inyección final o partirá a una última aventura a la isla del fin del mundo para terminar dejando los huesos entre unas rocas inhóspitas, o entregárselos a los tiburones.

II – Anadna

- Es un día hermoso aquí en Buenos Aires, cielo azul, temperatura de veinte grados en este momento, siete de la tarde, ¡prácticamente ya estamos en primavera! ¿Cómo está el tiempo en Melbourne?
- ¡Hola Francisca! ¡Aquí sí ya estamos en primavera!
- Claro, Luciano, por la diferencia horaria allí ya es veintiuno de septiembre.
- Así es Francisca, es una bella mañana en esta maravillosa ciudad, en este recientemente inaugurado “Social Green Memorial”, diseñado especialmente para albergar a esta ceremonia anual, una celebración de la vida y de la familia, y que hoy ha congregado a cientos de miles de personas.
- Gracias Luciano. ¿Cómo estás Ana, allí en Río de Janeiro?
- Hola Francisca. Aquí en estas hermosas playas de Copacabana, esperando por la celebración, mientras empiezan a acercarse las familias. La novedad es que este año tenemos récord de inscriptos. Superamos las diez mil personas que vendrán a participar, y se espera que más de cien mil vengan a acompañar la ceremonia. Así que la carpa que se ha instalado para les participantes tiene cien metros de largo, y ya está el servicio sanitario instalando todo lo necesario para la celebración.
- Acá en Buenos Aires también hay récord de inscriptos, por eso este año la carpa se ha montado en los bosques de Palermo, y como se puede apreciar, las familias se han acercado con sus sándwiches y sus gaseosas, para festejar todes juntes en este

día tan feliz y esperado. Se informó hace un rato que adentro de la carpa ya está todo dispuesto; sabemos que es importantísimo que la carpa funcione bien y que no se produzcan demoras que provoquen atascos en la circulación de los participantes, como ya pasó el año pasado, lamentablemente.

- Hola Francisca, aquí Marcelo desde Ciudad del Cabo.
- ¡Hola Marcelo! Cómo estás. Qué maravillosa vista tenés a tus espaldas…
- Sí, se trata de la Montaña de la Mesa, una de las siete maravillas naturales del mundo, que hoy es el imponente marco para esta celebración. Hace instantes la multitud estalló en aplausos cuando los relojes dieron las doce y con el nuevo día dio comienzo la primavera. Te quería contar que acabo de volver de Moscú, donde se comentaba que, aun faltando seis meses para su celebración -que en el hemisferio norte es el veintiuno de marzo-, ya hay récord de inscriptos.
- Atención Francisca…
- Sí Luciano.
- Aquí está por comenzar la ceremonia.
- Claro, nosotres tendremos que esperar hasta mañana, pero allí ya es la hora, ¡qué emoción!
- Sí, Francisca, después de horas de números musicales y discursos, ahora todo es un silencio vibrante. La expectación llega a su culminación.
- Luciano, seguí vos, nos quedamos con tu relato y con tus imágenes.
- Gracias Francisca, vemos que les participantes se disponen sobre la avenida central. Les primeres cien han sido elegides por sorteo, y son quienes tendrán el honor de encabezar la ceremonia. Sobre las pantallas de los edificios vemos primeros planos

de varies de elles, con nombre y apellido. Desde las gradas bajan calurosos aplausos. Este año se ha elegido para les participantes ropa deportiva donde, como siempre, predominan los colores verde y celeste, pero en un diseño renovado y muy elegante.

- Se los ve espléndidos, los varones lucen muy apuestos y las mujeres muy guapas.
- ¡Y ahí vemos que se ponen en marcha! Ya avanzan hacia las escaleras del Social Green Memorial, con paso firme, ovacionados por sus familiares y amigues. Todo es emoción, todo es alegría en esta mañana hermosa.
- Te veo emocionado, Luciano.
- Imposible abstraerse al clima general de alegría y comunión que reina en este momento, Francisca. Allí vemos a les participantes que empiezan a ingresar al edificio. Quienes continúan a los primeros cien, empiezan ahora su marcha, en una ceremonia que durará, se calcula, no menos de tres horas.
- Francisca, aquí desde Ciudad del Cabo, son cientos de miles les que siguen las imágenes de Melbourne a través de las paredes pantalla de los edificios.
- Bellísimo momento aquí en Melbourne. Vemos como la segunda tanda de participantes ingresa al edificio, mientras por la salida posterior del mismo todo es ansiedad esperando el momento culminante.
- ¡Cuánta ansiedad! ¿Cómo se vive en Río de Janeiro este momento, Ana?
- También con mucha emoción. Te cuento que este año, por primera vez, las caravanas de cierre de la ceremonia estarán a cargo de las Escolas típicas del carnaval, las que harán el trayecto final con sus músicas y coreografías, dándole un tono pintoresco y alegre a lo que es el momento culminante del evento.

- ¡Atención Francisca, aquí lo vemos, ya están en marcha! Se abrieron las puertas de salida del Social Green Memorial y… ahí va bajando la explanada, es el primer coche colectivo, y luego el segundo, y el tercero, ¡sí! avanzan en caravana, ovacionados por la multitud que los saluda a ambos lados del vallado, gritándoles su agradecimiento a estes ciudadanes responsables que hoy han tenido el honor de cesar, y que son reconocidos por la multitud, que con conmovedor fervor les acompañarán en todo su recorrido hasta el Crematorio Municipal.

Son cerca de las diez de la noche y Juan viene llegando a la puerta de su edificio, acompañado por Hobsbawm. Han estado comiendo en uno de los restaurantes favoritos de Juan, quien ha concluido que ya no tiene mucho sentido cuidarse con la comida y a partir de ahora comerá lo que le dé la gana. Si en el CRAMPE insisten en arreglar sus almuerzos, él insistirá en desarreglar sus cenas. Ha reservado habitación en un hotel en Punta Alta por una semana, desde donde verá cómo se las arregla para llegar a la isla de Anadna.

Dos hombres vestidos de negro, con pasamontañas, aparecen por detrás de él. Uno de ellos, a apenas un metro de distancia, le apunta con una pistola Taser a la pierna y dispara sin dar siquiera voz de alto. Juan, estremecido por la electricidad, cae al piso. Está confundido, muy dolorido. Alcanza a ver cómo un segundo hombre le dispara a Hobsbawm sobre el lomo, y el perro cae inerte, con los ojos en blanco, la lengua afuera. Otro hombre se acerca al animal y lo inyecta con una jeringa. El hombre que le disparó a Juan se acerca con otra jeringa, con la misma intención. Pero Juan no ha perdido el conocimiento, y cuando el encapuchado se acerca, lo saca de un trompazo. La pistola cae al piso. Está a medio metro de Juan. Juan se incorpora para tomarla. Entonces un tercer hombre le da con una

cachiporra en la cabeza, y ahora sí Juan queda tirado en el piso. Llega un auto. El auto es un cilindro perfecto de cristal polarizado. Frena de una manera abrupta y silenciosa. Se abre la puerta lateral, y suben a Juan, suben al perro, y luego suben ellos. El auto arranca, acelera como una bala, y se pierde en la noche de la ciudad.

Los ojos de Juan se abren con lentitud. La luz le duele hasta el fondo del alma, así que cierra otra vez los ojos. Algo muy malo ha pasado. Está en peligro. Aun así, duda en despertarse. Luego toma coraje, abre los ojos despacio, acostumbrándose de a poco al resplandor. Enfoca con lentitud tratando de componer el lugar. Es de noche, la luz es artificial, se trata de un espacio grande, tal vez un galpón industrial en desuso. Frente a sí tiene a tres hombres con la cara cubierta con pasamontañas. Juan tiene las manos y los pies atados con una soga a la silla. A su lado está Hobsbawm, ya despierto y despabilado, también atado a un poste. El perro gruñe con un sonido muy grave, como si rumiara su enojo, y muestra los dientes amenazantes a los encapuchados.

- Profesor, ¿me escucha? ¿se encuentra bien?
- Me duele la cabeza – alcanza a responder Juan, todavía un poco confundido.
- Le pedimos disculpas, pero teníamos que traerlo y no teníamos tiempo de discutirlo con usted. Está en un lugar seguro. Somos una organización política NIG.

Juan parece tomarse unos segundos para procesar la información. Está prisionero, sin embargo, sus captores lo tratan con cierta amabilidad. ¿Organización política NIG, qué será eso? Juan advierte que Hobsbawm está a su lado, lo cual lo tranquiliza.

- No tenemos intenciones de hacerle daño ni a usted ni a su perro. No nos quedó más remedio que traerlo a usted. Y no podíamos dejar a su perro vagando. Alguien lo

hubiera denunciado, hubieran identificado al dueño por el chip que tiene en la oreja y lo hubieran ido a buscar a usted.

- ¿Para qué me secuestraron, qué quieren de mí?
- Tenemos una propuesta. Usted la puede aceptar o rechazar. El pasamontaña es su garantía de que, si dice que no, lo liberaremos.

Juan asiente. Todavía está tratando de entender esta escena tan inverosímil. Le acercan un vaso con agua. Juan bebe el vaso hasta el fondo y siente que la vida le vuelve al cuerpo y que su dolorida cabeza empieza a pensar con mayor claridad.

- Una propuesta. Si la rechazo, ¿me dejan en libertad?
- Le doy mi palabra. Si la rechaza tendremos la amabilidad de devolverlo a su casa sano y salvo, y usted tendrá la gentileza de olvidar este episodio.
- ¿Cuál es la propuesta?
- Profesor, sabemos que usted fue profesor de Gabriel, y él le arruinó la vida.
- Discrepo, tuve la habilidad suficiente como para arruinarme la vida yo sólo.
- Él tuvo que ver con su pase a retiro.
- ¿Cómo lo sabe?
- Investigamos. Ese Gabriel lo jodió bien jodido. También sabemos que usted firmó su cese y le quedan por lo tanto pocos meses de vida. Usted comprende las consecuencias de que Gabriel gane las elecciones. Lo entiende, ¿verdad?
- Sí.
- No podemos permitir que eso ocurra. Planea acabar definitivamente con nosotros.

Juan vuelve a asentir.

- Podemos hacerlo llegar hasta él, en su condición de ex Profesor de la Escuela adonde él estudió. Mañana Gabriel viene a Buenos Aires por apenas unas horas. Va a ir a su antigua Escuela a hacer allí un acto de campaña. Usted figura en la base de datos de la Escuela. Le falsificamos una invitación oficial al acto de mañana.
- … no entiendo.
- Usted firmó su cese. Morirá en unos meses de todos modos.

Juan empieza a sospechar qué es lo que le están proponiendo.

- Nosotros le ofrecemos la oportunidad de cesar de manera gloriosa…
- Ajá, ¿cómo?
- Mañana usted irá al acto de campaña de Gabriel. Saludará a todo el mundo, comerá los canapés que se sirvan, sonreirá. Cuando Gabriel llegue, usted se acercará a saludarlo. Sólo que nosotros le habremos puesto a usted una carga explosiva que detonará llevándose a la tumba a ese hijo de puta.

La dolorida cabeza de Juan se demora unos segundos en elaborar una reacción. ¿Será una broma? Pero no, parece que hablan en serio, mirá esas poses de guerrilleros heroicos desafiando a la injusticia, avizorando el destino glorioso, inexorable, inmarcesible y vaya a saber cuántas cosas más con las que sueñan.

- Profesor, le estamos ofreciendo ser parte de la historia.

Y de repente Juan no puede evitar reírse. “Ay estos chicos”, piensa; parecen sus antiguos alumnos adolescentes haciendo macanas.

- ¿Terrorismo?, ¿en serio? No muchachos, están equivocados, muy equivocados.

Es extraño lo que le está pasando últimamente, desde que firmó el cese. Ya no hay lugar para tenerle miedo a nada. Va a morir de todos modos, ¿qué otra cosa peor le podría pasar?

Da casi lo mismo si le inyectan el veneno alucinógeno, si se lo come un tiburón en la isla del culo, si muere atragantado con un sándwich de miga mientras se detona abrazado a Gabriel, o si estos delirantes sacan un sable y le cortan la cabeza. Va a morir, la forma en que eso ocurra es una mera anécdota. De manera tal vez contradictoria, le ha perdido un poco de respeto a la muerte y a la vez no se quiere morir. Perderle el miedo a la muerte, se le ocurre ahora, no es entregarse a ella; es ser capaz de, por primera vez en su vida, mirarla de frente y desafiarla.

- Usted entiende que no somos nosotros los que empezamos la violencia, son ellos los que nos están exterminando sin que hasta ahora hayamos reaccionado.
- ¿Ustedes vendrían a ser una vanguardia iluminada al estilo de las de antes?
- ¿Usted piensa que no tenemos derecho a responder con violencia a la violencia del sistema?
- Qué importa lo que yo piense, háganse matar de la forma que más les guste. Pero no cuenten conmigo.
- ¿Usted no cree que luchar tiene sentido?
- No, creo que no tiene ningún sentido. Los NIG estamos perdidos. Somos el pasado y nada puede volver el tiempo atrás.

Los tres hombres se quedan mirando a Juan un poco desconcertados.

Juan queda pensativo. Él mismo ha decidido que, aun cuando de una u otra forma va a morir pronto, luchará por su vida. Así que no puede cuestionar que estos muchachos se la jueguen por una causa perdida; en el fondo están haciendo lo mismo que él.

- Pero también debo decir que, aunque no tenga sentido, tal vez no está tan mal que lo intenten, ¿por qué no?

Los enmascarados no entienden el cambio de tono de Juan.

- Tenemos derecho a pelear hasta la última gota de sangre, es una cuestión de dignidad.
- Eso no se lo niego.
- ¿Entonces?
- Entonces, el problema es otro. El problema es que yo no me quiero morir. Una cosa es pelear, otra es matarse. Estaría dispuesto a pelear, aun corriendo el riesgo de morir, pero no a suicidarme.
- Pero usted firmó su cese.
- Sí, y estoy muy arrepentido de eso. Fue un error, un momento de debilidad. Pero no me voy a presentar. Me voy a fugar.
- Profesor, una vez que firmó no tiene a dónde ir...
- Me voy a ir al medio de la selva. O al polo norte. No importa.

Los encapuchados miran a Juan como si miraran a un loco. Juan ya ha llegado a la conclusión de que estos matones son tigres de papel; no van a hacerle daño.

- Bueno, ya tienen mi respuesta a su propuesta, ¿cumplirán ustedes su palabra?
- Usted no entiende. Esta es una gran oportunidad para usted, para nosotros y para todos los NIG del mundo.
- Oiga, que los Alfa sean una mierda no nos hace a los NIG merecedores de estima. Usted me dio su palabra de que yo podía elegir; ahora cúmplala.

Los tres encapuchados, desconcertados, salen dejando solo a Juan.

Juan le dice a Hobsbawm:

- Jóvenes precipitados... te apuesto a que ninguno tiene más de ochenta años.

Amanece. Juan está dormido. Entran los tres encapuchados, el ruido despierta a Juan. Hobsbawm, atento, gruñe y muestra los dientes.

El encapuchado que lleva la voz cantante comprueba que Juan se ha despertado.

- Profesor, estuvimos deliberando y tenemos otra oferta para usted.

Juan no puede evitar reírse. Ahora tienen otra oferta, que graciosos que son, son unos tiernos, me voy a terminar encariñando con estos pibes. Qué perdidos que están, pobrecitos. Quieren pelear por una causa justa. Una causa perdida, pero justa. Solo que no saben cómo hacerlo. Es como si hubieran buscado en google "cómo armar su propia guerrilla", y aquí están, haciendo lo que pueden.

- Okey, escucho ofertas, pero nada de misiones suicidas.
- Bien, controlamos una colonia de NIG no demasiado lejos de aquí.

Juan se sobresalta, su mueca irónica desaparece en un instante.

- Allí viven al margen de la ley muchos fugados de su cese – agrega el encapuchado.

Parece que sí existe Anadna, o algo semejante. Esto sí es interesante, piensa Juan.

- Parece el paraíso. Pero me cuesta creerle que el Gobierno no lo sepa – afirma Juan, con desconfianza.
- El gobierno lo sabe y lo tolera mientras no se haga público. Al gobierno le importa una mierda lo que hagan tres docenas de NIG mugrientos.
- ¿Y también tolera que una organización guerrillera, o lo que ustedes sean, tenga control sobre esa población?
- Eso no lo saben. Nadie sabe que existimos.
- ¿En serio creen que pueden escapar a la Inteligencia del Gobierno?

- La Inteligencia no nos tiene ni como una hipótesis de conflicto. Sólo están interesados en sus propias intrigas de palacio. Mientras tanto, en silencio, venimos desarrollando una organización revolucionaria poderosa.
- Subestimar la capacidad de inteligencia de un Estado de alcance mundial me parece un disparate.
- Disparate es pensar que usted va a hacer de Robinson Crusoe en la selva o en el Polo a los ciento seis años.

Juan hace una expresión de "quizás tengas razón".

- Haremos un enorme operativo de propaganda a nivel global.
- ¿A nivel global? ¿Usted quiere decir que hay otras células de guerrilleros en otras partes del mundo?
- Sí, tenemos células dormidas en todas partes. Y las vamos a despertar a todas al unísono para hacer un buen ruido que dé a conocer al mundo nuestra existencia. Millones de NIG que hoy no tienen un liderazgo político ahora sabrán que hay una dirección y una política que seguir, y saldrán a las calles a darnos su apoyo.

Juan ya ha decidido que hará lo que le digan con tal de que lo lleven a esa colonia NIG, pero el discurso del jefe enmascarado le resulta candoroso.

- Con todo respeto señor comandante, primera objeción: si hay cientos o miles de personas participando de esta organización, entonces es imposible que se haya mantenido en secreto. El Gobierno debe estar al tanto.
- El Gobierno no sabe de nuestra existencia, ni siquiera sospecha. La falta de conflicto a lo largo de varias décadas hizo que prácticamente se desmantelaran los servicios de inteligencia. Nos subestiman. Creen que no somos capaces de hacer

nada. Mire, por ejemplo, la eficacia del operativo con que tomamos a usted y a su perro.

- Lo felicito por su enorme eficacia militar para darle un garrotazo a un viejo de ciento seis años y tomar prisionero a un perro paralítico, usted debe ser la reencarnación de Clausewitz.

A Juan no le hace falta ver la expresión del rostro oculto tras el pasamontaña para darse cuenta de que se ha excedido.

- Disculpe. No quise ser soberbio. Pero usted habla de sincronizar un golpe a escala global. ¿Qué experiencia militar tienen? Ninguna, claro. Muchos van a quedar por el camino al primer sopapo.
- Pero lo que cuenta es que la mayoría, o una parte importante, lo consiga.
- No me convence ni que el gobierno no conoce la existencia de la organización, ni que esté dispuesto a entregar a los suyos a la bartola, y tengo una tercera y contundente objeción: ¿Por qué cree usted que el pueblo NIG saldrá a la calle a respaldar a su organización? ¿Usted cree que existe aún un sujeto histórico llamado "pueblo" o tan siquiera algo que no sea más que individuos atomizados y atontados dispuestos a dejarse llevar de la nariz hasta la inyección final? Mire jefe, quizás sea como usted dice y agarre al Gobierno con los pantalones bajos, pero tardarán apenas unos días en levantar un servicio de inteligencia y un aparato represivo apuntando directamente a su cabeza.
- El factor sorpresa está de nuestro lado. Cuando demos el golpe, con la gente en la calle y la razón de nuestro lado, viviremos un crecimiento vertiginoso e imparable. Y nuestros apoyos y simpatizantes se extenderán y serán un colchón que amortigüe la violencia de la respuesta del Estado.

Juan cierra los ojos y hace un gesto de negación. Luego hace una larga exhalación.

- No va a derribar al Estado Mundial con un grupito de guerrilleros románticos. Si se tratara de un Estado débil o ilegítimo, tal vez. ¡Pero es el Gobierno Mundial! El más poderoso de la historia. Si el Gobierno en serio los considera una amenaza, lo que va a pasar es que vendrá una feroz represión. Y entonces los NIG, aterrados, se volverán rápidamente a sus casas dándole la espalda.
- Lamento que piense de esa manera tan pesimista.
- Sí, yo también. Odio ser pesimista, no lo puedo evitar. Pero su optimismo blindado a cualquier cálculo o razonamiento es un pasaje directo al desastre.
- Y su derrotismo es la garantía de continuidad de un estatus quo genocida.
- Oiga, ¿me va a desatar?

El jefe hace una seña a sus lugartenientes que van pronto a cortar la soga que ata a Juan.

- Comandante, usted sugirió una propuesta que me parece interesante, algo sobre una colonia de NIG roñosos…
- Si usted mostrara alguna disposición a colaborar, tal vez.
- Quiero colaborar. No inmolarme, claro está. Díganme de qué manera creen que puedo serles útil.
- ¿Hace un minuto nos trataba como si fuéramos una organización de dementes y ahora se quiere sumar?

Juan reflexiona un instante: dada mi situación actual, unirme a una organización de dementes es una opción perfectamente aceptable.

- Ya le dije, colaboro en lo que ustedes me digan, después arreglaremos el plazo, y al final ustedes me llevan a la Colonia mugrienta.

- Pero usted no cree en nuestras razones.
- Se equivoca, sí creo en sus razones. En lo que no creo es en sus políticas. Pero en una de esas resulta que el equivocado soy yo. Y ojalá así sea.
- Su petición será considerada, le comunicaremos cuando resolvamos.

Un par de horas más tarde entró un hombre de unos cuarenta años, fornido, de una gran estatura que hasta podría pasar por un Alfa, rubio, pelo abundante, ojos claros, expresión grave. Era fácil identificarlo, era el líder, ahora sin pasamontañas. Y si había alguna duda, el gruñido amenazante de Hobsbawm la disipaba; al olfato y al oído del animal no lo engañaban burdos pasamontañas.

- Soy Treinta y cuatro, a partir de ahora su responsable político. Usted ahora será Ciento diecinueve.

Juan está a punto de echarse a reír, ¿qué es esto de treinta y cuatro y ciento diecinueve? Sin embargo, entiende que eso significa que lo han aceptado y eso lo pone contento. El jefe lo mira como esperando alguna respuesta o alguna pregunta de Juan, que no llega.

- ¿Entendido Ciento diecinueve?
- Oiga, tengo ciento seis, no me agregue edad.
- Su nombre de guerra es Ciento diecinueve.
- Okey, yo soy Ciento diecinueve, entendido.
- Los oficiales nos nombramos con números de dos dígitos, los suboficiales y los aspirantes con números de tres, los comandantes con números del cero al nueve. Usted es un aspirante. Recibirá un breve pero intenso entrenamiento militar.
- ¿Entrenamiento militar?

- Es por su propia protección. Además, no tiene opción.
- Entonces estoy de acuerdo.
- Quiero que sepa que el debate sobre si aceptarlo o no fue intenso. En lo personal, me opuse. Creo que usted es una persona inteligente pero demasiado individualista, un cínico. También pienso que sus motivos para unirse a nosotros no son legítimos, son solamente su interés personal. Prevaleció la opinión de que usted puede ser valioso. Pero deberá demostrarlo. Formará parte de una de las células que intervendrá en el golpe de propaganda.
- ¿Eso quiere decir que voy a entrar en acción?
- Afirmativo.
- Bueno, yo pensaba en una colaboración no de tipo militar…
- Ya es tarde, no tiene opción. ¿Qué pasa, tiene miedo de morir?
- No, eso ocurrirá de todas maneras. Lo que sí tengo es miedo a matar.
- Usted no está preparado para matar a nadie. Por eso recibirá instrucción militar.
- De acuerdo.
- A partir de ahora, su acuerdo o desacuerdo importan una mierda. Esta es una organización político militar, y acá hay jerarquías. Yo soy su responsable, ¿entiende lo que eso significa?
- Sí, jefe.
- Vamos, su entrenamiento empezará de inmediato. ¿Qué hacemos con su perro?
- Adonde yo voy, él viene.

Treinta y cuatro se encoge de hombros.

- Su perro parece un poco rencoroso.

- No se preocupe, jamás me desobedece. A su manera, está mucho mejor preparado para respetar la jerarquía que yo, va a ser un gran cuadro.
- Se puede quedar en la Cuadra mientras usted hace fajina, será la mascota de la Compañía, por qué no. Vamos – Dice Treinta y cuatro y sale del galpón, dejando esta vez la puerta abierta.

Juan mira a Hobsbawm:

- ¡Vamos Ciento veinte, a entrenar!

En el auto, Juan viaja con los ojos vendados. Hobsbawm está a su lado, siempre inmutable, pero sin quitarle los ojos de encima a Treinta y cuatro, que está sentado frente a ellos junto con otro hombre más, armado con una pistola de electrochoque y atento. Es un auto automático, y todo su espacioso interior consiste en cuatro cómodos asientos, enfrentados de a dos, con una pequeña mesa plegable entre ellos. Una voz electrónica dice: "Llegando a destino en cinco, cuatro, tres, dos, uno. Destino alcanzado". Las puertas se abren automáticamente, con suavidad. Treinta y cuatro le retira la venda y con un gesto lo invita a bajar del auto.

Están en un campo muy vasto en algún lugar perdido de la llanura bonaerense, con un granero o cobertizo, a veinte metros de donde ha estacionado el auto. En diagonal, en el extremo opuesto del predio, hay un chalé bien mantenido, con un jardín floreciente. Tres mujeres y dos hombres, todos clavados en esos eternos cincuenta años que es el nuevo tope de envejecimiento, corren en ropa deportiva en círculos alrededor del granero. Otra mujer dirige el entrenamiento.

- Estos son sus compañeros. Nunca se identifique con su verdadero nombre e identifique a los demás por su número.

Juan asiente mientras piensa en que se va a hacer un matete con tantos números.

- Diríjase a la Cuadra –dice señalando el granero - Pase por Economato y tome su ropa de entrenamiento. Luego se cruza a Enfermería –dice señalando el chalé – ahí lo ve al Médico, y luego reúnase con el grupo a las órdenes de Veintidós. Y deje al perro en la Cuadra, ¿entendido?

Juan asiente y parte hacia el granero, seguido siempre por Hobsbawm.

Juan entra a la Cuadra. El espacio se divide en distintas estancias, con paredes que parecen haber sido hechas hace poco tiempo, muy posteriores al edificio en sí. No hay nadie. La primera estancia, la más amplia, tiene una mesa rústica para varios comensales y unas sillas viejas. Desde allí puede ver otra habitación en la que hay varias camas empotradas en la pared, una sobre otra, al estilo marinero. Sobre una puerta un cartel dice "Economato". Juan se dirige allí. Hay ropa sobre una mesa. Toda la ropa es deportiva en su aspecto, pero de tela resistente, color verde oliva, y está ordenada de los talles más pequeños a los más grandes. Juan toma ropa que parece de su talla. Se viste. Luego busca y encuentra un plato donde pone agua para Hobsbawm. Mostrándole al perro el índice con autoridad y señalando tres veces el piso, el animal entiende que debe permanecer allí hasta que él regrese. Sale de la Cuadra, cruza hasta el chalé y golpea la puerta con los nudillos. Una mujer que aparenta ser joven y que a Juan le resulta de inmediato atractiva abre la puerta.

- Adelante Ciento diecinueve, pase. Soy la Oficial Médica en jefe. Siéntese.

Juan, obediente, se sienta en la silla que está frente a un escritorio.

- Ciento diecinueve, a fines prácticos necesitamos conocer algunos detalles de su intimidad, como por ejemplo su último chequeo médico, ¿cuándo se lo realizó?
- Hace unos diez, once días.
- ¿Me permite verlo?

Juan asiente. La doctora acerca un lector de iris al ojo de Juan.

- Sólo su responsable político y yo conoceremos su identidad, si eso es lo que le preocupa.

A Juan no le preocupa. El iris de su ojo abre la puerta a todos sus datos personales almacenados en los archivos del CRAMPE, que ahora la Médica en jefe puede leer en la pantalla de su ordenador. Juan mira a esa mujer puesta a médico guerrillera. Es morocha, de un cuerpo magro, y parece muy segura de lo que hace. De manera involuntaria, aparece el recuerdo de Marcia. Viéndolo en perspectiva, fue un episodio breve en su vida, pero fue muy significativo. Tal vez sea solamente que es muy reciente y Juan esté sobrevalorando su efecto sobre él. O tal vez sea que fue el único episodio en el que recibió algo de cariño y sexo en más de medio siglo. ¿Qué diría ella si lo viera ahora, jugando a la guerrilla? En fin, mejor no pensar más en el pasado, que el futuro ahora promete ser intenso, justo cuando menos se lo esperaba.

- Su estado de salud es apto. No tendremos ningún problema para preparar el cocktail de drogas que usted habitualmente utiliza para controlar sus enfermedades crónicas. Ya estoy mandando la orden a Laboratorio, mañana podrá disponer de él. La rutina de higiene personal le será dictada por la Oficial Veintidós. Respecto de la sexualidad, usted puede buscar una compañera o un compañero. Pero tenemos reglas estrictas. No admitimos la promiscuidad. No podemos darnos el lujo de que la Cuadra se transforme en Sodoma y Gomorra. Las relaciones sexuales, siempre de mutuo acuerdo y con una única pareja, se realizan aquí en una habitación especial, y debe pedirse turno para usarla. Recomendamos sostener las relaciones en el tiempo, ya que tampoco la Organización ve con buenos ojos que se ande cambiando de pareja. También puede pedir el cuarto para autosatisfacerse, si lo prefiere. Es

importante entender que la sexualidad tiene para nosotros una función esencialmente de higiene física y psicológica, ¿está claro, alguna pregunta?

Juan estaba tentado de preguntar si estaban permitidas las relaciones sexuales entre un aspirante como él y una Oficial Médica, pero comprendió que era mejor callarse. Fuera de broma, era curioso que la Oficial le dedicara la mayor parte de su alocución a la sexualidad; semejante esfuerzo por transformar la sexualidad en una mera cuestión higiénica demostraba en sí mismo la dificultad para limitarla a ese enfoque.

- También he tomado nota de la dieta que se recomienda para usted, haremos lo posible por satisfacerla.

Esto a Juan no le causa ninguna alegría: otra vez zapallo, verdurita y nada de harinas, no lo dejan a uno ni morirse ni hacerse matar en paz.

El grupo descansa, sentados en el pasto, tomando agua, charlando. Deben tener en realidad más o menos la edad de Juan, y sin embargo se los ve tan contentos y contentas, radiantes como juveniles estudiantes en un picnic de primavera. Juan saluda con un gesto. Se siente de buen humor. El cielo despejado, la mañana luminosa y fresca, pueden verse, con un poco de buena voluntad, como presagios auspiciosos de los días que vendrán.

La Oficial Veintidós se para frente a él, marcial.

- Preséntese.
- Buen día, soy Ciento diecinueve.

Todos le responden con un gesto y parecen esperar a que Juan diga algo más.

- Soy Ciento diecinueve y estoy muy contento de formar parte de esta Organización política de prestigio, dedicada al terrorismo, según entiendo. Nunca había formado parte de una organización dogmática y fundamentalista, estoy muy entusiasmado.

La Oficial Veintidós escucha imperturbable. Los demás lo miran con curiosidad, sin escándalo. Veintidós, en cambio, mira a Juan con evidente mal humor.

- Ciento diecinueve, nos enfrentamos a un enemigo poderoso que quiere aniquilarnos. Aquí no hay espacio para la ironía o la burla. Esta compañía necesita un soldado, no un payaso, ¿está claro?
- Disculpas, tiene razón, es que soy un poco tímido y pensaba que con algo de humor para aflojar la tensión…

Harta, Veintidós lo interrumpe gritando - ¡corra!

- ¿Adonde?
- Corra o pasa su primera noche en el calabozo.

Juan ve la cara de horror y las sacudidas de cabeza en señal de negación que le hacen sus nuevos compañeros de grupo y comprende que más le vale correr.

- ¡Veinte vueltas alrededor de la Cuadra!

A la hora de la cena, todo el grupo, salvo la Oficial Veintidós, está sentado a la mesa. Uno de los hombres le está haciendo unas caricias a Hobsbawm, quien ya se ha ganado todas las simpatías. Llega Juan con su bandeja, la apoya sobre la mesa, y trata de sentarse, pero lo hace con dificultad y expresión de dolor. Los demás lo ven y sonríen.

- Me duele hasta el último músculo del culo.

En la mesa todos ríen. Una de las mujeres, alta, rubia, de modales amables, interviene:

- Soy Ciento quince. Más te hubiera dolido mañana si esta noche dormías en el calabozo. Los primeros días son bravos, descubrís músculos que ni siquiera sabías que tenías.

- Soy Ciento uno – dice un hombre atlético, de mirada juvenil.
- Yo soy Ciento tres – dice el otro hombre de aspecto fornido, pelo renegrido propio de tintado subcutáneo, dentadura de un blanco infrecuente en la naturaleza.
- Ciento doce – se presenta la mujer restante, pequeña, morena, de sonrisa contagiosa.
- Un gusto conocerlos, ahora, sería más fácil charlar si cada uno nos pusiéramos un cartel con el número.

Es extraño para el mismo Juan, tan habituado a detestar a cualquier grupo humano en el que le toque participar, pero esta gente le parece simpática y se siente a gusto.

Ciento uno explica, a la vez que va señalando a medida que los nombra:

- En seguida le agarrás la mano. Ciento uno, Ciento tres, Ciento doce, Ciento quince. Grupo a cargo de la comandante Veintidós, y nuestro responsable político es el Oficial Treinta y cuatro. Y esta es una unidad de propaganda armada.
- ¿Propaganda armada? ¿y qué hacen?
- Hasta ahora, nada.
- Hasta ahora es como un campamento de Boy Scouts – ríe Ciento quince.
- Nos dijeron que pronto vamos a entrar en acción, pero no sabremos cuál va a ser nuestra misión hasta que los oficiales lo crean conveniente –retoma Ciento uno.
- Algo me dice que es inminente – agrega Ciento quince.

Hay un cruce de miradas afirmativas cargadas de tensión, pero, observa Juan, también de ansiedad, como si ese momento próximo fuera temido pero deseado.

- Dejame adivinar: firmaste tu cese y te arrepentiste, por eso estás acá -pregunta o afirma Ciento quince.

Juan asiente.

- Esa historia me suena bastante...

Todos sonríen.

- ¿Todos ustedes habían firmado su cese?

Ciento quince hace un gesto afirmativo. Ciento uno hace un gesto negativo, igual que Ciento doce. Ciento tres responde que él sí.

- ¿Por qué estás acá entonces, Ciento uno?
- Te puedo decir que odio a los Alfa, odio la NPRS, y creo que debemos combatirla por todos los medios.

Todos responden con gestos de asentimiento.

- Pero también hay un motivo más personal, o existencial. Nos pasamos cuarenta o cincuenta años de nuestras vidas sin ningún sentido. ¿Tenés cáncer? en unos días te lo curan; ¿te falla el corazón? cambialo por uno nuevo, ¿te duele un huevo? comprá uno biosintético. Pase lo que pase, lo podemos arreglar…

Ciento quince interviene, en la misma sintonía reflexiva.

- Los años que estuve deprimida, viviendo a pura pastilla... Pero un día vas y firmás tu cese. Y a los pocos días te das cuenta de que te vas a morir. Lo que parecía imposible, ahora va a pasar de manera inevitable. Y te pasan dos cosas, estás muerta de miedo y a la vez las flores vuelven a tener olor, las cosas vuelven a tener sabor, te enamorás por primera vez en cincuenta años, o te das cuenta de que hay que destruir el mundo y volverlo a construir, o todas esas cosas a la vez.

Juan siente que puede reconocerse en las palabras de Ciento quince. Ciento uno continúa:

- A algunos no nos hace falta firmar el cese. Simplemente un día nos sentimos muertos en vida y nos despertamos. Acá nadie quiere perder la vida. Pero a cierta altura te das cuenta de que, sin la muerte, la vida no es vida. Para que la vida vuelva

a tener sentido, uno tiene que luchar por una causa que valga la pena, aunque corra el riesgo de perderla. Hay que poner la vida en juego, y eso siempre implica riesgo. Esa es mi respuesta a tu pregunta.

- Supongo que debemos ser un montón los que firmamos, nos arrepentimos, nos desesperamos, no sabemos qué hacer. Yo supe de la existencia de la Organización, sabrán ustedes que no puedo revelar cómo, pero inmediatamente entendí que, sumándome, mi vida podía volver a tener sentido. Y acá estoy –dice Ciento quince.

Recién ahora a Juan se le ocurre que debe haber miles y miles de personas que firman el cese y se arrepienten. A esos les quedan tres caminos: vivir desesperadamente confundidos y narcotizados hasta el día de la entrega, planear fugas inverosímiles, o sumarse a un grupo como la Organización. Entonces deduce que sí es posible que exista un numeroso ejército de insurgentes, seres cuya única opción es la muerte y no tienen nada que perder, listos para ser movilizados, y a escala mundial. Quizás la Organización no sea la fantochada que él ha creído que era hasta ahora. Quizás sí se sumen miles y miles una vez que se dé el bautismo de fuego y la Organización se haga pública. No todos los NIG esperan inocentes e ilusionados el día de la primavera. Finalmente, la NPRS parece estar generando sus propios anticuerpos. Esta Organización es una reacción a la NPRS.

Y Ciento uno, como si leyera el pensamiento de Juan, remata:

- O peleás contra ellos o te entregás a la inyección; no hay tercera opción.

La mañana siguiente empezó con un susurro: ¡Al pie de la cama!

Todos, como si fueran resortes, se pararon al unísono, cada quién al lado de su cama. Todos, en su fase más profunda de sueño, escucharon sin embargo el leve susurro, casi

inaudible de Veintidós. Juan no lo escuchó, despertó por el movimiento que percibió a su alrededor, y luego hizo lo que los demás, pero demasiado tarde.

- Ciento diecinueve, cuando yo digo al pie de la cama, el soldado al instante se despierta, salta y se para firme al lado de la cama. Acá no hay tiempo para desperezarse, abrazar a la almohada, pensar en la noviecita de la adolescencia. Para que aprenda la lección, ahora va a hacer cincuenta flexiones de brazos, ¡Ya!

Y Juan, comprendiendo que no tenía opción, se arrodilló y empezó a hacer flexiones de brazos. Hizo una, dos, tres, cuatro, a la quinta le empezó a faltar el aire, a la sexta le empezaron a temblar los brazos, a la séptima no logró levantarse.

- ¡Dije Cincuenta! Hasta ahora conté siete.

Entonces Juan se levantó una vez más. Y luego otra. Y otra. Pero entonces el cuerpo lo traicionó y cayó definitivamente.

- Descanse soldado. Cuente hasta diez antes de levantarse o se va a desmayar. Me debe cuarenta flexiones de brazos, y se las voy a cobrar. Tienen diez minutos para afeitarse, cagar y bañarse. En diez minutos están fuera de la Cuadra, listos y firmes.

El entrenamiento –fajina, como le decían los demás- de ese segundo día fue intenso. Juan pensaba en otros calificativos como “feroz”, “exagerado”, y más tarde pasó a “sádico”, “morboso”, “criminal”. Consistía en correr absurdamente alrededor del granero durante una hora, luego hacer flexiones de brazos. Como Juan no pudo hacer más de tres, Veintidós lo castigó haciéndole hacer el doble de flexiones de piernas que a los demás. Como tampoco pudo hacer ni siquiera la misma cantidad que los demás, fue castigado con el trabajo de limpiar los inodoros durante la hora de almuerzo. Juan tuvo la certeza de que Veintidós lo odiaba, que le estaba cobrando su humorada y que no le convenía enfrentarla. No podía abandonar, no podía discutir con ella, sólo cabía una cosa: obedecer calladito la boca. En

algún momento la tortura terminaría. Pero no, cuando volvió del repugnante trabajo de limpiar los baños, ya lo estaba esperando la soga por donde debía trepar, los obstáculos por sobre los que debía saltar, los cardales sobre los que debía arrastrarse cuerpo tierra sangrándose el pecho y los muslos. El trato de Veintidós era especialmente cruel para con Juan, usando palabras que parecían traídas de otro tiempo como "viejo acabado", "maricón", "puto", "traga pijas", etcétera. Además, Veintidós le dejaba la vista clavada de manera desafiante, ante lo cual Juan se moría de ganas de putearla, escupirla o golpearla, y lo hubiera hecho si no fuera porque estaba seguro de que sufriría una paliza. Juan empezó a sentir enojo también hacia la tropa. ¿Qué le pasaba a esa gente que obedecía las órdenes con cara de nada? Durante toda la tarde buscó alguna mirada de complicidad, alguien que le devolviera un guiño de "esto es insano, es un delirio", "Veintidós es una loca peligrosa, ataquémosla todos juntos y acabemos con ella a la cuenta de tres", o algo. Todos actuaban con la vista clavada al frente, sin quejas, sin dudas. Cuando por fin terminó el entrenamiento y los mandaron a las duchas, todos parecieron volver a ser los personajes afables que había conocido el día anterior. Pero ahora Juan los odiaba, le parecía que estaban actuando, que su verdadero rostro era el de los robots que había visto durante el entrenamiento. Más tarde, ya en la Cuadra, mientras los otros charlaban y bromeaban, Juan se fue a un rincón, abrazando a Hobsbawm, y no pudo evitar llorar. No sabía por qué lloraba. Era un proceso fisiológico involuntario. No quería hacerlo, le daba mucha vergüenza, pero las lágrimas se le caían y no había manera de contener el silencioso llanto. Le dolía el cuerpo entero y la piel le ardía, quemada por el sol. Más todavía le dolía ver que sus compañeros estaban al tanto de que él estaba derrotado, dando lástima. Aunque íntimamente agradeció que no se acercaran a preguntarle qué le pasaba porque eso lo hubiera hecho sentirse aún más humillado.

El día siguiente fue igual de intenso. Sólo que Juan ya no sentía nada. No le importaban los músculos ni la piel dolorida, no le importaba quedarse sin aire o sin piernas. Juan sólo seguía adelante. Ya sin quejarse, ya sin odiar a Veintidós, ya sin pensar en nada más que en obedecer la orden que se le impartiera. El cambio fue tan involuntario como las lágrimas de la noche anterior; si se hubiera preguntado a sí mismo qué le había ocurrido, no hubiera podido responder. También cambió la actitud de Veintidós. Ahora actuaba como si Juan no existiera. No más insultos, no más provocaciones. Sólo las órdenes para la tropa. Al final de la jornada Juan se sentía cansado, pero no le molestaban los dolores, que los sentía por todo el cuerpo pero que ya no importaban.

Los días pasaron siempre con la misma intensa rutina. Nadie sabía qué día de la semana era; a nadie le importaba. Juan perdió cinco o seis kilos, su estado ahora era atlético. Ya no tenía dolores, su piel se había bronceado.

Un día le explicaron el funcionamiento de la pistola Taser y tuvo que hacer algunos ejercicios electrocutando un muñeco. Fue un episodio divertido y todo el mundo rio mucho. Otro día le explicaron el funcionamiento del viejo fusil FAL, cómo poner el cargador, poner el seguro, apuntar. El clima general en la Cuadra era de sana camaradería. No había conflictos. Tampoco nadie parecía pensar en sexo (hasta Juan parecía un poco más desinteresado, aunque un hábito tan arraigado no se abandona tan fácil). Cuando la jornada terminaba, sólo había ganas de comer con voracidad y dormir. Cuando Veintidós susurraba "al pie de la cama", Juan la escuchaba firme y claro. En el medio de los sueños más placenteros o extravagantes, la voz de Veintidós era como una puerta que se abría y lo traía inmediatamente a la vigilia. Saltaba y se paraba firme, aún más rápido que los demás.

Esa noche, en la Cuadra, esperó el momento más adecuado, y cuando Ciento doce ordenaba su muda de ropa, se acercó a ella y sin vacilaciones, con amabilidad, le preguntó si no tenía

ganas de tener sexo con él. Juan la había estado observando mientras hacían fajina. La pequeña Ciento doce tenía unas formas muy atractivas y se movía con gracia. Pero lo más seductor de ella era su sonrisa radiante y vital. Ahora, imbuido de un nuevo espíritu, Juan decidió hacer lo que nunca en la vida había hecho: invitar sin miedo y sin rodeos, con respeto y sencillez. Ciento doce lo miró como si la hubiera invitado a un viaje a la luna, y después de un instante contestó – Sí, por qué no, de acuerdo.

Fueron al chalé, pidieron la habitación y la Oficial Médico a cargo les dio las llaves preguntando con cortesía si les Aspirantes deseaban pastilla de encendido o material inspirador. Juan aceptó una pastilla, Ciento doce dijo que no la necesitaba. Se desnudaron el uno al otro con parsimonia. La piel de Ciento doce resultó ser mucho más sensual de lo que Juan había previsto; morena, brillosa, sedosa. Sus pechos eran pequeños, pero bien formados. Cuando los gruesos labios de Ciento doce se rozaron con los suyos, todos los pensamientos cayeron al vacío. En apenas unos minutos Ciento doce estaba completamente poseída por la lujuria; tomó el control de la situación y transformó a Juan y su pene en sus juguetes eróticos, ofreciéndose luego ella a él en las mismas condiciones de entrega absoluta. En algún momento de tregua, Juan se atrevió a contarle que había estado vagamente enamorado hacía poco. Ciento doce le dijo que a ella le encantaba el sexo pero que no le gustaba enamorarse.

- Con el sexo casi siempre se disfruta, con el amor casi siempre se padece – dijo.

Y Juan estuvo de acuerdo.

Después de una hora el Oficial Médico les golpeó la puerta diciéndoles que debían volver a la Cuadra a dormir o al día siguiente no estarían en forma. Volvieron juntos, contentos, mutuamente agradecidos. Tal vez repetirían la semana siguiente. En la Cuadra la ausencia de ambos no había pasado desapercibida, pero nadie hizo ningún comentario.

Juan golpea en la puerta de una de las pequeñas oficinas del chalé que funciona como cuartel. Del otro lado de la puerta se escucha la voz de Treinta y cuatro que lo invita a pasar. Juan abre la puerta y se queda en posición de “firme”.

- Descanse, Ciento diecinueve. Siéntese.

Sentado frente a su escritorio, Treinta y cuatro revisa unos papeles.

- Según los informes de su Oficial a cargo, su evolución ha sido notable. Creí que no lo iba a lograr, pero usted se ha transformado en un soldado.

Juan no sabe si debe responder o no al comentario, y por las dudas se queda callado.

- Así me gusta, nada de comentarios mordaces, ironías, muestras de ingenio. Ahora dígame, ¿por qué ha terminado con todas esas cosas?

Juan piensa un instante y luego responde:

- Porque soy parte de un cuerpo y todas esas cosas no sirven a ese cuerpo. Esas cosas son muestras de un individualismo estéril.
- ¡Bravo! Correcto. Ha evolucionado. Discutimos mucho sobre usted antes de aceptarlo, hoy se lo puedo decir. Algunos estaban en contra de que le permitieran quedarse con el perro. Pensaban que el perro iba a inhibir el desencadenamiento del efecto manada. Que usted se iba a refugiar en su perro para aferrarse a su pobre individualismo burgués. Para progresar, debemos dejar atrás los antiguos afectos, que nos devuelven una imagen especular de los que fuimos; ahora debemos ser otros. ¿Entiende?

Juan responde “sí señor” aunque no está del todo seguro de entender.

- ¿Sabe qué es el “efecto manada”?
- No señor.

- Usted saca a pasear a un perro, y el perro tironea, si se cruza con otros perros quizás se quiere pelear, o se quiere aparear, en fin, es un individuo medio anárquico. Ahora dele usted un buen líder de manada, júntelo con otros perros, póngalo a hacer ejercicio hasta cansarlo, dele órdenes claras, con firmeza, y va a ver como ese perro casi inmediatamente pasa a formar parte de la manada. Sigue al líder, se vuelve disciplinado, actúa sin vacilaciones, es asertivo. Usted pasó por ese proceso. La primera noche se quebró. Sus compañeros habían pasado por lo mismo, así que lo dejaron en paz. Ahí dejó su individualismo atrás y pasó a formar parte del cuerpo. Todos pasamos por esto.

Juan asiente.

- Ahora bien, usted ha aprendido a obedecer sin pensar. Ahora está en condiciones de volver a pensar, pero desde una perspectiva productiva. Por eso esta tarde, en su tiempo libre deberá leer este material sobre nuestra Organización.

Treinta y cuatro le alcanza las hojas abrochadas que estaban sobre su escritorio.

- Si lo piensa bien, nuestra Organización es la respuesta lógica a todos sus escritos.

Juan se sorprende, ¿cómo han leído sus escritos?

- Dicen que los ojos son las puertas del alma o algo así, ¿no?, bien, la lectura de su iris nos abrió las puertas a su ordenador casero y nos tomamos el atrevimiento de leer sus conclusiones. Recuérdelo, si alguna vez vuelve a su vida civil, ponga claves de acceso o en su iris cualquiera puede leer su vida entera.

Por un instante, Marcia vuelve a cruzarse por su cabeza. Será posible que ella… no, es simplemente que ella era hasta ahora la única que había leído esos borradores.

- Su visión del proceso político, económico y social que desembocó en este genocidio está muy bien explicado. Pero no tiene propuesta. Se queda en la descripción. Nosotros somos la propuesta que usted no se animaba a formular.

Juan piensa que Marcia le había hecho alguna crítica parecida. Marcia, Marcia, Marcia. Marcia vuelve una y otra vez.

- Ahora vaya a la Cuadra. Y lea el material.

Juan estaba por dar media vuelta y salir de la oficina, ya de espaldas a Treinta y cuatro.

- Una cosa más, Ciento diecinueve…

Juan se dio vuelta hacia Treinta y cuatro.

- Después de la acción, usted partirá a la Colonia, tal como habíamos acordado, y una vez allí, le asignaremos alguna tarea menor; usted ya no será formalmente parte de esta organización, apenas será un simpatizante, ¿entiende?

Treinta y cuatro debe haber percibido la expresión de duda en el rostro de Juan.

- A menos que usted no esté de acuerdo… a menos que usted prefiera permanecer en la Organización, con sus compañeros.

Juan no tuvo que pensarlo ni diez segundos:

- Quiero permanecer en la Organización, Oficial.

Treinta y cuatro sonrió, orgulloso.

- De acuerdo. Vaya nomás.

Juan volvió a la Compañía pensando que se sentía cada vez más a gusto con Ciento diecinueve y no tenía ganas de volver a ser Juan Alassia, nunca.

Sin embargo, a medida que avanzaba en la lectura del documento partidario, la convicción de Ciento diecinueve era barrida por el pensamiento crítico de Juan Alassia. Se trataba de

un pasquín hecho de retazos de declaraciones de organizaciones revolucionarias del siglo XX que se adaptaba mal a la realidad de hoy. Para empezar, se suponía que la Organización aspiraba a representar a un colectivo que no se puede comprobar que exista, "el pueblo NIG" o "las masas NIG", ¿dónde están? En ningún lado, ¿Cómo se manifiestan? No se manifiestan. La concepción vanguardista de una Organización que aspira a representar a un colectivo que no existe, y que, si existiera, no quiere ser representado ni quiere luchar, se suma a la idea tantas veces fracasada de crear focos y pensar que luego el fuego purificador se masificará. Todo el documento parecía de otro siglo; sólo habían reemplazado donde decía "los trabajadores" o "el pueblo" o "las masas" por "las masas NIG". Pero había una diferencia sustancial con las aspiraciones del pasado: en el pasado la clase obrera se suponía mayoritaria y relativamente homogénea, era el futuro y por lo tanto el sujeto histórico revolucionario; ahora en cambio las "masas NIG", aun cuando existieran, eran una minoría y eran el pasado, y no podían ser el sujeto histórico de ninguna revolución. Desde el punto de vista marxista, la lucha NIG era una lucha más reaccionaria que revolucionaria. Según entendía Juan, la gran apuesta de la Organización era dar un gran golpe de propaganda a escala mundial que de la noche a la mañana la estableciera como un actor de peso, y esperar que las masas NIG se despertaran y engrosaran sus filas. Era una apuesta a todo o nada. Si las masas NIG permanecían indiferentes, la Organización quedaría colgada en el aire y sería aniquilada. Juan era escéptico ante la reacción de los NIG, pero tampoco podía descartar que él fuera el equivocado. "Veremos", se dijo.

Después de leer el documento completo concluyó que, en resumidas cuentas, sólo quedaba una cosa por hacer y era buscar a Ciento doce y pegarse un flor de revolcón. Por suerte para él, Ciento doce estuvo de acuerdo en que no había ningún motivo para esperar a que pasara una semana, como habían acordado.

Aún exhausto después de un desenfrenado coito, Juan no puede dejar de besar y acariciar la piel brillante y tersa de Ciento doce. Abrazado a ella en posición cucharita, le besa los hombros, la nuca, la espalda; la piel canela parece tener alguna cualidad magnética que le impide a Juan desprenderse. Ella se deja acariciar, gozosa.

- Sos absolutamente hermosa.
- Me encanta estar entre tus brazos, sos muy caliente.

Juan está tomando envión para volver a penetrarla cuando ella suelta:

- No me puedo imaginar que un hombre tan vital y cálido como vos, alguna vez haya firmado su cese.

Ciento doce lo ha dicho a modo de observación curiosa, sin ningún juicio de valor. Juan, envuelto en la situación amorosa, en su nueva vida de miliciano revolucionario a punto de jugarse la vida, siente de pronto que ese hombre que firmó su cese ha quedado atrás, muy atrás, es tan remoto como el adolescente retraído y atormentado que fue allá lejos, o el padre alcohólico e irresponsable que fue más tarde. Se pregunta cuántas vidas vive un hombre a lo largo de su vida. Todo lo que ha vivido desde el momento en que firmó su cese ha sido más intenso y significativo que el entero siglo que vivió antes.

- Yo tampoco me lo puedo explicar.
- ¿Qué te llevó a hacerlo?
- Tengo un hijo, a quien le hice mucho daño y quería de alguna manera reparar ese daño. Y terminé haciéndole más daño aún. Al menos esa es la explicación racional que puedo darte. Tal vez haya otras motivaciones inconscientes, no lo sé, algo como lo que dijeron los compañeros el otro día. ¿Tuviste tu primera cita obligatoria?
- No, me faltan casi sesenta años para eso.

Juan se sobresalta.

- ¿Qué edad tenés?
- Cuarenta y dos.
- ¡Cuarenta y dos! Sos una niña.

Ciento doce ríe. Juan pensaría que es imposible que su amante sea tan joven, creería que ella miente por coquetería o simplemente por bromear, si no fuera por esa piel que no puede ocultar su verdad; ahora lo entiende, a menos que se tratara de un milagro, no hay ciencia ni adelanto biomédico que pueda sostener una piel tan vibrantemente joven.

- ¿En serio tenés cuarenta y dos?, ¿qué hace una nena como vos peleando la guerra de los viejos contra los jóvenes en el bando equivocado?
- Soy NIG.
- Pero hace cuarenta y dos años ya estaba el AT.
- Y también se vendía antídoto ilegal. Nací NIG en un mundo de Alfas. Desde que nací me dijeron que yo era un error, el producto de padres irresponsables. Y hasta mis propios padres se mostraban arrepentidos. Siempre me dijeron que nunca iba a llegar a nada. Así me educaron, así crecí en este mundo de mierda.

Juan puede percibir como toda la musculatura debajo de la piel de Ciento doce se tensa. Ella se da vuelta y ahora mira a Juan de frente, sin soltar el abrazo.

- ¿Sabés lo que es crecer mientras te dicen que sos una especie de imbécil? Que te digan en la cara que sólo vas a servir para puta de viejos NIG pervertidos.

Juan entiende que ella tiene más motivos que nadie para querer derribar el sistema, del cual es tan víctima o más aún que las multitudes de viejos que marchan a la inyección letal los 21 de septiembre. Esta guerra es la guerra de ella más que de nadie, y a la vez, le parece triste que esté a punto de hacerse matar teniendo tanta vida por delante.

En la sobremesa de la cena, el grupo de aspirantes recibe la visita de Treinta y cuatro, acompañado por Veintidós y otros dos Oficiales. El momento había llegado.

En medio de un clima de tensión, Treinta y cuatro explicó el operativo, que consistía en volar una planta de producción de AT, anticonceptivo total. La operación debía desarrollarse en apenas dos minutos y se llevaría a cabo cuarenta y ocho horas más tarde, horas que el Comando ocuparía en ensayar los movimientos hasta la perfección, a las órdenes de la Oficial Veintidós.

Treinta y cuatro mostró en una grabación la disposición de la planta y la ruta de acceso hasta una esfera de metal que giraba sobre un eje vertical, una especie de tanque de agua que era el corazón de la planta. Para lograr su cometido, el grupo comando debería reducir a los guardias de seguridad. Aclaró que, al menos en esta instancia de la guerra, la Organización pretendía que su nivel de violencia no fuera mortal, a menos que no quedara más remedio.

- ¿Alguna pregunta? Pueden manifestarse con total confianza.

Juan se anima:

- ¿Cuál es el propósito político de la operación, por qué una planta de AT?
- Como dije, esta es una acción de propaganda. Golpearemos en las plantas de AT por el alto valor simbólico que tiene para el régimen el mecanismo por el cual ha sustraído a los NIG la capacidad de reproducirse, en beneficio de los Alfa. Volar las plantas AT es dejar expuesto lo frágil que es la dominación de los Alfa. Es una forma de mostrarles que la dominación es contraria a la naturaleza; que esa dominación se basa en dos artificios: el AT y la manipulación genética de

embriones. Todo lo que va contra la naturaleza es artificial y se desvanece al primer golpe.

Todos se quedan mirando unos a otros, nadie dice nada.

- ¿Alguna pregunta más?
- ¿Qué pasa si fracasamos y somos tomados prisioneros? – pregunta Ciento quince.
- En caso de que algo fallara y estuvieran en una situación sin salida, su equipo posee un dispositivo que les permitirá detonarse, impidiendo caer en manos del enemigo y no dejando ninguna huella que permita identificarlos.

Aquí Treinta y cuatro hace una pausa dramática.

- Es preferible morir por mano propia que caer en manos del enemigo. Si caen en manos del enemigo, serán torturados, humillados públicamente ustedes, sus amigos y sus familiares, y finalmente los cesarán. Si en cambio se detonan, hacen imposible el reconocimiento del cadáver y, con suerte, se llevan con ustedes algún enemigo.

Treinta y cuatro hace otra pausa, gozando del efecto que logra el patetismo deliberado de sus palabras.

- ¿Alguna otra pregunta?

Es temprano en la noche. En la Cuadra, Juan y todo el Comando están vistiéndose con un traje de neoprene, parecido al de los buzos tácticos. El traje es térmico, impermeable, cómodo, e incluye una capucha que cubre la cabeza, dejando libres ojos, nariz y boca. Del lado interno de la muñeca izquierda tiene dos pequeños botones, uno verde y otro amarillo. Del lado exterior de la muñeca tiene un botón rojo. En caso de ser atrapados, deben activar los botones en el siguiente orden: verde – amarillo – y dos veces rojo, y entonces volarán por el aire llevándose al otro mundo a sus captores, impidiendo su identificación,

ahorrándose la tortura. No hay forma de que la combinación verde-amarillo-rojo-rojo ocurra por accidente, les han dicho, y la operación toma dos segundos.

Veintidós ha explicado una y otra vez cada movimiento. Lo han ensayado una treintena de veces, y todos se sienten seguros. ¿Miedo? Sí, claro. ¿Dudas? Sí, cómo no. Miedo y dudas sobre el propio coraje físico. ¿Miedo y dudas políticas? También, pero qué importa ahora si la línea política de la Orga es acertada o no lo es; lo único concreto, lo único real, es que aquí y ahora Juan y sus compañeros van a jugarse el pellejo.

Juan durmió perfectamente. Nadie vio su sueño perturbado, nadie perdió el apetito, nadie vomitó del miedo. Y si no fue así, Juan se convenció de lo contrario.

Llegan dos vehículos. Juan busca y encuentra la mirada de Ciento doce y en un breve gesto sin énfasis, se desean mutuamente la mejor de las suertes. Al primer auto suben Juan, Ciento quince y Ciento uno. Al segundo, Veintidós, Ciento tres y Ciento doce. Se vendan los ojos y el auto arranca. Durante el trayecto Juan trata de no pensar en nada. La suave sensación de avance veloz y uniforme sobre una suspensión que hace que el movimiento evoque el mecerse de una cuna, lo tienta a dormirse. Él mismo se sorprende, está a punto de jugarse la vida y sin embargo debe combatir el sueño. Pero el viaje dura pocos minutos.

- Llegando a destino en diez, nueve, ocho, siete, seis… -dice una voz electrónica del GPS, sacando a Juan de su sopor.

Juan reacciona quitándose la venda. Ahora puede ver que sus compañeros hacen lo mismo que él, y todos a la vez se calzan sus lentes infrarrojos.

- … cinco, cuatro…

Juan palpa su arma, una pistola eléctrica con poder para atontar, lastimar, o rara vez matar, según la intensidad que se aplique, y se asegura de tener a mano las esposas, que serán su responsabilidad.

- … tres, dos, uno, destino alcanzado.

Las puertas del auto se abren y los tres salen corriendo hacia el objetivo. Dos segundos antes que el de Juan, ha llegado el primer auto. En el preciso instante en que Juan empieza su carrera, alcanza a ver a Veintidós, apuntando al guardia de seguridad y haciendo fuego, dándole de pleno con la Taser de largo alcance. El guardia cae ligeramente herido y aturdido. Ha tenido suerte de estar afuera de su garita de vigilancia, quizá paseándose aburrido; si hubiera estado adentro, Veintidós no hubiera tenido más remedio que tirarle una granada de humo con el lanzagranadas a través del vidrio de la garita, lo que, según estudiaron en la preparación de la operación, hubiera aumentado de manera dramática la posibilidad de que el guardia resultara muerto. Ahora es responsabilidad de Juan ir sobre el guardia y dejarlo fuera de combate. Ciento quince y Ciento uno corren a la puerta. Ambos cargan con dos pequeños cuencos del tamaño de una mano, que se adhieren a cualquier superficie. Ciento quince pone uno en cada gozne de la puerta, Ciento uno coloca los dos suyos en la cerradura. Ciento uno detona los cuatro explosivos. La puerta sale volando. Veintidós, Ciento doce y Ciento tres, que habían estado esperando frente a la puerta cuerpo a tierra, entran a la carrera al edificio, con sus armas apuntando.

Mientras tanto Juan salta sobre el guardia abatido e intenta esposarlo. Se trata de un joven varón de gran musculatura. No está completamente fuera de combate, sino que reacciona, logra esquivar a Juan y trata de ponerse de pie. Juan debe impedirlo, así que le descarga su pistola eléctrica en la rodilla derecha, en potencia intermedia. El joven reacciona con un estremecimiento y vuelve a caer boca arriba, pero cuando Juan trata de tomarle las muñecas, comprueba que el joven sigue en capacidad de resistir. No puede perder más tiempo, así que ahora lleva la pistola a potencia máxima y aplica la descarga contra el hombro derecho del joven. Si te levantás otra vez te mato, le dice al muchacho o a sí

mismo. El estremecimiento del joven llega al paroxismo, y Juan teme haberlo matado. Por dios, no te mueras, pibe. Juan no puede detenerse ahora, lo esposa, luego lo amordaza con cinta adhesiva, y al hacerlo nota que el joven respira. Menos mal. Mientras el muchacho empieza a despabilarse, pero sin entender nada de lo que está ocurriendo, Juan le esposa también los tobillos, lo arrastra, lo mete en el edificio, dejándolo en un rincón para que no estorbe la retirada.

Adentro del edificio, mientras Juan luchaba con el muchacho, otros dos guardias armados, alertados por la explosión de la puerta, vienen hacia el Comando y se desencadena un tiroteo histérico, donde nadie da en ningún blanco, los guardias quizá porque no saben, los atacantes porque no quieren. Veintidós, con voz distorsionada en una torsión terrorífica por el mecanismo del traje que impide que luego su voz sea identificada en las grabaciones, les dice:

- Somos más y estamos mejor armados. Suelten sus armas y nadie saldrá herido. No se hagan matar al pedo. Cuento hasta tres, a las tres los liquidamos… uno… dos

Los dos guardias de seguridad se miran, sueltan las armas y levantan las manos. Juan, ahora ayudado por Ciento tres, va hacia uno de los guardias y lo esposan, luego hacen lo mismo con el otro, y finalmente los llevan a ambos hacia la puerta, donde estaba el primer guardia. Mientras tanto, Ciento quince y Ciento uno ya han sacado otro tubo explosivo. Llegan al fondo del edificio y adhieren el explosivo al tanque de AT. Luego corren a ponerse a salvo. Cuando comprueban que todos están a distancia prudencial, Ciento uno aprieta el detonador. La planta explota y empieza a incendiarse. Veintidós ordena:

- Comando, ¡retirada!

En el momento en que salen del edificio dejando atrás a los guardias esposados, pero fuera de peligro, los dos autos que habían partido después de dejar al comando vuelven a

aparecer. Todos suben a los autos en el mismo orden en que habían llegado, y los autos parten con esa aceleración tan impactante. La operación duró dos minutos, con exactitud.

Ya en el interior del auto, Juan, Ciento quince y Ciento uno se quitan los anteojos infra rojos y los pasamontañas, incrédulos y felices, con la adrenalina a tope. Luego se ponen nuevamente la venda en los ojos. En la oscuridad, Juan sólo siente una felicidad y un alivio infinito. El viaje dura unos pocos minutos.

- Llegando a destino en diez, nueve, ocho, siete…

Juan reacciona y se quita la venda. Al llegar la cuenta a cero, todos bajan del auto. Tres segundos después llega el segundo auto, del que también se bajan los otros compañeros. Un tercer auto, acondicionado como ambulancia, con un oficial médico y un enfermero, que felizmente no van a ser necesarios, los esperaba. Veintidós les hace un gesto de "todo ok", y el tercer auto parte de inmediato. A un gesto de Veintidós, todos corren a tomar distancia de los autos de los que se acaban de bajar. Veintidós detona la primera carga y explota el primero, y luego el segundo. Los autos se incendian en la oscuridad del descampado. Están en uno de los pocos puntos ciegos donde no hay cámaras de seguridad, una brecha de apenas un par de kilómetros en alguna ruta provincial. Instantes más tarde otros dos autos llegan a buscar al grupo. Veintidós ordena:

- Ciento uno, Ciento tres, Ciento doce.

Los tres aspirantes suben al primer auto. Juan y Ciento quince, junto con Veintidós, suben al segundo auto. Y los autos parten, en direcciones opuestas, a velocidad media. Una vez en el auto, Juan se pone nuevamente la venda en los ojos. En la oscuridad de la ruta desierta, Juan no puede ver que en la pared pantalla de una antigua estación de tren, una desconcertada presentadora de noticias mira múltiples sub-pantallas donde se ven incendios. Tampoco puede escuchar lo que la presentadora dice:

- “No hay información por el momento, más allá de que hubo intencionalidad y coordinación en todos los hechos. Según los primeros indicios, esto afecta gravemente la capacidad de producción de AT a nivel mundial. También se reportan robos simultáneos de material y aparatos de alta tecnología biomédica en muchos hospitales. El mundo está en shock, no sabemos qué es lo que está pasando. ¡Atención! en este momento se reportan ataques contra arsenales militares. Allí habría habido enfrentamientos con bajas de las fuerzas oficiales y también muchas bajas de los anónimos agresores. Alerta, información de último momento, una organización se adjudica estos actos vandálicos, se hacen llamar Ejército Revolucionario NIG, brazo armado de la Unión NIG”.

Juan, por ahora, no sabe nada de esto, pero sí sabe otras cosas. Sabe que mañana arribará a otro lugar, distinto de la Cuadra. Sabe que Hobsbawm estará allí, esperándolo, tal como pactó con Treinta y cuatro. Mañana empezará una nueva etapa para él y para la Organización; él pasará a formar parte de otro grupo Comando, distinto al que perteneció hasta ahora. Y sabe que, con toda probabilidad, nunca volverá a ver a Ciento doce, a quien lamentablemente han destinado al otro grupo. Juan lo lamenta, su estado de ánimo, que hasta hace unos momentos era extático, ahora se ha vuelto un poco melancólico.

Amanece. El auto está estacionado en la banquina, en la encrucijada con un angosto camino de tierra. Veintidós les indica con un gesto que avancen por ese camino. Juan tiene la convicción de que se hallan cerca del mar. Apenas bajan, el auto parte. La niebla hace que la visibilidad sea casi nula. Juan y sus acompañantes caminan como si estuvieran en una nube, o en un sueño.

La vieja casona que se alza en el medio de la planicie debe haber sido construida a fines del siglo XIX o principios del XX. Es rectangular, ramplona, de unos treinta metros de frente, un único piso, techo alto; parece como si hubiese sido construida para ser una estación de tren, pero el tren nunca hubiera llegado. Todo el paisaje tiene algo de fantasmagórico, piensa Juan, pero también cierto aire de familiaridad que le confirma que está en el sur bonaerense y que debe ser un noviembre todavía fresco. Junto con Veintidós y Ciento quince, Juan ingresa a la casa. Los ojos, acostumbrados al sol alto de la mañana, encuentran la amplia estancia en penumbra y tardan unos segundos en acostumbrarse. Lo primero que se percibe es un intenso y maravilloso olor a pan casero recién horneado, que remite a Juan de un dulce sopapo a sus años infantiles, a los largos veranos en Mechongué, a las tardes con los amiguitos del lugar, nadando en un tanque australiano de chapa que hoy recuerda como la esencia de la felicidad, en la casa de los abuelos maternos, que se murieron de repente, como el pueblito entero adonde ya tampoco llegaba el tren, cuando Juancito tenía apenas ocho años. Los ojos de Juan se van acostumbrando y puede ver las paredes descascaradas, la mesa oval de madera, los sillones de madera oscura, el piso de loza.

- Bienvenidos. Felicitaciones por un trabajo bien hecho. Pasen, pueden asearse en los baños que están a su derecha. Y luego vengan a tomar un buen desayuno.

Así los recibe un hombre de modales exageradamente amables, pelo en las sienes y en la nuca, pero calvo en la coronilla –lo que es muy extraño, la calvicie se extinguió en algún momento de mediados del siglo XXI- Viste un delantal blanco sobre su camisa negra.

- Disculpe, estoy buscando a mi perro.
- Ah, sí, usted debe ser Ciento diecinueve. Su perro es muy simpático. Está allá, en la habitación de descanso.
- Gracias.

Juan está a punto de salir, pero de pronto repara en que ni siquiera ha saludado o le ha preguntado el nombre a ese calvo tan amable, entonces vuelve sobre sus pasos.

- Discúlpeme nuevamente, gracias por cuidar a mi perro. Su nombre es…

El hombre hace un breve gesto de negación, sin perder la sonrisa.

- Dígame Charly.
- Okey. Gracias Charly- dice Juan, un poco intrigado, ya que Charly no es su nombre real ni es su nombre de guerra, pero sabe que no debe preguntar nada.

Abre la puerta con cuidado, previendo que quizá haya gente durmiendo. En la oscuridad, alcanza a ver a Hobsbawm, que se yergue sobre sus patas delanteras, agita la cola, y es la viva imagen de la felicidad pura. Luego sus patas traseras mecánicas se levantan y el animal viene hacia Juan y se arroja sobre él. Juan lo acaricia, se inclina para tomar la cabeza de Josby entre sus manos, y frota su nariz con la del perro en un saludo esquimal. Juan se siente feliz, y alcanza a percibir que el animal, con una sabiduría misteriosa que Juan siempre le ha atribuido o reconocido, se alivia de una inmensa angustia y parece decirle "en qué huevadas te estás metiendo, esta vez creí que no vivías para contarla". Pasado el instante del reencuentro, el cerebro de Juan recompone la escena, la parte de la escena que no alcanzó a ver bien, que quedó en segundo plano, y es que Hobsbawm estaba junto a una figura, una figura humana, una figura humana y femenina que ahora lo mira a Juan y le hace el gesto de "silencio" cruzando el dedo índice sobre sus labios, y luego le indica que salga de la estancia. Juan está perplejo: es Marcia.

- Hora de pasear, Josby.

Juan, seguido por Hobsbawm, sale del cuarto de descanso, y luego cruzando la estancia, sale de la casa. Camina unos metros, hasta donde hay unos árboles que Hobsbawm aprueba. Siente una extraña emoción, en un principio sorpresa, alegría, pero pronto los sentimientos

se vuelven encontrados; una inevitable suspicacia empieza a crecer. ¿Qué hace Marcia acá?, esto no puede ser casualidad. Es bueno verla, y a la vez algo está mal en este cuadro. Un instante más tarde lo alcanza Marcia.

- Hola, soy la Oficial Setenta y uno. Me alegro de verte.

Marcia está igual que siempre, y sin embargo distinta. Tiene el pelo cortado al ras, un traje de fajina militar color verde oliva, borceguíes. Sus ojos moros brillan más que nunca.

- Te imaginarás mi sorpresa cuando llegué hace un rato, y me encontré con Josby. No lo podía creer. ¿Josby acá? ¿vos acá?... todavía no lo puedo creer…

Marcia parece tan impactada como Juan, no encuentra las palabras.

- Estoy muy feliz de verte, ¿vos no estás feliz de verme?
- Sí, claro -dice Juan, sin embargo, su postura es de reticencia o sospecha.
- Sí, ¿pero…? - pregunta Marcia, quien percibe la duda de Juan.
- ¿Vos sos responsable de que yo esté acá? – dice Juan, cortante.

Marcia parece sorprendida, entiende que la pregunta de Juan es una acusación.

- Estoy tan sorprendida como vos. Formo parte de la Organización desde hace años. Vos te cruzaste en mi vida y no sabía bien qué hacer. Fue un impulso que no debí haberme permitido. Y después... no te podía decir en qué andaba sin ponerte en un gran compromiso, a vos y a toda la Orga.
- O sea que cuando yo te confesé que había firmado mi cese, para vos fue un alivio. Montaste todo un numerito de mujer indignada, pero en el fondo era una gran excusa para soltar lastre.
- De ninguna manera. Me dio bronca. Y me puso muy triste. Y además me movilizó toda una serie de cuestiones muy personales que no es momento de hablar. Pero

también es verdad que resolvía el problema; lo nuestro no podía ser, se acercaba la Operación y yo iba a tener que pasar a la clandestinidad.

- No respondiste a mi pregunta, ¿estoy acá por una decisión tuya?
- Lo único que hice fue pasarle tus escritos a la Conducción. Me parecía que en cierta forma estaban en línea con nuestro pensamiento. Eso es todo. Cómo llegaste vos acá, no lo sé. Pero nadie es reclutado contra su voluntad, así que si estás acá debe haber sido una decisión tuya.
- Me reclutaron para una misión suicida, ¿vos no sabías nada de eso?
- ¿Misión suicida? No sé de qué estás hablando.
- Una misión suicida a la que por supuesto no me presté.
- Yo no tomo decisiones de esa envergadura. Paso información. Nadie me pregunta qué hay que hacer con esa información y nadie me da cuenta de qué hicieron con ella. Así es la Orga, vertical, piramidal. Y yo soy Oficial, pero no estoy precisamente en la cúspide de la pirámide.

Juan la mira con suspicacia.

- Lamento que no te alegres de verme. A pesar de todo, tenía un grato recuerdo de tu persona – dice Marcia, sosteniéndole la mirada.

Marcia está acá y es Oficial de la Orga, increíble. Lo que le dice Marcia puede ser cierto o no, cómo saberlo. Tal vez la Orga decidió, sin necesidad de consultarle a ella, operar sobre él para reclutarlo. Lo que es claro es que aun cuando Marcia esté diciendo la verdad, ella es parcialmente responsable de que él esté acá, porque él nunca hubiera llegado a la Organización si no lo hubieran secuestrado en primera instancia, y eso ocurrió porque Marcia lo señaló, a sabiendas o no de lo que la Organización haría después. El súbito presentimiento de que Marcia había intervenido, que lo había asaltado cuando Treinta y

cuatro le mintió que había obtenido sus escritos a través de la lectura de su iris, ahora se confirmaba como cierto. Sin embargo, la decisión de sumarse a la lucha había sido de él, y no lo lamentaba. Finalmente, Juan concluye, en voz baja pero audible:

- Sí, en definitiva, o en última instancia, estoy acá por mi propia decisión.

Marcia sigue sosteniéndole la mirada, pero su expresión severa empieza a desarmarse.

- Eso me hace muy feliz. No sólo porque tenía muchas ganas de volver a verte, sino porque ahora sí sos el tipo que estaba guardado adentro tuyo y no dejabas salir; ahora sí sos el tipo que actúa sobre el mundo.
- Estamos a mano. Yo te oculté que había firmado mi cese, vos me ocultaste que pertenecías a la Organización. Nuestra relación fue un juego de tahúres. Ambos sabíamos que no podía durar.

Marcia asiente, con expresión grave.

- Y ahora tampoco podría durar, ¿no? – pregunta Juan.
- Pronto vamos a ser asignados a nuestros destinos y tal vez no nos volvamos a ver, es verdad- dice Marcia y luego ambos caen en un silencio.

Ni Marcia ni Juan han intentado acercar la distancia de unos tres metros entre ambos en la que mantienen la conversación.

- ¿Cuál es tu nombre de guerra?
- Ciento diecinueve.
- No conviene que nos vean juntos. De hecho, en cuanto vi a Hobsbawm, mi deber era informar de la situación, y no lo hice.
- Violación de la seguridad. Se supone que nadie debe saber el nombre verdadero de nadie.

- Sí. Me hubieran reasignado inmediatamente. Y no pude. Me moría de ganas de verte. Otro impulso que no debería haberme permitido…

Marcia ahora clava sus ojazos en los de Juan. Juan siente una corriente eléctrica que le camina rápida por el espinazo. Marcia empieza a caminar lentamente, sin rumbo, y Juan la acompaña. Fantasea con que podría tomar a Marcia en este mismo instante, besarla, y salir corriendo juntos hacia ninguna parte, ya que no hay ningún lugar adonde ir, no hay tregua para los desertores de la civilización, sólo hay una posibilidad de seguir vivo adentro de la Organización, condenados a vivir saltando de operación en operación, tratando de salvar el pellejo, día tras día, empeñados en una guerra que a la larga sólo podemos perder. Pero no es momento de internarse en estos pensamientos trágicos, imposibles de ignorar, pero que convendría mantener lo más lejos posible, en los arrabales de la conciencia.

Marcia se detiene y enfrenta a Juan.

- Lo nuestro no puede durar, pero tampoco nosotros vamos a durar. ¿A quién le importa?, ¿qué nos importa dónde estemos mañana?

Juan entonces se acerca a Marcia y se besan. Se besan largamente. Es un beso en el que hay más angustia compartida que placer erótico. Es un beso necesario, imprescindible. Y luego permanecen abrazados unos instantes, casi fraternalmente.

- Yo no quería perderte, Juan. Me puteaba a mí misma ¡cómo me viene a pasar esto justo ahora que me estoy yendo a la guerra!
- Vos te ibas a la guerra y yo me iba a la muerte, qué se puede hacer con un par así.

Al otro lado del camino hay movimiento, aspirantes que llegan, lo que rompe el clima de confidencia que Marcia y Juan han creado.

- Andá a desayunar, Juan, que buena falta te debe estar haciendo.
- ¿Nos vamos a volver a ver? –pregunta Juan, casi para sí mismo.

- No sé. Pero si no nos volvemos a ver, me alegro de que nuestra historia termine en este abrazo.
- Sí, y yo me alegro de que, a pesar de todo, ambos hayamos cedido a nuestros impulsos. Hubiera sido un error pasar por la vida sin conocerte.

Durmió tal vez cinco o seis horas sin despertarse ni una vez, con un sueño profundo del cual luego no pudo recordar nada. Cuando volvió a la estancia principal, el panorama había cambiado. Ahora había una docena de personas, hombres y mujeres, todos recién llegados y casi con seguridad, comandos dispersos después de la acción, igual que Juan. Sobre la mesa principal se estaba empezando a servir una cena frugal. Unos minutos después llegó Treinta y cuatro, acompañado por dos Oficiales, uno de los cuales era Marcia. Juan y todos sus compañeros se pararon firmes, y Juan tardó un segundo en ubicar a Marcia en su rol de Oficial y asimilarlo. Treinta y cuatro inició su alocución.

- Descansen. Pueden tomar asiento. Les informo que en función de que todes ustedes actuaron con valor y eficacia, todes ustedes son a partir de hoy formalmente suboficiales de la Organización. Sabemos que esta decisión puede parecer prematura, pero esperamos un crecimiento importantísimo de aspirantes y creemos que ustedes, que han sido probados en acción, serán capaces de guiarlos. Nos gustaría tener lugar para promoverles con una ceremonia como la que ustedes se merecen, pero estamos en tiempos de guerra. Quiero informarles que la Conducción informa que hemos logrado todos los objetivos que nos propusimos, con creces. Hemos alcanzado al enemigo en términos militares y económicos, recuperando valioso material militar y sanitario, y los hemos golpeado en términos militares y culturales mostrándoles su vulnerabilidad y nuestra fortaleza. Ahora es tiempo de

repliegue estratégico, agazaparnos para volver a caer sobre nuestra presa cuando ésta menos lo espere. Ustedes partirán esta noche llevando suministros hacia sectores que dominamos, y permanecerán allí por tiempo indeterminado. Pueden tomarlo como un franco relativo, si gustan, pero sepan que se puede terminar en cualquier momento, y por lo tanto tendrán rutina de entrenamiento diaria. Saldrán en dos columnas, una al mando del Oficial Cincuenta y seis, y otra al mando de la Oficial Setenta y uno. Una vez que sean nombrades, tienen diez minutos para prepararse. Buena suerte.

Entonces Treinta y cuatro, en su estilo siempre un poco teatral, dio media vuelta y se retiró dejando un silencio colgado en el aire. A continuación, Marcia tomó el relevo. Dijo que iba a leer los números de aquellos que formarían su columna. Luego comenzó, despacio, uno por uno, constatando que el nombrado se parara, se pusiera firme, chocara sus talones y partiera raudo a la habitación de descanso a preparar sus cosas. A medida que Marcia los iba nombrando, Juan pensaba si le tocaría estar en el grupo de ella o si otra vez la perdería de vista, quizá para siempre. ¿Habría decidido Marcia quiénes la acompañarían o la decisión emanaría de alguna instancia superior?, y en caso de que la decisión estuviera en manos de Marcia, ¿ella lo incluiría a él en su grupo?, ¿o eso sería poco profesional? Juan moría de ganas de que Marcia lo nombrara. Pero a medida que los números se iban sucediendo, Juan empezó a perder la fe, y a pensar que quizá fuera lo mejor; en este momento tal vez lo que menos necesitaba era enredarse en una trama amorosa.

En eso estaba cuando con voz lacónica, Marcia terminó su nómina diciendo “Ciento diecinueve”. Juan sintió un latido fuerte en el corazón. Así que sí. Así que me incluiste. No me digas que esta no fue tu decisión, no te creo. Qué mal momento para enamorarse, Marcia, vos sos la Oficial, debiste haber pensado por los dos, debiste haberme liberado. Me

hubiera pasado un rato odiándote, pero luego te hubiera entendido y ambos podríamos dedicarnos a nuestra guerra en paz.

A Juan no le tomó ni cinco minutos cargar sus pocas cosas en la mochila. Rápido, salió con Hobsbawm al descampado que se encontraba frente a la casa. El resto de su nuevo grupo ya estaba esperando órdenes de Marcia.

- ¡Firmes!

Todos obedecieron.

- Cuando yo lo ordene, van a ir a paso vivo desandando el camino de tierra por el que llegaron. En la ruta los espera un vehículo. En el vehículo hay cajas que trasportarán hasta el punto en que deberán descargar y esperar la llegada del siguiente vehículo. Allí volverán a cargar el material y acompañarán la carga, hasta su destino final. Una vez que ingresen al primer vehículo deberán tabicarse. No deben hacerlo al abordar el segundo vehículo, ¿Entendido?
- Sí Oficial. – respondieron al unísono.
- Bien, Ciento diecinueve ¡carrera marche!

Entonces Juan, un poco sorprendido de ser el primero, echó a correr por el sendero de tierra, seguido a pocos pasos por un esforzado Hobsbawm que exigía sus patas delanteras a la vez que se deslizaba sobre sus ruedas traseras. Juan sólo rogaba que no fallara el dispositivo motriz del perro. ¿Qué pasaría si de pronto el dispositivo se soltaba o una rueda se trababa? ¿Su obligación era seguir adelante, dejando al perro a su suerte? ¿Sería capaz de hacerlo? Por suerte el camino era corto y dos minutos después pudo ver el auto estacionando en la banquina de la ruta. Juan dejó pasar a Hobsbawm, que venía con la lengua afuera y una mirada de recriminación, y luego subió él. Apenas había lugar para

ellos dos; el resto estaba repleto de cajas de Telgopor que, se podía adivinar, eran instrumental médico.

El viaje no duró más de veinte minutos. Juan se quitó la venda y las puertas del auto se abrieron. Bajó del auto y Hobsbawm lo siguió. Las luces del auto se apagaron y la oscuridad era total en la noche sin luna. Podía percibir una brisa marina, y notó que la temperatura era más fría de lo que esperaba. Pasaron dos, tres, cinco, diez minutos sin que nada sucediera. A su lado, Hobsbawm estaba sentado muy tranquilo, y Juan se sintió cobijado por el temperamento del animal. El canto de los grillos parecía la música del universo. Juan observó el cielo; nunca en su vida había visto tantas estrellas. Nunca había podido ver la vía láctea a simple vista, pero allí estaba, inconfundible, esa especie de columna vertebral con ligera escoliosis que cortaba el cielo con luz blanquecina. Juan sintió qué insignificantes eran sus luchas, sus deseos, sus terrores, su propia minúscula vida, frente al parpadeo de las estrellas eternas. De alguna manera, esa insignificancia lo liberaba de toda responsabilidad. Nada que él hiciera o dejara de hacer contaba en verdad en el curso del universo.

Pasó media hora, quizá más, ¿habría habido algún error?, parecía imposible, hasta ahora todas las operaciones de la Organización habían demostrado un admirable grado de eficacia y de precisión cronométrica. Unos instantes después Josby empezó a moverse inquieto, alertando que alguien se acercaba. La luz de una linterna empezó a barrer el aire, hasta que finalmente dio con Juan, Hobsbawm y el auto.

- Buenas noches, Oficial. Vamos a tener un viaje agitado. Viene tormenta eléctrica, ya se ven relámpagos en el horizonte, más vale que nos apuremos.

Ahora sí Juan pudo ver al hombre pequeño, encorvado, de pelo lacio abundante, largo y cano, de rostro envejecido, arrugado, que portaba la linterna y se acercaba. También pudo

ver un lejano relámpago, como si el hombre lo hubiera convocado con el destello de su linterna. El cielo estaba completamente despejado, salvo hacia lo que posiblemente era el este, desde donde se adivinaba un lejano frente de tormenta. De manera simultánea, Juan llegó a varias conclusiones: iba a subir a un bote o a una balsa, iba a ir a una isla que posiblemente fuera Anadna, el hombre que le hablaba formaba parte de la comunidad de fugados, y la tormenta hacía que el viaje fuera riesgoso.

- Soy Domínguez.

El hombre no prestó mucha atención a Juan; miraba a Hobsbawm como sorprendido de encontrarse con un perro

- Buenas noches, soy el Suboficial Ciento diecinueve.
- Mucho gusto. ¿El caballero Suboficial viene con nosotros? – preguntó al perro, bromeando.
- Adonde él vaya, yo lo sigo – respondió Juan, también de broma.

Instantáneamente, Domínguez le había caído bien.

- Bien. Vamos que no tenemos tiempo. Empiece a descargar que yo traigo la zorra.

Juan se lo quedó mirando sin saber a qué zorra se refería, pero entendió que debía bajar todo del auto cuanto antes y se abocó a esa tarea, mientras Domínguez volvía a desaparecer en la oscuridad. Juan descargó las cajas del auto, doce cajas en total, todas bastante pesadas, las puso a la vera del camino, y luego el auto encendió sus luces, hizo sonar una breve alarma de advertencia, cerró suavemente sus puertas y salió disparado, dejándolos a Juan y a Hobsbawm solos en la más terca oscuridad. Pronto reapareció la vacilante luz de la linterna de Domínguez, quien venía con la famosa “zorra”, que resultó ser un carro de dos ruedas con dos agarraderas para empujar y una superficie para cargar cajas. La zorra podía cargar hasta tres cajas sin desbalancearse. Y todo iba bien en el camino de ripio que llegaba

hasta la playa, a unos doscientos metros de la ruta, pero luego había que bajar un acantilado de tres o cuatro metros de altura por un camino no demasiado empinado, y había que hacerlo de a dos para que la carga no se cayera. Una vez en la arena, las ruedas se hundían y no había forma de hacer avanzar al carro, con lo que hubo que bajar caja por caja y llevarlas a mano hasta un bote de madera que esperaba sobre la arena húmeda. Para cuando terminaron de cargar las cajas en el bote, las nubes negras que venían del este se habían tragado a la vía láctea y los relámpagos rasgaban el cielo, intimidantes, aunque los truenos aún se escuchaban lejanos y tardíos. Hobsbawm fue el primero en subir al bote. Juan, siguiendo a Domínguez, ayudó a empujar el bote hasta el mar y luego se treparon ambos. Juan estaba sorprendido por la capacidad de carga del bote; a primera vista no parecía adecuado para tantas cajas, sin embargo, bien acomodadas, cupieron con facilidad. Aun así, Juan guardaba serias dudas sobre si el botecito podría soportar semejante peso. Domínguez pareció leerle las dudas en los ojos.

- Este bote aguanta más de quinientos kilos, así que vamos cómodos. Roble, madera noble. La quilla y las cuadernas tienen doscientos años y están impecables.

Ojalá no esté alardeando, pensó Juan. Sin decir más, Domínguez tomó un par de remos y le señaló a Juan otros dos, en la parte de atrás del bote. Juan nunca había remado, pero empezó a imitar los movimientos del compañero con cierto éxito, tratando de ir al mismo ritmo, e imitando la forma y el ángulo en que sumergía la pala en el agua. Pero remar no era cosa tan sencilla y, carente Juan de la técnica adecuada, empezó a sentirse rápidamente agotado, a notar que sus remadas se volvían ineficaces, y que la embarcación era llevada por Domínguez.

En el camino se cruzaron con otros dos botes que venían en dirección a la playa, y Domínguez saludó con un gesto discreto. Los otros remadores señalaron hacia el cielo,

recomendando precaución. La tormenta se adueñaba de todo el cielo y de todo el mar, y el oleaje empezó a volverse más y más intenso. Hobsbawm empezó a aullar ante cada relámpago, algunos de los cuales parecían estar cayendo allí nomás, unos cien o doscientos metros adelante; iluminaban por un instante como la luz del mediodía, y eran seguidos por un trueno estremecedor. El mar comenzó a agitarse de manera amenazante y el bote empezó a corcovar como un caballo salvaje. Pronto las olas empezaron a barrer la cubierta del bote, y si bien Domínguez seguía imperturbable al mando, Juan se dio cuenta de que la situación estaba fuera de control y que el barco estaba al garete. Esto lo confirmó cuando con una expresión resignada, Domínguez se dio vuelta hacia él y le dijo "Amárrese compañero" señalando una soga que salía de uno de los durmientes del bote. El agua caía a raudales, y en medio del bote que cada vez se movía más y que ya era un juguete de las olas, Juan alcanzó a pasar la soga por la correa de la cintura de Hobsbawm y luego se la ató a su propia cintura, mientras Domínguez, abandonada ya cualquier ilusión de seguir remando, se ataba también él a una segunda soga. En el vaivén, un par de cajas salieron disparadas hacia el mar; imposible recuperarlas. Pero la principal preocupación ahora era que el bote se estaba inundando. Juan rogó para que no hubiera ninguna fisura en el casco. Se le cruzó por un instante la descripción de Ruli: un mar infestado de tiburones. La situación se volvía ingobernable y el bote parecía girar como un trompo. Hobsbawm aullaba aterrorizado como nunca en su perra vida. Juan cerró los ojos y, a falta de fe, se encomendó a un vago sentimiento panteístico rogándole al mar, al cielo, a la vía láctea y a los rayos y a los truenos que no fuera hoy el último día. Permaneció silenciosamente desesperado, aferrado a la soga y tratando de resistir los cachetazos de agua que ya no sabía si eran de ráfagas de lluvia o de olas, viendo como el bote no se decidía a hundirse de una

vez, mientras los dioses se divertían, como siempre, con la desesperación y el terror de los hombres.

Un rato más tarde, de manera al principio imperceptible, la tormenta comenzó a amainar. Los relámpagos se alejaron en dirección a la playa y el oleaje, más lentamente que la tormenta, también empezó a hacerse más clemente. Los nervios de Hobsbawm empezaron a aplacarse. Juan estaba temblando de frío, empapado. No se veía ninguna luz como no fueran los relámpagos alejándose. El bote había dado tantas vueltas que perfectamente podrían estar en curso a Sudáfrica o la Antártida, posiblemente a mitad de camino entre ambas. Domínguez parecía estar retomando el control de la situación.

- Maestro, ¿estamos perdidos?

Domínguez no supo qué contestar. Mala señal. ¿Tenía sentido seguir preguntando?

- ¿Puedo ayudar en algo, Domínguez?
- ¿Sabe rezar?

¿La tormenta les habría abierto el apetito a los tiburones? Ahora que la muerte ya no parecía tan inminente, Juan volvió a pensar que tal vez la cultura sobrevaloraba a la naturaleza; ¿acaso era necesario defender a todo el reino animal?, ¿por qué los tiburones merecían un lugar en este mundo? Habíamos exterminado a tantas especies, ¿qué extraña contemplación nos había impedido acabar de una vez por todas con los malditos tiburones? Domínguez y Juan retomaron los remos. A los diez minutos Juan empezó a sentir dolor en los músculos del hombro derecho, y luego también en el codo. Pronto un rayo le corría por todo el antebrazo.

- Fuerza compañero, no estamos lejos. Va a ver qué buena comida lo espera en la isla.

“Anadna”, pensó Juan, y eso le dio un poco más de fuerza. Pero unos minutos más tarde el brazo le dejó de responder y tuvo que dejar los remos. Por suerte, Domínguez, a pesar de su aspecto envejecido, estaba en perfecta forma.

Empezó a clarear, con lo que Juan pudo orientarse de dónde estaba el Este. Un rato más tarde se pudo ver costa en esa misma dirección. Diez minutos más tarde hicieron tierra en una playa arenosa, con las primeras luces del día. La playa estaba desierta, no se veía ninguna presencia o construcción. Apenas pisó arena seca, Juan se dejó caer y se desvaneció. Cuando despertó, debía ser cerca del mediodía. Tenía fiebre. Sentía la boca hinchada. Hobsbawm velaba por él, pero parecía haber sentido el trajín. Juan tenía sed. Domínguez no estaba. Juan se volvió a dormir.

Lo siguiente que sintió fue que alguien lo estaba inyectando en el brazo. De pronto comprendió que todo había sido un largo sueño y al fin se estaba enfrentando a su propio cese. Estaba en una sala blanca, sobre una camilla quirúrgica, y lo acababan de inyectar con el veneno alucinógeno y letal. Pronto todo habría terminado; lo subirían a uno de esos carros funerarios y lo llevarían al crematorio, la gente aplaudiría a su paso. Todo lo que había vivido, o creído vivir, no había sido más que el efecto de la inyección, que le proporcionaba una última aventura delirante y maravillosa, justa recompensa a su decisión de cesar. Todo el último mes de su vida era sólo una ensoñación que no había durado más que unos segundos. Ahora todo cobraba sentido. Una inverosímil organización guerrillera hecha a imagen y semejanza de sus lecturas universitarias se había cruzado en su camino. Y él ahora formaba parte de un grupo Comando, como cuando jugaba de niño, armando sus fantasías a partir de los cuentos que le contaba el abuelo Marcos, antiguo simpatizante en su juventud de alguna olvidada guerrilla peronista. Y Marcia que vuelve… ¡como una amazona guerrillera!, y enamorada de él. Y la imagen de Juan abrazando a Hobsbawm bajo

la tormenta en el medio del mar, sacada de sus lecturas juveniles de Hemingway y Jack London. Y ahora que lo piensa, la sensual Ciento doce es muy parecida al recuerdo de una compañerita de escuela de la adolescencia con la que Juan se masturbó día y noche hasta dañarse en el hombro y el codo derecho, como un remero loco. Qué sencilla es en el fondo la mente humana, qué sencillo el material de los sueños y las alucinaciones. No son más que pedacitos de recuerdos, de deseos y temores compuestos en un collage que apenas disimula su modesto discurso. Ese discurso elemental de aspiraciones y terrores que es casi igual en cada hombre y en cada mujer, y que es de alguna forma el ADN de nuestra condición humana. Pero no es hora de comprender, es hora de partir. Lo mejor por lo tanto es abandonarse al sueño y prepararse para el gran final. ¿Será con Marcia y él, enamorados para siempre, cruzando el arco iris detrás del cual se encuentra la revolución gloriosa y redentora, con música de cuerdas como en las viejas películas de Hollywood?

Estaba en la playa y lo estaban subiendo a un vehículo. Allí estaba Domínguez, y también una mujer de edad avanzada que era quien lo acababa de inyectar. Alcanzó a ver que también Hobsbawm era subido al vehículo, y entonces volvió a perder el conocimiento.

Cuando volvió en sí, lo primero que supo fue que estaba en alguna clase de sala, posiblemente de Hospital. Frente a él se inclinaba esa mujer de edad avanzada, de cutis arrugado, que le miraba el ojo izquierdo con una pequeña linterna.

- Bienvenido Suboficial, ¿se encuentra mejor? Ha dormido bien, pronto se recobrará por completo. Tuvo un principio de neumonía, pero le aplicamos antibióticos de última generación. Quizá se sienta un poco cansado, le recomiendo no hacer actividad el día de hoy, y comer bien –dijo la Médica y sonrió.
- Gracias doctora, muchísimas gracias.

- No hay porqué, Suboficial. No lo hubiéramos podido hacer si no fuera por los implementos médicos que usted nos trajo. Los agradecidos somos nosotros.

Un rato más tarde se presentó Marcia, en ropa de civil, acompañada siempre por la doctora, que no los dejó solos ni un minuto.

- Buenas tardes, Suboficial Ciento diecinueve.
- Buenas tardes Oficial Setenta y uno. ¿Se supone que tengo que pararme, cuadrarme y hacer la venia?
- No hace falta, Suboficial. Mientras estemos aquí, lo más importante es pasar desapercibidos. De hecho, es necesario que se invente un nombre de fantasía.
- Guillermo, por ejemplo.
- Mmm, no, mejor Juan, ¿qué le parece?

Marcia hablaba con total seriedad, y a la vez estaba muy claro que estaba jugueteando.

- Si usted lo dice, okey, seré Juan. ¿Y usted vendría a ser…?
- Marcia.
- Marcia, qué original. Supongo que tiene que ver con Marte, el dios de la guerra. Usted debe ser medio guerrera, tiene pinta de ir al frente.
- Mañana por la mañana le darán el alta y lo conducirán a una cabaña. No se haga grandes ilusiones sobre la cabaña, no estamos precisamente en una playa tropical.
- Ya me di cuenta.
- Qué susto nos dio, Juan.
- Dígamelo a mí, Marcia.
- Su perro está en perfecto estado. Lo tengo conmigo, mañana se lo devuelvo.
- Gracias.

- Cuídese Juan, espero que mañana esté en condiciones óptimas, listo para la guerra – dice Marcia y por primera vez, siempre a espaldas de la Doctora, un casi imperceptible arqueo de cejas busca la complicidad de Juan.
- Pierda cuidado, Marcia, no veo la hora de entrar en acción.

Marcia no puede evitar una sonrisa. Juan tampoco.

- Hasta mañana, Juan.
- Hasta mañana, Marcia.

Quizá la Doctora se haya dado cuenta del trasfondo de la conversación, puesto que, piensa Juan, la tensión sexual se siente como una carga eléctrica que podría provocar un incendio. Pero qué importa, si es así, la Doctora se ha hecho la tonta como una campeona.

Juan abandonó la Enfermería, que según pudo comprobar, era un edificio chato de una planta, hecho de material por algún albañil. En la puerta había un cartel pintado a mano: "Comunidad Libertad – Centro de Atención Médica". La doctora le había confirmado que estaba en la isla de Anadna, en medio de un archipiélago olvidado por la civilización. Otro hecho curioso fue comprobar que durante su tiempo de fajina había perdido la dimensión del paso de los días; era veintidós de diciembre, había constatado, y no fines de noviembre, como él pensaba, lo que significaba que había estado confinado en el campo de entrenamiento militar por casi tres meses. Eso daba una muestra de la eficacia del aislamiento en el proceso de ruptura psicológica necesario para la formación de un soldado, o de un fanático de secta.

Echó a andar por el sendero de tierra en dirección hacia lo que se suponía que era el centro del pueblo. El centro seguía el diseño tradicional español en forma de cuadrícula, con una plaza central de cien metros de lado, donde algunos pobres árboles luchaban por sobrevivir,

rodeada de edificios tan precarios como el Centro de Atención Médica. En el medio de la plaza Juan pudo reconocer la palmera solitaria que había visto en una foto muy vieja mientras buscaba información sobre la isla. A favor del poblado se podía alegar que las casitas, cuadradas y tristonas, guardaban entre sí el espacio suficiente para que prosperaran jardines y huertas. Había en el aire un maravilloso aroma a jazmín de verano. Los edificios eran relativamente nuevos. El poblado no parecía tener más de una década.

Dio una vuelta alrededor de la plaza. Se cruzó con unas cinco o seis personas, todas de pelos grises, los varones calvos, piel arrugada, muchos encorvados, algunos caminaban ayudándose con bastones, y alguno con andador. Todos lo saludaron con una brevísima y cortés reverencia y le hicieron sentir, tal vez de manera involuntaria, que era un extraño exótico más tolerado que bienvenido, o por lo menos esa fue su impresión. Vio una construcción central, que por fuera parecía un gimnasio y que tenía un cartel que decía "Comunidad Libertad – Club y Salón Deliberativo". Vio un restaurant, una panadería, un bar donde viejos parroquianos jugaban al dominó. El lugar parecía suspendido en un tiempo imposible, con construcciones más bien pobres que parecían recientes, gente anciana sin la atención elemental que hay en la civilización, y que sin embargo parecían bastante saludables y quizá hasta felices. El movimiento en las calles era casi nulo; apenas vio pasar una anciana en bicicleta. La primera impresión que le causó la Colonia Libertad fue de una vaga tristeza. Si Ruli había estado acá, era comprensible que se hubiera largado a la primera oportunidad. Para un hombre acostumbrado a la perfección y a la fría belleza del mundo moderno, todo esto resultaba sobrecogedor. Y lo más extraño de todo: ni una pantalla. Silencio. El silencio era otra cosa que había sido abolida por la civilización. El silencio era lo que más ruidosamente causaba la sensación de hallarse en otro mundo pretérito y hoy inconcebible. Pasados cinco minutos, el pueblito también le empezó a resultar pintoresco y

seductor en su sencillez; nada allí estaba hecho para gustar o buscando algún efecto estético, y eso era de alguna manera encantador, genuino.

Un aroma a comida lo asaltó cuando pasó por la puerta del restaurante. Entró y se dirigió a la barra, detrás de la cual estaba el encargado.

- Disculpe Señor. No soy del lugar, y quisiera saber cómo es el sistema de crédito, porque quisiera comer y no sé cómo pagarle.
- Está todo pago. Siéntese y pida lo que quiera. Usted es nuestro invitado – le respondió el encargado, con una amabilidad austera.

Juan quedó un poco desconcertado, ¿se trataba de una hospitalidad sin límites hacia toda la humanidad? El hombre lo entendió inmediatamente y aclaró:

- No se haga problema, usted firma y ellos después pagan – al tiempo que le guiñaba un ojo, cómplice.

Juan asintió y se sentó a una mesa próxima a la ventana. El hombre se acercó a la mesa.

- A esta hora todavía no tenemos mucha cocina. El plato del día es ternera al horno con papas, cebollas, batatas, boniato, zanahoria… sale muy rico.
- ¿Ternera?
- Sí. El horno es a leña, va a ver qué sabor le da a la carne.
- ¿Ternera de verdad? ¿carne de una vaquita bebé de verdad?
- Tenemos unas vacas, unas gallinas, unos chanchitos, y de vez en cuando carneamos un par y nos los comemos. Hoy es jueves, los jueves hay ternera.
- Bueno, que sea ternera.

Le causaba un poco de impresión comerse a un mamífero, un mamífero bebé o apenas infante, para colmo. Cuando era niño, su madre alcohólica y vegetariana comprometida, le

había inculcado la repugnancia por comer animales. Matar animales y comerlos era barbárico. Mirando al pacífico exterior, pensó que la barbarie quizás no fuera tan mala como la pintaban. Aquí los hombres y las mujeres mataban toda clase de animales, pero a diferencia de lo que ocurría en la civilización, no mataban animales humanos.

El restaurante estaba decorado con fotografías viejas de lugares bellos. Bari, Capri, Napoli, costas escarpadas, vergeles que se cortan en acantilados que caen al mar, construcciones centenarias con un encanto arrollador. Parecían la contracara de esta isla chata y arenosa, construida con un descuido difícil de perdonar. Juan entendió súbitamente qué era lo que a Ruli y a él mismo le causaba rechazo. Era la vejez. La vejez significa la proximidad de la muerte. Detrás de la vejez y sus signos de decrepitud, entre los cuales destaca la sanción social de obsolescencia, de inutilidad, de haber sido reemplazado de toda función útil, y de que su juicio fuera siempre sospechado de senilidad, lo que se temía era la cercanía de la muerte. Y él pertenecía, le gustara o no, a una civilización que había postergado casi sin límites la muerte, que la había negado con horror, que había invertido gran parte de sus mejores esfuerzos no sólo en evitarla sino también en ocultarla, en que se produjera en espacios privados, fuera de la vista de todo el mundo, aún de los parientes próximos. En disimular sus signos mediante una ciencia médica que hacía que todo el mundo viviera para siempre aparentando unos cincuenta años de un ser humano en estado natural. Una civilización que, habiendo llegado a su propio extremo de negación de la muerte, no tenía más remedio ahora que aceptar que la muerte era necesaria, y había desarrollado un sistema de chantaje para forzar a los más viejos a entregarse a ella.

- ¿La quiere jugosa o a punto?
- ¿Perdón?
- La carne. ¿Jugosa o a punto?

Juan pensó un instante, ¿qué otra cosa podía ser jugosa que no fuera sanguinolenta?

- La prefiero a punto.

Unos minutos más tarde le trajo una fuente de carne humeante con vegetales asados. Más allá de la primera aprehensión de estar comiendo el fruto de un atroz asesinato, tuvo que reconocer que se trataba de una exquisitez. Tenía un suave regusto a maderas, era tierna, apenas un poco roja en el centro. Las papas, las batatas, las cebollas, no se parecían en nada a esas porquerías de supermercado que compraba en Buenos Aires, que a primera vista parecían perfectas pero que no tenían ningún sabor. Y finalmente, asumiendo en sí mismo la barbarie de un millón de años del estúpido depredador humano matando y comiéndose lo que fuera que encontrara por allí, metió la miga de pan en el jugo de la carne, esa sangre cocida y de tenue color rojo, pero sangre al fin, y le supo a elixir de los dioses. Con una sensación de plena saciedad, firmó o hizo un garabato con una lapicera sobre un papel que le extendieron, y partió agradecido.

Los bungalow miraban al mar y no se parecían en nada al resto del poblado. Se trataba de una serie de cinco construcciones idénticas, una especie de cabañas rústicas mezcla de material y madera, que daban a la playa. Cada edificio consistía en dos bungalow gemelos, todos de un único piso. Estaban suspendidos sobre unos pilotes de material, a no más de dos metros del piso. Una escalera de madera subía a una plataforma y sobre esa plataforma estaban, a cada lado, las puertas de cada uno de los dos bungalow vecinos. El conjunto era, desde lo estético, sobrio, cuidado y cálido. Y la playita, con el mar ahora sereno en una tarde apacible, era de una agreste y elemental belleza. Pasó por el bungalow número uno, donde estaba la Conserjería. En su vecino gemelo, el número dos, había un par de mesas a modo de café, una heladera con bebidas. Los bungalow tenían electricidad, igual que el centro médico, gracias a equipos electrógenos, a diferencia del resto del pueblo que se

iluminaba con lámparas de kerosene; no había servicio eléctrico que llegara a la isla. En la Conserjería, una señora muy amable le dio la llave del bungalow cuatro. Juan abrió la puerta de su cabaña y se encontró con un prolijo y acogedor mono ambiente, dos camas, una junto a la otra, un sillón. Por la única ventana se tenía una hermosa vista de la playa. Se dejó caer sobre el sillón, estiró el cuerpo, y por primera vez en varios meses tuvo cierta sensación de volver a gozar de su soledad, sin compañía de nadie. Se quedó un rato mirando el mar por la ventana, en silencio. Pronto, con la panza llena, dejó que el sueño lo venciera. En eso estaba cuando alguien golpeó a la puerta. Abrió sin preguntar quién era. Marcia lo miró sonriente. Hobsbawm se abalanzó sobre Juan y Juan se dejó llenar de besos y lengüetazos caninos.

- Señor Juan, me permite pasar así hablamos sobre las condiciones de su estadía.
- Adelante, Señorita Marcia, pase.

Marcia pasó, Juan cerró la puerta. Marcia se arrojó sobre Juan, se besaron con sed. Las manos de Juan fueron inmediatamente sobre las nalgas de Marcia, a la vez que Marcia le mordía la boca suavemente. Rápido, ambos estaban sobre la cama, desvistiéndose y arrojándose al amor, y esta vez a Juan no le importó que anduviera Hobsbawm husmeando y reconociendo el nuevo hogar -siempre había preferido tener sexo sin testigos, aun cuando a Hobsbawm, castrado desde muy joven, esa extraña afición no le causara el menor interés. Estuvieron un buen rato haciendo el amor, sólo gozando de decirse mutuamente las mayores obscenidades imaginables sin límites de goce. Una vez exhaustos, Juan invitó:

- Hoy almorcé en un lugar increíble. Vamos, invita la Orga.

Marcia puso algún reparo: no era conveniente que los demás integrantes del comando los vieran juntos, en actitud sospechosa. Así que, al acercarse al restaurante, se separaron.

Entró primero Marcia, se sentó a una mesa. Instantes más tarde entró Juan, fingieron encuentro casual, le dieron innecesarias explicaciones al mozo o encargado. Juan le recomendó a Marcia la ternera. Él pidió alguna sugerencia al encargado. La recomendación fue pollo a la portuguesa. Hablaron de trivialidades hasta que Marcia decidió ir al grano.

- Quisiera disculparme por haber sido tan cortante aquella última noche.
- Yo soy quien debe disculparse por haberte puesto en una situación tan tensa y desconsiderada.

El encargado trajo una jarra de vino costero, que a Marcia le gustó mucho. Llegaron los platos. Ambos coincidieron en que estaban exquisitos. Durante algunos minutos comieron en silencio, hasta que Marcia, sirviéndose un segundo vaso de vino, empezó su soliloquio.

- Tuve una hija a los veintiún años. Abril. Una criatura maravillosa, inteligente, hermosa, tierna. Murió a los veinte años, en un accidente de tránsito. Estaba esperando el colectivo cuando un auto particular se salió de control y la atropelló. Tanto el conductor como Abril murieron en el acto. La autopsia del conductor reveló que no tenía ni alcohol ni drogas en sangre. Nunca sabremos qué pasó. Absurdo, inexplicable, una burla del destino.

Marcia hace una pausa, su expresión es de absoluta desazón, Juan nunca había visto esa expresión en ella. No tiene nada que acotar, sólo esperar a que Marcia siga contando.

- Después pasaron los años. Mi vida no tuvo ningún sentido desde ese momento. Por eso no me costó entender cuando me contaste que te habías pasado años de olvido. Yo no me volví alcohólica, pero mi vida era un agujero gris, mirando todas las noches antiguas grabaciones de Abril para volver a ver sus gestos, escuchar su voz. Horas y horas de Abril a distintas edades de su vida. Su nacimiento, tomando la

teta, sus primeras palabras, cuando empezó a caminar, y así hasta la adultez, su último cumpleaños, días antes del accidente.

Marcia deja los cubiertos cruzados sobre el plato y se sirve otro vaso de vino.

- Y con los años pasó lo que le pasó a todo el mundo: el Centro de Estudios para el que trabajaba cerró y todos los NIG quedamos fuera de cualquier posibilidad de acceder a algún cargo en el ámbito académico. Hubo que aceptar la realidad de una jubilación prematura. Mi mundo social se desvaneció. Salir a la calle se me hacía cada vez más difícil, me tenía que imponer a mí misma ir al CRAMPE, aunque más no fuera. Lo único que me quedaba era el recuerdo de mi hija muerta. De alguna manera, el recuerdo se había tragado mi vida. Llegué a pensar en borrar todas esas imágenes de un tirón. No tuve el coraje.

Marcia ha vuelto a servirse vino. El alcohol la está empezando a afectar, se le nota en los ojos enrojecidos. Pero Juan entiende que no la debe interrumpir, ella necesita hablar.

- Hasta que la política se cruzó en mi vida. Nos acercamos con un grupo de ex compañeros del trabajo, convocados por gente del partido Naranja. Pero pronto nos dimos cuenta de que los NIG no teníamos cabida allí. Así se empezó a gestar esto en lo que estamos hoy. Pero más importante para mí en aquel momento, fue que de a poco, por primera vez en años y años, pude dejar de mirar todo el tiempo hacia el pasado y empezar a mirar hacia el presente y el futuro.

Marcia levanta su vaso, proponiendo un silencioso brindis, que Juan acepta, chocando suavemente su vaso con el de ella.

- La tarde de aquella noche en que me contaste que habías firmado el cese en nombre de tu hijo, yo estaba borrando todas las huellas de mi vida para pasar a la clandestinidad. La decisión que habíamos tomado no tenía marcha atrás. Era una

decisión de vida. O triunfamos o morimos. No vamos a volver a nuestra vida anterior. Y en ese retiro de quienes fuimos, hay que dejar tierra arrasada al enemigo. No pueden quedar rastros. Nada, que no tengan nada de nosotros, ni contactos, ni familia, ni amigos, ni recuerdos, porque cada cosa que nos quiten la mostrarán como trofeo y la usarán para humillarnos. Entre esas huellas, tenía que deshacerme de las grabaciones de Abril.

Aquí Marcia hace otra pausa y mira a los ojos de Juan conteniendo alguna lágrima.

- En el preciso instante en que vos me contaste eso, yo pensé que, bien o mal, vos hacías algo por tu hijo, mientras que yo estaba a punto de borrar las últimas huellas de la existencia de mi hija muerta, y sentí que tenía que salir huyendo de tu casa y de tu vida y que no te podía dar ninguna clase de explicación de nada.

Juan entiende que el relato ha llegado a su culminación, y entonces pasa por encima de la mesa su mano y toma la mano de ella.

Marcia había bebido de más y tuvo que apoyarse en Juan para no caer cuando salían del restaurante. Al llegar a los bungalow, Marcia, un poco más fresca, quiso pasear por la noche estrellada. No había viento, la temperatura era agradable. Caminaron y pocos pasos después del último bungalow, no había nada más que playa y estrellas, y el rumor del mar. Juan percibía que Marcia no había terminado de recuperarse de su estado de conmoción. En un momento ella se detuvo, tomó del brazo a Juan y lo obligó con suavidad a sentarse en la arena.

- Hay algo que quiero contarte. Algo que no puedo contarte, pero necesito contárselo a alguien o voy a explotar.

Vaya noche de revelaciones. Recién ahora estaba empezando a conocer a Marcia.

- Todo lo que te voy a decir es información clasificada. No compromete a nadie más que a mí, pero, aun así, no podés decir una palabra.
- De acuerdo. Me estás asustando…
- Me tocó estar a cargo de un Comando de tres Suboficiales y siete aspirantes, un pelotón importante. Esto fue hace un par de días, como parte del golpe simultáneo en el que vos también interviniste. Era una operación de guerra. Consistía en entrar a un antiguo arsenal en desuso, una fábrica de fusiles inactiva desde hace cuarenta años, transformada en depósito, que sabíamos que albergaba cajas de fusiles bien cuidados y municiones. Nuestra inteligencia informó que el arsenal estaba custodiado por seis chicos y chicas de unos veinte años, cumpliendo su Servicio Social Obligatorio, sin la menor idea de cómo manejar un arma. Aun así, la operación implicaba riesgo dado que no teníamos gran superioridad numérica. El plan operativo era sencillo: un ala izquierda de tres aspirantes al mando de un Suboficial, un ala derecha de otros tres aspirantes al mando de otro Suboficial, una carga frontal de otro Suboficial, un aspirante y yo. Habíamos planeado la operación hasta el agotamiento. Nuestros aspirantes, elegidos entre los mejores, estaban armados con Taser de largo alcance. Los Suboficiales sí tenían armas de aniquilamiento, fusiles de repetición automática, unas Maverik que disparan hasta ocho balas por segundo. Te imaginarás que si fuéramos unos asesinos hubiera bastado con entrar barriendo con las Maverik y a otra cosa. Pero no, la política de Orga es conseguir los objetivos minimizando el daño propio y el del enemigo. Bien, el plan era que las dos alas atacaran simultáneamente, encabezadas por sus respectivos Suboficiales, quienes entraban apuntando y dando la voz de alto y arriba las manos para controlar la situación. Luego los Aspirantes rodeaban a los

seguramente adormilados chicos, obligándolos a entregar las armas, y una vez reducidos, nuestros aspirantes nos abrían el portón del frente y empezaba la carga de cajas de fusiles y municiones mientras los Suboficiales montaban guardia. Los que habíamos entrado por el frente organizábamos la evacuación de lo capturado, a la par que llegaban los vehículos para la retirada. No esperábamos mayor resistencia, estábamos seguros de que los fusiles de nuestros Oficiales serían disuasorios y llevábamos Taser sólo por si alguno de los chicos entraba en pánico y hacía alguna estupidez. Teníamos ocho minutos para realizar la operación. La primera parte del plan se cumplió a la perfección. Los flancos entraron rompiendo sendas ventanas laterales del edificio simultáneamente, generando parálisis en los chicos, pasados de cerveza y sin voluntad de resistirse, que se desarmaron de inmediato. Cuando un minuto después, entramos por el frente, la situación parecía controlada. Pero de pronto me doy cuenta de que algo no andaba bien. Conté, había tres pibes y una piba tirados cuerpo tierra, con las manos en la nuca. No alcancé a decir “acá faltan dos” cuando una ráfaga de fusil vino del fondo del playón barriendo en el acto al Suboficial y a uno de los aspirantes del flanco derecho, e inmediatamente otra ráfaga de fusil dirigida al flanco izquierdo acabó con el Suboficial al mando. Nuestras fuerzas corrieron a refugiarse detrás de columnas. Habíamos perdido tres hombres, supe de inmediato que estaban muertos, dos Suboficiales y un aspirante. Nuestra posición era expuesta, y el fuego venía desde un punto ciego al que no podíamos alcanzar. Era suficiente para abortar la Operación, dejar los cadáveres de nuestros compañeros al enemigo y retirarnos con las manos vacías. La decisión estaba en mis manos. No había nadie a quien consultar, ni tiempo para hacerlo. Yo estaba al mando.

Marcia hace un alto, tomando aire; la conmoción creciente en sus palabras parece haber alcanzado un pico. Piensa, parece estar tratando de reconstruir el hecho. Sus palabras no suenan como el recuerdo de un relato cristalizado sino como un relato que se está organizando por primera vez.

- Con el visor infrarrojo alcanzo a detectar la posición del enemigo. Son dos individuos que están parapetados al fondo del playón, detrás de un muro divisorio que tiene salida hacia izquierda y hacia derecha, de las cuales se asoman de manera intermitente para disparar ráfagas de fusil por ambos lados. En ese momento decido que antes de abortar, mejor es ver si es posible negociar. Entonces les grito algo así como "No queremos hacerles daño. Somos más que ustedes y están por llegar refuerzos. Sólo queremos llevarnos algunas cajas. Tomamos algunas cajas y nos vamos". La respuesta fue una ráfaga de fusil cruzado que duró no menos de un minuto completo y que destrozó buena parte de las paredes. No alcanzó a herir a nadie. Era evidente que no tenían la más mínima puntería y que si antes habían acertado era por la extrema exposición de nuestros hombres lo que, de paso, muestra que nuestra planificación era muy deficiente. Luego de la ráfaga de fusiles, escucho unas risas. Inmediatamente entiendo dos cosas: son chicas, son dos mujeres jóvenes, y están borrachas o drogadas o ambas cosas. Tengo una tercera horrible premonición: las chicas no van a negociar, en este momento no tienen miedo a nada, se están divirtiendo a lo loco y no pueden ni considerar la posibilidad de que van a ser muertas en un instante. Ahí, nuevamente empiezo a considerar la alternativa de abortar la operación, pero mi cabeza a la vez funciona de manera mecánica; entiendo que las Taser no sirven para nada, y por circuito cerrado le doy la orden al aspirante más próximo al Oficial caído en el flanco derecho de que tome el fusil y lo

empuje con fuerza sobre el piso de mosaico hasta la posición donde se encontraban los aspirantes del flanco izquierdo. Así lo hace, y uno de los aspirantes toma ese fusil. Ahora le digo al otro aspirante del flanco izquierdo que tome el fusil de su Suboficial caído a pocos metros. En definitiva, ahora tengo a mi izquierda a dos aspirantes armados con fusiles y otro desarmado, y a mi derecha dos aspirantes desarmados. Les ordeno a los que están desarmados que no hagan ningún movimiento y permanezcan cuerpo a tierra. Tengo junto a mí, también cuerpo a tierra, al Suboficial con el que habíamos entrado por el frente y a otro aspirante. Al aspirante le digo que permanezca cuerpo a tierra. Tengo el movimiento en la cabeza. Entiendo perfectamente lo que eso implica, pero no lo quiero pensar; no puedo dejar que eso determine mis decisiones en estos momentos. Ya perdí tres hombres, culpa de una operación mal planeada, en todo caso no es mi culpa porque yo no la planeé. Pero lo que pase de ahora en más es mi absoluta responsabilidad y deberé responder por ello ante la Conducción, pero también ante mí misma, y por el resto de mi vida. Puedo dar la orden de retirada, que el Oficial que está a mi lado y yo abramos fuego sobre el punto ciego, al menos para confundir, mientras nuestros aspirantes se evaden. Nada garantiza que esto salga bien porque, como te dije, la posición del enemigo es por el momento invulnerable y la de los nuestros es expuesta, pero al menos se puede intentar. Ay, Juan, no sabés cuántas cosas pensaba en ese momento tratando de decidir qué era lo mejor. Pero tenía que actuar porque habían pasado siete minutos, estábamos dos o tres minutos excedidos de nuestro tiempo, los autos llegarían en un minuto más, y teníamos un margen total de dos minutos de tolerancia antes de que los autos se fueran, dejándonos a nuestra suerte. Así que tomé una decisión. Los dos aspirantes armados del flanco izquierdo

avanzarían de un zarpazo por el lado izquierdo del muro, mientras el Oficial que tenía a mi lado y yo haríamos lo mismo sobre el flanco derecho. Indiqué la operación a mis hombres. Uno de los aspirantes del flanco izquierdo, una mujer, cruzó su mirada con la mía apenas un instante. No pude ver sus ojos, cubiertos por los lentes infra rojos, pero me pareció que ella entrevió en ese instante cuál era su destino. Conté hasta tres y di la orden. Los aspirantes del flanco izquierdo en dos pasos alcanzaron el lado izquierdo del muro, nosotros necesitamos tres o cuatro pasos para alcanzar el lado derecho. Apenas un instante antes de alcanzar nuestra posición empezó la balacera. Tal como había previsto, encontramos al enemigo rematando a nuestros hombres, de espaldas a nosotros, y lo aniquilamos sin dificultad.

Aquí Marcia hace otro alto. Sus ojos, enrojecidos, parecen a punto de estallar, pero hace un esfuerzo para llegar al final del relato.

- Eran dos chicas de no más de veinte años, desnudas. Supongo que estaban alcoholizadas o drogadas, tal vez haciendo el amor cuando nosotros irrumpimos. Tenían a mano fusiles que nunca habían disparado, y decidieron tomarlos y disparar contra nosotros, quizás viviendo lo que para ellas era un juego excitante, tal vez confundiendo la realidad con su fantasía, vaya a saber.

Marcia interrumpe otra vez su relato. Juan no sabe cómo reaccionar. Lo que Marcia le cuenta le parece atroz. No puede creer que Marcia sea capaz de semejante violencia, y a la vez entiende que de haber estado él en esa situación –y deberá estar preparado para esa eventualidad pues bien podría tocarle- él también tendría que tomar decisiones de vida y muerte.

- Pero lo peor no eran las chicas. Lo peor fue ver a nuestros aspirantes que habían hecho la carga del lado izquierdo, muertos en el piso. Los lentes de la mujer que me había mirado un instante antes del ataque habían caído y ahora sus ojos estaban a la vista, abiertos. Esa mujer, cuyo nombre no conozco y nunca conoceré, sabía que iba a morir. En el momento en que di la orden, yo sabía perfectamente que los nuestros no tenían muchas chances de sobrevivir. Yo sabía que cuando llegaran a posición de tiro iban a estar regalados, iban a ser recibidos por una ráfaga de ametralladora, eso era seguro, y a esa distancia, por más drogadas que estuvieran las pibas, era casi imposible que fallaran. Su función era distraer al enemigo para que nosotros llegáramos con ventaja por el flanco opuesto. Y así fue. ¿Entendés, Juan? Yo los mandé a morir. Lo sabía muy bien. Y di la orden. No me tembló el pulso.

Marcia respira hondo. No está dispuesta a dejarse llevar por la desesperación que se adivina pugnando por arrasarla.

- No había una tercera opción, o abortaba o atacaba de la forma en que lo hicimos. Estoy convencida de eso. Y a la vez, sé que voy a revisar esos segundos en mi memoria por el resto de mi vida.

Juan quisiera decir algo que calme a Marcia, pero no se le ocurre nada. Entiende que su papel es limitarse a escuchar y acompañar.

- Entre los cinco sobrevivientes cargamos tanto como pudimos en apenas dos minutos. Así terminó la operación, una carnicería de siete muertos, cinco de nuestra fuerza. Tuve que tomar una última decisión, qué hacer con los cadáveres de los nuestros. Si los cargábamos para llevarlos a la posta sanitaria íbamos a perder tiempo de carga del material confiscado, y ya no había margen. Así que los dejé ahí, para que el enemigo los identifique y los haga desaparecer. Los mandé al muere, y

ni siquiera voy a saber nunca quiénes eran, no van a tener tumba, no va a haber parientes a los que dar aviso, nadie los va a despedir, nadie les va a agradecer. Y todo por unas cajas de fusiles de mierda.

Marcia calla. Juan no sabe qué actitud tomar. Marcia está sumida en sí misma, no parece estar esperando nada de él, ni aliento, ni conmiseración; sólo compañía.

- ¿Por qué no di la orden de abortar la Operación?
- Marcia, tal vez si hubieras dado la orden de abortar, ahora estarías culpándote por tres compañeros muertos para nada. Así como ahora te cuestionás de haber actuado de manera temeraria, te estarías cuestionando por cobarde o timorata.
- Pero habría al menos otras cuatro personas vivas.

Se produce un silencio prolongado. Juan ya no quiere decir más, todo lo que diga será rebatido, lo sabe, como también sabe que no puede intervenir en una lucha de Marcia contra sí misma.

- Apenas me bajé del auto empecé a vomitar. No sé por qué. Vomité hasta la última gota de bilis. El Suboficial que me acompañaba me tuvo que ayudar a pararme. Me confesó que se había cagado encima en el preciso momento en que yo di la orden de avanzar por el flanco derecho, se disculpaba a cada rato por el olor a mierda. Acababa de matar a dos pibas y lo único que sentía en ese momento era vergüenza por haberse cagado encima; es increíble cómo funciona la mente en circunstancias extremas. Llegué a la casa esa en el campo hecha mierda. Creo que me habría tirado en la cama y no me hubiera vuelto a levantar nunca más si no fuera por la sorpresa de encontrarme con Josby. La esperanza de que vos aparecieras de un momento a otro fue lo único que me permitió seguir de pie.

Juan la toma de la mano y le da un beso. Está empezando a hacer frío, así que se levantan y empiezan a caminar de regreso.

- La Conducción evaluó que mis decisiones habían sido correctas. Me felicitaron. ¿Sabés qué pienso? Yo creo que me evaluaron correctamente porque tienen el culo sucio; los primeros tres muertos van por cuenta de ellos. Una operación mal diseñada.
- Yo creo que la Conducción te evalúa en función de su lógica militar. En esa lógica, conseguiste el objetivo. Si hubieras abortado, tal vez cuatro personas ahora estarían vivas. O quizá no, hay que ver cómo resultaba la evacuación desde posiciones expuestas con las dos pibas drogadas tirando a lo loco. Tal vez la única forma de garantizar la retirada era eliminando a las dos pibas.
- Sí, eso lo pensé en ese instante en que me pasaron cuatro millones de cálculos a la vez, que si no liquidaba a los tiradores en una de esas no salía nadie vivo.
- En definitiva, calculaste el riesgo y lo asumiste. Y yo creo que acertaste. Por más cruel que sea, hiciste lo correcto.
- Ojalá tengas razón, Juan. Nunca lo sabré con certeza.

Ya se ven los bungalow cercanos, Juan apura un poco el paso.

- Marcia, la lógica militar es así. Por eso nos cuesta tanto. Porque es anti humanista, es jerárquica. Estamos condenados a pelear con las reglas de ellos. La lógica militar es la lógica del ajedrez. Si hay que sacrificar un par de peones por un flanco para atacar por el otro, pues esa es la estrategia correcta.
- No somos más que alfiles y peones sobre un tablero.

Cuando llegaron a los bungalow, Marcia se despidió con un beso en la mejilla. Juan la besó en los labios, hubo un breve instante de magreo que Marcia cortó poniendo un poco de

distancia, y luego sacó la llave de la cabaña tres, la gemela de la de Juan, casi sin darle tiempo a Juan a protestar. La verdad es que Juan también prefería pasar la noche solo; estaba exhausto y había recibido demasiada información difícil de asimilar.

Por la mañana temprano Juan volvió a visitar el centro médico; la doctora quería evaluar cómo evolucionaba. Lo encontró en buen estado de salud. Volvió a su nueva casa y durmió una buena siesta, hasta que golpearon a su puerta. Era Marcia. De inmediato ella le planteó que había decidido abandonar todo disimulo; estaba saliendo con Juan y no tenía nada de contrarrevolucionario que el mundo lo supiera. Tenía ganas de salir a la playa a aprovechar un atardecer dorado, como una novia del brazo con su novio. Y a Juan le pareció maravilloso. Compraron algunas provisiones en el bungalow número dos, como para un picnic, y partieron a caminar. Hicieron un alto a unos trescientos metros, en la dirección opuesta de la noche anterior. Se divirtieron mucho observando como Hobsbawm se relacionaba por primera vez con perros vagabundos. Al principio los perros se acercaban, luego se olfateaban mutuamente los genitales, con un poco de desconfianza. Pero luego parecían decirse "ya me oliste las bolas y el culo, yo te olí lo tuyo; ya no tenemos secretos el uno para el otro, vamos a jugar", y allí empezaban a corretearse por la playa. Primero apareció un perrito pequeño de color negro, que corría tan rápido que Hobsbawm no tenía chance de alcanzarlo. Entonces el perrito se rezagaba a propósito para que Josby lo alcanzara y lo derribara, y luego el juego se invertía y era Josby el que corría hasta ser alcanzado y derribado por el perrito negro. Luego apareció un perro más grande, más bien rubio, mezcla de todas las razas de perros que deben haber existido desde que el ser humano transformó al lobo en animal doméstico. Este perrazo, que alarmó al principio a Juan, resultó ser tan amoroso como todos los perros de playa, e introdujo una innovación en

el juego. El rubio se dio cuenta de que Hobsbawm no podía correr por la arena seca porque sus ruedas traseras se hundían, entonces cuando estaba a punto de ser alcanzado por Hobsbawm, torcía hacia la arena seca y ahí quedaba el viejo Josby empantanado. El rubio, sádico, disfrutaba unos segundos de su triunfo, y pronto volvía al juego a la arena húmeda.

Aun a una hora temprana de la noche, la plaza y sus calles aledañas presentaban un aspecto mortecino. La falta de luz eléctrica hace que la Comunidad Libertad tenga hábitos diurnos. El bar, el restaurant, y sólo un almacén están abiertos, y del interior de esos locales proviene una luz cálida y un poco vacilante de algún sol de noche. El conjunto tiene su lóbrego encanto, aprecia Juan, sería el marco ideal para algún cuento de Poe. Algún perro perezoso saluda a Hobsbawm, quien ya parece sentirse parte de la comunidad canina local.
El restaurante estaba repleto. El hombre que siempre los atendía los hizo pasar a una mesa que se estaba desocupando, al fondo del salón. Como el salón estaba muy lleno, Hobsbawm debió esta vez quedarse afuera. Pasaron entre otras personas que también esperaban, pero en un primer momento ni Juan ni Marcia observaron nada que les llamara la atención. Una vez sentados, Marcia sí prestó atención.

- ¿Te diste cuenta?
- ¿De qué?
- Esa gente estaba esperando mesa. Y estaban antes que nosotros.

Juan, con disimulo, se dio vuelta y vio que había dos hombres ancianos que parecían estar recriminándole al dueño, mientras éste los ignoraba y salía a la vereda con el plato para Hobsbawm lleno de agua.

- Tienen razón, estaban antes que nosotros. Cedámosles la mesa. –sentenció Marcia.
- Pero sería hacer quedar mal al encargado.

- No se puede quedar bien con todo el mundo.
- Parece que ya pasó, mejor no hacer más ruido.
- Hagamos lo que corresponde, vamos, les cedemos la mesa y les pedimos disculpas.
- El dueño nos va a matar.

Juan hizo entonces una segunda comprobación: Con seguridad la Orga les pagaría bien a los negocios de la isla y esto les daba prioridad frente a los pobladores locales, lo que con toda claridad era ideológicamente inaceptable. Esto no significaba que la Orga fuera consciente de la situación; en los niveles decisorios no estarían ni enterados.

- Peor que una mirada de odio del dueño es que toda esta gente mire con odio a la Orga, ¿no?
- ¿Estás segura? El que sabe qué cosas nos sirve en el plato es el Encargado, no quisiera ganarme su resentimiento.

Marcia se queda mirando a Juan como diciendo “vos sabés lo que tenemos que hacer”. Juan asintió y ambos se pararon y fueron hacia donde estaban los que habían protestado. Marcia inició las disculpas. Juan notó que esa gente, dos hombres vestidos con mameluco de trabajadores y botas de goma, en vez de agradecerles y aceptar las disculpas, parecían un poco asustados y miraban al dueño como disculpándose con él, mientras el dueño se disculpaba con Marcia y Juan, en un confuso círculo de disculpas donde nadie parecía entender de qué se disculpaba el otro. El enredo no había pasado desapercibido para los parroquianos. Y allí Juan hizo la segunda comprobación: la mitad de los lugareños miraba con aprobación a Marcia y a Juan, la otra mitad los miraba con desconfianza o rechazo. Marcia al final se las ingenió para llegar a un acuerdo, ella y Juan volverían a ocupar la mesa, pero les invitarían un buen trago de vino a los dos hombres, cuyo olor ahora los delataba como pescadores. Zanjadas las diferencias, volvieron a la mesa. El menú era pesca

del día a la plancha, con papas fritas o papas al natural. Eso era lo que estaban comiendo en todas las mesas. Así Marcia y Juan, incómodos, se sentaron a comer el pescado que los pescadores que lo habían traído del mar deberían esperar para comer.

La luna volvía con la forma de una delgada letra “c” en el oeste del cielo, y esa era la esperada novedad y el motivo de la celebración. Cuatro espléndidos asadores en cruz, clavados en la arena, con media res cada uno, una pila de leña entre los asadores, mesas improvisadas con maderas sobre caballetes en semicírculo alrededor de los asadores, iluminadas por antorchas, de frente al mar. Hay una innegable grandiosidad en la puesta en escena. Es un enorme ritual pagano de bienvenida al verano, como lo indica un cartel pintado a mano. Y es comprensible, porque las condiciones durante los largos meses de frío, viento y humedad deben ser muy duras para estas gentes achacadas con dolores de huesos y problemas bronquiales; cada verano que llega merece ser celebrado como un año más que se le roba a la muerte.

Hombres y mujeres se organizan para remover los leños y atender las media reses, cuidar de las papas y batatas que se calientan sobre una parrilla próxima a los asadores, para servir el vino y el agua. Hay un clima de camaradería maravilloso, y cada recién llegado es saludado con alegría. Debe haber unas cuarenta, quizás cincuenta personas, o sea prácticamente todo el pueblo o la mayoría. Juan reconoce a la Médica que lo atendió. Domínguez, el remero solitario, viene hacia él y lo abraza.

- ¡Comandante, gusto en verlo!
- Domínguez, querido.
- Espero que le guste nuestra miserable Comunidad Libertad.
- La verdad, me encanta, me quedaría a vivir acá.

- No será el Caribe, pero tiene lo suyo –dice Domínguez y suelta una risa abierta de hombre llano.
- No me lo va a creer, pero fue exactamente eso lo primero que pensé cuando vi esta playita.

Domínguez ríe con todos los pocos dientes que le quedan. A Juan le gusta la gente así. O acaso ahora descubre que le gusta la gente así.

- Las tormentas y los tifones no tienen nada que envidiarle al Caribe- agrega Juan.
- No claro que no, podríamos iniciar una empresa que organizara turismo de aventuras, pondríamos en la publicidad "¡naufragio asegurado!" –dice Domínguez y vuelve a soltar la risa, ahora acompañado por Juan, que también ríe.
- Y vos también casi no la contás, pichicho – dice Domínguez acariciando a Hobsbawm, quien, como una estrella de cine decadente, se deja admirar.

Llega Marcia, y la imagen de Juan riendo tan abiertamente parece ponerla contenta.

- Ella es… mi Oficial… -dice Juan, quien estuvo a punto de presentarla como "Marcia", o quizás "mi novia" o no sabe bien qué.

Marcia, disolviendo la duda, le da la mano a Domínguez y luego toma por la cintura a Juan, estableciendo que el vínculo entre ellos no se termina en la subordinación orgánica.

- Pasen, bienvenidos, siéntense donde gusten.

Marcia y Juan van hacia una de las mesas donde los esperan los otros Suboficiales. Juan no ha establecido aun confianza con esos hombres y mujeres, que aparentemente sí la han establecido entre sí, y el hecho de que Juan y Marcia aparezcan abrazados lo explica con claridad. Hay miradas suspicaces, pero por lo visto, a Marcia le ha dejado de importar. Marcia se sienta a la mesa, toma un vaso de vino, y antes de darle un sorbo vuelve a pararse y mirando a todos sus subordinados, brinda:

- ¡Salud! Cuando es fiesta, es fiesta. Beban compañeros.

Y todos los Suboficiales, un poco extrañados pero un poco divertidos, levantan su copa de vino –esas que venían disimulando desde el momento en que vieron llegar a la Oficial Setenta y uno – y ahora habilitados por la jefa, beben hasta el fondo.

Llega un grupo de rezagados. Entre todas las caras, Juan reconoce una. Sin dudas es él, no puede ser otro. Es Ruli. Mejor dicho, el hermano de Ruli. Se parece demasiado. Es como el Ruli que Juan conoce, pero más viejo, y sin embargo menos amargado, o más feliz, tal vez. Ruli va hacia los asadores, donde hay un espacio rodeado con tres antorchas, como un escenario frente a la herradura de mesas. Está claro que Ruli es una especie de maestro de ceremonias, o quizá líder, porque a medida que se demora mirando unos papeles, todos se van callando, esperando sus palabras. Ruli espera hasta que el silencio es absoluto.

- Bienvenidos compañeros y compañeras, y también compañeres. Voy a tratar de hablar en lenguaje inclusivo; no es mi fuerte, pero es un reclamo legítimo que me han hecho y estoy tratando de ponerme al día, si me equivoco en alguna, sepan disculpar. Bienvenides a la fiesta de la luna nueva. Como todos los años, nos reunimos para ver la primera luna después del solsticio de verano. Momento de celebrar la vida, de salir de la cucha, de alegrarnos de estar un año más bajo el sol. Quisiéramos recordar a todes les que nos han dejado este largo año. Clarisa Fernández, tejedora. ¿Quién no tiene un pullover tejido por la querida Clarisa? Gracias Clari. Te agradecemos y te recordamos.

Estallan aplausos.

- Y Pedro Smith, el alemán, quien falleció prematuramente en un accidente de navegación, tratando de llegar a la costa en medio de una tormenta. Saludos, Pedro, donde quiera que estés, siempre te extrañaremos.

Otra vez aplausos.

- Finalmente, también saludamos a “aquelles” que partieron de la Comunidad de regreso al Continente. Agradecemos los años compartidos, entendemos su decisión, y los respetamos.

Ahora no hay ningún aplauso, sólo un silencio cerrado.

- Supongo que ya estarán al tanto de las novedades. Han llegado implementos médicos y medicinas que permitirán mejorar nuestras vidas.

Hay aplausos, pero es notorio que no todos lo hacen con entusiasmo. Ruli, si es que se trata de Ruli, percibe – o quizá sólo a Juan le parece - que ha entrado en un terreno polémico. Juan tiene la impresión de que Ruli es el líder, y que esta reunión, más allá de la celebración, tiene un tinte de asamblea en donde se refrenda o se rechaza la gestión.

- Y quiero un aplauso muy, muy fuerte para la Doctora Claudia Jiménez…

Estalla otro fuerte aplauso. Ruli espera que pase el momento culminante para retomar, al tiempo que señala hacia la mesa donde está la Doctora, la misma que atendió a Juan.

- … decía, un aplauso para la Doctora Claudia Jiménez que, en condiciones de carencia de implementos médicos elementales, ha sabido hacer una tarea extraordinaria cuidándonos con profesionalismo y amor, y de ahora en más, con mejores equipos de diagnóstico y tratamiento.

Los aplausos se renuevan. Juan piensa que Ruli es hábil; rápidamente trocó aplausos aislados hacia su política por un inevitable aplauso pleno a la Doctora que les ha salvado la vida a unos cuantos, pero por elevación, esos aplausos terminan plebiscitando su propia política de equipar el Centro Médico a cambio de vaya a saber qué cosas que evidentemente despiertan cierta reticencia. Ahora lo entiende, claro, lo que despierta resistencia es la presencia de la Orga, la suministradora del material médico.

- No quiero aburrirlos con cifras y números. Sólo voy a decirles que a pesar del durísimo invierno que nos tocó vivir, hemos aumentado la producción en todos los rubros: animales, huerta, productos de granja, y sobre todo pesca. Gracias a nuestra decisión de permitir que se construyeran estos bungalow, hemos podido incorporar tres botes de pesca, y pronto tendremos uno con motor eléctrico. De haber tenido este bote unos meses antes, no hubiéramos perdido al Alemán – dice en un evidente golpe bajo, pero efectivo.

Otra vez estallan aplausos. Otra gran maniobra de Ruli. Juan entiende o cree entender todo. La Comunidad puede sobrevivir aislada por completo en tanto no haya un invierno o una sucesión de varios inviernos demasiado duros. Eso ha pasado, muchos abandonaron la isla, y eso empujó al líder a entablar negociaciones con la Orga. La Orga garantiza la supervivencia y cierta prosperidad, a cambio de algún grado de control sobre la Comunidad o, al menos, de un enclave donde pertrecharse, y tener una retaguardia sanitaria para cuando lleguen los tiempos difíciles. Eso es más o menos lo que se está discutiendo en la Asamblea de la luna nueva del solsticio de verano; algunos están satisfechos, otros desconfían, con lógica, claro, sobre cuál es el precio de dejar entrar a la Orga a su Comunidad. ¿Qué pasará si en las próximas semanas o días recrudece el conflicto armado de la Orga contra el Gobierno y empieza a llenarse la isla de heridos para ser atendidos en el Centro Médico?

Marcia aprovechaba el tiempo comiendo pescadillos fritos con limón y papas fritas que se servían a modo de entrada, acompañándolos de buena cantidad de vino. Charlaba animadamente con Morena y Pepe, una pareja muy simpática, que se presentaron como dueños del único almacén del pueblo. También estaba Manuel, hermana de Pepe, y la pareja de Manuel, Victoria. Manuel y Victoria se hacían arrumacos muy erotizados, y eso a

Juan le causaba cierta sensación ambigua. Por un lado, le parecía muy tierno; por otro lado, no podía imaginar que personas que se veían como ancianos de la época pre-intervención genética, pudieran sentir atracción física y sexual. ¿Esos cuerpos decrépitos podían ser amados? ¿No habría sido esa la pregunta prohibida, vergonzante, reprimida, que había disparado todos los avances biomédicos centrados no solo en vivir casi eternamente sino en verse jóvenes por siempre? Tal vez esos cuerpos sólo podían sentir cariño, pero ya no atracción sexual. Desde el punto de vista biológico, la atracción sexual era un señuelo para la reproducción y la continuidad de la especie. Así que después de cierta edad, o de la apariencia de cierta edad, la atracción sexual se perdería. Esto era puro determinismo biologicista, Juan lo sabía. Se sentía culpable por la ambigüedad de sus sensaciones. La sociedad en la que había nacido y crecido hacía perfectamente aceptable la atracción sexual entre individuos del mismo sexo de nacimiento -cosa que cien años atrás era reprimida-, pero fruncía la trompa con repugnancia frente al espectáculo de cualquier manifestación de sexualidad a edades avanzadas. Hasta que la ciencia logró que las huellas del paso del tiempo se borraran. La respuesta a la pregunta sobre si cuerpos decrépitos pueden ser amados estaba ante sus ojos, Manuel y Victoria se la estaban dando.

- Una persona que sabe que nunca va a morir, que ha dejado de ser mortal ¿sigue siendo un ser humano? ¿La mortalidad no es condición definitoria de la humanidad? – pregunta Victoria.
- Sería algo así como “somos humanos porque morimos”, si no morimos, no somos humanos, en todo caso, somos dioses – interviene Pepe.
- Bueno, pero las cosas no han llegado a ese punto, los Alfa siguen siendo mortales – afirma Manuel.

- Los seres humanos han vivido desde el principio de su existencia conociendo su vulnerabilidad, entendiendo la vida como un bien valioso y frágil. Ahora ya no es así, los Alfa nacen sabiendo que morirán en un futuro indeterminado, remoto, cuando ellos mismos lo decidan. No son inmortales, pero la idea de la muerte ha cambiado de manera decisiva, y eso cambia la autopercepción – dice Victoria.
- No son dioses, Victoria – afirma Pepe.
- No, claro que no son dioses, en todo caso tal vez sean demonios.

Pepe se echa a reír, mientras se sirve otra copa de vino y ofrece a los demás. Todos aceptan. En ese momento se acerca a la mesa el posible hermano de Ruli, saludando como un pequeño jefe de Estado comunitario.

- ¡Hola José, querido! –saluda Morena.

Todos se paran para saludar a José, y es Victoria la encargada de presentar a Marcia y a Juan.

- José, ellos son dos oficiales de esos que en vez de nombre tienen número. Pero no son como los otros, ellos son encantadores. Para que no tengamos que andar sacando cuentas de quién es quién, acá se hacen llamar Marcia y Juan.
- Encantado, gusto en conocerlos. Dice José, mientras les da la mano.
- José, te felicito por el discurso. ¡Al fin dejaste de hacerte el gracioso!, ¡casi sin golpes bajos! Y conservando, por supuesto, lo que es esa marca tan tuya: la falta absoluta de encanto. – dice Pepe, en tono bromista.
- Vos siempre el mismo viejo cascarrabias de mierda –saluda José, y ambos ríen como viejos camaradas.

Luego José se aleja rumbo a otra mesa, a seguir con su papel diplomático. Juan aprovecha que todo el mundo en la mesa de Marcia está parado saludando a otros recién llegados, para acercarse a José, justo antes de que se ponga a saludar a otros comensales.

- Disculpe José, ¿su apellido es Ruli?

José se da vuelta hacia Juan con los ojos abiertos en expresión de sorpresa.

- Sí.
- Lo sabía. Soy amigo de Carlos, supongo que es su hermano.
- Carlos, sí, Carlitos es mi hermano.
- Qué casualidad enorme. Él siempre me hablaba de Anadna, y aquí estoy.
- ¿Y qué le decía mi hermano? –pregunta de pronto serio José.
- Y… usted sabe… me dijo que estuvo acá, pero se volvió.

José hace un gesto de asentimiento con cierta gravedad.

- ¿Y dónde está ahora Carlos?
- Yo lo conozco de un CRAMPE.
- Qué triste.
- Sí. La verdad que sí.
- Decidió volver allá a vegetar hasta que le llegue la inyección. Pensar que de chicos yo lo admiraba. Se imaginará que no terminamos en buenos términos.
- Me imagino.
- ¿Y qué le parece nuestra isla?
- Bien. Sólo que no veo pingüinos.
- Nunca vi un pingüino. Bah, alguno que se pierde y viene a morir a la playa.
- Su hermano decía que acá había pingüinos. Y tiburones.

- Tiburones sí. Demasiados. En esta zona, como nunca hubo nada de nada, ni industrias contaminantes ni pesca industrial, todavía hay peces, por los que competimos empecinadamente con los tiburones. Venga, acompáñeme a tomar un café, podemos ausentarnos un rato, yo ya cumplí con mi discurso.

Juan acompañó a José Ruli hacia el bungalow número dos.

En la playa, los primeros cortes de la primera media res empezaron a llegar a las mesas entre exclamaciones de admiración. La mayoría de los invitados, y Marcia no era la excepción, ya estaban ligeramente ebrios, y si no hubiera llegado la comida la situación se hubiera vuelto crítica para muchos estómagos.

- Es, más o menos, como usted dice, Suboficial, pero más complejo. Verá, cuando decidimos retirarnos de la vida social, buscamos un lugar apartado que no fuera codiciado por nadie. Encontramos esta isla arenosa, casi virgen. Los antiguos pobladores que en distintas épocas intentaron afincarse en esta isla fracasaron. Para tener agua potable hay que rezar para que llueva seguido o cavar un pozo de diez metros. Hasta que llegamos nosotros, acá no crecía ni una papa. Trabajamos la tierra, trajimos unos pocos animales, sembramos, y ahora tenemos excedentes que los cambiamos con gente del continente por cosas imprescindibles. Así construimos nuestras humildes casas y en cierta manera prosperamos. Ahí apareció gente del Gobierno a decirnos que no podíamos estar acá. Pero nosotros habíamos comprado estas tierras que no valían nada, así que se sentaron a negociar. Nos ofrecieron cualquier plata. No aceptamos. Estaban preocupados porque tomamos agua de pozo y comemos cosas que nosotros mismos criamos y cultivamos. Es decir, sin AT. Claro, no están preocupados por nosotros, se imagina que acá no hay nadie ni

remotamente en edad reproductiva. El problema es qué pasa si a algún grupo de jóvenes Alfa delirantes se les ocurre instalarse acá. Gente que por distintos motivos no tiene viejos a quienes hacer cesar, o dinero para comprar un cese en el mercado negro, ni califica para el cupo oficial. Obsesionados por tener un hijo, son capaces de cualquier estupidez, y si los estúpidos resultan ser muchos, lo que nunca hay que descartar, entonces tenemos un problema. Les dijimos a los del Gobierno que no íbamos a permitir por nada del mundo que ningún Alfa se instale aquí, que los denunciaríamos si así ocurriera. El acuerdo fue mutuamente conveniente, "nosotros los respetamos, ustedes no hagan proselitismo de su estilo de vida ni rompan las pelotas. Nosotros hacemos de cuenta que ustedes no existen".

- Por eso no aparecen en Google Maps.
- Según me dijeron, las imágenes satelitales se borran y se bajan los enlaces a información sobre esta isla en la red. No existimos, y todos felices. Un problema resuelto. Ahora vienen otros problemas, los problemas serios.

José hace un alto, le da un primer sorbo a su café humeante, como si tomara impulso para contar una larga historia.

- Más de cincuenta personas próximas a los cien años, más o menos, todas gozando de buena salud gracias a los avances biomédicos y al estilo de vida actual, deciden abandonarlo todo e irse a vivir como náufragos. Es encantador. Una vuelta a la naturaleza. Somos libres. Nadie nos impone la muerte programada. No somos los parientes estúpidos de los nuevos humanos que gobiernan el mundo; tenemos un pequeño mundo sólo para nosotros.

José hace un largo paréntesis, mientras toma del bolsillo de su camisa un habano, lo huele, le corta la punta con un aparato diseñado para ese fin.

- ¿Puedo ofrecerle un cigarro?
- No fumo, le agradezco.
- ¿Le molesta si yo lo hago?
- De ninguna manera.

José enciende su cigarro ofreciéndole al fuego la punta opuesta de la que antes había cortado y da varias pitadas hasta que en pocos segundos hace brasa.

- Mire Suboficial, hay algo para lo que no estábamos preparados, algo que no habíamos pensado, que nadie lo había experimentado antes. Nosotros llegamos todos cerca de los cien años, con cuerpos que en la civilización aparentaban cuarenta. Nuestro cuerpo era más joven que nosotros mismos. Como usted, como todos hoy. Ahora bien, empieza a pasar el tiempo. Y sin todas las drogas y tratamientos a los que estábamos acostumbrados, nuestros cuerpos empiezan a envejecer de manera acelerada. En pocos años pasamos de vernos de cuarenta a vernos como usted nos puede ver ahora. Es vertiginoso y aterrador ir viendo mes a mes cómo el cuerpo decrece, se encorva, la musculatura cae, la cara se arruga. En dos o tres años pasamos de vernos y sentirnos de cuarenta a vernos y sentirnos de cien. No estábamos preparados para que la naturaleza que abrazamos nos diera semejante paliza.

José da una densa bocanada de humo y queda en silencio. Juan se imagina un espejo en el que la aceleración de su envejecimiento se da en pocos minutos y puede ver su propia decrepitud inconcebible. La memoria lo lleva a “El retrato de Dorian Grey”, la novela de Oscar Wilde, en donde el protagonista era un joven vanidoso que hacía un pacto con las fuerzas oscuras para que envejeciera su retrato mientras él se mantenía eternamente joven, pero debía cometer crímenes para ocultar su secreto. Es interesante pensar que, de alguna

manera, la sociedad Alfa ha suscripto un pacto semejante al de Dorian Grey; la NPRS es el crimen masivo y constante, o el precio a pagar por esa sociedad para permanecer por siempre joven.

- Pronto empezamos a padecer los achaques de la edad. Afecciones del pasado, hoy completamente olvidadas por la civilización, se nos vienen encima. Dolores incapacitantes, dificultad de movimientos, dificultades cognitivas… Y no hay vuelta atrás. No se puede volver a la civilización. Ya no hay crédito social para nosotros. Mi hermano Carlos vino unos días y vio todo esto. Escapó a tiempo. No lo culpo. Otros, con todo, estamos dispuestos a asumir el precio de la libertad. Pero créame que a veces se hace difícil sostener los principios.

José hace un alto, pensativo, mientras suelta otra densa bocanada de humo.

- Muchos de los nuestros morían con estoicismo, otros abandonaban la Comunidad. ¿Quién los puede culpar, si aquí no teníamos ni para cuidados paliativos? Se iban para morir, rogando por firmar el único pacto que la civilización está dispuesta a hacer con nosotros: el cese inmediato.

José hace otro largo silencio, da una profunda bocanada a su cigarro, al que parece utilizar para pensar bien lo que va a decir.

- Y entonces un día aparece alguien. Alguien que dice pertenecer a algo que no se entiende bien de qué se trata. Y este alguien nos propone que puede traer algunas medicinas esenciales y algunos aparatos médicos y unos paneles solares a cambio de que les guardemos algunas cositas en algún pozo escondido. Llamamos a la Comunidad y, desde luego, todos votamos a favor. Qué nos hace un pozo en esta isla, qué nos importa lo que guardan en ese pozo. Y a ellos les sirve hacer pozos acá porque no figuramos en los radares. En fin, así logramos poner en pie un Centro

Médico y al poco tiempo personas que se hubieran muerto o se hubieran ido, ahora pueden tratarse y seguir en la Comunidad. Muchos de los que ahora critican no estarían vivos si no hubiéramos aceptado el trato.

- Pero al poco tiempo hay que renovar los suministros…
- Y reaparece esta gente que ahora nos dice que son de una Organización NIG, y se la pasan entrando y saliendo y sacando y poniendo cosas en sus pozos, y además de pozos ahora quieren construir un centro de entrenamiento. ¿Entrenamiento para qué? Resulta que no eran una organización de beneficencia. Pero nos levantan un Club Social. Y después una serie de bungalow. Y más tarde vaya a saber qué. Con el tiempo tal vez hasta gocemos de los mismos adelantos biomédicos del continente; ahora usted y los suyos trajeron cosas que nos ponen casi a la par. Y el trato que nos proponen es más o menos el mismo que el Gobierno "nosotros hacemos de cuenta que ustedes no existen, nosotros no existimos". Y ahí empieza a pasar lo que usted ya habrá intuido, una economía paralela que negocia con la Organización y obtiene bienes de afuera de la comunidad, y otro sector que queda afuera de ese circuito. Hay tensiones. Aparecen críticas. Acordamos en que tenemos todo el derecho a pretender lo mejor de los dos mundos. Que renunciar a la civilización no significa renunciar también al derecho a una vida plena, con los avances médicos a nuestra disposición. Pero algunos dicen "démosle a esta gente lo que quiera a cambio de que nos mejoren las condiciones de vida", y otros dicen "no sean tontos, casarse con el diablo tiene un costo. Vinimos a vivir en paz, no a terminar siendo rehenes de una guerra que no es nuestra". Hasta ahora pude conciliar los intereses y las ideas de ambos sectores. Pero las cosas han cambiado. Y de manera abrupta. Ya nada volverá a ser igual.

José Ruli hace el gesto de levantar una ceja mirando fijamente a Juan por un brevísimo instante, y luego vuelve a interesarse en su café negro y su cigarro, y a mirar por la ventana, donde a unos cien metros sigue la fiesta en la playa. Juan ahora entiende que José lo ha invitado un café no sólo para hablar de política, sino para hacer política. Tal vez José crea que Juan tiene una autoridad que en realidad no tiene.

- Suboficial, ustedes patearon el tablero. Le mojaron la oreja al gigante dormido, ¡le declararon la guerra al Gobierno!, o peor: le declararon la guerra al mundo. Eso no puede no tener consecuencias. Y usted sabe lo que dicen: cuando los elefantes se pelean, las que mueren aplastadas son las hormigas.

Juan asiente con gesto grave.

- No le digo que no sabíamos en qué andaban ustedes; le mentiría. Pero no esperábamos una cosa así. Pensábamos que iban a iniciar acciones de baja intensidad, un golpecito por aquí, un golpecito por allá –dice y sonríe con amargura- pero ustedes le dieron de puntín al avispero, sacudieron el mundo. El Gobierno ha declarado Estado de Sitio a nivel mundial, cosa nunca vista. Estos muchachitos tan inteligentes que se creen que son, no están acostumbrados a que les digan que no, a que los desautoricen. Pueden hacer cualquier barbaridad. Bueno, por lo pronto no es asunto nuestro; somos una pobre comunidad de ancianos aislada en el medio de la nada, ¿qué nos van a hacer?, ¿qué les importamos? Pero la gente se asusta. Los que antes decían “nosotros les dijimos que hacer negocios con la Orga era el abrazo del oso” ahora nos miran y nos dicen “¿y ahora de qué nos disfrazamos?”, y hasta los que se benefician con la presencia de ustedes y eran los más convencidos de casarse con la Orga, ahora están con el rabo entre las patas.

José parece esperar algo de Juan, quizá una palabra tranquilizadora, alguna promesa de que la Comunidad no se verá afectada por la guerra, vaya a saber qué espera. Juan no puede decir nada porque, le guste o no, cualquier cosa que diga será interpretada como la palabra de la Orga.

- ¿Ustedes están seguros de lo que están haciendo?, ¿En serio tienen suficiente espalda para entrar en guerra contra el mundo entero?

José se queda mirando a Juan, le sostiene la mirada inquisitiva, sin obtener ninguna respuesta. Juan se esfuerza por no hacer ningún gesto que delate lo que está pensando, que es que las dudas de José son razonables. Son en realidad más que razonables, son inquietantes de tan certeras.

- Tarde o temprano los del Gobierno van a venir a husmear acá. Nosotros no vamos a poder negar que hicimos algún trato con ustedes. Nuestra única oportunidad es mostrarnos como viejos estúpidos que no sabíamos lo que hacíamos, y que en cuanto nos enteramos de quiénes eran ustedes los echamos. Ustedes pueden seguir usando sus depósitos, nosotros ni sabemos dónde están. Pero en este momento no se pueden andar paseando en medias y calzoncillos por acá como si nada. Cuando la cosa pase, será otro cantar. Nosotros los seguimos necesitando, no queremos romper el trato. Pero ustedes tienen una responsabilidad respecto de nosotros, porque nos dejaron expuestos sin avisar, sin preguntar ¡Ahora cúbrannos! –cierra José, tratando de disfrazar de firmeza lo que es una súplica.

Juan piensa largamente. Jamás podría decirle a José lo que piensa que es que, hasta ahora, el Gobierno ha tolerado a disgusto la existencia de la Comunidad, pero de ahora en más, lo más probable es que corten por lo sano y los pongan en fila india y a dormir. No tienen

nada que negociar con estos viejos; a diferencia de la Orga, el Gobierno no los necesita para nada.

- José, no puedo hablar por la Organización. Pero sí puedo transmitir hacia los mandos la necesidad de darles seguridad a nuestros aliados. Eso es lo que voy a hacer. No puedo hacer más que eso.
- Le agradezco la gestión. Dígales que por lo menos sean prolijos. Una cosa es llenar la isla de guardapolvos blancos, otra es llenarla de uniformes y fusiles. Si somos su retaguardia sanitaria, podemos esperar que el Gobierno cumpla con las leyes de guerra; si en cambio ustedes ocupan militarmente la isla…

Por un breve instante, las imágenes que José sugiere parecen también corporizarse en la imaginación de Juan, y hacen un intenso contraste con la fiesta que se ve en la playa, a través de la ventana y del humo tupido del cigarro de José.

- Haré lo que pueda.
- Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias.
- Cuando las circunstancias sean otras, tal vez nos conozcamos mejor. -cierra Juan, ofreciendo un apretón de manos, que José acepta con sincera simpatía.

Un hombre desdentado, con sus largos y tupidos pelos blancos al viento, con la piel de la cara arrugada como una pasa de uva, arremete su viejo violín con furia y destreza, en estado de éxtasis. El reflejo de la fogata le da a su tez una tonalidad rojiza y demoníaca. Una mujer hace percusión con un cajón de madera, y parece haberse dedicado a eso toda la vida porque suena con la potencia de una manada de elefantes zapateando sobre un piso de madera. Y veinte o treinta personas acompañan con palmas el ritmo y la música suena contundente. Algunas parejas bailan. El baile no se ve tan bien como se escucha la música;

se notan serios problemas de articulaciones y limitaciones de movimientos. Lo que no tiene limitaciones es la alegría que vibra en la celebración. Sólo un cuerpo se mueve armónico y con gracia, y es el de Marcia, que baila un poco con cada persona que le pasa cerca, y parece disfrutar por completo ajena a cualquier preocupación. El violín le cede el protagonismo a una mujer pequeña de piel morena, que canta unas estrofas. Lo hace bien, con la voz en perfecta afinación y un respetable caudal para su avanzada edad. Juan está absorto en los movimientos elegantes de Marcia, y en este momento siente que ella es la criatura más perfecta que jamás ha pisado la superficie de la Tierra; Marcia es la cúspide de la creación divina, los Alfa son un apéndice, una redundancia tardía.

Marcia repara en que Juan está observándola, al margen de la fiesta, y viene corriendo para llevarlo, medio a la rastra, al centro del baile. Juan trata de moverse al compás de la música, y si bien no carece del sentido del ritmo, sí adolece por completo de plasticidad y cualquier rudimento de gracia le ha sido negado por completo. Marcia besa a Juan con arrebato. Juan toma de la mano a Marcia y tira suavemente hacia sí, invitándola a que lo siga. Salen del centro de la fiesta, que continúa indiferente, ensimismada. Juan rodea con su brazo la cintura de Marcia, ella pasa su brazo por los hombros de Juan. Alcanza a ver, con alegría, que Hobsbawm duerme enroscado con otro perro o perra, vaya a saber, con un grueso hueso raído a su lado, saciado de carne. Juan y Marcia dejan atrás la fiesta y marchan hacia la playa oscura, apenas iluminada por ese pedacito de luna y la vía láctea.

Encontraron un lugar entre los médanos, protegido de los vientos. Hicieron el amor sin apuro, sin esfuerzo, con intensidad. Y luego se quedaron mirando las estrellas.

- Se me está pasando la borrachera. Qué lástima – dijo Marcia y rio suavemente.
- No quiero irme de acá.
- ¿De esta playa, de esta isla, de este momento…?

- De todo eso. No quiero irme. Por una vez en la vida, siento que estoy donde tengo que estar, ¿te gusta acá?
- Me gusta. Me gusta esta gente.
- A mí también. ¿No te gustaría…? -dice Juan, y se frena.
- … sí. Me gustaría.
- Una vida nueva para los dos.
- Una vida nueva, después de cien años. Al fin.

Después de otro silencio, Juan percibió que Marcia se había quedado dormida sobre su pecho. Juan se quedó un rato más mirando el cielo y el tintinear de las estrellas, pensando en que en la infinitud del cosmos su vida era un vano parpadeo, que todas sus desdichas y felicidades eran menos que una nada irrelevante, y que sin embargo sentía la necesidad de agradecer, de elevar una oración pagana que no sabía pronunciar.

III - Represalia

Juan despierta con el sol estallando en el horizonte del mar. Este amanecer rojizo es diferente y a la vez parecido al que veía una y otra vez repetirse en la pared pantalla de su dormitorio. La realidad tiene otras dimensiones además de la visual; el murmullo de las olas que parece venir de más allá del horizonte, la brisa fresca de la mañana plena de aire salino, la molesta arena hasta adentro de la boca de haber dormido en la playa. Es así, nuestra relación con la naturaleza siempre es conflictiva; el mar es hermoso, pero está lleno de tiburones, la brisa es divina, pero la arena es fastidiosa. Y también falta Bill Evans tocando The Peacocks. O Spinetta cantando “dulce y hermosa flor de la mañana…” o el viejo Pat Metheny, compañeros de todos los amaneceres grabados que lo han acompañado durante décadas.

A los Alfa la música los apasiona. Debe ser por lo que tiene de matemática, o por ser de todas las artes la más independiente del lenguaje natural. Lo cierto es que la música es una especie de revancha para todos los NIG: la música clásica de los siglos XVIII y XIX es lo que es, no puede ser mejorada, no se le puede agregar nada. Y las músicas vanguardistas del siglo XX también parecen haber agotado todas las posibilidades de experimentación. Y la música popular ha recorrido también todos los caminos que había por recorrer. Los Alfa llegaron tarde, nunca tendrán algo nuevo que aportar, no les queda más remedio que admirar a los grandes creadores de otras épocas, a los que pueden emular, pero nunca superar. Le viene a la memoria una charla de cincuenta o sesenta años atrás, sala de profesores de una escuela, con una profesora de música, mayor y muy melómana, con

quien solía hablar de jazz. Ella decía que la inmortalidad no se lograba con experimentos genéticos sobre telómeros, que eso a lo mejor podía aplazar la muerte; la verdadera inmortalidad era quedar en la memoria colectiva a partir del aporte creativo y del amor que uno pudiera despertar en otros. Por eso Bill Evans, Coltrane, Davis, Mingus, Monk eran inmortales, y no lo era el despabilado bebé Alfa que viviría doscientos años.

Lo que se escucha en cambio es el sucederse de las olas rompiendo débilmente y desvaneciéndose sobre la arena. Es un sonido bello, musical.

Marcia está a su lado, ahora dormida sobre su brazo derecho. Juan se despereza. Camina unos pasos hasta la orilla, abre los brazos a la vez que inhala profundo, retiene unos cuatro segundos y exhala. Hace dos o tres veces el mismo ejercicio, su humor es radiante, y nada, pero absolutamente nada en el mundo puede sacarlo de este momento de plenitud y felicidad.

Al darle la espalda al mar para volver hacia Marcia, Juan alcanza a divisar, hacia el norte, a unos setecientos u ochocientos metros, una densa columna de humo. De manera instantánea, todos sus sentidos se ponen en alerta. Apura el paso y sacude con suavidad a Marcia. Marcia se despierta. Juan señala hacia la columna de humo. Marcia tarda unos instantes hasta que adapta sus ojos a la luz del día y luego su expresión muta en alarma.

- Se está incendiando todo – alcanza a decir.

Juan responde con un gesto de asentimiento.

- ¿Qué pasó?

Juan no tiene respuesta. De un salto, Marcia se pone a la par de Juan y ambos empiezan a correr hacia la columna de humo. En apenas dos minutos están en condiciones de ver qué es lo que está pasando. Todos los bungalow han ardido; no quedan más que cenizas y el humo agonizando. Y otros dos minutos más tarde ya están en la playa.

Los bungalow han sido incendiados de manera intencional. Muchos de los invitados a la cena han muerto baleados. De un primer pantallazo pueden ver a varios miembros del Comando muertos. Una de las mujeres parece estar en plena agonía, apartada del resto de los guerrilleros. Marcia se acerca a ella, le toma la mano. Se puede ver por el movimiento del pecho su dificultad para respirar, no puede hablar, está inconsciente.

Juan toca el hombro de Marcia y ella entiende inmediatamente todo lo que transmite su mirada: están en peligro, podrían estar en la mira de cualquier tirador. Miran alrededor y no hay lugares donde cubrirse. Marcia señala unas huellas que llegan del mar a la playa y luego vuelven casi por donde vinieron, y que indican que se trata de dos vehículos con ruedas.

- Ya se fueron- dice Marcia. - Son dos anfibios. Deben haber hecho fuego desde el mar para hacer mierda los bungalow y después emergieron para rematar a todos.

Juan la interrumpe con una mirada espantada, señalándole en dirección a los asadores. En uno de los asadores en cruz, atado de pies y manos con alambre, hay un hombre asándose de frente al último débil fuego de las brasas. El hombre está cocido como una res. Gruesas gotas de grasa humana caen de manera intermitente sobre las brasas haciendo un ligero chasquido y reavivando el fuego por un instante. Juan no necesita mirarlo dos veces para saber que, a pesar de estar desfigurado, se trata de José Ruli. Marcia se tapa los ojos con las manos. Es horroroso. Es de una crueldad y un morbo que superan al mismísimo diablo.

Marcia señala otra columna de humo menguante, a unos cuatrocientos metros hacia el centro de la isla. Se trata del Centro Médico.

No hay humo en el pueblo. El atacante hizo blanco en los bungalow, el Centro Médico, y se ensañó con el líder comunal. También eliminaron a todos los guerrilleros que encontraron, fáciles de reconocer por su aspecto menos envejecido que los residentes locales. Los otros

muertos que dejaron en la playa parecen más lo que la fría jerga militar suele llamar “daño colateral”. O no, pensándolo mejor, no ha habido daño colateral, todo fue intencional. Juan piensa, con razón, que los atacantes no han respetado ni siquiera las antiguas leyes de guerra. Quien lo haya hecho, se siente más allá de toda ley. El responsable, no hay duda, es el Gobierno, ¿quién más? Esta es la respuesta al ataque de la Orga. O mejor, parte de esa respuesta; acciones como esta no pueden ser un hecho aislado, y se deben estar replicando en muchos lugares.

- ¿Con qué necesidad? - dice Marcia, en medio de una profunda conmoción.

Juan se hace la misma pregunta. Lo que han hecho es barbárico, es criminal, y parece absurdo.

Marcia y Juan ya están convencidos de que los atacantes se han retirado, no corren peligro. Pueden por lo tanto empezar a evaluar si hay heridos aún con vida. Empiezan a recorrer la playa mirando uno por uno los cadáveres. Todos han muerto baleados por la espalda, en plena huida. Hay otro detalle siniestro, fantasmal. Sentados en sus sillas están los cadáveres de Pepe, Manuel, Victoria y Morena. Los cuatro tienen los ojos abiertos, como si hubieran sido sorprendidos en medio de una charla amable y hubieran quedado súbitamente congelados. Juan tiene la fugaz ocurrencia de que alguien los ha acomodado en esa posición por simple diversión morbosa. Pepe tiene un balazo limpio justo en el medio de la frente y un río de sangre a ambos lados de su nariz, hasta el mentón. Victoria tiene un balazo arriba de su ojo derecho, mientras que Morena y Manuel están acribillados a balazos en el cuerpo. Quizá no tuvieron tiempo de reaccionar.

Los miembros del Comando muertos son cinco, tres hombres y dos mujeres. Sus cuerpos están amontonados, a unos treinta metros de los demás. Han sido rematados y luego apilados, señalando con claridad la intención de hacer saber que habían sido ejecutados por

ser miembros de la Orga. Y está la joven Oficial que agoniza. No se entiende por qué no la remataron, tal vez creyeron que ya estaba muerta. Marcia se acerca a ella y con cuidado le toma la mano. Tiene una herida en el pecho, del lado derecho, que con seguridad le ha perforado un pulmón. Con atención médica adecuada podría sobrevivir. Marcia suelta la mano de la mujer con suavidad, y entonces la mujer abre los ojos. Quiere decir algo, pero al abrir la boca sólo sale un borbotón de sangre. Hace un gesto con la mano; quiere un poco de contacto humano.

- Calma compañera, vas a sobrevivir- le dice Marcia.

Hay otros cuatro muertos. Algunos de ellos deben haber sobrevivido un buen rato, puesto que han dejado un reguero de sangre de varios metros hasta el lugar en que finalmente cayeron. Otros han logrado escapar, algunos heridos de gravedad, como indican las huellas de sangre que van hacia el pueblo. Juan alcanza a imaginar la escena. Dos orugas metálicas emergiendo del mar, haciendo fuego, quizás uno, dos o tres misiles contra las edificaciones, y a la par un grupo de tres o cuatro hombres abriéndose desde las orugas, disparando a mansalva al grupo de ancianos desarmados, incrédulos ante tanta maldad, tratando de huir y siendo barridos sin piedad. Juan puede ver la cara de los soldados, o lo que sea que sea esa gente, puede ver esos rostros riendo al ver cómo los últimos animales humanos alcanzan a huir en medio del terror, con el jefe de turno haciendo un guiño de que ya está bien, ya han saciado su sed de muerte, ya les han enseñado a esos estúpidos NIG, a esos asquerosos viejos inútiles, quién manda ahora. O tal vez primero tomaron prisionero a José y frente a todos, obligándolos a mirar con los ojos bien abiertos, lo ataron a la cruz caliente, a la que uno o dos hombres alimentaban de leña para que ardiera mejor. Los obligaron a escuchar los gritos y las súplicas de José, o tal vez una oración de pronto recordada de la infancia, o la noble puteada a sus torturadores y asesinos. Tal vez los Alfa esperaron unos largos,

interminables minutos obligando a todos a un silencio total en el que sólo podían oírse las palabras cada vez más ahogadas de José, y el crujir de su carne cociéndose, hasta que lo supieron muerto. Todo para mostrarles cuál es el precio de querer vivir con un poco de dignidad. Y entonces sí les dieron a todos la orden de que se dispersaran, y luego empezaron a dispararles por la espalda por mera diversión. O quizá no, quizá Juan esté equivocado y les asigna a estos humanoides características demasiado humanas como la crueldad, el deleite en el padecimiento ajeno, la curiosa morbosidad; quizás no haya nada de eso, quizá sólo haya un plan ejecutado con frialdad. Llegan, detectan a los integrantes de la Orga, los ejecutan, preguntan quién es el jefe de la aldea, lo toman prisionero, y sin nada de insano placer, ni de dolor, ni de remordimiento, cumplen la directiva de darle una muerte que inspire el terror en esa comunidad de pobres NIG. Quizá la superioridad de estos humanoides resida en su capacidad de actuar más allá de toda moral. Quizá la moral quede reservada al trato entre Alfas, y para ellos los NIG no son ya más que animales a los que se puede apalear y matar en masa sin culpa ni remordimiento. El terror no es para ellos más que un instrumento administrado a conveniencia. Los nuevos humanos deben dejar atrás de una vez a los viejos nuevos Neandertales como detrito de la historia.

Despierta en Juan una oleada de sed de venganza, la convicción de que la sangre sólo se lava con sangre, de que no debe detenerse hasta ver al último Alfa asándose a fuego lento en una cruz, de que es preferible que el mundo se destruya y estalle en mil pedazos y no quede nada, antes de que un solo Alfa sobreviva. Sólo la imagen de enormes campos tan vastos como el mundo entero poblados de cruces ardientes, una al lado de la otra hasta el infinito, y en cada una de ellas un Alfa gritando de horror y cociéndose el cuero humeante.

El ladrido de Hobsbawm lo hace volver de su ensoñación monstruosa. El animal está a unos sesenta metros playa adentro, en un médano. No se mueve. Juan llega hasta él. Pobre perro,

está inmovilizado y muy nervioso. Juan comprueba que el sistema de locomoción trasero se ha salido y que hay un poco de sangre en la cintura de Hobsbawm; algún elemento metálico de la estructura que le permite moverse se ha roto y se le ha incrustado. Ante la desbandada, el perro aterrorizado por el fuego y los gritos debe haber huido, pero sus ruedas se hundieron en la arena. Trató desesperadamente de impulsarse con las patas delanteras, el sistema se tensó y finalmente se rompió, y el perro quedó agotado y entregado, hasta que escuchó la voz de Juan.

- Acá estoy, perrito, acá estoy. Nada te va a pasar, tranquilo amigo – dice Juan, mientras abraza al perro.

El perro se tranquiliza, o quizá se deja vencer por el agotamiento. Juan carga al perro entre sus brazos, trata de acomodar encima del perro el mecanismo roto, y vuelve hacia donde estaban los bungalow, donde sólo quedan unas últimas bocanadas de humo, y Marcia, que sigue sosteniendo la mano de la compañera.

La compañera ha recuperado la conciencia, pero parece que no puede hablar ni moverse. Juan deposita al perro sobre la arena. Marcia acaricia con la otra mano al pobre animal.

- Josby, mi amor, acá estoy.
- Compañera, amiga, vamos al pueblo a traerte agua y ayuda, quedate acá quietita que en seguida volvemos – dice Juan.

Pero la compañera pone cara de espanto cuando Marcia atina a soltarle la mano, hace un ruido desde el fondo del pecho que no llega a ser un grito ni una palabra, un sonido ahogado, como un ruego, una mirada que dice “no me dejen, no quiero morir sola”. Marcia vuelve a tomarle la mano.

- Tranquila, no te vamos a abandonar – le dice mirándola a los ojos.

Luego suelta su mano y pone la mano de la compañera sobre el morro de Hobsbawm. La compañera se calma, Hobsbawm también; se dan amparo mutuamente.

Marcia y Juan corren y llegan al centro de la Comunidad Libertad. Los pocos negocios del pueblo están cerrados. También todas las puertas y ventanas, la ciudad parece deshabitada, ni los perros se muestran.

- Buscá alguna ayuda por acá, yo voy a ver si se salvó algo en el Centro Médico – dice Marcia, de pronto asumida como la Oficial Setenta y Uno.

Juan camina tratando de detectar algún movimiento en alguna casa. Finalmente llega al Club Social y Centro deliberativo que está frente a la Plaza. Juan tiene la sensación de que hay alguien, así que golpea. Unos instantes más tarde la puerta se abre. Es Domínguez, que lo mira en silencio y le hace un gesto invitándolo a pasar. Adentro hay una veintena de personas. Contra un rincón, hay un par de cuerpos que no es difícil adivinar que han muerto hace no más que una o dos horas. El resto de los presentes parece estar en shock, pero no están heridos.

- ¿Y ahora qué hacemos, suboficial? - pregunta Domínguez, lejos de su tono habitualmente afable, parece entre enojado y confundido.
- ¿Y los demás?
- Se fueron. Están tratando de volver al Continente con los botes. Si no se los traga el mar, los cesan apenas pisen tierra.
- Necesitamos agua, alcohol, algo con qué desinfectar heridas.
- Yo le dije a José que nos iban a cagar. No me escuchó. “José, a esta gente le importamos una mierda, cuando la cosa se ponga brava se van a abrir de gambas…
- No es el momento para esta discusión…

- Nosotros los ayudamos… ¡para esto!, qué error fue haberlos recibido, haber escuchado sus cantos de sirena; que medicinas, que mejor calidad de vida… ¡muerte, eso es lo que trajeron!

Juan, harto, decide ignorar a Domínguez, se da vuelta y grita al grupo de refugiados:

- ¿Tienen alcohol, agua, elementos de primeros auxilios?

Todo el mundo lo mira como si se tratara de un marciano. Un poco siguen en shock y un poco desconfían de él, y a Juan no le extraña. A pesar de sentir bronca contra Domínguez y contra todos los que le dan la espalda, los entiende. No es culpa de la Orga esto que ha ocurrido, que de ninguna manera es un acto de guerra sino un crimen; hay sin embargo una responsabilidad de la Orga, y el enojo es comprensible.

- Escúchenme: hay gente herida en la playa, necesito su ayuda.
- Por qué no se va con los otros oficiales, que fueron los primeros en correr a los botes – dice Domínguez, indignado.
- La mayoría de mis compañeros fueron fusilados en la playa, por si no se enteró. Que un par hayan huido, allá ellos. También muchos de los suyos huyeron.

Domínguez calla. Se puede sentir su furia en el aire.

- Pero ustedes no han huido. –retoma Juan cambiando el tono, ahora conciliador - Y si se quedaron es porque están dispuestos a reconstruir esta Colonia.
- Si no hubiera sido por ustedes nada de esto hubiera pasado –masculla Domínguez.

Juan está harto de Domínguez, que se está comportando como un verdadero imbécil. Por su estupidez están perdiendo el tiempo mientras la mujer herida se revuelca tratando de encontrar la última gota de vida que le queda, y mientras otros heridos andan dispersos por donde los llevó la huida. Juan toma por el brazo a Domínguez y lo arrastra hacia un rincón. Le habla al oído:

- Domínguez, usted puede tomar dos actitudes, quedarse pensando en quién tiene la culpa, o ponerse ya mismo a hacer lo que hay que hacer. José ha sido asesinado. Sus compañeros también. Esos crímenes no deben quedar impunes. Hay que levantar de vuelta la Colonia, ese es el primer paso. Usted tiene que asumirse como líder. Esta gente está esperando eso de usted. Y usted se los debe. Esté a la altura de la situación.
- Yo no soy líder de nada.
- Usted es el líder, Domínguez. Esa es una cualidad que no se puede discutir. Es algo innato, y aquí la Comunidad se lo está haciendo saber, en silencio, pero sin dudas. Usted es el líder. Lo único que está en discusión es qué clase de líder va a ser usted. ¿Se va a poner al frente de esta gente, va a enterrar a sus muertos, va a luchar por la memoria y por la justicia para ellos, va a levantar de nuevo la Colonia, o va a ser un pusilánime que se queda llorando y culpándonos a nosotros?
- Pero ustedes…
- Nosotros no hicimos esto. Nosotros no matamos NIG. Estamos del mismo lado. Esto es obra del Gobierno criminal.
- No podemos pelear contra el Gobierno. Es una desproporción absoluta.
- No le estoy diciendo que agarre las armas. Empiecen por agarrar la pala y enterrar a los muertos. Luego pongan en pie la Colonia. Esa es la forma de lucha que sí pueden dar: la resistencia, el empecinamiento en ser quienes quieren ser y vivir como eligieron vivir. Muéstrenles pacífica pero obstinadamente que no pueden doblegarlos. Que no aceptan marchar como ganado al matadero.

- Pero se fue más de la mitad de la gente… hicieron mierda el Centro Médico, no tenemos nada…
- Ya lo iremos resolviendo. Ahora elija, ¿trabajamos juntos o sigo yo solo?

Domínguez, que sólo había mirado a los ojos de Juan con iracundia cuando lo estaba desafiando, ha bajado la vista desde que Juan lo llevó a un rincón y le dio su arenga, y ahora vuelve a mirar a Juan a los ojos. Parece estar asimilando lentamente sus palabras. Luego hace un breve gesto de asentimiento, y va a hablar con los suyos.

- Compañeros, amigos – empieza Domínguez, vacilante – Me parece que es nuestro deber darles sepultura a nuestros muertos. Creo que podemos volver a la playa sin peligro –dice buscando y encontrando la aprobación de Juan-.

El grupo completo ha respondido con gestos afirmativos.

- Organicémonos. Joaquín, Abel, Manuela, Fabiana, Horacio y Raquel, acompañen los cuerpos de Mónica y Gustavo al cementerio. Miguel, Ramón, Germán, María, hagan un rastreo por el pueblo a ver si hay más sobrevivientes. Entren a las casas a como dé a lugar y busquen en los botiquines cualquier cosa que pueda servir.
- Yo soy enfermero, puedo atender primeros auxilios – dice un hombre entre el grupo, poniéndose de pie.
- Bien, Oscar.
- Mi compañera ya fue al Centro Médico a evaluar la situación y ver si hay sobrevivientes y suministros médicos. Tengo una mujer herida en la playa, quizás haya algún herido más – tercia Juan.
- Oscar, venís con nosotros a la playa a ver a la herida. Todos los demás, vamos a la playa a levantar a nuestros muertos y llevarlos al cementerio. Serán unos…

- Conté catorce – dice Juan.

Domínguez hace un gesto de negación y lamento.

- Catorce… Abel y Ramón, mejor también ayuden a cavar.

Todos se ponen de pie y empiezan a movilizarse. Cuando están saliendo del Club Social, llega Marcia cargando una mochila enorme en su espalda.

- La doctora y otra persona más, una mujer, están muertas.
- Debe ser Juliana. Se sintió mal durante la fiesta. La doctora pensaba que no era nada grave, pero por las dudas le dijo que la acompañara al Centro Médico, para dejarla en observación – dice Domínguez, haciendo un gesto de negación con la cabeza, los ojos rojos de odio, llanto contenido o simplemente conmoción.

Marcia hace un breve silencio, tratando de tomar fuerzas para continuar con su informe.

- No se perdió todo, algunas cosas se salvaron. Se quemó casi por completo el ala derecha del edificio, pero el sector izquierdo no prendió. Traje lo primero que encontré, gasa, desinfectantes, instrumental quirúrgico...

La compañera herida y Hobsbawm parecen en repentina simbiosis. Le dan de beber de una cantimplora a la compañera. Juan toma otra cantimplora, ahueca su mano y sirve un poco de agua que luego le ofrece a Hobsbawm, quien bebe con apremio, agradecido. Oscar, toma de la mochila de Marcia un aplicador e inyecta a la herida en el brazo:

- Esto es para calmar el dolor, es instantáneo.

Tras unos instantes la compañera se relaja. Oscar toma un aparato parecido a una afeitadora eléctrica que remata en un lector, busca y rebusca en la mochila hasta que encuentra una pequeña pantalla, la enciende

- ¡Qué bueno, la batería está cargada!

Y entonces empieza a pasar la pseudo afeitadora sobre el tórax de la compañera.

- Esto es un ecógrafo portátil, nos permite ver qué hay ahí adentro. La bala entró por la espalda, perforó el pulmón derecho, que está muy comprometido, se desvió, y ésta herida en el pecho es el orificio de salida. La bala salió limpia, por suerte. Hay que aplicarle antibióticos y cerrar las heridas. Un cirujano debería hacer un orificio y poner un tubo de drenaje en el pulmón para que se vaya vaciando de sangre y líquido pleural. Quizás se pueda salvar el pulmón.
- Oscar, no tenemos un cirujano a mano –le dice Domínguez, y Oscar entiende bien lo que eso implica.
- Esto lo tiene que hacer un cirujano – dice Oscar, haciendo un gesto de negación.
- ¿Te parece que si la subimos a un bote y la llevamos al Continente podrá sobrevivir? – pregunta Domínguez.
- No estoy seguro.
- Si la llevan al Continente, o se muere en el bote o la cesan apenas la ingresen en un hospital – corta Marcia.

Después de cavilar un instante, Oscar parece decidirse:

- … he asistido a médicos en intervenciones semejantes varias veces... ¿La podemos llevar para el Centro Médico?
- Improvisemos una camilla; a hombro va a ser difícil, y todavía se va a desangrar más – afirma Domínguez.

Salvo Domínguez, Oscar, Marcia y Juan, todos los demás han quedado alelados mirando el cadáver cocinado de Ruli. La escena es espeluznante.

- Atención, ¡hay que hacer una camilla, colaboren! ¡Vamos! – grita Domínguez, y logra hacer reaccionar a los presentes - Necesitamos dos troncos.

Un par de hombres que han escuchado a Domínguez se ponen de acuerdo con una mirada y parten a buscar los troncos. Luego Domínguez se acerca a la fantasmagórica mesa y va hacia el cadáver de Pepe. Le quita el abrigo con cuidado. Es de cuero, resistente, suficiente para hacer una camilla.

- Disculpame Pepe –dice, mientras todos miran la escena con aprensión.

En silencio, los compañeros miran a los cadáveres ensangrentados, tratando de ver cómo harán para cargarlos hasta el cementerio. Un pantallazo basta para saber que esos ancianos apenas están en condiciones de cargar más que su propio terror.

- Después traemos un par de caballos y cargamos a los muertos – dice Domínguez.

Todos entienden que eso significa que deben ir al Cementerio y empezar a cavar, y parten en medio del silencio, todavía un poco aturdidos ante el panorama de la masacre.

Juan se ha quedado junto a Oscar, a la compañera herida y a Hobsbawm.

- Doctor, ¿no puede darle una mirada a mi perro?
- No soy doctor.
- A partir de ahora lo es.

Oscar asiente como entendiendo que así son las cosas y que no le queda más remedio que ocupar el lugar de médico.

- Si puedo atender humanos, supongo que también puedo atender a un perro.
- Somos todos mamíferos. Además, ahora usted es también veterinario.

El flamante doctor y veterinario se inclina sobre el perro y lo mira un rato, lo toca en diversas partes. Hobsbawm parece reaccionar bien. Entonces el doctor saca otro aplicador y se lo apoya en el cuarto trasero al perro.

- Vamos a evitar que la herida se infecte, supongo que este antibiótico debe servir para cualquier mamífero, sea cánido o primate superior.
- Gracias doctor, en nombre de todos los mamíferos. ¿Sabe de alguien que pueda arreglar el dispositivo de movilidad?
- Si la parte electrónica está rota, que me parece que sí –dice mientras comprueba que el pequeño monitor que hay sobre la correa del dispositivo no enciende – acá no va a poder hacer nada. Mientras tanto, hable con Eugenia, ella tiene soldador y se da maña con esas cosas, algo va a poder hacer.
- Gracias de nuevo.

En ese momento vuelven los que habían partido, trayendo dos ramas gruesas de más o menos metro y medio de largo cada uno, que se ven resistentes. Ayudados por Domínguez y por Marcia, empiezan a armar la improvisada camilla para llevar a la Compañera, quien ya un poco recompuesta y un poco aletargada por la droga para el dolor, dijo llamarse Ruth. Una vez subida con suma delicadeza Ruth a la camilla, los cuatro hombres empezaron a llevarla los cuatrocientos metros hasta el Centro Médico.

La mano de Domínguez se posa sobre el hombro de Juan. La mirada de Domínguez no deja lugar a dudas: deben hacer el trabajo que nadie quiere hacer.

- Apaguemos las brasas y después esperamos que se enfríe un poco- dice Juan, mirando el cadáver de Ruli.

El trabajo en el Cementerio tomó toda la tarde. Hacia el anochecer, se trajeron las antorchas de la playa y se realizó una breve ceremonia que parecía la antítesis de la fiesta del solsticio de la noche anterior. Domínguez hizo un cuidado discurso hablando más del dolor y la pena ante un hecho en principio incomprensible. Hizo una tangencial referencia a la necesidad de, en el futuro, una vez repuestos del shock, buscar responsabilidades y pedir justicia, pero puso el acento en la necesidad de empezar a reconstruir.

Domínguez les dio a Juan y Marcia las llaves del Club Social para dormir, pero antes fueron al Centro Médico, donde Ruth y Hobsbawm esperaban. Ruth estaba sedada pero consciente, con un tubo de drenaje que hacía circular un líquido viscoso de color rojizo desde sus pulmones hacia un balde; el debut como cirujano de Oscar había sido todo un éxito.

Hobsbawm estaba feliz de ver a Juan y a Marcia, pero era visible que estaba muy incómodo con su parálisis. Habían logrado hacer funcionar el equipo electrógeno, con lo que a la mañana siguiente Eugenia vendría a tratar de arreglar en la medida de lo posible el dispositivo de soporte y movilidad de Josby.

En el Club encontraron bolsas de dormir y se acostaron. Juan no lograba dormirse, a pesar de estar extenuado. Sabía que Marcia tampoco dormía, pero prefirió fingir que él sí lo hacía. Había una pregunta dando vueltas en el aire y no era el mejor momento para hacerla. Esa pregunta era "¿y ahora qué?". Juan empezaba a sentir una tensión muy fuerte entre dos ideas incompatibles. Una era la de quedarse a construir y vivir sus últimos años en paz y en amor con Marcia, alejado del resto del mundo, indiferente a la suerte del universo. La otra era el sentido del deber: no podía ser cómplice pasivo del sistema asesino, toda su sangre le pedía no ya venganza, pero sí justicia. Era una convicción muy fuerte que nacía en él por primera vez: las cosas no podían quedar así.

A la vez había quedado claro que la revolución era una quimera. La Orga había apostado todo a un primer golpe sorpresa, y lo había dado. Muy bien, ¿para qué había servido? La respuesta estaba a la vista. Pero peor aún ¿cuál era el siguiente paso, una vez que ya se había agotado la ventaja del factor sorpresa?

Se despertó en medio de la noche, con un sentimiento de culpa: cuánto hace que no llama a su padre, que no lo va a visitar, que no le pregunta cómo está. Luego de ese breve paréntesis que no es sueño ni vigilia, recordó que su padre llevaba muerto más de cincuenta años. Más que pena, sintió alivio. No era la primera vez que se despertaba con esa sensación de estar en falta con su padre. Y durante el sueño, que alcanzó a asir apenas por un instante en la conciencia antes de que se hundiera en el olvido, recordó que su padre por momentos era también Bruno, su hijo. Esta pesadilla recurrente lo había acompañado por más de medio siglo. Ahora hacía meses que no aparecía, casi que la había olvidado. Pero allí estaba de nuevo. Su padre, siempre de unos cuarenta años, aún en la plenitud, y él en falta vaya a saber por qué. La novedad era la condensación de la figura de su padre en la figura de su hijo. Por suerte pronto volvió a dormirse.

Juan partió rumbo al Centro Médico, donde Eugenia, una mujer de pocas palabras, admirada por toda la comunidad por sus proezas en el manejo de las más diversas herramientas, había estado trabajando en el aparato de Hobsbawm. Ahora el perro podía volver a caminar con sus dos patas delanteras y las dos ruedas traseras, pero tal como había previsto, el dispositivo había perdido su plasticidad y admitía sólo dos posiciones, erguido o acostado de lado. Ruth se encontraba bien, de un humor mejorado, aunque muy dolorida. El Doctor Oscar le dijo, en presencia de Juan, que tenía para diez días de convalecencia,

con ese maldito tubo incrustado al costado derecho de su tórax, pero que el pulmón estaba re expandiéndose y no le quedarían secuelas más que las marcas del proyectil en la piel.

Marcia y Juan caminaban por la playa en un atardecer tibio que permitió el lujo de que ambos se quitaran el calzado y caminaran por la orilla.

- No hay nada como mojarse los pies en el mar.
- ¿Y ahora qué hacemos? – cortó Marcia, bajando sin prolegómenos la pregunta que estaba flotando en el aire.
- Hasta donde yo veo, sólo hay dos opciones.
- ¿Cuáles son?
- La más sensata me parece que es quedarnos acá.
- A esperar a que venga alguien de la Orga.

Juan no lo dijo, pero pensó “ojalá nunca más venga alguien de la Orga”. Sus deseos, casi de manera imperceptible, empezaban a hacerse más claros.

- Y mientras tanto, armarnos un lugar donde vivir.
- O sea que vos pensás que tal vez tarden bastante en venir a buscarnos.
- No sé qué pensar. Ni siquiera podemos saber qué pasó más allá de esta isla.
- Es desesperante.
- Sí.
- Dijiste dos opciones, cuál vendría a ser la “menos sensata”.
- La menos sensata es tratar de volver al Continente a ver qué está pasando y eventualmente reengancharnos. Pero desde el momento en que abandonemos la isla somos fugitivos.

- Me parece mejor eso que quedarnos acá cruzados de brazos.
- ¿Y qué pasa si nos están esperando? ¿Qué pasa si media Orga está en desbandada y los horribles están al acecho como cazadores en la puerta de la madriguera? Acá podemos vivir sin crédito, allá no tenemos ni cómo conseguir comida o lugar donde dormir, somos unos parias. Y si nos capturan...

Marcia parece considerar con fastidio las verdades que Juan le plantea. Juan siente, para su propia sorpresa, que está cada vez más convencido por la opción de quedarse a empezar una nueva vida. Ya habrá otros que levantarán las banderas. Qué vergüenza, Juan, deberías estar deseoso de volver a la lucha, y en vez de eso querés volver a tu confort; acabás de ver de lo que es capaz el sistema y eso, en vez de encenderte la sangre, te hace retroceder hacia tu seguridad egoísta, no tenés remedio.

Pero aquí y ahora, caminando en otro atardecer rosado por la orilla del mar, Juan siente que la muerte ha sido clemente con él. Por algún misterioso azar, él y Marcia decidieron alejarse de la fiesta para estar juntos y solos, y eso les había salvado la vida. Juan decide que ese designio del destino no debería ser ignorado. Si la vida me ofrece todo esto, ¿debo acaso rechazarlo e ir a hacerme matar en una lucha perdida irreversiblemente? Dejemos que las cosas decanten por sí mismas; Marcia ahora está muy impactada por la violencia y quiere justicia o venganza, pero con el tiempo va a ir entendiendo que acá hay un lugar para vivir y ser felices, y allá sólo hay más sufrimiento y muerte.

- Me siento asfixiada.

Marcia acompañó su declaración con un gesto tan elocuente que lo sacó de inmediato a Juan de su ensoñación.

- No puedo quedarme de brazos cruzados viendo como hacen mierda todo, haciendo nada en esto que ni siquiera es una isla, es un puto banco de arena en medio del mar

de los tiburones. ¿Vamos a dedicarnos el resto de nuestras vidas a plantar zanahorias? ¿Los vamos a dejar que nos derroten al primer golpe?

Juan toma una piedra chata en la orilla y la lanza con más gracia que fuerza, haciéndola rebotar tres veces seguidas sobre la superficie plana del mar, cuando la ola se retira.

- ¿No vas a decir nada? – pregunta Marcia, con un matiz agresivo en el tono.
- ¿Sobre qué?
- Sobre nuestra situación, ¿o de qué estamos hablando?
- … las cosas son como son.
- ¡Ah, pero qué genio! "Las cosas son como son", sos el campeón mundial de las tautologías de todo el mundo.

Juan prefiere ignorar el sarcasmo impotente de Marcia. Es evidente que Marcia le ha leído los pensamientos; alguna inflexión involuntaria en su tono de voz, una ligerísima torsión traicionera en algún ignoto músculo facial lo han delatado. Marcia está indignada con él y sus intenciones de desertar, que él no ha revelado y que sin embargo ella advierte en todos esos signos que no podría asegurar que han ocurrido, pero de cuyo significado no le cabe ninguna duda. Juan sigue caminando en silencio por la orilla, cualquier cosa que diga empeorará las cosas, lo sabe. Así que empieza a marcar más el paso, y a salpicar débilmente a Marcia.

- ¿Qué hacés? ¿me estás salpicando a propósito?
- Muy bien, acá tenemos a la campeona mundial de las preguntas retóricas, ¿acaso es la campeona mundial de todo el mundo? – bromea Juan.

Marcia, enojada, se aparta unos metros de Juan y patea el agua con fuerza en dirección a él, empapándolo. Juan estalla de risa.

- ¡Qué batalla tenemos aquí, damas y caballeros! La campeona mundial de las preguntas retóricas versus el campeón mundial de las tautologías. Dos grandes potencias, pero más importante que eso, dos grandes personas humanas.

Y Juan patea el agua hacia Marcia, empapándola. Marcia, furiosa, da otra patada al agua y vuelve a mojar a Juan, quien responde metiendo sus brazos en el agua y lanzándosela a la cara. Ella corre como si lo fuera a atacar, se lanza contra Juan, y ambos caen al agua, abrazados. Ahora Marcia también ríe. Se revuelcan abrazados, hasta que viene una ola un poco más grande que las anteriores y los tapa. Luego quedan ambos riendo, acostados de espaldas en la orilla, mirando al cielo que empieza a oscurecerse. Juan quisiera decirle a Marcia algo así como "seamos felices mientras estemos aquí", pero sabe que, si lo enuncia, perderá parte de su magia, pues es algo que Marcia debe sentir por sí misma. Es casi una conclusión lógica de las circunstancias que los han llevado a ese islote. Es algo que comunican las fuerzas de la naturaleza. Es algo casi imposible de no captar en la inmensidad del mar, del cielo despejado, del pedacito de luna que viene creciendo desde hace un par de días, del horizonte que recuerda que sólo somos dos vidas efímeras atadas a la superficie del planeta azul, que es también una mota de polvo en el cosmos. Seamos felices mientras estemos aquí, Marcia. Después veremos. Hoy es hoy, tautología sí, y no está mal, nada mal, piensa Juan, seguro de que Marcia también lo ha captado ya.

Domínguez le dijo que no tenía ningún problema en adjudicarle alguna de las muchas viviendas que habían quedado desocupadas por la muerte o huida de sus habitantes. En la reunión de la tarde, sin la presencia de Juan ni de Marcia, Domínguez le planteó a la Comunidad la inquietud. La respuesta fue unánime: se les adjudicaría de manera inmediata

la vivienda de uno de los fallecidos. Juan descubrió que la perspectiva de levantar una casa junto a Marcia le provocaba mucha alegría y lo hacía sentirse joven.

Se había ido de la casa de sus padres, con quienes nunca se llevó muy bien, apenas a los dieciocho años. Fueron sus propios padres quienes le facilitaron un pequeño departamento donde había vivido el abuelo Marcos sus últimos tiempos. Eran gente muy rara sus padres; habían vivido tan enamorados entre sí, de una manera enfermiza, que nunca había habido lugar para un hijo, que venía a ser más un estorbo que otra cosa, o así lo había vivido siempre Juan, más acompañado por niñeras por hora que por ellos. Ambos eran actores de segunda línea, con algún éxito en su juventud y un laborioso y largo ocaso en papeles menores. Vivían un amor eternamente tormentoso, con infidelidades mutuas, de las que volvían con vehementes reconciliaciones, y nunca quedaba muy claro dónde terminaba la realidad y dónde empezaba la puesta en escena armada para los programas televisivos de la farándula, protagonizando algún escándalo o anunciando alguna reconciliación –para escarnio del pequeño Juancito-, a la que casi siempre seguía algún contrato para teatro de temporada de verano y una época de relativa prosperidad que nunca duraba más de seis meses o un año, en el cual se pagaban las deudas y se hacían compras absurdas que luego, cuando se acabara el trabajo ocasional, entrarían en mora y empezarían a generar intereses impagables. Hasta el próximo escándalo, y vuelta a empezar.

El abuelo Marcos, padre de Ernesto, a su vez padre de Juan, despreciaba en silencio –o no tanto- la forma de vida de esta pareja tan singular, a la que consideraba de una frivolidad insoportable. Marcos era la única figura familiar a la que Juan quería y respetaba. Sus padres, siempre ausentes, en particular su madre, Jenny, habían sido para Juan una temprana imagen del amor no correspondido. Escenas típicas que recordaba, repetidas

infinitamente en su memoria: estar solo en la puerta de la Escuela durante horas, esperando que papá o mamá respondieran a su llamado telefónico para recordarles que debían pasarlo a buscar, sintiendo vergüenza ante la Directora de la Escuela o la resignada maestra a la que sus negligentes padres obligaban a hacer horas extra sin paga, para que aparecieran finalmente con olor a alcohol o risitas marihuanescas detrás de lentes oscuros que no disimulaban lo indisimulable. Con el tiempo se acostumbró a llamar al abuelo Marcos.

El abuelo Marcos era un intelectual sin formación académica. Un hombre de profundas lecturas silvestres, afecto a la historia, la sociología, las ciencias políticas, de buena formación marxista, con un pasado de joven comunista, devenido luego peronista, que había tenido que exiliarse siendo muy joven. La muerte de Marcos fue un profundo dolor para el joven Juan. Ahora veía con cierta claridad que el nieto había sido para el abuelo una especie de revancha. Tal vez Marcos sentía que no había podido educar bien a su propio hijo, siempre a los saltos de exilio en exilio durante su juventud, tempranamente separado de la madre de Ernesto, perdiéndolo de vista durante meses hasta que lograba establecerse en algún sitio y pagarle un pasaje al pequeño para que lo visitara unos días. Para Juan siempre había sido evidente que Ernesto no sentía mucho apego por Marcos, como Juan tampoco sentía mucho apego por Ernesto, ni viceversa, de la misma forma que el vínculo ahora de Juan con su hijo Bruno tampoco estaba construido de afecto sincero; la falta de afecto entre padres e hijos era, podría decirse, una tradición familiar.

Semanas después de la muerte de Marcos, Juan se instaló en su casa, rodeado de sus libros, su colección de panfletos viejos, su nostalgia por la revolución que nunca fue. Del abuelo Marcos heredó el amor a los libros, la mirada crítica, el odio a la injusticia. De sus padres heredó el alcoholismo. Esas son las dos grandes coordenadas que han determinado su vida, piensa Juan.

Tuvo algunas novias, sí. Pero de la que se enamoró fue de Helena, con quien novió dos años. Cuando se conocieron en la Facultad, en la carrera de Historia, Juan tenía veintiséis años, ella veintinueve. Él era un discreto estudiante y llevaba su afición a la bebida más o menos bajo control. Ella hacía años que estaba vegetando en la Facultad, aprobando una materia muy de vez en cuando. Dedicaba casi todo el día a beber y fumar marihuana. Era bellísima, de carácter agrio, afiladísima en sus comentarios críticos hacia todo el mundo, y se divertía atrayendo hombres para luego destrozarles el corazón. Hasta que conoció a Juan, de quién tal vez le impactó cierta condición melancólica que solía transmitir –o al menos eso intentaba Juan- o el hecho de que no se dejara deslumbrar, en un primer momento, por el desparpajo con que Helena electrizaba el aire, o vaya a saber por qué. Vivieron un romance casi adolescente. Helena encajaba justo en el perfil de relación que Juan había aprendido de sus padres, aun cuando valorara dicho modelo como ejemplo de lo que no debía ser. Llegaron a convivir un par de años en la indolencia total, en el departamento de Marcos, ahora venido abajo. Suficiente para que ella quedara embarazada. Él no quería saber nada de ese embarazo. Ella decidió continuarlo. Él prometió que se haría cargo del niño, que nunca la dejaría sola. No cumplió. Repitió también en esto la historia de sus padres y él también fue un padre ausente. Después del nacimiento, Helena tuvo alguna clase de revelación mística, o brote psicótico, y empezó una nueva vida, acercándose a las entonces pujantes iglesias evangélicas y tratando de mantener a Juan alejado del niño. Y el niño, para Juan, durante años no representó otra cosa que el veinticinco por ciento de sus ingresos en concepto de alimentos que debía pasarle mensualmente a Helena. No logró sentir empatía por ese niño. Bruno creció tan sólo como él, sin siquiera un abuelo como Marcos. En numerosos momentos de su vida Juan olvidó por completo que tenía un hijo. En otros momentos, sobre todo luego de su curación como alcohólico, sintió culpa y trató

de acercarse a Bruno, quien ya adulto, lo despreciaba con fervor. Y ahora, después de haberle prometido su cese y haber huido, lo detestaría todavía más. Eso no tenía arreglo.

Después de Helena, Juan evitó minuciosamente involucrarse de manera emocional con nadie. Luego empezó a trabajar cada vez más horas y a llegar a casa extenuado, con energía apenas suficiente para aletargarse con cantidades cada vez mayores de whisky, hasta quedarse dormido. El alcohol le permitía no sentir ningún vacío sentimental en su vida, más aún, le permitía sentir nada en absoluto.

De modo que construir una casa con Marcia era como una nueva oportunidad. Una vida nueva a los cien años, como se habían permitido fantasear juntos un par de noches atrás. Y para Juan, una oportunidad de desaprender todo lo que había aprendido mal, de dejar atrás tanto desatino. Se sentía un hombre transformado. Un hombre deconstruido y en plena reconstrucción. Una reconstrucción hecha sobre pilares distintos a la soledad, la indiferencia, el individualismo, el aletargamiento, la desidia, la mera crítica mordaz de todo sin ningún compromiso verdadero hacia nada.

Pero momento, Juancito, estás dejando correr la imaginación demasiado lejos. Si nos propusimos ser felices mientras estemos acá, eso implica que no vamos a estar acá para siempre, que tal vez estemos acá muy poco tiempo, que nada de lo que hagamos es un punto de llegada. Juan, atenete a esto: viví hoy y no te hagas ninguna ilusión para mañana.

Llenos de entusiasmo y acompañados por Domínguez y Eugenia llegaron a la casa que se les había asignado. Cuatro paredes de cemento despintadas; la casa era un cubo achatado de no más de seis metros de lado con no más de dos metros de alto, una única puerta, sin ventanas. No habían encontrado la llave entre las cosas del difunto propietario o morador, así que Eugenia, ya prevenida, puso una especie de fierro con mango de madera –ella lo

llamó “formón”- con el que hizo palanca y con poco esfuerzo la vetusta cerradura voló por los aires. Al abrirse la puerta un olor espantoso salió como un fantasma que hubiera estado encerrado por siglos. El olor predominante era a pis de gato, pero había también notas de putrefacción, humedad, suciedad, muerte. Lo mejor que podrían hacer con la casa era dinamitarla de inmediato. Los maullidos eran la segunda sorpresa desagradable. El primer inventario de la casa dejaba ver unos diez gatos aterrados, un colchón en el piso con las sábanas revueltas y, se podía adivinar, mugrientas, una mesa con una lámpara de kerosene, algunos libros viejos tirados por el piso. Al encender la lámpara –Domínguez fue el único intrépido que se animó a entrar- pudieron ver los restos de un gato muerto que había sido devorado por los otros gatos. Era fácil reconocer el fémur pelado, la rótula y la tibia porque en su extremo la garra con sus uñas estaba intacta. También podía reconocerse la cabeza, pero del cuerpo sólo quedaban los huesos desparramados. No era difícil concluir que el gato había muerto hacía no más de noventa y seis horas, quizá poco después de que el dueño saliera para la fiesta de la luna nueva y dejara la casa cerrada. Posiblemente había muerto de muerte natural, y con el correr de las horas, los gatos hambrientos habían empezado a mordisquear el cadáver hasta finalmente comérselo entero, o quizás lo vieron débil y lo mataron para comérselo. Algunos gatos se encontraban heridos, resultado de peleas en la disputa por la escasa comida y agua que el dueño de casa les había dejado en los tres platos soperos que había por el piso, y que ahora estaban vacíos. Los gatos, agazapados, con sus maullidos amenazantes, daban miedo. Después de haber tomado una actitud precautoria, ahora los gatos parecían reconsiderar la situación en términos parecidos a nosotros somos más y estamos hambrientos. Juan pensó de inmediato que jamás podría vivir allí. No hacía falta ver la cara de Marcia para confirmarlo. Mal comienzo para la

utopía de horticultor con la que Juan quería seducir a Marcia. Afuera, quedaron por un momento en deliberación.

- Ya sé qué hacer. Traigamos agua y comida, la ponemos afuera, adonde puedan olerla y así los sacamos de la casa. – dijo Eugenia.
- Y una vez que están afuera, los cagamos a balazos- opinó Juan – no demasiado en serio, pero Eugenia no captó la broma.
- ¿Por qué? Pobres gatitos – se lamentó Eugenia.
- ¿Pobres gatitos? Vos lo viste, estos son gatos caníbales.
- ¿Caníbales?
- Antropófagos. Se comen entre ellos.
- Antropófagos no, en todo caso vendrían a ser "gatopófagos" – terció Domínguez, fingiendo que hablaba en serio.
- Pobres gatitos – siguió lamentándose Eugenia.
- Son unos gatos hijos de puta – afirmó Marcia, terminante.
- Pobrecitos – insistía Eugenia- estaban hambrientos e hicieron lo único que podían hacer. Hay casos de seres humanos, civilizados… me acuerdo de un avión que cayó en la cordillera y estaban ahí días y días…
- Todos vimos esa película, Eugenia. ¿Qué mierda hacemos con estos gatos sarnosos? ¿los querés adoptar?
- No, Oficial…
- Me llamo Marcia. Acá ya no soy Oficial de nada. Y no, Marcia no es un nombre falso, de verdad me llamo Marcia López.

- Marcia, no puedo hacerme cargo de no sé cuántos gatos. Lo que digo es saquémoslos de la casa y ya.
- Si dejamos a estos gatos criminales vivos y en libertad, en seis meses se transforman en gatos silvestres, gatos monteses, gatos montaraces, leopardos, o vaya a saber qué, y vuelven y nos morfan a todos – afirmó Juan.
- ¿En serio los querés matar?

Juan finge pensar un instante, disfrutando de la inocencia de Eugenia, y luego hace un gesto de negación.

- No. Y, por cierto, me llamo Juan Alassia.

Los gatos estaban animándose a salir de la casa, todavía temerosos. Juan seguía pensando que esa pocilga tampoco podría ser su casa, pero el hecho de que Marcia hubiera revelado su nombre y que lo hubiera habilitado de manera tácita a él a hacer lo mismo, era un gran paso adelante para sus planes de establecerse en la Colonia.

Una vez expulsados los gatos, limpiar la casa era tarea de titanes. Era evidente que el antiguo morador tenía alguna forma de demencia senil. Todas las paredes estaban escritas con carbón con frases en las que Satán era el sujeto, frases que a Juan no le costó encontrar en uno de los libros que por lo visto era el de cabecera del antiguo morador y que se llamaba “Biblia negra” de Anton Lavey. En una de las paredes, pintada en rojo, sin dudas con sangre de algún animal, a modo de decoración, había una estrella roja de cinco puntas rodeada por un círculo, símbolo satánico.

La otra pasión del dueño de casa, además del satanismo y la cría de gatos caníbales, era la acumulación de ropa sucia. El único armario que había en la casa estaba repleto de calzoncillos y medias metidas casi a presión, y entre las telas apisonadas, los humores humanos y los cultivos bacterianos a que dichos humores habían dado cobijo, el buen tino

aconsejaba arrojar el armario entero lo más lejos posible, cosa que Marcia y Juan hicieron de inmediato. Todavía varios días después, Juan afirmaba que nadie había visto nunca a Satanás, pero que ellos todavía podían olerlo.

Marcia y Juan estaban convencidos de la necesidad de abrir una ventana. Eugenia se daba maña para ese tipo de quehaceres, el problema era que no había implementos metálicos para construcción dado que nadie se animaba ahora, dadas las circunstancias, a ir hasta la civilización a conseguirlos. Así se enteró Juan de que había trato regular -ahora suspendido- con algunos proveedores del continente. Los miembros de la comunidad "exportaban" algo de carne, pescado, verduras y frutas a cambio de algunos elementos imposibles de conseguir en la isla como herramientas, telas, materiales de construcción. En el continente los llamaban con sorna "los viejos salvajes" o "los gitanos". A la gente de la comunidad no le desagradaba que los llamaran los gitanos, les parecía que tenía algún resabio romántico. En resumidas cuentas, no se vería a los gitanos asomar la cabeza por las costas continentales hasta que las cosas aparecieran más sosegadas así que por el momento, la casa no tendría ventanas.

Consiguieron una lata de pintura en la despensa, la última que quedaba, con la que casi lograron tapar por completo las inscripciones satánicas de la pared, un colchón de dos plazas, sábanas y frazadas nuevas, y todo a cambio de un trabajo social que todas las tardes hacían con felicidad, rodeados de una comunidad que ya los había incorporado como iguales.

Juan volvía aquella noche a la casa compartida, luego de su trabajo comunal, cuando al entrar se sobresaltó al encontrar a dos mujeres y un hombre, todos vestidos de camisa azul oscuro abotonada hasta el cuello, pantalones negros, con una tira blanca delgada de cintura

a botamanga, zapatos negros lustrosos. Lo siguiente fue el gruñido grave de Hobsbawm, tendido de lado junto a una pared. Inmediatamente Juan se cuadró frente a Treinta y cuatro y las otras dos Oficiales.

- Descanse Ciento diecinueve. Me alegro de verlo.
- Yo también, Oficial – mintió Juan.

Al igual que Hobsbawm, Juan sintió inmediatamente que la presencia de Treinta y cuatro no podía ser de ninguna manera una buena noticia. Qué ridículo, qué hacía él reeditando aquella vieja pantomima militar de pararse firme y hacer la venia en el medio de la isla perdida para los radares. En ese momento entró Marcia, vestida ahora también con camisa azul y pantalones negros, y una sonrisa luminosa en el rostro. Juan supo de manera instantánea que la sonrisa de Marcia señalaba su propia derrota. Marcia había sido ganada otra vez para la Orga, en vano había sido tratar de seducirla con el proyecto de vida comunitario. Lo que para Juan era un destino deseado, para ella nunca había sido más que una espera que terminaba al fin, y la alegría se le veía en el rostro.

- Siéntense – invitó Treinta y cuatro.

Juan y Marcia se sentaron en los dos banquitos destartalados que eran las únicas comodidades del living. Treinta y cuatro, con un gesto, invitó a sus dos acompañantes a sentarse en el piso, mientras él permanecía de pie, desde un lugar de autoridad.

- Oficial Sesenta y cuatro y Oficial Noventa- las presentó.

Juan y Marcia respondieron con una breve inclinación de cabeza a modo de saludo. Sesenta y cuatro era pequeña y rechoncha, definitivamente una NIG despreciable para los cánones nunca confesados de la nueva sociedad Alfa. Noventa era alta, delgada, desgarbada, y transmitía cierta sensación de estar harta de todo en su mirada lánguida.

- A partir de lo que me reporta la Oficial Setenta y uno, ustedes han logrado incorporarse satisfactoriamente a la Comunidad. Valoramos ese trabajo. Para la nueva etapa es importante afincarse en el territorio. Debemos estar integrados a nuestro pueblo NIG, no ser vistos como elementos extraños.

Estos trajecitos de liceo militar del siglo XX no nos van a ayudar a no ser vistos como elementos extraños, pensaba Juan.

- Haré una caracterización del momento revolucionario que estamos viviendo. La represión a nuestra ofensiva ha sido brutal y desesperada. El Gobierno ha ignorado por completo sus propias leyes y ha violado los derechos humanos de manera abyecta. Todo esto indica el grado de confusión, déficit de inteligencia de la situación y, en otras palabras, debilidad extrema del régimen. Hoy podemos vislumbrar, aun cuando la Organización ha sufrido una significativa cantidad de bajas, que la victoria es nuestra, y es por eso por lo que estamos planeando una nueva ofensiva. Nuestra concepción hoy es sacudir el árbol para que caiga el fruto.

Aquí Treinta y cuatro hizo uno de sus habituales silencios dramáticos.

A Juan nada de lo que escuchaba le cerraba. Por un momento se llamó a recato; no podía dejar que sus deseos de volver a una vida despreocupada y sin compromiso nublaran su capacidad de análisis, o la sesgara de manera tal que sólo viera los aspectos negativos. Ahora bien, aun con todos esos recaudos, la frase “sacudir el árbol para que caiga el fruto”, frase que no era, valga la redundancia, el fruto de un repentino afán poético de Treinta y cuatro sino un slogan que con toda seguridad estarían escuchando en este mismo momento en distintos idiomas muchos Suboficiales y Aspirantes a lo largo y ancho del mundo, tenía implícitos que sin dudas obligaban a ponerse en guardia. Para seguir el hilo de la metáfora: sacudir el árbol daba a entender que la fruta ya está madura. ¿En serio alguien puede pensar

que el Gobierno mundial está a punto de caer? ¿Cómo ha ocurrido ese prodigio?, ¿acaso la voladura de unas cuantas plantas de AT ha puesto en jaque el sistema? ¿O fue más bien la toma de armas descatalogadas hace cuarenta años lo que lo aniquiló? De todo el discurso de Treinta y cuatro, la única información objetiva, que no implicaba una especulación optimista sin sustento, era que la Organización había sufrido una "significativa cantidad de bajas". Otra información que a Juan le constaba es que la represión había sido brutal y había incluido la violación de derechos humanos. Ahora, desprender de este hecho la conclusión de que dicha represión había sido "desesperada", que esto implicaba "confusión" o "déficit de inteligencia por parte del régimen" eran afirmaciones perfectamente rebatibles. La impresión que Juan tenía sobre el terreno era que el Gobierno había violado toda norma con decisión y frialdad, que habían operado con precisión quirúrgica, y que por algún motivo que no alcanzaba a comprender, se habían abstenido de aniquilar a la totalidad de la comunidad limitándose a infundirle terror. De todas maneras, Juan consideró que no era el momento de poner objeciones sino más bien de escuchar con atención y analizar con rigurosidad. Pero Treinta y cuatro decidió que era hora de salir a cenar.

La incomodidad de Juan aumentó cuando le ofrecieron, o más bien le impusieron, que vistiera el nuevo uniforme oficial "de civil", como lo llamó Treinta y cuatro. Porque Treinta y cuatro no sólo venía cargado de verdades sobre la situación política, no sólo venía con una propuesta para alcanzar la victoria definitiva, sino que también venía con coquetos uniformes para Marcia y para Juan. Juan notó de inmediato que su traje no era exactamente igual que los otros, sino que los pantalones eran lisos, sin tira blanca lateral. Dedujo que los trajes de los demás eran de Oficiales, el de él era de simple Suboficial. Ahora que miraba con más atención, había diferencia también en los puños: el de Treinta y cuatro tenía unos

arabescos, los de las otras Oficiales una simple raya, el de Juan no tenía nada; era el sofisticado lenguaje simbólico que denotaba la jerarquía entre Oficial Superior, Oficiales Subalternos y Suboficial. Salieron los cinco así vestidos con rumbo al restaurante, donde al entrar causaron en los pocos parroquianos que quedaban acodados al mostrador una impresión que de ninguna manera Juan consideró que fuera favorable.

Nadie había puesto reparos a que Hobsbawm los acompañara. La situación de Josby empezaba a ser complicada. Había perdido gran parte de su autonomía, puesto que dependía de Juan y de Marcia para que lo acostaran para dormir o lo pararan para caminar. La noche anterior se había orinado acostado, pobre perro. Josby se veía contento como siempre cuando estaba de pie, pero a veces se cansaba y pedía con un ladrido seco que lo acostaran para echarse a dormir. Y cuando quería levantarse el ladrido era agudo, y si no se lo atendía de inmediato se volvía desesperado. Y ambas situaciones ocurrían varias veces por día. Juan era consciente de que conseguir un equipo de prótesis nuevo o arreglar el viejo se volvía impostergable. A la vez, no se le había ocurrido ninguna idea sobre cómo conseguirlo, aislados en la isla como estaban.

La cena fue otro fastidio. Juan percibió o creyó percibir que Treinta y cuatro coqueteaba con Marcia. ¿Acaso Treinta y cuatro no había constatado que Marcia y él vivían juntos? ¿O tal vez pensaba que ser el Oficial de más alto rango le daba derecho a copular con la hembra que él decidiese, como si en vez de Oficial de un presunto ejército revolucionario fuera el macho alfa de una manada de chimpancés? Treinta y cuatro monopolizaba la conversación, y para ser un militar ascético consagrado a la revolución, la verdad es que se le daba bastante bien el vino. Para la sobremesa ya estaba un poco achispado, haciendo sugerencias cada vez más osadas a Marcia, quien no parecía darse por ofendida. Las otras dos Oficiales habían comido y bebido de manera moderada y nadie en la mesa se había

atrevido a hacer otra cosa que celebrar y aprobar la charla de Treinta y cuatro, que había dedicado un buen rato a hacer una evaluación favorable del momento político en la vieja teoría de "cuánto peor, mejor". El razonamiento era que Gabriel se encaminaba a ganar las elecciones, y el triunfo del ala más anti NIG mostraría con mayor claridad los campos enfrentados y empujaría a los NIG a armarse y luchar. Más allá de lo discutible que era el planteo, Juan se preguntaba: si Treinta y cuatro evaluaba que de alguna manera era conveniente el triunfo de Gabriel, para qué mierda lo había reclutado a él para asesinarlo unos meses antes. Pero pronto desistió convencido de que, si había alguna lógica en todo ese manojo de contradicciones, estaba fatalmente fuera de su alcance. Quizá la única lógica consistía en que Treinta y cuatro estaba dispuesto a acomodar su discurso de tal manera que cualquier resultado que se diera, venía a demostrar su tesis.

Juan trataba de disimular su fastidio, que tenía como blanco de a ratos a Treinta y cuatro, y de a ratos a Setenta y uno, ya que Marcia parecía cada vez más a gusto con su papel de mujer cortejada por el gran jefe. Juan, inmune al alcohol, decidió jugar esa ventaja aprobando calurosamente la propuesta de pedir otra jarra de vino. Una vez pasado el momento de euforia alcohólico, cuando sobrevino el aletargamiento y la somnolencia, Juan pudo dar por terminada la velada sin oposición. Treinta y cuatro y su coro de Oficiales se retiraron al Club, donde estaban pernoctando, y Juan y Marcia volvieron a la casa. Juan estaba ansioso por empezar una buena pelea. Pero apenas se separaron de Treinta y cuatro y compañía, Marcia vomitó con largueza. Juan tuvo que llevarla casi en andas, puesto que se veía incapaz de sostenerse sobre sus dos piernas.

Una vez que Marcia se durmió, Juan no logró conciliar el sueño. A medida que las horas pasaron empezó a racionalizar sus sentimientos. Tuvo que admitir que estaba celoso. Que había sentido que Treinta y cuatro no sólo intentaba seducir a Marcia, sino que daba la

impresión de que podía lograrlo. Todo esto era, como tantas veces desde que había conocido a Marcia, otra inesperada visita al lejano país de su propia juventud, que lo llevaba a revivir sensaciones, buenas y malas, enterradas bajo capas y capas de sedimentos geológicos.

- No estamos tranquilos, no es el momento- dijo Domínguez, quien había citado a Juan en su propia casa, y no precisamente en carácter de charla cordial.
- Yo no tomo las decisiones. Pero por ahora sólo están acá, vinieron a ver si estábamos vivos o qué…
- Anoche logré que la Asamblea no los declarara personas no gratas por apenas un pelito. Desempaté yo la votación, ¿entendés lo que quiere decir eso?

Juan asintió. Domínguez estaba maniobrando como mejor podía con una comunidad legítimamente asustada, que entendía que la presencia de la Orga significaba la posibilidad inminente de otro ataque.

- Lo único que puede arreglar las cosas es que ustedes entren en alguna clase de negociación con el Gobierno. Eso es lo que necesito, poder ir a la próxima Asamblea y decirles que ustedes están arreglando la paz.

Juan sintió impotencia. No tenía la menor idea de cuáles eran los planes de la Orga, pero era claro que no iban hacia ninguna clase de negociación de paz. Tampoco, a la luz de la experiencia reciente y de la ausencia de reflexión sobre el asunto por parte de Treinta y cuatro y sus Oficiales, podía asegurar que la Orga tuviera en cuenta en ningún aspecto los intereses o el cuidado de la Comunidad. Para la Orga, la Comunidad era un peón más sobre el tablero. Se despidió de Domínguez con un vago “voy a ver qué puedo hacer” y Domínguez lo despidió con preocupación y muy decepcionado.

Por la tarde emprendieron el viaje a pie por la playa. El cielo anunciaba tormenta.

- La inteligencia del Gobierno es muy deficitaria, esta es la prueba.

Juan tenía que admitir que había algo de atendible en el argumento de Treinta y cuatro. El enemigo había destrozado a la comunidad. Sin embargo, no habían destruido los pozos, desconocían su existencia. Juan no sabía qué había ahí, pero eran el motivo principal por el cual a la Orga le había interesado establecer vínculos con esa Comunidad.

- Ellos creen que esta isla es nuestra colonia de vacaciones – rio Treinta y cuatro.

Tras media hora de caminata llegaron a un médano fijado por vegetación. Nada lo hacía ver distinto a tantos otros médanos plantados con uña de gato que habían visto en el camino, pero Treinta y cuatro identificó el indicado sin dudarlo; no era la primera vez que visitaba el lugar, por lo visto. Rebuscó unos momentos entre la vegetación, mientras Juan, Marcia y las dos Oficiales lo miraban hacer. Finalmente, con expresión de “eureka” encontró algo allí, apenas enterrado en la arena. Se trataba de una vara de metal terminada en una especie de ojo de aguja, que parecía estar incrustada en la arena, sobresaliendo aproximadamente un metro. Treinta y cuatro tomó con las dos manos el ojo de aguja, lo hizo girar y luego tiró hacia arriba. Entonces se pudo ver que la vara de metal estaba engarzada en algo semejante a una tapa de alcantarilla. La tapa descubría un pozo angosto, con paredes de hormigón y una escalera marinera. Del lado opuesto de la escalera, incrustados en una pared de no más de veinte centímetros de ancho, brillaba una tira de paneles solares semejante a la del Centro Médico, que alimentaba un pequeño equipo electrógeno. Treinta y cuatro fue el primero en meterse en el agujero y empezar a bajar las escaleras. Los demás lo siguieron. La escalera tenía no más de diez escalones; el piso estaba a dos metros. Daba a una cámara

de unos seis metros de largo por cuatro de ancho. No había armas, como Juan había imaginado. Sólo un par de sillas y un modesto escritorio con un pequeño ordenador.

Noventa y Sesenta y cuatro se sentaron en las sillas, y con un chasquido de dedos, la pared pantalla que estaba frente al escritorio se encendió. Desplegaron un teclado doble que estaba junto con el ordenador, sobre el que se pusieron a trabajar, y parecían tener muy claro qué era lo que habían venido a hacer.

- Esta isla nos interesa porque al Gobierno no le interesa. Estos lugares ciegos para los radares son los mejores para construir bunkers sin despertar sospechas, y espiar las comunicaciones internas del Gobierno. Sólo que hasta ahora no podíamos hacerlo. Eso cambia hoy.

Treinta y cuatro sonríe, intrigante y seductor.

- No sé si saben que prácticamente todo el tránsito de información de la red no se hace a través de satélites, sino de cables submarinos. Ningún cable llega hasta esta isla, así que este es uno de los pocos lugares del mundo que está fuera de la red. Salvo porque nosotros tenemos la tecnología para robar conexión de los satélites. Desde estas estaciones podemos transmitir información y documentos a través de cualquier satélite, a nuestras organizaciones compañeras que componen la Unión NIG en todo el mundo. Nuestra tecnología nos permite fijar claves de acceso inviolables basadas en fotones y tecnología cuántica que protegen con total seguridad nuestras comunicaciones.

Juan detectó por la expresión del rostro, primero en Sesenta y cuatro y luego en Noventa, que algo no marchaba bien, pero Treinta y cuatro no se percataba de ello y continuaba:

- Pero hasta ahora no podíamos entrar a los contenidos confidenciales, a las comunicaciones secretas del Gobierno entre continentes, ciudades, Estados,

dependencias ministeriales. Toda esa información se transmite en un sistema profundo de acceso casi imposible. Sin embargo, nuestros científicos y técnicos han encontrado la manera de violar las claves de acceso desarrollando un programa que es capaz de analizar y replicar en espejo las claves aleatorias que el sistema genera veinte veces por segundo…

En ese momento Treinta y cuatro escuchó el bufido de fastidio de Noventa, seguido por el puñetazo sobre la mesa de frustración de Sesenta y cuatro. Él las interrogó con la mirada

- No funciona –sentenció Noventa.
- ¿Cómo que no funciona?
- No funciona.
- …
- Está mal. No funciona. No podemos entrar una mierda.
- ¿Estás segura?

Noventa miró a Treinta y cuatro con fastidio.

- ¿No hay nada que se pueda hacer?
- Avisarle a Inteligencia que están haciendo cagadas, ¿qué otra cosa? - cerró Noventa, mientras Sesenta y cuatro miraba a Treinta y cuatro con una mezcla de frustración y velada recriminación.
- Pero… tiene que haber alguna manera…

Treinta y cuatro parecía no terminar de reaccionar ante la novedad. Mientras tanto Noventa quitó el dispositivo que había colocado en primer lugar, se lo lanzó con suavidad y algo de desprecio a Treinta y cuatro, quien lo atrapó en el aire, y luego ella insertó otro en el ordenador.

- Vamos a subir nuestra info y a recopilar la que nos han mandado. Pero de espiar al Gobierno, olvidate, imposible.

Treinta y cuatro, frustrado, se encogió de hombros mientras hacía gestos de contrariedad. Marcia cruzó una mirada con Juan, y Juan trató de disimular una inoportuna sensación de alegría que le provocaba el fracaso de Treinta y cuatro, poniendo la mejor cara de circunstancias que pudo. Era evidente que el primate agazapado en la parte más primitiva de su cerebro gozaba de envidiable salud y había identificado a Treinta y cuatro como rival sexual, dándole a esa competencia la máxima prioridad. Qué tontería, el bando para el cual él se jugaba la vida había tenido un traspié, debería lamentarlo. Y, sin embargo, pesaba más el placer de ver cómo toda la larga explicación sobre claves cuánticas y vaya a saber qué, quedaban en un instante como pura cháchara y dejaban en ridículo a Treinta y cuatro. Pero esta sensación duró apenas un suspiro porque fue rápidamente reemplazada por otra. Juan deseaba tener acceso a la red. Hacía meses que no tenía información sobre nada y quería hacerse una idea de qué estaba pasando en el mundo.

- ¿Pueden ver la red, ¿no?
- Claro
- ¿Podemos ver?
- ¿Qué quiere ver, Suboficial?
- Qué se yo, algún canal oficial.

Noventa dijo “red” y de inmediato en la pared pantalla apareció la imagen de una de las esbeltas presentadoras de noticias. Allí estaba ella hablando de la reimplantación de los antiguos ojos. Los ojos eran unas cámaras con forma de ojo capaces de flotar en el aire, con una agilidad de movimientos formidable, silenciosos, que a varios metros de altura se hacían prácticamente invisibles. No eran drones, eran robots que actuaban con autonomía y

sólo avisaban cuando detectaban un objetivo sospechoso. Eran capaces de bajar en picada en un segundo para tomar una imagen de alguien, hacerle reconocimiento facial, y volver a elevarse, desapareciendo. Habían sido usados en la época anterior al dominio de los Alfa, cuando el mundo de los NIG era un desastre de miseria y crimen. Más tarde, cuando el mundo empezó a ordenarse, los ojos empezaron a ser vistos como inútiles y vetustos por parte del Gobierno, así que se retiraron de circulación.

La crónica daba cuenta de los ataques simultáneos de la aparentemente poderosísima organización terrorista NIG que planeaba destruir el orden democrático para retrotraernos a la era del caos y del hombre lobo del hombre. Todos, todas y todes deberemos estar en alerta, cada une en su puesto, atentes y vigilantes a cualquier cosa o movimiento extraño que se pudiera detectar.

Quedaba en evidencia que aun con toda su inteligencia, los Alfa eran tan fáciles de manipular como cualquier NIG. La ingeniería genética ni siquiera rozaba los sótanos del cerebro, allí donde anida el terror más primitivo. Y esa parte era fácil de convencer, ante la menor amenaza, en este caso en parte real y en parte imaginaria, de que debían renunciar a algunas libertades en favor de Leviatán, como sabiamente había recomendado el viejo Hobbes en el siglo XVII.

El primer plano de la presentadora dejó paso imágenes que mostraban la presencia de muchachitos y muchachitas del servicio social, transformado de repente en una especie de servicio policial, custodiando vaya a saber qué por las calles de alguna ciudad. Era evidente que el Gobierno estaba sobre reaccionando a la “amenaza” NIG, y estaba sacando alguna clase de rédito político de la situación. La Organización de ninguna manera se proponía atacar población civil como acto de terrorismo. Sin embargo, el Gobierno estaba haciendo creer a su propia población que sí habría un ataque inminente. Conforme se sucedían las

imágenes, Juan notó que las guardias de jóvenes civiles armados con pistolas paralizantes rondaban los límites de los barrios NIG. Y que las casas de los NIG permanecían con las ventanas cerradas; ¿quién estaba aterrorizando a quién?, ¿cuánto falta para otra "noche de los cristales rotos"? si el gobierno sigue echando leña al fuego, cuánto falta para que el fuego barra con los barrios NIG. Y ahí está la bella e irresponsable presentadora, lanzando bidones de nafta a la indignación colectiva.

Si la Orga se había propuesto sacudir el sistema, lo había logrado, sin dudas. Lo que sí daba lugar a dudas era cuál era el beneficio de esa acción. En lo inmediato lo que podía verse era la Comunidad Libertad víctima de un ataque criminal, la población NIG de las ciudades refugiada en sus casas y en sus barrios, y a la población Alfa en estado de alerta, manipulados, disciplinados, listos para aprobar cualquier disparate criminal.

- Se proponen aniquilarnos – dijo Marcia, terminante – si no fuera así, porqué estarían haciendo toda esta puesta en escena.

Noventa y Sesenta y cuatro asintieron en silencio, con una mueca de miedo en sus rostros.

- Están tensando las cosas para llegar en posición de fuerza a una negociación – terció Treinta y cuatro, tratando de disolver el clima aciago.

Nadie respondió.

- Hay halcones y palomas, y esta cadena informativa representa el punto de vista de los halcones. Vamos, es hora de irnos – ordenó Treinta y cuatro.

Mientras emprendían en silencio el ascenso por la escalera marinera, Juan empezó a pensar que el accionar de la Orga había resultado ser alimento balanceado para halcones de paladar negro.

Volvieron al pueblo caminando por la playa, bajo una garúa finita pero persistente. El único que hablaba era Treinta y cuatro. Según él, el sector más derechista del partido verde

ganaría las elecciones y formaría Gobierno marginando a los sectores más radicalizados hacia la izquierda, e incluso muchos moderados quedarían fuera del reparto. La Orga establecería vínculos secretos con esos sectores que pronto estarían más dispuestos a escuchar las posiciones de la rama política de la Orga, el flamante Frente por la Igualdad y la Convivencia Alfa – NIG, o su sigla FICAN. La estrategia era seguir golpeando militarmente con la Orga para acelerar los tiempos políticos y a la par negociar con el FICAN. En algún momento Juan cruzó una mirada furtiva con Marcia y supo que ella también guardaba sus reservas. Lo más sorprendente del discurso de Treinta y cuatro, para el desconcertado Juan, era el pasaje de la guerra revolucionaria mundial prolongada por todos los medios posibles, pero privilegiando la opción militar, a este nuevo Frente político que aspiraba a terciar en el sistema bipartidista con una política reformista. ¿Cuándo había ocurrido semejante deslizamiento, la noche anterior, la semana pasada? Si bien Juan era el primero en admitir que él se había sumado con insólito fervor a una revolución nebulosa que no quedaba muy claro qué nuevo orden pretendía imponer, el cambio de situación merecía por lo menos alguna explicación, y parecía que a Treinta y cuatro ni siquiera se le pasaba por la cabeza. Juan se imaginó que quizá la Orga había percibido el error de cálculo que él había predicho, tal era que el accionar militar no iba a estimular el levantamiento masivo de los NIG sino que iba a desatar la más feroz represión. Eso es lo que había ocurrido, de allí el abrupto cambio de estrategia.

Al llegar a casa, Juan encontró a Hobsbawm acostado de lado, tal como lo habían dejado, orinado, con los ojos semi abiertos. No reaccionó con la alegría con la que acostumbraba a recibir a Juan, y ahora también a Marcia. Le habían dejado agua y comida, y no había tocado ni una ni otra cosa. Cuando lo puso de pie para sacarlo a pasear, Hobsbawm no caminó. Juan insistió, pero Josby se negaba a avanzar. Marcia opinó que quizá estuviera

enfermo, y Juan salió decidido a encontrar al doctor. Lo encontró en el restaurante, cenando con un par de amigos que miraron medio torvo a Juan con su absurdo trajecito azul y negro. Oscar apareció por la casa de Marcia y Juan una hora más tarde, con un caballito petiso y somnoliento, que tenía las patas blancas como medias y que tiraba de un carro muy rudimentario que era nada más que un tablón, con un eje y dos ruedas, al que llamó "chata". Oscar le presentó a Juan al caballito como si fuera un amigo de toda la vida.

- Este es Mano Blanca. Se llama así por un tango viejísimo, usted lo debe conocer a ese tango – dijo mientras reía y acariciaba al animal en el morro-

Luego fue a buscar algo en la chata y volvió con un manojo de hierbas.

- Tome Oficial, dele a Mano Blanca, así se hace amigo.

Juan entendió que debía tomar las hierbas y ofrecérselas al caballo, cosa que hizo. El animal tomó las hierbas con sus dientes y empezó a mascar, sereno. A Juan le provocó una instantánea ternura, era un animal manso, confiado, con unos dientes enormes y unos ojos grandes y muy expresivos, ahora que estaba despabilado.

- Ve, ahora ya somos todos amigos. Vamos a buscar al perrito, así se hace un amigo nuevo también.

Subieron a Hobsbawm a la chata y empezaron el viaje. El caballo tiraba y Oscar y Juan caminaban a la par. En pocos minutos recorrieron los no más de cuatrocientos metros hasta el Centro Médico. Entre los dos bajaron a Hobsbawm, que seguía en su actitud de no dar ni quitar colaboración; un peso muerto. Oscar hizo pasar a ambos a una sala que, si mal no recordaba, era la misma donde Juan había estado internado a su arribo a la isla.

- Antes no se podía entrar con animales. Pero ahora estoy yo a cargo, y como soy tanto falso médico, como falso veterinario, atiendo a todo el mundo sin contarle las patas a nadie.

Oscar miró al perro con ecógrafo portátil, le tomó una muestra de sangre y la puso en un extraño aparato que debía ser algún artilugio para hacer un análisis instantáneo, lo revisó, le miró la garganta, los ojos, lo paró y lo acostó de derecha y de izquierda, le revisó las patas delanteras, luego las mórbidas patas traseras, le auscultó el corazón.

- La ecografía no muestra ninguna enfermedad grave. Está viejito, sí. Pero todos los microprocesadores parecen estar funcionando. Y el corazón bombea, nomás. La valvulita aórtica de plástico que tiene está bien. No le veo nada demasiado jodido.

Juan sintió un inmenso alivio. Oscar retiró el análisis de sangre. Lo miró con aspecto grave.

- ¿Está bien, doctor?
- Qué se yo, tendría que saber cuáles son los valores normales para un perro.
- ¿No los sabe?
- Sólo soy el primer enfermero que llega a director de un Centro Médico, no sé nada de nada.
- ¿Y entonces?

Oscar se quitó los anteojos, con gesto grave, mientras acariciaba a Hobsbawm.

- Mire Oficial, yo creo que le pasa lo que le pasó a Yésica. Yésica era una potra que yo tenía. La quería mucho. Era todo lo que tenía cuando llegué. Trabajaba duro. Pero un día, corriendo, metió la pata en un pozo y se la rompió. Acá no había forma de arreglarle la pata. Y por ese entonces todavía no teníamos vínculos con los del continente, nos huían como si fuéramos la peste. En fin, yo no la quería sacrificar, le tenía mucho cariño. Pero cuando Yésica vio que no podía correr más, casi ni caminar podía, se empezó a caer, dejó de comer… yo creo que acá el amigo Hobsbawm está deprimido. Eso es lo que le pasa, está triste. De pronto siente que perdió su autonomía; ya no lo puede seguir a usted, y así no le gusta vivir. Así no.

Juan recibió el diagnóstico como una bomba. Supo de inmediato que Oscar tenía razón. Tenía que conseguirle una prótesis nueva a Josby. Y para eso necesitaba un plan.

En el restaurante todo iba como era de esperar: Treinta y cuatro era el centro de reunión, Marcia le festejaba cualquier cosa, Noventa y Sesenta y cuatro bostezaban disimuladamente. Juan llegó, dijo que no tenía hambre. Le preguntaron por Hobsbawm y dio un informe moderadamente pesimista que cambió el humor de Marcia y que Treinta y cuatro escuchó con fingido interés. A Juan empezaba a fastidiarle esta nueva costumbre de largas sobremesas de vino en cantidades abusivas que parecía que iban a continuar noche tras noche. Empezó a percibir cierta silenciosa complicidad en Noventa y Sesenta y cuatro, quienes quizá estaban un poco hartas de su jefe charlatán, o de verlo dirigir todo el espectáculo para una única espectadora. Una vez que se despidieron e iniciaron el camino a casa, Juan estaba listo para la gran pelea para la que hacía rato venía preparándose, y Marcia estaba menos borracha que la noche anterior.

- ¿Cuáles son los planes del comandante, además de emborracharse todas las noches y parlotear como una parodia del Che Guevara?

Marcia abrió los ojos ante el tono hostil de Juan, pero no supo o no quiso responder.

- Bueno, no es el único que se emborracha todas las noches… - agregó Juan.

Marcia respondió con un bufido de fastidio, mientras aceleraba el paso. Juan insistió.

- Me parece que el comandante se tomó demasiado en serio esto de cambiar la ropa de fajina por el uniforme para cocktails y coqueteo erótico.

Marcia detuvo un momento su paso y enfrentó a Juan.

- Entiendo que estés muy preocupado por Josby, yo también lo estoy, pero hacer insinuaciones absurdas no va a mejorar las cosas.

- ¿Qué insinuaciones absurdas?
- No sé, decímelo vos.
- Yo no hice ninguna clase de insinuaciones.
- Mejor así – dice Marcia y retoma la marcha, seguida por Juan.
- El tipo te está tratando de llevar a la cama.
- Lo sé.
- ¿Y?
- ¿Y qué?
- ¿Cómo “y qué”?

Ahora Marcia se detiene por completo y su fastidio empieza a crecer a medida que habla:

- Sí, ¿y qué? Primero, ¿qué tiene de malo?, segundo: el tipo puede hacer lo que se le cante, yo no tengo nada que ver con lo que el tipo haga o desee y no tengo por qué responder por él, tercero: yo no me fui a la cama con él, y cuarto…
- ¿Cuarto qué?
- Nada.
- No, no, dale, decí lo que tengas que decir. Dale, hablá con la misma soltura y espontaneidad con la que seducís al comandante.
- Cuarto: si me fuera a la cama con él ¿qué? ¿Por qué no podría hacerlo? ¿Acaso te debo algo a vos? ¿En carácter de qué? ¿Firmamos algún contrato del que yo no me enteré? A ver, dale, explícame por qué estaría mal que me revolcara un rato y la pasara maravillosamente bien con un tipo tan buen mozo y sexi como él.

Juan queda en silencio. No tiene nada que decir, no se le ocurre nada. La reacción de Marcia fue tan contundente, tan inesperada, tan revulsiva, que ha dejado a Juan estupefacto.

Marcia le da diez, veinte, treinta segundos, y luego, segura de su victoria, reemprende la marcha. Él también retoma la marcha, unos metros detrás de Marcia, casi como un chico al que la mamá acaba de retar.

Al llegar a la puerta de casa, Juan estaba enojado, muy enojado, pero a la vez con ganas de reconciliarse. Nada de lo que había pasado era en verdad grave, reconsidera. Sólo debía disculparse por su propia inmadurez, ella lo entendería, y ella se disculparía a su vez por algún comentario mal intencionado dicho al calor de la pelea. Al abrir la puerta, Marcia se quedó de pie, mirando con expresión de preocupación. Hobsbawm, otra vez de lado como lo había dejado Juan, había vuelto a orinarse. Tenía los ojos apenas abiertos, la lengua afuera, caída, en una expresión que despertaba alarma. Juan empezó a tener la sensación de que Josby se estaba entregando. Había estado un poco más animado a la vuelta del Centro Médico, en la chata. Incluso había manifestado alguna curiosidad por Mano Blanca, y había defecado y hecho sus orines como correspondía. Pero ahora había bastado que lo dejara solo apenas una hora para que se derrumbara. Juan cruzó una mirada con Marcia en la que de manera involuntaria ambos se transmitieron un oscuro presentimiento. Juan acarició al perro, lo puso de pie y lo invitó a salir a pasear, pero Hobsbawm ni se movió. Seguía sin tocar la comida y apenas si aceptó un poquito de agua.

Entonces Juan decidió que debía poner en marcha el riesgoso plan que había tramado. Para eso necesitaba deshacerse momentáneamente de Marcia; ella nunca lo aprobaría. Y de paso, daría rienda suelta a sus más oscuros sentimientos.

- Hoy no voy a dormir acá – dijo Juan cortante.

Marcia lo miró con incomprensión.

- Necesito tiempo para pensar. Hacé lo que quieras con tu vida, dormí en la cama de quien se te cante. Tenés razón, entre nosotros no hay ninguna clase de compromiso. Por eso no te ofenderá que hoy duerma en otro lado.
- ¿Qué dije que te ofendiera? – preguntó Marcia, desconcertada.

Juan tomó un abrigo liviano y salió evitando la mirada de Marcia, y sin responder a su pregunta. Marcia parecía estar dejando atrás la incomprensión para pasar al enojo, pero Juan no le dio tiempo a decir nada.

Volvió por el camino que había hecho a la tarde, hacia los médanos indistintos. Ni siquiera había tomado la precaución de traer una linterna, sólo lo acompañaba la luz generosa de la luna llena. Imposible encontrar las huellas que habían dejado pocas horas antes, el viento y la arena las habían borrado. Si no recordaba mal, Treinta y cuatro había ido contando cuatro médanos, hasta llegar al indicado, el quinto. Buscó y rebuscó, pero en el quinto médano no había nada. Cuando estaba a punto de darse por vencido maldiciendo su propia estupidez, vio un tenue reflejo metálico, como si la luna se lo señalara; era el ojo de aguja de la vara que estaba buscando. Encontró la tapa debajo de la vegetación rala. Tiró fuerte, agarrando la vara por el ojo con ambas manos y giró con toda su fuerza. La tapa presentó una resistencia inicial, pero con un poco de esfuerzo pronto cedió. Bajó por la escalera y al llegar a la cámara principal se encendió la luz blanca. Ante un ligero aplauso de Juan, también se encendió la pared pantalla. Así que aquí estaba, conectado a la red global. Lo único que debía hacer era cuidarse de no dejar huellas en el sistema; antes de irse borraría el historial.

No fue difícil hacer las averiguaciones necesarias, había varios vendedores de prótesis para perros, adaptables al tamaño del animal, desde las más sencillas hasta las más completas y caras. La abundancia de lo que buscaba lo dejó un poco más tranquilo. También había

técnicos que arreglaban prótesis dañadas en Punta Alta, Bahía Blanca, Médanos y algunas otras localidades cercanas. El plan original era pedirle a Domínguez que llevara la prótesis rota para que la arreglaran, si acaso tenía arreglo. El problema era que eso podía tomar varios días. Hasta esta tarde, eso parecía posible, pero ahora el estado de Hobsbawm hacía todo más urgente y por eso había que considerar comprar una nueva y resolverlo todo en el día. El problema era que aún la más económica de las prótesis era carísima, y aun cuando pidiera ayuda al fondo cooperativo de la comunidad, estaba fuera del alcance de la economía de la isla. La mejor opción, se le ocurrió sobre la marcha, sería apelar a alguna sociedad de protección canina, que habitualmente ayudaban a los dueños de perros que no podían costear cirugías y trasplantes. Pero para eso tenía que pedirle al doctor Oscar que le removiera a Hobsbawm el chip de identificación que lo delataba como el animal doméstico de un clandestino. Así que el mejor plan era que Oscar le removiera el chip y Domínguez se presentara con Josby en una asociación protectora, dijera que se había encontrado al perro abandonado, y solicitara ayuda. Buscó entonces los contactos y las direcciones de los centros de asistencia a animales en las ciudades próximas. Lamentó su apresuramiento y falta de planificación: no tenía ningún dispositivo para tomar nota, ni siquiera el siempre eficiente papel y lápiz. No importa, el plan era claro: le pediría a Domínguez que cruzara a Josby al Continente y preguntara dónde estaba la asociación protectora de animales del lugar. Domínguez pondría su mejor cara de desamparo absoluto para que esa gente se conmoviera y costeara la salvación del pobre animalito del anciano indigente. El paso siguiente sería ir a ver a Domínguez e implorar de rodillas por su ayuda.

Cumplida la misión, quedaba toda una noche por delante. No podía volver a casa. Y debía planear una estrategia para el próximo enfrentamiento con Marcia. ¿Dónde había estado, dónde había dormido, qué había hecho, porqué había sido tan infantil de irse ante la

primera rencilla? Bajo ningún punto de vista podía decirle que había violado la seguridad del bunker, tenía que inventarse una historia. Bueno, simplemente había dormido en la playa, qué tanto. Ahora sí, decidió que era hora de ver qué estaba pasando en ese mundo loco del que había huido hacía casi cuatro meses. Ahí estaban las noticias.

"Nos toca una parte de la culpa. Nos hemos vuelto demasiado seguros de nuestro dominio sobre el mundo, y el mundo nos ha hecho pagar caro nuestra soberbia. Nuestro pecado ha sido prestar oídos al demagogo que le susurra al individuo aburguesado, demasiado seguro de sí mismo y de los logros que nuestra civilización ha consolidado. Soliviantado por ese demagogo, siempre agazapado en el fondo de las ideas bien pensantes y "progresistas", el individuo hace décadas se levantó para gritar ¡no necesitamos más Policía en las calles!, ¡no necesitamos más cámaras de seguridad!, ¡nuestra intimidad está ante todo!, ¡dejen de chantajearnos con el miedo!, ¡dejen de alegar amenazas imaginarias! Bien, le oímos. El pequeño individuo aburguesado y satisfecho que hay en todos nosotros le oyó y le creyó.

A la vista están las consecuencias: una sociedad mansa, ingenua, entregada de antemano a cualquier enemigo.

Y ahora seres inferiores, pero de refinada maldad, maceraron su resentimiento durante décadas esperando el momento adecuado para caernos por sorpresa y sembrar el caos. Esos arrebatos están condenados a desaparecer. Son los últimos estertores de un tiempo que se extingue. Tratan de disputarnos, de manera desesperada, nuestro lugar en el mundo. Y este mundo sólo tiene lugar para una, y sólo una especie dominante: nosotros, la especie humana evolucionada, perfeccionada.

Hemos sido condescendientes hacia ellos. Hemos escuchado a los demagogos repetir una y otra vez que debíamos ser respetuosos y tolerantes con nuestros ancestros, que todos somos directa o indirectamente hijos de los NIG. Y miren ahora cómo nos pagan.

Hemos creado una sociedad virtuosa, lejos del salvajismo de la civilización de nuestros antepasados. Hemos creado una sociedad donde el crimen es extraño o inconcebible, donde cada ciudadano vive en paz con el prójimo, dedicado a su florecimiento personal en el campo que libremente elija para desarrollar sus capacidades y su felicidad. Hemos logrado que las nacionalidades se fundieran en la Especie, que las religiones se disolvieran en creencias personales, que la política quedara al fin relegada a una competencia entre ciudadanos que se presentan al escrutinio público a ver quién es más eficiente administrador. Todas estas cosas que separaban a nuestros ancestros y que eran excusa para horribles guerras y masacres con las que liberaban su innegable animalidad, han sido superadas y han quedado en el pasado. Hasta ahora.

Hasta ahora que el pasado trata de volver a colarse entre nosotros con discursos de odio, confundido con la vieja ponzoña de las clases sociales, y una recreación de viejas categorías hoy inexistentes como "los desposeídos" o "los relegados" y que habla de fantasmagóricos "genocidios" como sujetos justificadores de la violencia, vieja basura ideológica de las cloacas de la historia.

Nuestros antepasados los NIG no pueden evitar la violencia porque la llevan en sus genes, y a diferencia de nosotros, no pueden controlarla. Esta especie de cazadores recolectores, por mandato biológico, se regocija ante la sangre. Necesita y desea la sangre. Nada la excita tanto como la sangre. Y la cultura, en estas masas bestiales, no es más que un elemento sobre impuesto a su naturaleza asesina que los hace inventar y creer los más sofisticados pero pueriles sofismas para justificar el banquete de sangre.

Los venceremos. Son el pasado. Pero recordemos, el verdadero enemigo es el demagogo escondido en ideas que suenan bonitas, pero son irreales y peligrosas. Lamentablemente, mucho de eso hemos escuchado de boca de los propios representantes del partido de gobierno." Así hablaba un editorialista de prosa rebuscada, identificado ideológicamente con el Partido verde y la facción de Gabriel, interpelando a la población, denunciando el odio de sus enemigos desde su discurso también lleno de odio.

"Bajo ningún punto de vista vamos a seguir soportando estos discursos especistas y llenos de odio discriminatorio. Repetimos hasta el cansancio: los humanos, intervenidos o no intervenidos genéticamente, pertenecemos a una misma especie y todes somos iguales.

No ignoramos la ola de violencia que azotó sobre nuestras pacíficas vidas. Afirmamos que la organización que se atribuyó tales actos es una organización ilegal y terrorista, y entendemos que debe darse una legislación que permita reprimir y castigar esos actos con todo el peso de la ley.

Pero que nadie se llame a engaño, esto no es un cheque en blanco para que alguien se arrogue el derecho a actuar por fuera de la ley. Sólo con la ley en la mano podremos hacer justicia, castigar a quienes deban ser castigados y proteger a quienes deben ser protegidos. No admitimos que estas circunstancias sean utilizadas para desatar una caza de brujas, no permitiremos que caigan inocentes por culpables. No ignoramos que deben tomarse las más extremas medidas de seguridad, que debe reimplantarse la vigilancia y el poder de policía, y no es verdad que nos negamos de plano a evaluar la posibilidad de habilitar que grupos de civiles se armen para colaborar en tareas de defensa, haciendo la salvedad de lo delicado de esa decisión. Pero vemos con preocupación que nuestros rivales políticos, tras la legítima preocupación por la defensa y la seguridad de nuestra sociedad, ocultan una reivindicación de la ley del Talión que, permítanme decirlo, es mucho más anacrónica que

todos los cargos que le hacen a las formulaciones de la organización terrorista ilegal. Afirmamos hoy que, si se da vía libre al afán de venganza y escarmiento, estaremos descendiendo a los más bajos instintos humanos que con tanto orgullo hoy decimos haber superado." Así respondía una diputada del partido de Gobierno, en un discurso más racional, pero que escuchándolo en detalle mostraba que el sector menos pendenciero estaba en retroceso, ¿o qué era eso de habilitar grupos civiles que se armen para colaborar en tareas de defensa? No era otra cosa que dejar el terreno libre para pandillas fuera de control y listas para hacer blanco contra el primer pobre NIG que tuviera la desgracia de toparse con ellos. Por otra parte, era un discurso hipócrita ya que, en los hechos, a Juan le constaba que al menos en la isla, el gobierno había actuado como un Estado terrorista.

"Desde que el grupo extremista NIG se atribuyó los atentados simultáneos del mes pasado, una ola de violencia parece abatirse sobre vastos sectores de la sociedad, en la que se destaca el ataque del grupo extremista contra NIG que se niegan a plegarse a su violencia. Se han producido en las últimas horas ataques contra civiles NIG, en lo que se supone que es un acto de intimidación hacia los grupos NIG que han firmado comunicados negando que la Organización criminal extremista los represente." La imagen sobre la que se escucha el off de la presentadora muestra dos cuerpos asesinados. La imagen corta a otra donde se ve una calle en la que se apilan tres cuerpos. La cámara muestra primeros planos de cadáveres con las caras ensangrentadas, seguramente víctimas de alguna explosión, mientras un zócalo titila alertando "atención, imágenes sensibles".

- *Hablamos con el Licenciado en Pensamiento y Opinión Mediática John Jensen.*
- *Lo que nos espanta de estas imágenes es que es imposible no identificarnos con las víctimas, a pesar de que todas o casi todas ellas son NIG, pero más aún nos espanta que una parte inconfesable de nosotros se identifica con los victimarios.*

- *Licenciado, qué sentido tiene el ataque entre los propios NIG.*
- *Podemos especular que el ataque NIG a la sociedad toda, auto atribuido por un grupo criminal, tenía ciertos visos de racionalidad antisistema, pero esto ha liberado la naturaleza secreta y animal de muchos NIG, y tal vez no solamente NIG, quienes se han sentido al fin autorizados a dar rienda suelta a sus instintos…*

Las imágenes truculentas han rematado en una inconfundible: los bungalow ardiendo de noche en la playa, los cuatro cadáveres fantasmagóricos sentados a la mesa en su charla en eterno suspenso, y José agonizando en la parrilla, mientras un zócalo dice "sangrientos cultos tribales".

Juan congela la imagen. No puede asimilar tanta violencia. No sabe qué es lo que lo subleva más, si el crimen, la exposición del crimen como espectáculo, o la mentira organizada. "Sangrientos cultos tribales", titulan. Qué mentira tan grosera, qué obsceno. Los atacantes de la isla grabaron en video toda la operación. Juan deja correr la imagen. Es un largo plano secuencia que pretende pasar como hecho de manera casera, pero que el ojo atento capta que está bien producido: la cámara va sin sobresaltos desde los bungalow en llamas hasta la mesa, donde hay un breve plano detalle de cada uno de los rostros de los cadáveres, para ir luego sobre José, y girar de su espalda reconocible a su frente desfigurado. Mientras, un especialista en balística destaca que los muertos encontrados en la playa fueron asesinados con fusiles viejos y fuera de catálogo, robados por la Organización terrorista en un ataque a un antiguo arsenal cercano a donde se tomaron las imágenes. Ninguna explicación sobre cómo ardieron los bungalow y ningún plano de los cuerpos apilados de los militantes; todo fue parte de un brote de locura colectiva de una manga de psicóticos NIG. Una destacada antropóloga afirma que no es descabellada la hipótesis de que esta secta de fugados que vivía al margen de la civilización dio al fuego a

su líder en ritual purificador, luego sus esbirros dispararon contra todos, que se ofrecieron a la muerte y luego se mataron ellos. La antropóloga, delirante o mendaz, se apoya en un episodio del siglo XX, la masacre de Guyana, de los seguidores de Jim Jones, que por cierto Juan recuerda bien de sus años de estudio y sabe que no tiene nada que ver con todo esto.

Otro experto en no se sabe qué propone que en realidad se trató de un ajuste de cuentas de la Organización terrorista contra esta secta que, imbuida de creencias místicas, se negó a colaborar con el materialismo marxista.

En definitiva, ni rastros de la verdad. La operación fue una muy cuidada puesta en escena, ya no caben dudas, armada para ser editada y lograr el mayor impacto emocional del espectador. Los cadáveres fueron acomodados para sugerir algún pacto suicida, la muerte horripilante de José un mero golpe de efecto. No se trataba, como Juan había pensado, de un mensaje para intimidar a los isleños, que en realidad no le importan a nadie. Toda la operación fue más para la cámara que otra cosa, se la podría llamar terrorismo de Estado cinematográfico. El destinatario de esta puesta en escena criminal es el mundo entero y su mensaje se puede resumir de la siguiente manera: los NIG son unos bárbaros, capaces de matarse entre ellos de las maneras más bestiales, y capaces de hacer lo mismo con nosotros. No se les puede pedir o exigir que hagan otra cosa, puesto que no se trata de lo que hacen sino de lo que en realidad son: instinto animal, irracionalidad. No se los puede tratar como humanos, son animales. Animales peligrosos que deben ser exterminados.

Las imágenes muestran varias escenas semejantes, con variantes en cuanto a su composición, en distintos lugares del mundo. Deben haber coordinado la realización de tres o cuatro, suficientes para llenar de sangre las paredes pantallas de cada rincón del planeta, repetirlas de manera incesante y provocar espanto e indignación aun en las racionales y

tendientes al cauto escepticismo mentalidades de los Alfa. Al fin de cuentas, parece que no hay inteligencia suficiente para contrarrestar la manipulación de la información. La inteligencia no es otra cosa que la capacidad de procesar información; si toda la información disponible es carne podrida, la inteligencia muere intoxicada.

Ante la amenaza supuestamente totalitaria de los NIG, la respuesta es el Estado totalitario. La amenaza imaginaria, irracional y terrorífica que pesa sobre todos y cada uno de los ciudadanos, se vuelve fuente de legitimidad política de la represión ilegal. Todo límite al accionar del Gobierno ha quedado suspendido, los ciudadanos parecen aprobarlo, y los que no lo hagan, serán silenciados en las pantallas.

En el discurso del pensador mediático Jensen se sugiere algo más –que la entrevistadora elige pasar por alto y vuelve sobre el tema de NIG versus NIG-, que es que es posible que algunos grupos o individuos aislados, incluidos Alfas, estén dando rienda suelta a su propia locura homicida, indirectamente autorizados, elípticamente alentados, o al menos deliberadamente ignorados por el Estado. Esto es mucho más probable que la hipótesis absurda de que la Orga se está cargando NIG porque sí.

Sin embargo, en medio del asco, y del odio, y del dolor que le provoca ver el mundo que se está levantando, Juan empieza a entrever algo que hasta ahora se le había escapado. En todo este armado, los NIG son lo que vulgarmente se llama el pato de la boda. Porque, empieza a entender Juan, lo que está en cuestión es otra cosa: acá hay una disputa al interior de la elite de gobierno. Acá hay un sector al que le conviene atizar el fuego, y ese sector es el que representa el ascendente Gabriel. Esto está muy claro en el discurso del periodista partidario que Juan escuchó hace unos instantes, los NIG son una amenaza que debe ser destruida, pero son el pasado. El enemigo del futuro son las ideas progresistas de algunos sectores, seguramente los más juveniles, del partido rival. Algo se podía intuir: hay una

división profunda al interior de la elite dominante, y una parte está usando a los NIG y al terror contra la otra.

El más grande de todos los logros políticos de los Alfa era haber logrado encarnar, como nunca, la idea del bien común. Había logrado construir legitimidad. Ahora bien, que este estado de cosas lograra la silenciosa aquiescencia de las mayorías no equivalía a que no hubiera sectores veladamente disconformes que anhelaran hacerse con una parte mayor de la torta, apenas lograran encontrar un vehículo político adecuado. Hasta ahora, esas diferencias parecían haber sido negociadas y saldadas de manera silenciosa. Pero ya no más. Acá había intereses contradictorios, bloques de poder, y uno de esos sectores necesitaba romper el statu quo. Lenta pero inexorable, como el movimiento de las capas tectónicas, los bloques sociales y económicos de la sociedad seguían su dinámica, acumulando tensiones. Y eso ya estaba provocando cimbronazos en la superficie.

Gabriel y su entrevistadora caminan por un jardín con árboles centenarios. El predominio del color verde le da al cuadro un aire relajado. Gabriel viste una camisola blanca y unos pantalones holgados. Hay varias cámaras que los van tomando de manera alternada de frente, de perfil, plano de ambos, primer plano de Gabriel. Todo está muy cuidado y es muy efectivo. Gabriel está en el cénit de su popularidad, y Juan debe admitir que parece muy distante del adolescente díscolo, desafiante, insolente, que él conoció. A lo largo de la entrevista siempre conserva una sonrisa serena, aun en los momentos en que la entrevistadora finge ponerlo en aprietos.

- *Gabriel, quisiera empezar con tu proyecto más polémico, que es la producción de mano de obra genéticamente modificada. Si bien el tema ético es insoslayable, me gustaría que nos centráramos en los fundamentos económicos de tu propuesta.*

- *Bien, Grace, tenemos un déficit de mano de obra, eso es un dato objetivo. Si queremos conservar el nivel de vida que hemos logrado a nivel global, no podemos bajar la producción en sectores críticos. Menos todavía en las presentes circunstancias, donde tenemos que afrontar una guerra contra el terrorismo. El dilema que se le plantea a la sociedad en la próxima elección es el siguiente: desean resignar tiempo de recreación, de calidad cultural, de esparcimiento, de desarrollo personal; desean que nuestres hijes deban destinar dos años o quizás tres al servicio social en vez del año actualmente destinado, o prefieren producir mano de obra genéticamente modificada que lo haga por nosotres y nos permita mantener una jornada laboral mínima y todas las conquistas que hemos alcanzado. Ese es el punto que la sociedad debe decidir.*
- *Tu proyecto también apunta a aumentar la productividad en sectores críticos…*
- *Exacto. El reciente ataque terrorista ha mostrado algunas debilidades que debemos corregir. Tardamos casi dos semanas en poner a funcionar a pleno las plantas de AT. Si tuviéramos un régimen más flexible podríamos haberlo hecho en dos o tres días. Si la producción de AT en vez de estar en manos de funcionarios, sin duda honestos y capaces, pero que no tienen un interés económico personal, estuviera en manos privadas, y si les permitiéramos aplicar mano de obra genéticamente modificada, todo sería más eficiente.*
- *En tu discurso las dos palabras claves que aparecen una y otra vez son eficiencia y flexibilidad. Tus rivales políticos cuestionan que el precio de lo que estás planteando es alto en términos de igualdad…*

- *Nuestro sistema tiene como pilares la igualdad y la libertad. Vos planteás el tema de la igualdad. Si no fuéramos eficientes, la igualdad se traduciría en repartir de manera igualitaria la miseria. No queremos eso, ¿verdad Grace?*
- *Claro que no.*
- *Bien, tenemos una sociedad igualitaria. Pero si no mejoramos en eficiencia, pronto deberemos resignar igualdad o nivel y estilo de vida. Necesitamos mejorar la eficiencia, y para eso necesitamos ser más flexibles. Hagamos un poco de historia. La sociedad de nuestros antepasados era una sociedad muy desigual, y muy injusta. Tuvimos que cambiar eso. Atendimos la urgencia de repartir en forma más equitativa, y eso resultó también más eficiente. Sin embargo, eso implicó una sobre regulación de la actividad de les individues. Y esa sobre regulación hoy está llevando a una pérdida de dinamismo de la economía, coadyuvado por el envejecimiento de la población mundial. En otras palabras: nuestros éxitos formidables, por cierto, nos impulsan hoy a cambiar.*
- *Lo que más se cuestiona de la propuesta de tu espacio político es que abre la puerta a reprivatizar espacios clave de la economía.*
- *Nuestros rivales políticos, hoy en el gobierno, pretenden asustar a la sociedad con ideas ridículas. Plantean que nuestra propuesta conduciría a un regreso imposible a un mundo terminado. A cambio ¿qué plantean? Respuesta: nada. No asumen la situación crítica en que nos encontramos en cuanto a la declinación de la producción global y el déficit de mano de obra. Parecieran no haber acusado recibo del ataque terrorista. Parecieran no estar en contacto con la realidad. No saben cómo manejar la crisis. Nos acusan de conservadores, y somos nosotres les que estamos proponiendo el cambio. Nos acusan de reaccionarios, y son elles los*

que no entienden que si no cambiamos algunas cosas vamos a terminar resignando todo lo conquistado. Se dicen progresistas, pero son profundamente conservadores, incapaces de entender la idea de flexibilidad. Por eso estamos convencides de que la sociedad nos va a acompañar con su voto, porque la sociedad está muy por delante de sus actuales dirigentes.

- *El punto crítico es que tus proyectos permitirían la apropiación privada de un producto que hoy es social…*
- *Nosotres planteamos los beneficios de que parte de la gestión productiva sea privada, esto es, que haya algún interés personal, un beneficio, para aquelles emprendedores dispuestos a asumir riesgos. Hay que darle lugar a la libertad. La libertad de vivir la vida como cada quién quiera debe incluir la posibilidad de dedicarla a la producción y a la inversión. "Acumulación" debe dejar de ser una mala palabra. Si hay individues que por naturaleza se sienten inclinades a esforzarse más que los demás, que encuentran más placer en el trabajo obstinado que en las artes o en la recreación, y si eso es socialmente positivo, ¿por qué limitarles? Al contrario, debemos alentarles. Abajo los dogmatismos, viva la flexibilidad y la eficiencia* –remata Gabriel, y sonríe a cámara.

El montaje corta a plano cenital de ellos dos caminando por el parque, y cuando la entrevistadora termina su pregunta corta a plano de ellos dos caminando hacia la cámara:

- *Otra de las incógnitas que despierta la producción en masa de mano de obra genética es el impacto que eso puede tener sobre el precio del trabajo, sobre todo en áreas donde competiría con mano de obra natural.*
- *Lo que vos llamás mano de obra natural es en realidad mano de obra de humanos no intervenidos genéticamente, que es la que sigue haciendo trabajo no calificado.*

La mayoría de los actualmente activos son los últimes individues de su especie y están próximos a pasar a retiro. No pretendemos que entren en competencia con la nueva mano de obra genética, sino que sean reemplazados con un plus de eficiencia. La sociedad necesita renovarse. Lo que no se renueva, muere. ¿Qué derecho tenemos de seguir exigiéndoles a nuestres xadres que sigan trabajando para nuestro beneficio, aún a los ochenta o más años? ¿cuánto tiempo más puede sostenerse esa situación? Nuestres mayores no intervenides genéticamente merecen nuestro reconocimiento, y nosotros les debemos el deseado cese. Tienen el derecho de culminar sus vidas en la plenitud. Por eso estamos proponiendo que se baje la edad de retiro a los setenta años y que se baje también la edad para poder acceder al cese a partir de los noventa. Como ves, nos acusan de ser "anti NIG" cuando en realidad estamos planteando más derechos para los NIG.

- *Tus detractores dicen que sos muy personalista, que sos demasiado ambicioso y que eso es peligroso* –afirma Grace, con una sonrisita que desbarata lo que podría ser una acusación y resulta más bien una invitación a que Gabriel se luzca.
- *Grace, simplemente tengo una propuesta compartida con mi espacio político y sí, admito, ciertas cualidades de liderazgo. ¿Qué hay de malo en eso? Otra vez estamos ante dogmatismos que deberíamos poner en cuestión. Somos iguales pero distintos. Algunes tienen afán de progreso y otres son felices con lo que les da la vida, y ambas cosas están bien. Algunes tenemos condiciones de liderazgo y otres no las tienen. Hoy la sociedad necesita ideas nuevas, dar lugar a la iniciativa privada y liderazgos claros. Eso es lo que ofrecemos. Futuro, cambio, progreso*.

Las últimas palabras de Gabriel han sido subrayadas por un plano de acercamiento que terminó en un primerísimo primer plano de sus ojos almendrados y su sonrisa beatífica.

Juan tiene la impresión de que el discurso de Gabriel marca un cambio de época. Lo que Gabriel está proponiendo, o mejor dicho las implicancias últimas y más que probables de lo que Gabriel está proponiendo, esto es la reimplantación de modos de producción y acumulación capitalistas hibridados de esclavismo, requiere necesariamente un cambio en la superestructura política que más temprano que tarde acabaría con las formas democráticas, ya sea como antaño, con los sectores del capital concentrado manipulando a los declinantes partidos políticos, o tal vez algún estilo clásico e imperial, como el poder personal de un iluminado, que no sería otro que Gabriel.

Pero más allá de la suerte que le tocara al maldito mundo, lo crucial era lo siguiente: la Orga estaba siendo usada y sería eliminada, junto con todos los NIG, como parte de un sórdido conflicto que los superaba completamente. Juan no estaba seguro de que la Conducción viera las cosas con claridad, más bien sospechaba que no. Era imperioso hacerles llegar su voz. Con modestia y respeto, pero con firmeza. ¿Se podía hacer algo para cambiar el rumbo de las cosas? Probablemente no, quizás el pato de la boda ya estaba servido y los comensales se relamían ansiosos, pero qué otra cosa se podía hacer. Debía plantear su posición: la Orga debía hacer un cese el fuego de manera unilateral y hacerlo público, invitando a negociaciones. Era la única forma de evitar una ruina rápida y total, el exterminio tanto de la Orga como de los NIG. La maniobra de llamar a la paz era la única jugada que obligaba al Gobierno a detener sus crímenes; ningún ciudadano Alfa podría avalar que se siguiera matando después de que el enemigo agitara bandera blanca.

Marcia no estaba en casa. En cambio, se encontró con Hobsbawm, quien parecía estar agonizando en silencio. Juan se acercó al animal, pensando en que en cuanto amaneciera iría a buscar nuevamente al doctor Oscar para que le diera alguna droga que le quitara el

dolor, aun cuando el perro no manifestaba dolor sino más bien una especie de tristeza. Casi como un rezo murmuró, mientras acariciaba al perrito “calma pichicho, tranquilo. Dame unos días que yo te voy a curar. Te voy a conseguir un equipo mejor y más moderno que el que tenías y pronto vas a estar corriendo por la playa y jugando con los otros perritos”, y mientras lo decía, una repentina bocanada de angustia le subió desde el pecho y lo hizo lagrimear. La sensación de impotencia y ansiedad lo empujó a la calle sin ningún destino. Caminó las dos cuadras del centro del pueblo. No había una sola lámpara encendida en ninguna ventana. Lo mejor era volver a casa y tratar de dormir las dos o tres horas que quedaban de la noche. En ese momento notó dos sombras que venían hacia él. Pudo percibir a la distancia que las sombras avanzaban distraídas, hasta que de pronto repararon en su presencia. Vio cómo se detenían un instante, sorprendidas, y luego retomaban la marcha. Eran Marcia y Treinta y cuatro. Los esperó. El detalle era revelador: Treinta y cuatro traía una manta bajo el brazo. Juan dedujo que venían de la playa, ¿de dónde más?, con una manta… se lo habían planeado bien. Juan se imaginó en el acto lo que venía “Lo siento Juan, vos te fuiste. Yo estaba mal, Treinta y cuatro me consoló, nos tomamos unos vinos, y como estábamos recalientes nos fuimos a coger a la playa. Pero no pasa nada, viva la revolución”.

- ¡Juan, dónde estabas, estaba preocupada por vos! –dice Marcia y se arroja a los brazos de Juan.

Juan no acompaña el abrazo, se deja abrazar como si fuera un tronco, mientras mira la manta bajo el brazo de Treinta y cuatro, y luego levanta la mirada hacia los ojos de su rival, desafiante. Treinta y cuatro actúa con naturalidad, como si no registrara la mirada pendenciera de su subordinado.

- Perdoname si estuve un poco violenta. Tengo que dejar de tomar, el alcohol a veces me hace decir cosas que en realidad no siento.

Juan sigue impactado. Se siente engañado. Sólo falta que me digas que el alcohol te hace hacer cosas que en realidad no sentís, como echarte un polvazo con este tipo.

- Al principio estaba enojada, pero cuando vi que no volvías me empecé a preocupar y me vine a pedir ayuda.

Juan sigue sin darse al abrazo. Marcia lo aprieta más. Parece aliviada. O culpable. Vaya a saber. Nunca fui bueno para leer el lenguaje corporal. Es lógico que haya buscado la única ayuda posible. ¿Pero y la mantita, para qué?

- Bueno, me alegro de que estés bien, Ciento diecinueve. Los dejo solos, tendrán cosas de qué hablar. Mañana nos vemos. Hay reunión de ámbito a las veinte horas – dice Treinta y cuatro, y Juan no tiene dudas de que se está haciendo el boludo.

Treinta y cuatro hace un breve gesto de despedida mostrando la mano abierta, le entrega a Marcia la manta, y se va. Marcia se queda mirando a Juan, quien sin decir nada, empieza a caminar hacia casa. Marcia lo sigue a la par. Juan sabe que los próximos tres minutos son cruciales. Si no dice nada y actúa como si nada hubiera pasado se abre un escenario por completo distinto a si dice todo lo que piensa. Ninguno de esos escenarios es deseable.

- Juan, estoy muy preocupada por Josby. Lo veo muy desmejorado. Habría que llamar a Oscar. O por ahí ya no queda otra que mandarlo al Continente para que lo vea un veterinario de verdad…
- ¡Te lo garchaste, lo sabía!

Marcia queda estupefacta.

- No te hagás la boluda. Te lo garchaste, te lo recontra garchaste.

Marcia no puede creer lo que escucha. O en todo caso, finge con arte refinado. Juan sigue caminando como si no hubiera dicho nada. Si Marcia fuera inocente, no habría salido con otro tema, le habría preguntado “Juan, por qué esa cara, qué te pasa, hablemos”, pero no, la muy guacha usa a Josby para distraer la atención esperando que yo me ponga a hablar de eso y acá no ha pasado nada, no me jodas, no soy ningún pelotudo.

- Sos un pelotudo – dice menos con bronca que con pesar – no entendés nada.
- ¿Qué es lo que tengo que entender?
- Nada. No te da la cabeza para entender nada. No tenés arreglo. Qué decepción.
- ¿Vos decepcionada? Yo soy el que tengo que estar decepcionado.
- Pensé que ibas a hacer un berrinche, te ibas a ir un rato por ahí, ibas a entrar en razón e ibas a volver más calmado, más razonable. Pero se ve que no te da. No podés con vos mismo. Lo siento.

Juan está de pronto sorprendido de su propia falta de control. Ha entrado en un terreno que no había planeado bien. Y el resultado es desconcertante. Marcia no niega ni afirma; el hecho de que Juan la acusa parece por completo irrelevante para ella. Lo que sí parece resultarle relevante y, por lo visto, definitivo, es la actitud de Juan.

Él había calculado, sin mucho análisis de la situación, que ella discutiría, negaría los hechos, gritaría, se enojaría, lo insultaría, todo un paso de grotesco teatral que tal vez culminaría con Juan convencido de que se había equivocado, y luego en una reconciliación. Pues no.

Marcia se acerca un paso a Juan, le ofrece la manta.

- Para Hobsbawm- dice, y una vez que Juan toma la manta, da media vuelta y se va.
- ¿Adónde vas? Tenemos que hablar.

- No tenemos más nada que hablar.
- Marcia, no podemos tirar a la mierda la relación en nuestra primera pelea. Seamos razonables.

Marcia se detiene y lo enfrenta.

- ¿Razonables? – repite Marcia con sarcasmo, y luego vuelve a un tono resignado, lacónico -No tengo ganas de hablar con vos. No en este momento. Me estaría faltando el respeto a mí misma si me quedara para escuchar más estupideces y agresiones. Tal vez hablamos más adelante, no lo sé.

Juan ya está completamente a la defensiva y su tono ha pasado de acusación a súplica.

- Hablemos. Todo se puede charlar. Por ahí me fui un poco a la mierda…
- Hoy no – dice Marcia y vuelve sobre sus pasos, que van hacia el Club Social.

El doctor Oscar hace un gesto de negación. Encontró que Hobsbawm tenía una infección urinaria, a pesar de que le había aplicado antibióticos. Ataron al animal y lo sedaron para poder alimentarlo por vía venosa sin que se arrancara el catéter. El hemograma también era preocupante. Comparado con el de dos días atrás, mostraba una baja en el recuento de glóbulos rojos y aumento de glóbulos blancos.

- O sea que no se trata sólo de que le falten ganas de vivir…
- Esa fue la primera impresión que tuve, ahora no sé qué pensar. Puedo hablar con Domínguez. Me dijo que mañana o pasado va de gitano al continente a buscar cosas, por ahí puede llevar al perrito a que lo curen.
- Por favor hablá vos con él, que últimamente no está en muy buenos términos conmigo.

Una alegría inesperada fue encontrar a Ruth recuperada y con una enorme sonrisa que iba contagiando a su paso. Todavía estaba dolorida, pero ya sin el tubo de drenaje. Le había pedido a Oscar si podía quedarse a vivir en el Centro Médico, y de paso ir aprendiendo la enfermería a modo de oficio, a lo que Oscar había accedido.

- Le debo la vida. Y ahora también un mes de alquiler – rio Ruth.

A Juan le pareció percibir que tal vez el vínculo entre Ruth y Oscar había tomado un cariz más interesante, o que eso estaba a punto de ocurrir, y se alegró por ambos. Ruth era una mujer de temple forjado a fuego y esta característica, suponía Juan, le había salvado la vida mucho más que las limitadas artes del falso Doctor. Y al falso Doctor no se lo veía tan decrépito como al promedio de los habitantes de la isla. Quizá, si todo salía bien, vivirían juntos algunos años felices.

- Lo mejor sería que dejes a Hobsbawm acá.
- Tenés razón, acá está mejor cuidado. Gracias Oscar, ya no sé cómo agradecerte.

Ruth iba camino al centro a abastecerse de víveres y salió junto con Juan.

- Hoy hay reunión, antes de la cena, en el Club Social, parece que hay novedades.
- Lo sé, me visitó Treinta y cuatro. Oscar le salió al cruce, le dijo que no estoy en condiciones de ir a ninguna reunión todavía.
- ¿Sabés algo más?
- No, ¿vos?
- No.
- Qué cagada. Inventé la excusa de ir de compras porque pensé que vos me podías dar algo de información.
- No sé demasiado, y lo poco que sé, me tiene bastante desconcertado.

- ¿Crisis de fe?
- Debilidad ideológica, lo llamaría Marcia.

Ruth hace un gesto de afirmación, como diciendo “te comprendo”.

- Treinta y cuatro me dio a entender que hay una operación inminente. También sugirió que era una acción militar de envergadura.
- Ajá – dijo Juan con cautela.

Se produjo un silencio. Llegaron a una esquina. Si bien Juan no tenía nada que hacer, prefería volver a su casa con la remota esperanza de que volviera Marcia. Ruth debía continuar su camino, así que en esa esquina se separaban. Juan estaba a punto de saludar y continuar cuando Ruth le apoyó la mano en el brazo, deteniéndolo.

- ¿Puedo confiar en vos?, me parece que sí…
- … sí, claro, Ruth.
- Mirá, a mí me parece que algo va muy mal – dijo Ruth y se quedó mirando a los ojos de Juan, esperando su reacción.
- Sí, ya lo creo, esto va muy mal.

Ruth hizo una sonora exhalación de alivio.

- Okey, no soy yo sola…
- Mirá, la información que tengo, y no te puedo decir de dónde la saqué, es que nos están dando una paliza y están decididos a exterminarnos, y las masas NIG que esperábamos que vinieran a abrazarnos, se esconden debajo de las baldosas.
- Me lo imaginaba.

Se produjo otro silencio.

- Juan, me siento una cobarde, pero no quiero volver. No quiero saber más nada. Zafé una vez, no creo que zafe dos, sería pedirle demasiado al destino.
- Lo tuyo no es cobardía, Ruth, es sensatez.
- Si hubieras visto las máquinas infernales que desembarcaron, cómo nos mataron en segundos, sin despeinarse, hicieron lo que quisieron. Recién ahí entendí que son como un rinoceronte sacudiéndose un mosquito.

Juan no responde, piensa que la alegoría del rinoceronte y el mosquito se queda corta.

- Juan, yo creo que subirse a esta es un suicidio.
- Estoy de acuerdo.
- Yo no me subo.

Juan no responde.

- Me gusta la perspectiva de una vida acá. No quiero saber más nada de acciones armadas. Si al menos pudiera creer que todo esto tiene algún destino… pero no lo creo. Perdoname Juan, perdónenme todos por mi debilidad ideológica, soy una mierda, una traidora, pero yo no vuelvo.

Para subrayar su pertenencia, Juan se ha vestido con el uniforme oficial de cocteils, vernissages y happenings de la Orga, como él se divierte en llamarlo, y que tanto lo avergüenza. Ha pasado la tarde ensayando sus argumentos de manera obsesiva, tratando de adelantarse a las objeciones y contra argumentos que pudieran ser esgrimidos. Ha decidido de antemano que pase lo que pase, no perderá la calma. En todas sus proyecciones imaginarias, el rival es Treinta y cuatro. No se imagina a Marcia plantándosele, ni puede prever qué posición tomarán las otras dos Oficiales. En los momentos de relax involuntario que se producen en su entrenamiento mental, cae en la ensoñación de un final de debate con

Treinta y cuatro derrotado, asumiendo que ha perdido su liderazgo en favor de Juan, se ve a sí mismo retirándose magnánimo en la noche llena de estrellas, ve a Marcia que corre detrás de él dispuesta a disculparse y rogarle por un nuevo comienzo. “Quiero decir, compañeros, que estamos ante un cuadro revolucionario de excepción. Tal vez mi mayor aporte a la causa revolucionaria haya sido haber sabido apreciar desde un principio la inmensa capacidad intelectual, el increíble coraje físico, la capacidad de mando, su capacidad de endurecerse sin perder la ternura, como nos recomendaba el Che. Por todo esto es que me enorgullece nombrarte ahora, Ciento diecinueve, como Comandante en Jefe Supremo y más Copado de la Organización. Y aprovecho esta oportunidad para disculparme con la Oficial Setenta y uno por haber osado pretender seducirla, con mi habitual torpeza. Sé que ella me dio calce sólo para darme una lección y ponerme en mi lugar”.

La puerta del Club está entreabierta. La luz irregular de unas cuantas lámparas de gas le da al desangelado espacio cuadrangular y vacío una cualidad espectral. Adentro están Treinta y cuatro, Marcia, Noventa y Sesenta y cuatro, todos con sus uniformes, charlando de manera animada. Al ver a Juan, Treinta y cuatro saludó con un gesto, Marcia también, aunque evitando cruzar miradas. Noventa y Sesenta y cuatro le dieron la mano amablemente. A un gesto de Treinta y cuatro, todos se sentaron en el piso, en ronda, creando un clima de informalidad, inusual para una charla política en la que todos eran Oficiales menos él, Ciento diecinueve, un pobre Suboficial.

Treinta y cuatro trazó un cuadro de situación previsible. Explicó que el FICAN era ahora el referente político que determinaba secretamente las acciones militares a emprender y los blancos a atacar por la Orga. Insistió en que las operaciones contra el Gobierno habían sido todo un éxito, y que por lo tanto la línea política decidida era volver a golpear, para lograr

la parálisis del enemigo y sumirlo en el desconcierto y el derrotismo. Como autocrítica, reconocía que no se había previsto que la respuesta del Gobierno fuera tan violenta y por fuera de la ley.

Noventa intervino para preguntar de dónde había salido el FICAN, quiénes eran sus dirigentes, y para qué se suponía que servía. Treinta y cuatro explicó que sus dirigentes eran los mejores cuadros de la Orga, y que tenía por función desarrollar política a nivel territorial, comprometiendo a los dirigentes locales, y mostró el exitoso ejemplo de la Comunidad Libertad. Noventa objetó: Tengo la impresión de que la gente de acá nos ve como intrusos más que como amigos. No quieren saber nada con nosotros, nos detestan.

Juan pensaba que El FICAN era un engendro reciente, sin la más mínima inserción territorial, tal como ha sugerido Noventa, una estructura vacía, un sello de goma. Y no parece tener muchas chances de lograr desarrollo territorial al menos por ahora, como queda demostrado a través del ejemplo local.

- Discúlpeme, Oficial – interviene Juan- Me pregunto si no estamos subestimando al enemigo. Si a un ataque nuestro han respondido con un ataque más fuerte, ¿por qué pensar que la próxima vez responderán distinto? No veo elementos para sostener que ante nuestro próximo ataque simplemente se derrumbarán y caerán en la parálisis y el derrotismo. La experiencia hasta aquí demuestra lo contrario. Me pregunto si acaso no estamos siendo excesivamente triunfalistas.
- Expresiones como “triunfalismo” denotan una gran subjetividad. La evaluación de las circunstancias políticas no nos corresponde a nosotros sino a la conducción del FICAN. Para trazar una estrategia general hace falta una visión de conjunto que de ninguna manera puede tener un Suboficial aislado en una isla perdida. No niego el valor de tu aporte, pero debo ponerlo en contexto.

- Oficial, acá estamos analizando hechos concretos contra resultados deseados: El contra ataque del enemigo fue más potente y certero de lo esperado, pero decimos que la próxima no va a ser así; las masas NIG se repliegan, nos dan la espalda, y como dice Sesenta y cuatro, nos detestan, y nosotros afirmamos que en el futuro no va a ser así. En otras palabras, evidencias contra especulaciones, las cosas como son versus las cosas como nos gustaría que fueran.

Juan hace silencio. Ha sido contundente, lo sabe. Y se lo confirma el silencio embarazoso de Treinta y cuatro, que demora más de la cuenta en responder, la lenta afirmación que se lee en el ligerísimo movimiento ascendente y descendente de las mandíbulas de Noventa y Sesenta y cuatro, el silencio cerril e inexpresivo de Marcia.

- Yo lo único que pido es que, si nos han invitado a pensar, entonces pensemos de manera crítica y elevemos a la Conducción nuestras conclusiones.
- Bueno, y cuáles serían esas conclusiones tuyas. –pregunta Treinta y cuatro, con apenas disimulado sarcasmo.

Juan no se inmuta y responde con ensayada parsimonia:

- El resultado de la ofensiva de nuestras fuerzas sobre el enemigo produjo resultados que no alcanzamos a prever. No logramos movilizar al pueblo NIG, que está aterrado y considera que la represión es resultado de nuestra ofensiva. No podemos arrogarnos su representatividad ni esperar su apoyo. Tampoco logramos infligirle al enemigo grave daño militar, y desde lo moral, nos han hecho una toma de yudo convirtiendo sus debilidades en fortaleza, movilizando a las mayorías en nuestra contra, y debilitando la posición de los sectores Alfa que podrían haber sido receptivos a nuestras posiciones. El resultado concreto de nuestra política militar fue darle un involuntario espaldarazo al partido más anti NIG. Sostener que eso nos

favorece porque va a polarizar los campos enfrentados es ignorar que la relación de fuerzas es abrumadoramente desigual. De esto se desprende que insistir con la ofensiva militar sólo puede profundizar nuestro aislamiento político. Y entonces no se entiende el sentido de formar un frente político, cuyas posibilidades serían inmediatamente torpedeadas por nuestra propia acción militar.

- ¿De dónde sacás la información de que los sectores Alfa con los que eventualmente podríamos empezar a conversar nos aíslan o están debilitados? – salta Marcia, con agresividad pasiva. - ¿Cómo es que te consta que el pueblo NIG nos está dando la espalda? ¿de dónde sacás todo eso?

Juan duda, por primera vez. Marcia ha dado en el blanco. Quizá sospeche algo; esas certezas Juan las tiene por su excursión prohibida al bunker.

- Bueno, supongo que es el resultado lógico esperable. –balbucea Juan.
- No, no, nada de especulaciones. Vos planteaste evidencias versus especulaciones.

Juan entiende que no serviría de nada delatarse; el hecho de decir “lo vi en el noticiero en el bunker” sólo iría en su demérito y no reforzaría su argumento.

- Tu afirmación de que los sectores NIG nos rechazan es por lo menos un poco temeraria. - insiste Marcia.
- Podés ver lo que pasa acá, en la isla.
- Nos han recibido bien.
- Eso fue antes de que vieran morir a su líder asado en una parrilla y fusilaran a sus compañeros sin causa.
- Aun así, y a pesar de todo eso, nos siguen bancando.

- Creeme, están hartos de vernos tomando vino y vomitando por las calles, al grito de hacemos lo que se nos canta, total paga la Orga – dice Juan, levantando la voz.
- Pensé que estábamos discutiendo política, no asuntos personales.
- Admitamos que el comportamiento de algunos Oficiales no ha sido de lo más decoroso – interviene Sesenta y cuatro.

A la Oficial se le nota que hacía rato que tenía ganas de poner blanco sobre negro, mientras Noventa no puede o no quiere disimular que acuerda con ella. Juan parece por primera vez divertido desde que empezó la reunión y no puede disimular una sonrisita.

- Sesenta y cuatro, el tema que estás planteando está fuera de, digamos, la orden del día; si lo que querés es plantear una solicitud de medidas disciplinarias, tendrás que hacerlo en otro ámbito – afirma Treinta y cuatro.

Sesenta y cuatro responde con una fingida carcajada burlona. Noventa la acompaña con un breve aplauso sarcástico.

- No desnaturalicemos la reunión –pide Treinta y cuatro, quien ha perdido el rumbo – tu comportamiento es improcedente.
- Si querés plantear una solicitud de medidas disciplinarias contra mi comportamiento improcedente, tendrás que hacerlo en otro ámbito. - retruca Sesenta y cuatro y suelta otra carcajada.

Está claro que hay dos sectores enfrentados, y que la discusión trasciende lo político. Las Oficiales Noventa y Sesenta y cuatro están hartas del machito con jinetas.

- De acuerdo, nos pusimos en pedo. Mal por nosotros, muy mal. Pero aquí y ahora tenemos que ver cómo seguimos – plantea Marcia, ahora conciliadora.

- Ciento diecinueve estaba haciendo planteos de cuestionamiento hacia la Conducción.
- Estoy de acuerdo en el desarrollo del FICAN y en hacer política -retoma Juan- Con lo que no estoy de acuerdo es con la continuidad, en el actual contexto, de las operaciones militares. Creo que no estamos escuchando la voz de aquellos a quienes aspiramos a representar. Acá en la Isla lo que nos piden es que entremos en negociación con el Gobierno, nos dicen que no están en condiciones de soportar ninguna guerra.

Juan piensa, pero calla, que sólo falta que la Conducción admita de una vez por todas que falló el cálculo; no hay con qué hacer la revolución porque no hay masas NIG.

- Tomo nota de los cuestionamientos – decide salir del paso Treinta y cuatro- y los volveremos a discutir cuando sea propicio. Pero por lo pronto estamos encallados en esta isla y tenemos que tomar decisiones urgentes, ¿de acuerdo?

Todos asienten, inclusive Juan.

- Mañana a primera hora debemos presentarnos en un punto pautado sobre la costa en el continente. Una vez allí pasaremos a formar parte de un Comando militar que planea una acción que se realizará mañana mismo. Los Oficiales y Suboficiales serán puestos al tanto una vez allí. Para eso, debemos hacernos de un bote y cruzar dentro de tres horas. ¿Alguna pregunta?

Juan entiende que no tiene ningún sentido seguir cuestionando nada ante lo que se presenta como un hecho consumado: mañana mismo participará de una acción militar.

- ¿De dónde vamos a sacar un bote? – pregunta Sesenta y cuatro.
- Vamos a tomar un bote de los varios que tienen los locales.
- ¿O sea que lo vamos a robar?

- Si se los pedimos por las buenas, puede que nos lo nieguen. Y entonces tomarlo sería más difícil porque estarían alertas. Causa de fuerza mayor.

Las miradas de Juan, Sesenta y cuatro, y Noventa son de desacuerdo. Marcia está enojada, seguramente con Juan y las dos oficiales, y Treinta y cuatro está harto de esto que amenaza volverse una reunión de catarsis.

- Bueno, andando. Es una orden.

Mientras salían, Noventa seguía refunfuñando "Los afanamos y después queremos que la Comunidad nos reconozca como sus muchachos, qué pelotudez".

Juan vuelve a la casa con una única preocupación en la cabeza, y es que deberá dejar a Hobsbawm al cuidado de Ruth y Oscar. Ni siquiera podrá ir a despedirse, ni explicarles que se va y pedirles que se hagan cargo de su perrito. Mañana cuando despierten se desayunarán con que los gloriosos guerrilleros han partido a la batalla, y que deben hacerse cargo de un animal moribundo.

Estoy abandonando a mi amigo de cuarenta años en su hora final, qué hijo de puta. ¿Hay acaso otra solución?

Tal vez sí, Ruth le está marcando el camino. Pero no, él no se siente con derecho a desertar. Él no ha sido herido ni está convaleciente. Además, ahora siente que tiene una misión hacia adentro de la Organización, que es hacerle ver a sus compañeros, o a la Conducción, que hay que cambiar el rumbo. Y tampoco desea abandonar a Marcia. Aun cuando tal vez dentro de pocas horas los manden a diferentes destinos. Aun cuando le cuesta esta vida, que exige ser de una madera de la que no está hecho, en la que cada abrazo y cada beso vienen cargados de presagios que conviene acallar. No puede dejar a Marcia. Si decide quedarse en la isla, ella jamás se lo perdonará.

Sin embargo, irse no le causa ninguna gracia. Y está el miedo sensato a perder la vida en pocas horas más, en una acción que ahora ve con claridad que es inútil. ¿Es el terror a la muerte lo que lo tienta a quedarse? Prefiere pensar que le da pena despedirse de su utopía bucólica, de esa gente amable y querible que ahora lo detesta, de esa isla arenosa cuyo invierno insufrible no llegó a conocer, y que en cambio le dio un bello verano lleno de colores, sabores antiguos, luna en el mar, y amor en la playa. Piensa en esas pocas y preciadas cosas que en apenas unas horas habrá perdido. Vuelve a pensar en el amigo al que abandona, al que deja solo en la hora de su agonía. Es imperdonable, lo sabe. Como si no le alcanzara con saber que en pocas horas quizá esté haciéndose matar para nada, se tortura Juan pensando que cada vez que alguien necesitó de él, su padre, su hijo, ahora Josby, él nunca estuvo a la altura. Sepa, gente querida, que cuando me necesiten, yo siempre encontraré un buen motivo para darles la espalda.

Está frente a un dilema en el que haga lo que haga, perderá mucho y estará haciendo abandonos que cargará en su conciencia. Sin embargo, la decisión está tomada, debe seguir adelante. Basta, no se discute más.

Arma su mochila. ¿Los zapatos de cuero del uniforme absurdo deben ocupar lugar en la mochila de un guerrillero? A la mierda los zapatos, nunca le gustaron. Será cuestión de poner la mente en blanco, concentrarse en la acción que habrá que realizar en unas horas, y después esperar lo que sea que la vida le depare. ¿Y el futuro? No. No tiene sentido proyectar ningún futuro.

Juan está terminando de armar su mochila y dispuesto a partir para pasar su última hora u hora y media en la isla en la playa, solo, cuando llega Marcia. Juan termina de cerrar su equipo, lo carga al hombro, y sale de la casa sin cruzar ni un saludo, siquiera una mirada con Marcia. No es el momento de hablar de nada.

- ¿Se puede saber qué mierda te pasa?

Juan no responde. No tiene sentido. Ni siquiera siente placer en hacerle un desplante. Es que otra discusión sería inútil y agotadora. Que discuta sola.

- Te estoy hablando.
- Creí que me estabas ladrando.
- Okey, no te ladro más.
- Te escucho.
- ¿Todo esto es por tus celos?
- ¿A qué te referís con “todo esto”?
- La escenita que acabás de hacer en la reunión de ámbito.

Juan, tranquilo, encoge los hombros y responde:

- Me invitaron a decir lo que pensaba y eso es lo que hice.
- O sea que para vos está todo mal.
- … sí. Bah, la apuesta por lo político está bien, pero todo lo demás es un disparate. Pero bueno, parece que nuestro jefe no lo quiere escuchar, y vos tampoco.
- Es que venís así, de la nada, y pontificás sin mostrar pruebas.
- Ayer a la noche me metí en el bunker y miré durante largas horas los noticieros.

Marcia lo mira incrédula, pero la seriedad de la expresión de Juan le revela que él no está mintiendo.

- Ahí vi que lo único que hace la política de la Orga es favorecer al enemigo que dice combatir. Cada cosa que hagamos no hará más que fortalecer a los halcones en contra de las palomas. Están jugando con nosotros, nos están usando.
- ¡Cómo pudiste hacer una cosa así, es una grave violación a las normas de seguridad!

- No hay manifestaciones NIG de apoyo sino todo lo contrario. Y si había algún Alfa que simpatizaba con nosotros, ahora si nos ven pasar se cruzan de vereda. Han convencido a todo el mundo de que fuimos nosotros los que matamos a Ruli y a todos los demás porque estamos locos.

Marcia parece desconcertada. Juan retoma su marcha camino a la playa. Camina dos o tres pasos cuando nota que Marcia lo sigue, pensativa, vacilante.

- ¿Pero vos pensás que la Conducción es estúpida?
- O es estúpida, o está loca… o está infiltrada y nos están mandando al muere.

De pronto Juan parece tomar conciencia de la serie de sentencias categóricas que acaba de enunciar. Momento, Juan, no se puede decir cosas tan serias y seguir adelante como si nada. Hasta ahora, estas ideas, sobre todo la de la infiltración, estaban por ahí dando vueltas sin atreverse a ser formuladas, pero ahora que han osado tomar consistencia en su mente y que él se ha atrevido a pronunciarlas, algo se rompe.

- ¿Vos te das cuenta de lo que estás diciendo?
- Sí. Recién ahora me doy cuenta. No me había atrevido a darme cuenta hasta ahora.

Caminan unos pasos en silencio hasta llegar a la playa.

- Apostaron todo a que el golpe sorpresa iba a levantar a las masas NIG. No fue así. Y ahora perdieron el rumbo. O son incapaces de aceptar su error y deciden seguir ciegamente adelante y estamos en manos de unos locos con charreteras, o algunos de nuestros dirigentes no son lo que dicen ser y juegan para el enemigo.
- Si lo que decís es verdad, entonces no tiene ningún sentido nada de lo que estamos haciendo. Nuestras vidas no tienen sentido.

- Si lo que digo es verdad, no importa que nuestras vidas tengan sentido o no lo tengan, porque de todas maneras nuestras vidas terminarán en pocas horas.

Juan se sienta en la arena, de frente al mar, a apenas unos pocos pasos de la orilla.

- Juan, ¿vos pensás que estamos equivocados?
- Hasta hoy, creo que no, no lo sé, habría que pensarlo con más serenidad. O en todo caso, estábamos equivocados, pero no podíamos saberlo. Pero a partir de hoy, sí. Si seguimos adelante nos estamos equivocando. Yo lo sé, vos lo sabés, todos lo saben. No tiene sentido seguir adelante de esta manera.
- ¿Abandonar ahora no es quitarle el sentido a todo lo que hicimos hasta acá? Todas las cosas por las que luchamos, todas las cosas en las que creímos… no puedo aceptar eso.
- No digo abandonar sino deponer las armas y continuar la lucha política.
- La Organización es mi familia, mi forma de vivir, es parte de lo que yo soy. Conozco a sus dirigentes. Son gente honesta, intelectualmente capaces, generosos…
- La vía militar nos lleva al suicidio – remata Juan, concluyente.

Juan sabe que ella no abandonará nunca a la Orga, porque ella es parte de verdad, y él no lo es. Para él la Orga ha sido un episodio más en su vida, un episodio que, de pronto entiende, acaba de terminar.

- Marcia, este es el momento de parar a pensar cómo seguimos.
- No puedo aceptar que nuestros jefes sean eso que vos decís porque los conozco.

Juan se encoge de hombros, como diciendo que es cuestión de creer o no creer.

- Juan, yo quemé las naves.

Juan está a punto de volver argumentar, pero de pronto entiende que no tiene sentido. Ambos han tomado sus decisiones. Marcia baja la vista; ella también parece entender que tal vez nunca vuelva de la próxima operación y Juan lo percibe.

- Marcia, no vayas.

Marcia no responde a la súplica de Juan.

- No vayas Marcia, te vas a hacer matar al pedo.
- Nunca podría desertar.
- Sí podrías; yo acabo de hacerlo.

Marcia está incómoda, tensa, la presión se le nota en el rostro.

- Quedémonos acá, Marcia. Al menos hasta ver a dónde va todo esto.
- No puedo dejar la lucha. No puedo traicionar.
- No estoy hablando de dejar la lucha ni de traicionar, estoy hablando de continuar la lucha por otros medios.

Marcia mira a Juan con incredulidad.

- Hay que desarrollar una estructura política. Acá en la isla también se necesita – dice Juan, sin la menor convicción.
- No me vengas con eufemismos. ¿Qué lucha vamos a hacer acá? ¿Con qué otros medios? Quedarse acá es abandonar. No llegamos hasta acá para terminar siendo tan cobardes.
- No es cobardía. Es que no se puede confiar más en una dirección extraviada. No ayuda a ninguna causa que nos tiremos al precipicio que nos están proponiendo.
- ¿Cómo podés estar tan seguro? Sos muy soberbio. Te crees que lo sabés todo.

- Si fuera tan soberbio, no te estaría suplicando que te quedes. Marcia, te lo ruego, te lo suplico, no vayas. Quedate conmigo. Ya encontraremos la forma de hacer algo que valga la pena. Tenemos tiempo.
- Sos muy omnipotente.
- La omnipotente sos vos que te crees que no te va a pasar nada; o caés en acción o te detienen, te juzgan y te cesan de inmediato.

Marcia se pone de pie, dando por terminada la conversación. Juan se para frente a ella.

- Marcia, por favor, pensalo.
- Mandé a la muerte a mis compañeros y compañeras en plena acción porque evalué que era lo que tenía que hacer. No puedo abandonarlos ahora. Eso sería haberlos mandado a morir por nada. Eso sería abandonar a los que siguen en la lucha. Prefiero morir antes que cargar con esa culpa.

Marcia da media vuelta y parte.

- Marcia, te quiero.

Marcia se da vuelta hacia Juan, su expresión es dura, una lágrima le surca el rostro.

- Yo también te quiero, Juan. Pero con eso no alcanza.

Marcia vuelve a darle la espalda y camina sin vacilaciones. Juan la ve irse. Las razones de Marcia son contundentes, también el tono de su voz. Nada podría hacerla cambiar de opinión. Juan lo entiende. La admira. Ella se va rumbo a la casa, sin volver la vista atrás, perdiéndose en la oscuridad.

Marcia se ha ido para siempre.

Juan ha dejado de ser un soldado.

Es un gran alivio, es una gran derrota.

IV - Clandestino

Despertó temprano, invadido por una tristeza sin angustia, resignada. Había también algún alivio, la sensación de que la pérdida que venía presintiendo al fin había ocurrido, y que de ahora en más podía esperar un tiempo sereno, unos últimos años a la orilla del mar en un goce sensual sin estridencias, sin ambiciones. Había tomado una decisión, y eso, aun con sus terribles costos, era mejor que la incertidumbre.

Sin dudas, sería el primer día de calor bochornoso del verano, que hasta el momento había sido benévolo. Juan se enfrentaba a su nueva vieja vida. Sería un buen vecino, continuaría con las tareas comunitarias, se esmeraría en mejorar la huerta raquítica que habían comenzado con Marcia, solicitaría ser aceptado como miembro pleno de la Comunidad, se reuniría con los parroquianos del bar restaurante hacia la tarde a charlar de las cosas de todos los días, y tal vez conseguiría papel y lápiz, como en los viejos tiempos, para retomar sus memorias y testimonio histórico del tiempo que le tocó vivir, al llegar la noche, bajo la luz de una lámpara de querosene. También tenía a su disposición el bunker, desde donde podía observar el mundo y sacar conclusiones para sus escritos. En fin, otra vez, como tantas otras veces en la vida, se encontraba ante una infinita paleta de colores con los cuales pintar un nuevo lienzo, igual a cualquier otro o distinto a todos, como los amaneceres en el mar, según el ánimo con el que decidiera apreciar las cosas.

Vivir más lento, más descansado, contemplativo, atento al matiz, a la inflexión, tonalidad, sutileza, microcosmos, interioridad, solipsismo, se repetía mientras golpeaba con una piedra, tratando de abrir sin pulverizar las últimas dos nueces que, junto con un vaso de

agua tibia, eran todo su desayuno, y casi lagrimeaba al recordar el ruido y el aroma de la máquina de café, el horno de calentar medialunas, la extractora de jugos de fruta. Siempre serás un bicho urbano, Juancito. Ahora que se acabó el pequeño burguesito jugando al revolucionario, no te va a quedar otra que enfrentarte al fin con el verdadero rostro de tu fantasía bucólica. Lo bueno de todo esto, la única cosa a favor es que no tenés opción. Así que prohibido padecerlo. Ya te desquitarás en el almuerzo con esas fantásticas orgías de animales asados que te desparraman por el plato sin rastros de culpa; los amables lugareños ya deben estar afilando el hacha para la alegre masacre del día.

- Juan, ¿estás despierto?
- Pasá Oscar.

Oscar abrió la puerta, entró a la casa con expresión preocupada.

- Buen día doctor, te puedo ofrecer un vaso de agua y un pedacito de nuez.
- Grasas buenas, hidratación, nada de hidratos de carbono, tu desayuno te va a hacer vivir cien años más. Te lo garantizo yo, con el respaldo de casi un mes practicando la medicina ilegal.
- Gracias, es una falsa tranquilidad saber que uno goza de una falsa seguridad gracias al respaldo de una falsa eminencia. Pero me imagino que viniste por alguna otra cosa.
- Hobsbawm. No está bien.

Con una mirada Juan pregunta qué tan grave es la cosa. Con un parpadeo y una contracción de los labios Oscar responde que la cosa es seria.

Juan y Oscar salen con apuro rumbo al Centro Médico.

- Creo que es una septicemia. Hipotermia, baja presión arterial comparada con las tomas que le veníamos haciendo, taquicardia. Como la septicemia en humanos, avanza muy rápido.
- ¿Riesgo?
- Sí. Mucho. Si fuera un paciente humano y estuviéramos en un Hospital, estaría en terapia de shock. Le di un vasopresor, pero no responde. Y ya no se me ocurre qué hacer, cualquier cosa que intentara ya estaría probando suerte.

Caminaron el breve tramo restante en silencio. Juan no tenía nada que decir. Hobsbawm se estaba muriendo. Entendía que Oscar le estaba preguntando indirectamente si iba a avalar algún tratamiento que consistiera casi en tirar una moneda a cara o cruz. Quería ver a Hobsbawm, como si verlo lo ayudara a tomar una decisión racional. La decisión ya estaba tomada de antemano, y tanto Oscar como Juan lo sabían.

Mamá Jenny, siempre un poco más sofisticada que papá Ernesto, había tenido el buen gusto de morirse de manera repentina y sin joder a nadie. Ernesto en cambio pasó sus últimos diez años desbarrancándose en delirium tremens. Era la época desbocada en que los NIG todavía gobernaban el mundo con mano temblorosa y cruel, y los grandes avances médicos aún estaban por venir. Ernesto había sido tardíamente internado en el Hospital de la Asociación de Actores. Juan pasó a verlo un par de veces. El antiguo galán de televisión se había transformado en un viejo demente y agresivo. Juan pensaba que en realidad no le debía nada, que su nacimiento había sido un mero accidente discretamente lamentado por su padre, así que decidió no volver a verlo. Trataba de justificar su decisión, sentía que tenía derecho, pero no podía evitar sentir culpa.

Tiempo después lo llamaron del Hospital. Su padre había caído en coma. Había un daño cerebral irreversible –aun antes del coma su mente era una esponja de grasa, resentimiento, odio y alcohol- y había que tomar una decisión, le dijeron esos médicos cobardes. Podían mantenerlo con vida esperando una recuperación milagrosa que, en el mejor de los casos, lo haría volver del coma con la lucidez de una zanahoria, o simplemente se lo podía dejar morir ahogado, a medida que sus funciones cerebrales dejaran de transmitir a los músculos encargados de expandir y contraer los pulmones las órdenes necesarias. Cómo odió a esos médicos que ponían semejante carga en sus manos. Si se hubiera tratado de él mismo, no hubiera dudado en pedir una muerte rápida e indolora, pero tratándose de la vida de otra persona, la decisión no era tan sencilla; uno se moría y chau, pero decidir sobre otro, arrogarse la obscena omnipotencia de subir o bajar el pulgar, lo abrumaba y lo hacía sentir miserable, y por más que entendiera como sensata la decisión de dejar morir, la culpa tenía la cualidad de ser esquiva a la razón y siempre podía quedar dando vueltas en los rincones más oscuros de la mente la idea de que uno había actuado privilegiando la propia conveniencia o comodidad. Ante semejante disyuntiva era más fácil no tomar ninguna decisión, y eso fue lo que hizo. Y así Ernesto siguió con vida, si acaso eso es estar vivo, conectado a respirador artificial. Juan iba todos los días y estaba diez o quince minutos en silencio ante el cuerpo hinchado pero reconocible de su padre, y luego se retiraba sintiéndose más infeliz que nunca, preguntándose qué sentido tenía volver al día siguiente. A veces, en el silencio de la sala del Sanatorio sólo interrumpido por el bip - bip del monitor que tomaba los latidos cardíacos de Ernesto, se preguntaba si de alguna manera fantasmal, el espíritu o el alma de su padre no estaría al pie de la cama observando la situación, quizá divertido con el desconcierto de Juan, quizá horrorizado con su falta de reacción y de coraje, y gritando sin voz “dale estúpido, desenchufame de una puta vez”.

Un día llegó al Hospital en medio de un zafarrancho de médicos y enfermeros. Sintió vergüenza al reconocer ante sí mismo que estaba deseando que le dijeran “hicimos todo lo que pudimos, pero su padre acaba de fallecer”. Pero no, era una crisis y había que tomar otra decisión: si se operaba el cerebro con urgencia, podría sobrevivir, siempre en su nueva condición de mustia hortaliza, caso contrario moriría de inmediato. Y otra vez los médicos esperando su decisión. ¿Qué dice, maestro, lo salvamos o lo dejamos morir?, o mejor, ¿salva a su papi o se lo saca de encima? Y bueno, opérenlo. Y así otro mes y medio. Ahora la cabeza de Ernesto estaba vendada, así que estaba prácticamente irreconocible. El cuerpo cada vez más hinchado, amarillento de ictericia, con los brazos amoratados, los pies como dos globos, con las uñas largas y sucias. Juan sentía que la muerte era tan implacable y humillante con su padre como la vida lo era con él. Todo tan triste, tan inútil.

Hasta que una tarde lo llamaron y le pidieron que se presentara en el Hospital, y sin que le dijeran nada supo que su padre había muerto. Fue al hospital con una mezcla de alivio, tristeza, certeza de que estaba presenciando de alguna manera su propio futuro, no demasiado alejado en el tiempo según los parámetros que se tomaran, que ese futuro podría parecerse demasiado en sus aspectos más escabrosos si no hacía algo de manera urgente con su propio alcoholismo, que recuperarse de su alcoholismo no lo libraba de alguna otra forma de muerte igual o más horripilante, que sólo la lotería de dios decidía si uno habría de irse con una muerte discreta y digna como mamá Jenny o una larguísima agonía como papá Ernesto.

Le resultó extraño el frío del cuerpo muerto. Lo sorprendió ese breve tacto gélido, una última palmada en el hombro del padre. La diferencia entre un cuerpo vivo y un cuerpo muerto parece una diferencia de cualidad, de condición, y sin embargo no lo es; un cuerpo vivo es un ser, muerto es una cosa. El sustantivo “cuerpo”, aplicado a un ser humano, no

debería admitir el adjetivo “muerto”; el adjetivo en este caso niega o desbarata el sentido del sustantivo. De manera involuntaria volvió a pensar en términos esotéricos, ¿Qué era lo que hacía tan abismal la diferencia entre la vida y la muerte?, ¿había algo que insuflaba vida al cuerpo, algo que en el momento de la muerte se iba o se evaporaba, dejando ese detrito helado que era más preciso llamar cadáver?

Dejó los detalles de los habituales rituales para deshacerse del cadáver en manos de una empresa funeraria recomendada por gente del Hospital. Debió responder preguntas sobre cuánto deseaba pagar por un féretro, si iba a nicho, tierra o se llevaría los restos hechos polvo, si habría velorio o no. Decidió pagar lo menos posible por el féretro, pensó que Ernesto hubiera aprobado esa decisión, optó por “nicho” en el Panteón de Actores del Cementerio, nada de velorio. Por nada del mundo hubiera aceptado llevarse los restos en una caja, ¿qué hubiera hecho con ellos, guardarlos al fondo del armario, detrás de los calzoncillos, o debajo de la mesada de la cocina, entre las papas y las cebollas, hasta que se le ocurriera cómo librarse de esa presencia macabra?

Sin embargo, esta decisión tuvo su costo porque la noticia de la muerte de un actor de modesta popularidad marchita hacía tiempo tenía su cuota de morbo aprovechable y un par de medios intentaron obtener la palabra de Juan, lacrimógena de ser posible, contando detalles del final lastimoso del viejo alcohólico, que Juan declinó con la mínima cortesía necesaria como para no transformarse también él en material para la prensa amarilla.

Esa noche, viendo las noticias, volvió a ver imágenes de Ernesto joven, en la cima de su modesta popularidad, en alguna película de cuarenta años atrás. También volvió a ver allí a su madre joven, ligera de ropas, de curvas contundentes, en ese género teatral y televisivo que en su tiempo fue muy popular, que se podría llamar “picaresca”, y que consistía en chistes bastante estúpidos de doble sentido sexual. Tanto papá Ernesto como mamá Jenny

eran bellos, mucho más agraciados que lo que le había tocado a Juan. ¿Habrían sido felices en sus años buenos? Jamás lo sabría. ¿Acaso importaba ahora? Muy pronto nadie los recordaría. Sólo él, Juan. Y recordarlos no era un ejercicio agradable, ni servía para nada. Mejor dar vuelta esa página.

Josby temblaba, tenía espasmos, estaba con los ojos en blanco y la lengua afuera. Juan lo supo de inmediato: no había nada que hacer.

Oscar intentaba verse activo, miraba los indicadores en los monitores, iba y venía buscando cosas que Juan intuía inútiles, pura impotencia. Juan lo miraba hacer sus pasos con silencioso agradecimiento; ese hombre hacía su absurda coreografía más que nada por respeto y quizá afecto sincero a Juan. En un momento se detuvo y su mirada reveló lo evidente. Juan posó su mano sobre la cabeza de Josby. El animal sufría.

- Querido Josby, compañero, amigo… -susurró Juan, sin que el animal reaccionara.

En ese momento Oscar desistió. Con un gesto involuntariamente descorazonador, se quitó el estetoscopio del cuello y lo dejó sobre la mesada, como un militar que se quitara las charreteras tras la batalla desastrosa.

- No sé qué más hacer – dijo Oscar casi para sí mismo, como si quedara alguna duda, al tiempo que Ruth le apoyaba una mano en el hombro, amorosamente.

Juan acarició a Hobsbawm percibiendo por última vez el calor de su sangre viva. No podía abandonar a su amigo a la agonía inútil, como lo había hecho con su padre.

- ¿Tiene algún sentido esperar? – preguntó sin mirar a nadie.

El silencio de Oscar y Ruth no albergaba ambigüedad. Juan intercambió una breve mirada con Oscar, y Oscar hizo un gesto de asentimiento.

Juan acariciaba a Josby tratando de no soltar una lágrima. Le parecía que también le debía a su amigo una última señal de fortaleza. Quería decirle que la muerte era una última experiencia de la maravilla de la vida. Que si el demiurgo era eximio, y cabía esperar que lo fuera, con tantos valedores de su experticia a lo largo de los siglos, era seguro que como buen dramaturgo nos había reservado lo mejor para el último acto.

Oscar se acercó al perro, miró a Juan como preguntando si estaba listo. Juan asintió. Oscar tomó la pata delantera derecha del perro. Iba a inyectarlo cuando Juan le dio un leve golpecito en el hombro y Oscar entendió. Entonces fue Juan quien tomó la pata de Josby, mientras el doctor lo inyectaba. Por un instante, los ojos de Josby se abrieron y Juan podría jurar que la mirada del amigo buscó la suya y en un gesto silencioso, imperceptible, le dijo "gracias por todos estos años de compañía y amistad, querido Juancito". Pasó apenas un minuto y Josby hizo un espasmo, un poco más duradero que los anteriores. Juan pudo sentir cómo el soplo de la vida abandonaba a su amigo. Con lentitud retiró la mano del cuerpo, aún caliente. No quería volver a tocar un cadáver helado.

Con cuidado, destrabó la correa del cuello del perro y la retiró. La correa tenía una medalla de color celeste que decía "Hobsbawm", que Juan había mandado a hacer cuatro décadas atrás, cuando lo adoptó. Recordó el lejano momento en que había decidido que ese cachorrito y él se acompañarían mutuamente, cuando decidió homenajear al historiador dándole su nombre al pichicho.

Luego se quedó mirando, impotente. Josby se había ido.

Era mediodía bajo un sol abrasador. Juan chorreaba gruesas gotas de transpiración mientras cavaba el pozo sobre la tierra arenosa. Escuchó el lento golpeteo de las herraduras contra el piso y el ruido del traqueteo de la chata de Mano Blanca.

Oscar y Ruth bajaron la caja, con cuidado de que el contenido, más pesado de lo que el pobre cartón podía resistir, se rompiera, y la pusieron al pie del pozo. Juan no quiso mirar adentro del improvisado féretro. Sin decir palabra, tratando de quitarle dimensión emocional al acto, puso la caja en el fondo del pozo, tomó la pala, la cargó, arrojó la primera palada de tierra que cerraría la tumba, y en ese momento sintió un mareo, las piernas le flaquearon, y se sentó sobre la tierra, derrotado.

- Vamos Juan, tendrías que haberte puesto un sombrero, te vas a insolar– le dijo Ruth, mientras le acercaba una cantimplora con agua.

Oscar tomó la pala y continúo el trabajo, mientras Juan se empezaba a sentir mejor, pero sin fuerzas suficientes como para continuar.

- Tengo que hacerle una lápida. Algo escribiré.

Quería decir algunas palabras para Josby. Decirlas en silencio. Así, las palabras dichas en el silencio encontrarían la forma de llegar a lo que fuera en que se había transformado el soplo de la vida del queridísimo amigo de siempre y todos los días.

Oscar le tendió la mano sudada para que Juan se levantara del piso y del sentimentalismo místico; quizá sí estaba un poco insolado. Ruth y Oscar acompañaron a Juan hasta su casa.

- No te fuiste – dijo Ruth.
- No, soy formalmente un desertor. ¿Vos?
- Me vinieron a ver anoche. Mi médico les dijo que necesitaba un mes más de recuperación – dice Ruth, con una sonrisa cómplice-
- Tu médico te salvó la vida.
- Sí, otra vez.

Oscar pasó el brazo por los hombros de Ruth, confirmando lo que Juan había intuido; se alegró sinceramente por ambos.

- ¿Y Marcia?
- Es un cuadro –respondió Juan, con admiración y resignación.
- Me alegro de que hayas decidido vivir, ¿Sentís culpa?
- No. La verdad, no siento nada.

Juan no tenía ganas de hablar. Ya habría largas noches de restaurante para hablar de la derrota, de la culpa por haberle sacado el cuerpo al rebencazo, de las responsabilidades de una Conducción opaca y extraviada, de la pertenencia, aún en el disenso, de los compañeros muertos, entre los que Juan temía que pronto se contara Marcia. Ya habría largas noches de invierno y de verano para preguntarse si acaso les había tocado vivir, como Marx escribió, la repetición de la historia como farsa. Se despidieron en la puerta de la casa de Juan, no sin antes quedar para cenar juntos la noche siguiente.

Empezaba a llegar la noche de ese día interminable cuando unos golpes en la puerta interrumpieron un último intento de conciliar el sueño. Juan abrió. Era Domínguez, quien venía con mala cara. Juan pensó que tal vez viniera a darle el pésame por Hobsbawm, o por Marcia, o por la Orga, o por la revolución, o por todos los NIG del mundo. Pero no, el hombre traía sus propias malas noticias.

- Sus compañeros abandonaron la isla durante la noche. Se robaron un bote.

Domínguez hizo una pausa, mirando con expresión grave a Juan.

Juan le devolvió una mirada semejante. Domínguez tenía toda la razón del mundo, el accionar de sus excompañeros era estúpido, desconsiderado.

- La Comunidad Libertad se ha reunido en Asamblea y ha decidido que la Organización de la cual usted es miembro, que en el pasado creíamos amiga y a la cual le brindamos hospitalidad, ya no es bienvenida en nuestra isla.

Juan se quedó mirando a Domínguez e hizo un ligero asentimiento con la cabeza, tratando de poner cara de que el tema le resultaba trascendente, mientras pensaba cuánto tiempo más duraría esa perorata. Esperaba que comunicada tan drástica decisión Domínguez diera media vuelta y se fuera. Pero Domínguez seguía ahí.

- Comandante, usted ya no es bienvenido en la isla.
- Para empezar, yo no soy comandante ni pertenezco más a la Organización. Hemos tenido algunas diferencias ideológicas. La Organización considera que es beneficioso que sus dirigentes tomen decisiones estúpidas y que sus militantes se suiciden. Por eso, como puede ver, no me he ido con ellos. He desertado.

Domínguez pareció un poco desconcertado, pero retomó el discurso que traía preparado.

- La Asamblea le ha dado un día para que abandone la isla.

Juan empezó a tomar conciencia de que Domínguez decía sus disparates en serio.

- Pero Domínguez, ustedes están equivocados. ¿Qué mal les he hecho yo?, ¿en serio me están echando?, ¿por qué?
- Acá nadie quiere que haya más muertes, y muchos lo ven a usted como un pararrayos que va a atraer los relámpagos cuando se desate la tormenta.
- Pero si yo no soy nadie. Nadie me conoce.
- Usted no es de acá, se nota a simple vista. No podemos aparecer ante el Gobierno como culpables de darle asilo a un terrorista.
- Pero Domínguez, yo ya no tengo nada que ver con todo eso. Vaya y dígale a su gente que yo quiero ser parte, que quiero integrarme a la comunidad, que voy a dedicarme a trabajar la tierra, voy a sembrar zanahorias, voy a pintar la casa y …

Juan se detuvo. La expresión de Domínguez le dio a entender que no había palabras que pudieran cambiar la decisión que el colectivo había tomado, y que ni Domínguez ni nadie abogaría por él. No era tanto que no lo quisieran, era más bien que su presencia era un problema, y tenían legítimos motivos para estar asustados.

- Y tengo que hacerle una lápida a mi perrito…

Domínguez lo miraba con la expresión de un juez que ya ha bajado el martillo.

- … ¿y si decido no irme?
- Si decide no irse, no recibirá cooperación de nadie. Nadie le dirigirá la palabra. Y deberá entregar esta casa también en el plazo de veinticuatro horas.
- ¿O qué, me van a sacar a patadas?

Juan vio el cansancio y el pesar en el rostro de Domínguez. Tuvo la impresión de que ese hombre no estaba contento con lo que estaba transmitiéndole, que hasta era muy posible que él hubiera votado en contra, pero tenía una responsabilidad que cumplir.

- Pero si cruzo al continente soy hombre muerto. No tengo ninguna chance de sobrevivir, apenas me identifiquen me cesan.

Domínguez lo miró con pesar. Lo que Juan decía era cierto.

- Creo que le puedo dar una mano.
- ¿Cómo?
- Yo lo cruzo. Y le presento algunos amigos de allá. Le advierto, mejor perderlos que encontrarlos, pero son los únicos que lo pueden esconder. Va con ellos y se queda ahí hasta que se le ocurra algo mejor. Le van a querer cobrar, eso sí. Pero es la única oportunidad de sobrevivir.
- ¿Pero qué son, malvivientes, delincuentes?

- Un poco, a veces. Andan en negocios más o menos legales, vidriosos.
- Pero Domínguez, ¿no puede hablar con la Asamblea?, o ¿no puedo hablar yo con ellos? Tal vez si me escuchan…
- No quieren volver a verlo, entienda.

Juan se dio por vencido. La suerte estaba echada, no había forma de quedarse en la isla.

- Mire, si tenemos suerte y las encontramos, le voy a presentar a dos amigas. Andan en negocios medio raros, pero en el fondo son buenas pibas…

Juan ya estaba harto del enigmático discurso de Domínguez. Enfrentaría lo que fuera que viniera. ¿Se suponía que tenía que agradecerle a Domínguez? De ninguna manera.

- ¿A qué hora?

Preguntó fingiendo que aceptaba el trato sin vacilaciones. Ya tendría tiempo a solas para decidir si se presentaba o no, pensaba en la posibilidad de mudarse al bunker de la Orga.

- Si quiere que yo lo cruce tiene que ser ahora, en un rato. Digamos en tres horas.
- De acuerdo.
- Lo espero en el amarradero.

Juan hizo un gesto de asentimiento. Domínguez se fue. Juan se sentó sobre el colchón. La idea de vivir solitario en el bunker, sin comida ni agua dulce era un disparate, lo había sabido desde el primer momento. No tenía sentido quedarse donde no lo querían, había decidido. No sólo porque sabía que le harían la vida imposible, sino también por legítimo orgullo. No les daría el gusto a esos viejos agusanados de verlo mendigando agua y pan. Más valía aceptar la intimidante invitación del destino y subirse a ese bote con Domínguez. Volvió a cargar en su mochila sus pocas cosas. De la correa de Josby extrajo la pequeña medalla con el nombre en blanco sobre fondo celeste, y después de alguna vacilación,

decidió que, en vez de cargarla en su mochila, de ahora en más la luciría en su cuello, colgada de un cordón negro de los odiados zapatos del traje oficial, que fue lo único que encontró que le servía de cadena. Notó con preocupación que el medicamento que tomaba diariamente duraría pocos días más.

Abandonó la casa con pena. Esa pocilga pudo haber sido su hogar, si le hubieran dado tiempo. Hasta le dio ganas de llamar a los gatos asesinos y decirles, “tomen la casa, se las devuelvo, ahora sé lo duro que es que te echen”.

Llegó al improvisado amarradero bastante antes de lo planeado. Se quedó esperando, mirando el mar en la noche negra. Igual que la desmesurada utopía revolucionaria, la breve y modesta utopía bucólica llegaba a su fin. Lo lamentaba.

Mientras la figura artrítica de Domínguez se acercaba, supo que, a pesar de su actual enojo, recordaría con afecto a esa gente y a los días allí vividos. Días con Marcia. Días en los que llegó a pensar que un pedacito de felicidad duradera podía ser también para él. Pucha qué lástima que ya no me quieran estos viejos cagones.

Llegaron a la costa y Domínguez, en vez de hacer tierra, empezó a desplazar el bote de manera paralela, en silencio, y buscando algo que Juan no adivinaba qué podía ser, en la noche cerrada. Un rato más tarde pareció encontrar el punto que buscaba, detuvo el bote, sacó de su bolsillo un extraño adminículo más pequeño que un puño, que Juan no pudo ver bien pero que sí pudo inmediatamente oír cuando Domínguez se lo llevó a la boca y emitió un silbido que simulaba algún pájaro. No hubo respuesta. Volvió a emitir el silbido. Nada. Pero unos segundos más tarde se escuchó un silbido parecido viniendo desde un lugar no muy distante.

- Compañero, a partir de ahora está por su cuenta. Le deseo la mejor de las suertes.

Otra vez, los vientos de la historia, el golpe del destino, los dados de dios o el azote del diablo, venían por él para cambiarle la vida. Y él sólo podía esperar como un espectador, por el momento pasivo, cruzado de brazos, hasta saber en qué consistía la nueva puesta en escena en la que le tocaba participar.

Ayudó a Domínguez a arrastrar el bote hasta la arena húmeda, mientras dos individuos se acercaban con linternas. Pudo entrever, y confirmar unos instantes después, que se trataba de dos mujeres Alfa, jóvenes, que le sacaban a Juan algo más que una cabeza de altura y que lo hacían ver a Domínguez como un pigmeo apergaminado.

- Hola Dany –saludó una de ellas.
- Hola, chicas. Acá estoy, retomando contacto.
- Van tres martes que nos dejás plantadas.
- Tiempos difíciles.
- ¿Esta es toda tu mercadería? – dijo la que alumbraba el bote, desviando la luz de la linterna hacia Juan.
- Juana, no seas descortés – la reconvino la otra.
- Sólo una broma- dijo la primera.

Juana era una mujer de un rubio imposible, o al menos incompatible con su piel más bien morena. Tenía una sonrisa grande, caballuna.

- Les presento al comandante. Ellas son Juana y Pola.

Pola respondía a lo que se espera de una descendiente de polacos, rubia natural, pelo lacio, piel blanca, rasgos angulosos. Tenía el cuerpo tatuado desde el cuello hacia abajo con motivos intimidantes como calaveras y serpientes, y una herida reciente en el pómulo

izquierdo, un corte amoratado, resultado de un golpe. Pola parecía un poco más joven que Juana. Ambas tenían un físico trabajado, musculoso; daban un poco de miedo.

- El comandante necesita que lo guarden por un tiempo. - dijo Domínguez.

Juana y Pola se miraron con complicidad y ambas asintieron.

- Un grupo de guerrilleros NIG anduvo por acá pero ya se fueron. – informó Juana.
- No pertenezco a la guerrilla – dijo Juan.
- Menos mal, mejor para vos. A esos guerrilleros los van a hacer mierda. Si te quedás con nosotras, tal vez podamos hacer negocios.
- ¿Qué negocios?

Pola le hizo un gesto a Juana de que no fuera imprudente.

- Veremos. Casa, comida y protección, es todo lo que te ofrecemos. Hasta que surja la oportunidad de un negocio con el que ganemos todos.

Las dos chicas Alfa, sin ser especialmente bellas, eran sin embargo atractivas, aunque despertaban recelo en Juan. La experiencia de Juan con los Alfa era casi nula; los había evitado toda su vida. Desde la primera impresión con Gabriel, no había habido ni ganas ni ocasión de tomar una segunda impresión. Juan los detestaba como un todo y a cada uno y cada una.

Juana y Pola eran raras, reconoció de inmediato. ¿Qué hacían esos dos ejemplares de la casta privilegiada dando tumbos por el mundo de la marginalidad, cuando podrían estar gozando de todos los beneficios de pertenecer? Qué hacían estas dos en trato con los tristes gitanos de la isla, traficando vaya a saber qué y sugiriendo estar a la caza de algún negocio de dudosa honradez.

Los y las Alfa, más allá de las diferencias étnicas, de género, de la casi infinita diversidad de rasgos, para Juan parecían todos cortados por la misma tijera. Y en cierta forma lo eran,

si la intervención genética podía considerarse como la tijera de un sastre. Tanto hombres como mujeres tenían un desarrollo físico imponente. Todos llegaban por lo menos al metro noventa de altura, tenían una musculatura de atletas, quizá por el estilo de vida anti sedentario al que se los inducía u obligaba desde el Estado. Por lo general tenían un carácter sereno, la idea de cualquier arrebato o comportamiento abrupto era considerada una muestra de inferioridad imperdonable, así que cualquier contrapunto o discusión se convertía en un torneo de ironías, llegando rara vez al abierto sarcasmo. Cuando los Alfa se dirigían a los NIG, por lo general había una cordialidad un tanto exagerada, que encubría mal la indulgencia hacia el pobre NIG. Las normas de buena educación implicaban que había que fingir que se respetaba y valoraba a todo el mundo sin discriminar a nadie. La corrección política era en sí misma una política de Estado.

Ahora bien, estaba claro que los y las Alfa eran físicamente superiores a los NIG, eso era indudable. Y, a decir verdad, si uno dejaba en suspenso el hecho de que en el fondo Juan odiaba de manera pareja e imparcial a todos y todas y todes les Alfa y les consideraba enemigos mortales, había que reconocer que Juana y Pola tenían cierta gracia, dentro de ese extravagante estilo que todavía estaba tratando de descifrar, y lo cierto era que la exuberante imaginación de Juan ya estaba tramando todo tipo de coreografía pornográfica entre los tres, aunque sabía que jamás se concretaría. A primera vista, los Alfa parecían bastante poco interesados en la sexualidad. No es que no tuvieran sexo, pero lo que la intervención genética había logrado, o al menos eso le parecía a Juan, era precisamente que las hormonas incidieran mucho menos en el comportamiento que en los antiguos humanos. Juan pensaba, como muchos estudios serios y en contra de la vulgata, que era equivocado afirmar que los Alfa fueran más inteligentes que los NIG. Eran sí más concentrados. Más racionales. Por lo tanto, eran menos agresivos, menos dominantes, menos apasionados,

menos propensos a meterse en problemas, muchísimo menos proclives a dejarse llevar por sus impulsos sexuales.

El sexo entre Alfas era más una actividad física que mental. Una práctica placentera y elemental, como comer. El sexo para estos Alfa estaba por completo disociado de la reproducción, había perdido, por lo tanto, en cierta medida, su valor como tabú, quizá porque la reproducción se programaba y se realizaba de manera exclusiva en tubos de laboratorio. El sexo era sólo una celebración entre cuerpos, sin consecuencias conceptivas y por lo general tampoco emocionales. El sexo al fin purificado de todo tipo de sentimentalismo y afectividad. El erotismo, fuera de la situación de concreción del acto sexual, era una distracción inconveniente, una pérdida de tiempo. La relación de Juan con Ciento doce, se le ocurría en ese momento, era lo más parecido que podía darse como situación sexual entre Alfas; un acuerdo amistoso, un rato de placentero sudor, mutuo agradecimiento y hasta la próxima. Si bien Juan había disfrutado muchísimo con la experiencia, la sentía como una travesura que no iba con su naturaleza. Juan experimentaba el erotismo de manera permanente. Para Juan, lo que ocurría entre los cuerpos era la punta del iceberg de lo que ocurría en su cabeza. El sexo era un acto mental antes que físico. Imaginación, anticipación, amor romántico, lujuria desatada y muchos otros elementos más estaban presentes de manera constante en la mente de Juan. Era como un programa que siempre se estaba ejecutando en segundo plano en su cabeza, como un susurro que la mayor parte del tiempo pretendía ignorar, hasta que un determinado estímulo, a veces algo insospechado de erotismo para cualquier observador, hacía de pronto que todos los demás programas en funcionamiento pasaran a una hibernación momentánea y el sexo se tornaba la voz principal y casi exclusiva. Ejemplo: el fetichismo era impensable entre Alfas, para ellos un zapato siempre es un zapato y nada más que un zapato. Para Juan un zapato

femenino de determinado tipo o material podía ser el disparador de su respuesta hormonal. A veces ni siquiera necesitaba verlo, lo había comprobado alguna vez en su juventud: el simple hecho de escuchar el taconeo de unos zapatos de mujer de alguien que venía caminando detrás de él, le había bastado para provocarle una instantánea erección adolescente. La diferencia entre Juan y cualquier Alfa era que estos no se pasaban la mayor parte del día fantaseando con sexo. Juan pensaba, y quizás estuviera en lo cierto, que la ventaja de los Alfa es que estos tenían mayor claridad mental porque no tenían que lidiar con ese fastidioso programa que siempre estaba activo en segundo plano en su cabeza.

Entre los Alfa existían relaciones de tipo sentimental y se constituían parejas estables o relaciones ocasionales. Lo que era impensable era el desborde emocional tan propio de los NIG. La gente se juntaba por afinidad, en busca de placer, de compañía, o con fines de anotarse en el listado para maternidad - paternidad, y se separaban sin derramar una lágrima, para irse a constituir otra pareja o volver a relaciones ocasionales. Eran muy infrecuentes las relaciones de larga duración. No es que no tuvieran sentimientos, sino que estos estaban atemperados, no tanto, quizá, por cuestiones hormonales, sino por una educación sentimental que veía como una extravagancia dañina lo que durante siglos había sido ensalzado como romanticismo o pasión amorosa. Se veía como una tara cultural perimida la aspiración a matrimonio de por vida, o como un absurdo contra natura lo que antiguamente se llamaba “fidelidad”. Las narraciones románticas habían perdido lectores.

Por lo tanto, -pensaba Juan, formado en las ciencias sociales y no en las ciencias duras o en la biología- toda esta cuestión de la intervención genética, de las hormonas y de la ingeniería cerebral, ¿son tan determinantes? Algo lo hacía sospechar que este triunfo del biologicismo era menos consistente de lo que se publicitaba. El ser humano, NIG o Alfa, es ante todo un ser social. El cerebro humano, en un sentido ordinario, es simplemente una

materia hecha predominantemente de grasa, donde vaya a saber cómo se genera actividad electroquímica, mediante la cual controla todas las funciones corporales, pero si se lo obliga a mirarse a sí mismo con un poco más de atención, si se lo obliga a pensarse, sólo puede pensarse a sí mismo -y al mundo en el que está inmerso- a través del lenguaje; en otras palabras, el cerebro está hecho de lenguaje. El lenguaje es el principio de la sociabilidad, y si el humano es un ser social, el lugar del lenguaje lo define tanto como sus genes. No podemos pensar aquello que no podemos decir. Somos lo que creemos que somos, somos el relato que hacemos a partir de lo que recogen nuestros sentidos, interpretaciones subjetivas forjadas en la trama del lenguaje, que es un producto social e histórico. Y eso estaba por completo a salvo de la tijera de cualquier sastre de laboratorio. Estos Alfa no habían dado ni medio pasito más allá del lenguaje que habían recibido de sus parientes NIG.

Pensándolo bien, el lenguaje había cambiado muy poco en el transcurso de la centenaria vida de Juan. Es muy posible que el freno abrupto y represivo de migraciones que se había impuesto a escala mundial desde principios o mediados del siglo XXI haya promovido un proceso de anquilosamiento o cristalización del lenguaje, mucho más poderoso que el influjo de signo contrario producido por la generalización de las comunicaciones globales por redes sociales, cuyos cambios solían ser más superficiales o episódicos.

Intentando conciliar la perspectiva biológica con la perspectiva social, la capacidad de desarrollar lenguaje tiene una base genética. ¿Habían logrado los cambios artificiales introducidos por la ciencia modificar ese gen o ese grupo de genes? La evidencia indicaba que no. Era sensato pensar que cualquier sastre inteligente mantendría su tijera lejos de esos genes. Así que los Alfa, con sus grandes cuerpazos, y su flema, y su autocontrol, y su sensación de seguridad y superioridad, en realidad no eran muy distintos de los NIG. O

eran diferentes, pero no tanto. Y no eran más inteligentes, sólo eran más concentrados, intuía Juan. Era muy posible que ese programa que se ejecutaba constantemente en segundo plano en todos los NIG, consumiendo datos y espacio para el desarrollo pleno de otros programas, no estuviera presente en los Alfa, o que estos tuvieran la capacidad de apagarlo por completo, hasta cuando ellos mismos decidieran activarlo. O para decirlo con las palabras de Juan: los Alfa no eran más inteligentes, sólo eran menos pajeros.

Así que Juana y Pola estarían evaluando qué clase de negocios podrían hacer con el pobre NIG, mientras Juan fantaseaba sin esperanzas con todas las posiciones anatómicamente posibles del amor simultáneo con las dos Alfa.

- De acuerdo –dijo Juan.

Juana y Pola hicieron otra vez un gesto de asentimiento simultáneo. Luego saludaron a Domínguez.

- A ver si la próxima traés algo que valga la pena – dijo Juana.
- Estamos hechos mierda.
- Sí, ya vi la cantidad de viejos que vinieron de la isla a entregarse, un desastre.
- Pero nosotros no nos entregamos, nos vamos a volver a levantar.
- Decime una cosa, Dany, para cuándo me podés ir preparando unas tres reses para un evento que estamos organizando para dentro de tres semanas, o un mes.
- Cuando quieran, ya te las reservo. Necesitamos otra vez medicamentos.
- No hay problema con eso, el Doctor consigue lo que sea.
- Tomá – dice Domínguez entregándole un papel arrugado – ahí tenés la lista.
- El martes te los traigo, a la hora de siempre.

Domínguez se despidió con un gesto de Pola. Quiso saludar a Juan, pero Juan le dio la espalda, así que él también se dio vuelta y sin más empezó a arrastrar su bote hacia el mar. Juan siguió a Juana y a Pola.

- ¿Cómo te llamás? –preguntó Juana, que era claro que llevaba la voz cantante.
- Juan.
- ¿Tenés lentes oscuros?
- No.

Juana sacó un pañuelo que tenía al cuello y con él hizo una especie de turbante para cubrirle la cabeza a Juan.

- Entonces te tapamos los ojos y la cabeza. Esos ojitos de reconocimiento facial están por todos lados.

Juan no podía ver y Juana lo tomó del brazo y lo fue guiando mientras caminaban. Él tenía la impresión de que Juana exageraba un poco el peligro de los ojos vigías y que se estaba divirtiendo a costa de él. Una vez adentro del auto, Juan pudo quitarse el pañuelo y ver. Mientras viajaban a baja velocidad, Pola apoyó la cabeza sobre el pecho de Juana, y Juan concluyó que eran pareja o amantes.

Juan se preguntaba qué estaba haciendo con esa gente tan extraña. ¿Estaría oculto y recluido de manera permanente? Eso era inaceptable. Sin embargo, no tenía ninguna posibilidad de tener una vida en libertad, era un fantasma sin Crédito ni identidad, y viviría clandestino.

Al acercarse a la ciudad, lo distrajo el enjambre de puntos rojos flotando. Eran las cámaras de seguridad conocidas como “ojos”. Estaban allí para mirar, pero también para ser vistos. Para dar una falsa sensación de seguridad a los ciudadanos dóciles, para persuadir a los díscolos de que más vale ni lo intenten.

Después de dar algunas vueltas, Juan tuvo la sensación de que estarían llegando al centro de la ciudad, que seguramente sería Bahía Blanca. El viaje había sido silencioso. Juana y Pola se habían sentado frente a él, lo habían mirado con curiosidad durante un rato, luego Pola se había dormido sobre el hombro de Juana, y Juana se había puesto unos auriculares y se había enfrascado en la música. Juan agradecía que no le dieran conversación ni que lo obligaran a la más mínima cortesía.

Llegaron a un portón que se abrió de manera automática. Se bajaron del auto y caminaron por un pasillo que daba a una sala enorme. Se trataba de un enorme gimnasio o un pequeño estadio, según como se viera. En el medio había un imponente octágono de lucha. Juan dedujo que Pola era peleadora, de ahí su herida en el rostro. En una de las paredes había poleas para desarrollar musculatura, en un rincón había una bolsa de golpeo, varias bicicletas fijas y otros implementos de gimnasio. Sin mediar palabra, Pola desapareció hacia un cuarto interno mientras con la mirada Juana le indicaba a Juan que la siguiera. Caminaron por otro pasillo hasta llegar a una habitación pequeña, sin ventanas, que estaba llena de artículos de limpieza.

- Acá vas a vivir. Ahora te alcanzo una colchoneta y una manta.

Desolador. Comparado con esto, la casa de los gatos satánicos parecía acogedora.

- Podría hacerte un largo listado de reglas, pero las voy a resumir en una sola: no hagas preguntas. No preguntes ni dónde está el baño, ¿entendido?

Juan asintió.

- Mientras tanto iré pensando qué cosas podés hacer vos por nosotras para pagar tu estadía, que espero sea magnífica. ¿Sabés cocinar?
- Soy un experto.

Juana miró a Juan como para recriminarle el sarcasmo, pero pronto entendió que Juan hablaba en serio.

- Okey, descansá un par de horas y después te quiero en la cocina, a ver con qué nos podés agasajar. Y no preguntes ni dónde queda la cocina. -dijo Juana, dio media vuelta y desapareció.

Miró el cuarto oscuro, minúsculo, sucio, lleno de trapos viejos, partes de antiguos robots de limpieza desguazados; iba a ser duro, concluyó, pero al menos estaría a salvo por un tiempo, ¿quién lo iba a venir a buscar al último agujero del mundo?

Ahora que había deducido que Pola se dedicaba a pelear, la monosilábica Alfa le dio un poco de pena. Todo lo que tuviera que ver con ese mundo tan lamentable de púgiles y gimnasios y borrachos enardecidos gritando estupideces a los peleadores le parecía muy triste. Juana en cambio hubiera sido una excelente Oficial del fantasmagórico ejército NIG que Juan acababa de abandonar.

Dedicó las horas siguientes a tratar de entender el movimiento del gimnasio. Poco después de que Juan, Pola y Juana hubieran llegado, muy temprano en la mañana, habían empezado a llegar jóvenes en ropa de entrenamiento, y andaba cada uno por su lado golpeando a la bolsa, levantando pesas y haciendo flexiones de brazos. Más tarde apareció Juana y empezó a dar indicaciones. Así que sí, no se había equivocado del todo, Juana daba órdenes, como Veintidós, sólo que con apenas un poquitito más de amabilidad, ya que seguramente esos muchachos y muchachas pagaban por su entrenamiento. Otra cosa saltó a la vista de Juan: esos jóvenes, varones y mujeres por igual, obedecían las órdenes de Juana, pero a la vez transmitían una vaga, pero indubitable sensación de pertenecer a algún estatus o clase social superior a ella. El trato era mutuamente amable, pero estaba claro que había una asimetría entre quienes pagaban las propinas y quién se desvivía por ganárselas. Esto a Juan le llamó

la atención, porque estaba acostumbrado a que los trabajos afanosos y que dependían de la dadivosidad del cliente, siempre eran llevados a cabo por NIG.

Juana y Pola vivían en el gimnasio o estadio, mejor dicho, en una vivienda adyacente, del lado opuesto al que comunicaba con el cuarto de limpieza. Juan entendió que Juana era una especie de casera del gimnasio y además era entrenadora de peleadores y de jóvenes amateurs. Pronto comprendió que para esos jóvenes que concurrían al gimnasio, él era invisible, ni siquiera parecían registrar su presencia, era lo mismo que la lustra aspiradora robot con la que de ahora en más compartiría el cuarto de limpieza, y que era la única máquina que parecía aún en funcionamiento.

La cocina era pobre y antigua, como toda la casa contigua al gimnasio, pero la heladera era enorme, propia de un restaurante, y estaba repleta de diferentes carnes sintéticas. Mientras se doraba al horno un pedazo grande de símil ternera, se sintió por un instante a gusto entre ajíes, cebollas, ajo, zanahoria, perejil y otros aromas que Juan pensaba que tenían un efecto sedativo sobre el espíritu humano; seguramente información ancestral que indicaba al hipotálamo que había comida disponible, lo que significaba supervivencia inmediata asegurada. Preparó una carne asada con papas y batatas, boniato anaranjado, ají rojo y ají verde, cebollas; sencillo, pero bien presentado, colorido, sabroso. Mientras cocinaba se permitió bromear pensando en si las Alfa lo considerarían un esclavo o una mascota, y se le ocurrió que les pediría si podían dotar de algún programa de charla al robot lustra aspiradora, así tendría algo o alguien a quien le estuviera permitido formularle preguntas.

A la hora del almuerzo, lo invitaron a sentarse a comer junto con ellas. Juan había preparado una porción como para ocho personas, calculaba él, pero entre Pola y Juana se lo comieron todo. La comida fue rápida y en silencio total. Cuando terminó, Juana le dijo:

- Bien, aprobado. A partir de ahora vas a encargarte de cocinar dos veces al día, más desayuno y merienda, pero respetando las dietas diferenciadas para Pola y para mí. Las podés leer en la pantalla de la cocina.

Juan asintió. Quizá su estadía no fuera tan terrible, si esto era todo lo que le pedían.

- Me estás empezando a caer bien. Ahora vamos… - dijo Juana mientras se limpiaba la boca con una servilleta y se ponía de pie con rictus marcial.

Juan entendió que tenía que seguirla, seguramente le asignarían alguna nueva tarea. Juana caminó unos pasos hasta el cuarto de limpieza de Juan. Al entrar, empujó a Juan sobre la colchoneta y empezó a quitarse la ropa.

- Ahora vamos a coger– dijo, sin cambiar su gesto adusto.

Juan no atinaba a reaccionar.

- Sacate la ropa, ¿sos bueno cogiendo? Sé que los NIG prácticamente no piensan en otra cosa.

Juan no lograba entender si Juana estaba hablando en serio, la situación le causaba gracia. Pero cuando la Alfa se terminó de quitar la ropa, Juan entendió que iba en serio.

- Vamos Juan, qué es esa timidez. Estabas deseando coger con nosotras desde el momento en que nos viste, ¿no es verdad?

Estas Alfas leían muy bien el lenguaje corporal, por lo visto.

- Con Pola no va a ser posible. Bah, por ahí después cambia de opinión. Pero en estos días, sólo le interesa pelear.

Juan no salía de su asombro, ¿Así que ahora era alguna forma de esclavo sexual? Empezó a tener una erección mientras miraba los musculosos muslos morenos de Juana, su vello púbico de un color tan distinto al de su cabello, sus pezones duros y renegridos.

- ¿Me vas a coger? – preguntaba Juana incitante, de pronto muy sensual.

Juana notó la atención de Juan fija en sus pezones, y empezó a acariciárselos, mientras se acercaba lentamente a Juan, hasta poner su pezón izquierdo en la boca de él. Juan ya estaba perdido en la excitación sexual. Juana tomó la cabeza de Juan, lo trajo hacia sí, y encajó su vagina en la boca de él. Juan hizo lo único que podía hacer y empezó a lamer. Pero Juana le apretaba tan fuerte la cabeza que la situación dejó de ser placentera y estaba empezando a ser preocupante. Aparentemente, Juana estaba más entusiasmada con el cartílago nasal que con la lengua de Juan. En un momento también probó con su mentón, pero estaba claro que la nariz de Juan era para Juana su zona erógena preferida. Ruda la muchacha, pensaba Juan, mientras empezaba a preguntarse cuánto duraría aquello, temeroso de que, en un arrebato de ardor, el orgasmo de la Alfa concluyera con su propio cuello quebrado. Recordó que había muchas variedades de insectos entre los cuales, al finalizar la cópula, la hembra se devoraba al macho. Juana pareció leerle el pensamiento y le permitió alejarse.

- Sacate la ropa – ordenó Juana – fuiste una grata sorpresa en la cocina y ya me voy imaginando que también lo vas a ser en la cama.

Juan empezó a sacarse la ropa mientras la erección volvía a hacerse presente. El cuerpo de Juana era muy atractivo. Apenas Juan estuvo desnudo, Juana se montó sobre él, tomó con sus manos el pene de Juan y se lo introdujo. Él permanecía quieto mientras ella subía y bajaba con ímpetu creciente, a la par que emitía unos gritos de karateca que por un momento desconcentraron a Juan. La atención de Juan iba y venía, por momentos se sentía más un espectador que un protagonista. Todo tenía algo de porno del más burdo, algo de contienda deportiva, o de escena campestre de animales copulando. En un momento Juana llevó un pezón a la boca de Juan. Era el pezón más grande y duro que Juan jamás hubiera probado, y eso le encantó. Juana empezó a darle un pezón, y luego el otro y esto sí logró toda la atención de Juan, quien pronto alcanzó el clímax.

- Bien viejito, bastante bien. – fue todo el comentario que mereció el episodio por parte de Juana.

Juan no tenía ganas de hablar con Juana, había comido de manera abundante, había tenido su orgasmo y se sentía como si un tren le hubiera pasado por encima; sólo quería dormir. Pero Juana, en un ágil movimiento se incorporó y se volvió a montar otra vez sobre la cara de Juan. Frotaba su vagina contra la cara de Juan, hacia delante y hacia atrás, a veces en círculos, y él pronto encontró una posición en la que no corría peligro de que le rompieran la nariz. Y así estuvo Juana frotándose y lanzando sus gritos durante un buen rato. En algún momento Juan estuvo a punto de quedarse dormido, o quizá se durmió durante un instante, quien sabe. Finalmente, Juana se dio por satisfecha y dejó en libertad la cabeza de Juan.

- Me encantó. – dijo ella mientras se vestía.

Cuando despertó ya estaba anocheciendo. Pola golpeaba la bolsa en un rincón del gimnasio. Era inentendible. Ingeniería genética desperdiciada. Aunque no se le pasaba por alto que un solo golpe de esa joven acabaría con sus ciento seis años de vida en un instante. La dieta de Pola consistía casi exclusivamente en proteínas animales y carbohidratos, mientras que la de Juana era predominante en vegetales. La cena fue tan silenciosa como el almuerzo. Sin embargo, Juan percibió que Juana lo miraba distinto. Era una ventaja contar con la simpatía de una de las dos Alfa, aunque por un momento tuvo miedo de que eso implicara que sus nuevos deberes de esclavo sexual comprendieran doble turno. Por suerte, tanto Juana como Pola estaban muy interesadas en la pared pantalla donde había un extraño torneo de cachetadas. Dos hombres o dos mujeres se paraban uno frente a otro y se golpeaban con la mano abierta de manera alternativa. Tiraban una moneda para ver a quién le tocaba pegar

primero. Entre los más pesados pegar primero era una gran ventaja porque generalmente el contrincante no lograba ponerse de pie para respondérsela. Pero lo que había aumentado el éxtasis de las jóvenes era un combate entre dos mujeres de peso mediano que llevaba ya varios minutos. Ambas contendientes, diestras las dos, tenían el lado izquierdo de la cara al rojo vivo, la oreja sangrando y el ojo hinchado. El público del estadio ovacionaba cada cachetada y sobre todo el esfuerzo de las combatientes por no irse al piso, cosa que lograban asiéndose a una baranda que había entre ambas a tales efectos. Se generaba un momento de gran tensión cuando una de las contendientes se preparaba moviendo su hombro y llevándolo el brazo a su máximo alcance para amplificar la potencia de la cachetada, mientras la otra contendiente se agarraba de la baranda y flexionaba las rodillas para resistir mejor el golpe. Luego se veía la repetición en cámara lenta, el impacto del golpe que por un instante desencajaba la cara de quien lo recibía en un gesto desesperado y brutal, las gotas de sangre saliendo disparadas a varios metros. Las reglas eran que tres caídas o la cuenta de diez en el piso finalizaban la pelea. El combate continuó hasta que una de las dos combatientes cayó desmayada, entre ovaciones del estadio y aplausos de Pola y de Juana.

Después de cenar, Juan tuvo la sensación de que las chicas esperaban a alguien, así que no le sorprendió cuando un rato más tarde, mientras él lavaba los platos llegó el Doctor. El Doctor era un hombre Alfa de aspecto prolijo, vestido de manera impecable con un traje cuello de tortuga negro, de modales amables, que aparentaba unos cuarenta años, pelo renegrido, tez blanca, ojos negros y mirada profunda. Lo hicieron pasar a la cocina y desde el primer instante Juan tuvo claro, aunque no se lo dijeran, que el motivo de la visita del Doctor era él mismo. El Doctor, de nombre Esteban, le produjo un inmediato escalofrío a

Juan. No sabría explicar por qué, tal vez una cuestión de expresión facial, tono de voz, actitud corporal, pero todo en ese hombre le ponía a Juan los pelos de punta.

- Así que tu nombre es Juan.
- Sí.
- Según tengo entendido, estás clandestino.
- Sí.
- Qué situación tan incómoda, ¿verdad? Veremos qué podemos hacer.

Juan no respondió.

- Esteban, para cuándo pensás que vas a estar listo – preguntó Juana.
- Dame unos días. Para hacer las cosas bien hay que respetar los tiempos.

Juan sabía que estaban discutiendo su destino, en su presencia, ignorándolo de una manera más bien grosera. Permaneció en silencio para no mostrarse débil, asustado o ansioso. También entendía que lo que fuera que le esperaba, era sin dudas ilegal. Seguramente le propondrían perpetrar algún crimen a cambio de su libertad, aunque no entendía de qué forma podrían devolverle la libertad. Había también otra posibilidad más desalentadora y era que lo obligaran a cometer el crimen sólo a cambio de su supervivencia. Incluso podían obligarlo a cometer crímenes de manera reiterada. También estaba claro que lo necesitaban. Juana y Pola tenían para él un destino preparado desde el momento mismo en que lo vieron bajarse del bote de Domínguez. Juan imaginaba que se habían comunicado de inmediato con el Doctor Esteban, quien seguramente hacía rato que estaba esperando que algún pobre desgraciado como él apareciera para poner en marcha algún plan que guardaba en el bolsillo desde hacía tiempo.

¿Qué estaba dispuesto a hacer Juan por su supervivencia o su libertad, en caso de que eso fuera posible? ¿Cuál era el límite? Tal vez tuviera suerte y se tratara solamente de una estafa, cosa mucho más aceptable que un asesinato o un atentado masivo.

¿Quiénes eran estos Alfa tan extraños? ¿Por qué teniendo todas las oportunidades habían preferido darse a la mala vida? Juana y Pola vivían en una casa miserable incluso para el más viejo y pobre de los NIG. Pola se dedicaba a un deporte peligroso. Y era evidente que no debería ganar mucho crédito en esa actividad, de lo contrario ella y Juana no andarían en tramoyas con este desagradable individuo llamado Esteban.

Esteban se puso unos guantes de látex y empezó a mirar la herida de Pola.

- Cicatriza bien. Ya se está desinflamando.
- ¿Cuándo puedo volver a pelear?
- Dos meses, diría yo.
- Es lo que pensaba.
- Ese codazo fue perfecto.
- Culpa mía, sabía que tenía que cuidarme de ese giro.
- ¡Mirá que lo trabajamos, Pola! -intervino Juana.
- Bueno, qué tanto, gané la pelea y la mandé al hospital, ¿o no?

Juana, Pola y Esteban rieron con el comentario de Pola. Juan se mantenía expectante, tratando de parecer relajado o indiferente. Esteban se incorporó, listo para irse.

- Vuelvo el miércoles que viene, ya con algo más armado.
- Perfecto.

- Prefiero venir personalmente – ahora Esteban giró su mirada hacia Juan – con tantos ojitos dando vuelta por el cielo es imposible no ser visto, pero por lo menos podemos evitar ser oídos, ¿no Juan?

El doctor remató la pregunta retórica con una amplia sonrisa. Luego le tendió la mano al viejo estilo romano, en un gesto un tanto bufonesco, y a Juan no le quedó más remedio que estrechársela. Saludó a las chicas con un beso en la mejilla, y Pola lo acompañó hasta la puerta.

Al día siguiente, después del almuerzo, Juana llevó a Juan al cuartito de limpieza para otro round de amor salvaje. Juan se preguntaba si haría falta que se quitase la ropa o alcanzaba con su cartílago nasal. Juana, que ya lo había adivinado, sacó del bolsillo un vibrador eléctrico y se lo dio a Juan sin más, mientras ella se quitaba la ropa. Ayudándose con tal útil implemento, Juan logró darle placer durante más de una hora, después de lo cual le tocó el turno a Juan de frotarse contra los pezones de Juana, y así tener su orgasmo diario. Como broche de oro, Juana volvió a montarse un buen rato sobre la nariz de Juan alcanzando un orgasmo acompañado por un grito de guerra que en un primer momento asustó a Juan, pero que luego le pareció halagador.

Juana se levantaba y empezaba a vestirse.

- Momento. Así no.

Juana miró a Juan con extrañeza. Juan había estado pensando que tenía que empezar a hacerse respetar, y había decidido forzar una conversación iniciándola con tono perentorio.

- ¿Así no qué?
- Que así no es demasiado interesante.
- ¿Qué es lo que querés decir?
- No sé, es como que falta algo.

Juana levantó los hombros como diciendo “no entiendo”.

- ¿Puedo hacer preguntas?

Juan estaba siendo irónico; ella lo entendió y le respondió con una sonrisa.

- Sos muy linda, sobre todo cuando sonreís.
- Gracias. Vos también sos lindo. De una manera un poco extravagante, diría, pensando que cuando yo nací vos ya eras viejo.
- No exageres.
- Mirá que muchas cosas han cambiado desde los lejanos días en que fuiste joven, pero hay una que no: no se le pregunta ni se le discute la edad a una dama.

Juan rio. Juana también.

- Bueno, a decir verdad, tampoco se le dice “viejo” a nadie, ¿no te parece?
- ¿Por qué? Ser viejo es un simple dato objetivo.
- No me jodas, es de mal gusto.
- Tenés razón, es verdad. Disculpame.
- Estás disculpada.
- ¿Te puedo decir “Narizota”?

Juan estalló en una risa.

- ¿No te gusta? No tenemos por qué decirle a nadie de dónde salió – dijo Juana, mientras ella también reía.
- Bueno, soy medio narigón, ese es un dato objetivo también.
- Eso puede verlo cualquiera, pero me imagino que no cualquiera tiene el privilegio de probar que además del tamaño, hay en esa hermosa narizota una destreza prodigiosa.

- Es que vos me inspirás las más grandes proezas nasales.

Juan y Juana no podían parar de reírse.

- Con cuantas mujeres habrás estado para desarrollar semejante destreza…
- No creas, vos sos la primera que sabe apreciar un arte hasta ahora poco valorado.

Luego de un rato, entregados a las caricias y exploraciones, entre risas, por primera vez en un tono relajado, amoroso, Juana volvió otra vez a poner algún reparo:

- Pero no te encariñes demasiado conmigo, eh. Sé cómo son ustedes los NIG con estas cosas. No vamos a estar juntos mucho tiempo.
- Podemos ser amigos y pasarla bien el tiempo que nos toque. Hace rato que aprendí a no hacerme ilusiones sobre el futuro.
- Así está bien.
- Ahora decime, Juana, ¿Qué planean hacer conmigo?

Juana se detuvo a pensar qué responder y el clima amoroso y confidente se desvaneció. Volvió a sentarse en la colchoneta, al lado de Juan.

- Mirá Juan, creeme que no te digo lo que va a pasar por tu propio bien. Pero a la larga todo va a ser para mejor. O al menos eso creo.
- Así como me gustás cuando sonreís, no me gustás nada cuando te volvés condescendiente.
- A ver, las cosas son así: Pola y yo estamos en una situación difícil. Mi crédito es una mierda y ya pasó el mejor momento de la carrera de Pola. Tenemos una propuesta que nos viene bien a nosotras y te viene bien a vos. De hecho, no se me ocurre otra salida para vos, como no sea vivir el resto de tu vida en este cuartucho. Como ya te imaginás, la propuesta es un tanto… retorcida.

- Ilegal.
- Digamos que sí.
- Entiendo.
- Mejor que no sepas lo que va a pasar, porque así sólo vas a ser una víctima, podés decir que nosotros te obligamos. En cambio, si sabés lo que va a pasar, entonces sos cómplice. Yo entiendo que a la larga da lo mismo, si las cosas salen mal, cómplice o víctima obligada, a vos de todos modos te cesan. Pero estoy segura de que tenés una moral, y que no te da igual hacer una pequeña trampita, que es lo que te vamos a pedir, que algo digamos… más grave. Una vez que todo esto haya pasado me lo vas a agradecer. Vas a recuperar tu libertad, vas a tener una vida nueva.
- ¿Y si me niego?
- Juan, nadie te obliga a nada. No sos nuestro prisionero, la puerta está abierta, te podés ir cuando quieras.

Juan sabía que no podía dar dos pasos fuera del gimnasio sin ser identificado, detenido y cesado. Pero eso no era culpa ni de Juana ni de Pola.

- Acá podés quedarte cuanto quieras, mientras colabores con las tareas. Pero si te vas a ir, hacelo hoy mismo, porque Esteban tiene que tomar decisiones y sería muy jodido de tu parte dejarlo seguir adelante para nada; él no lo tomaría a bien.

Juana terminó de vestirse, buscó algo en sus bolsillos y encontró un llavero. Se lo arrojó a Juan, quien lo atajó al vuelo.

- La llave más grande es la de la puerta principal. Si te vas, dejá las llaves en la cerradura, del lado de adentro.

Juan se quedó mirando las llaves, sin decir nada.

- Te agradezco mucho estos ratos de placer, Narizota.

Juana salió del cuarto, dejando a Juan solo con sus decisiones.

A la mañana siguiente se levantó temprano, metió la llave grande en la cerradura, y la dejó allí. Luego fue a la cocina a preparar los desayunos para tres. La primera en llegar fue Pola, quien lo saludó con un "hola, Juan", en el que Juan creyó reconocer un matiz distinto que sugería que Pola estaba al tanto de que él había decidido quedarse, y que apreciaba esa decisión. Luego llegó Juana, con una sonrisa radiante, saludó y se sentó a desayunar.

- Juan, estaba pensando que te convendría, digo, si vos querés, que te arme una rutina de entrenamiento. Algo suave, como para que te mantengas en forma, ¿qué te parece? – ofreció Juana.
- Estaría bien. Pero sin exagerar, sólo un rato. Las dos mujeres para las que trabajo me obligan a hacerles cuatro comidas diarias, me explotan, no tengo mucho tiempo -bromeó Juan con seriedad.
- A la nochecita, a eso de las ocho hay poca gente. ¿A vos que te parece Pola?
- Me parece bien, armale una rutina. Pero cuidado, yo te conozco Juana, no exageres demasiado con el desarrollo de la musculatura nasal.

Pola remató su chiste sin reírse, pero haciendo un casi imperceptible contacto visual cómplice con Juan. Juana estalló en una risa con su enorme bocota. A Juan le causó gracia y a la vez lo puso un poco incómodo; por lo visto, entre estas dos no había secretos.

Los días pasaban de manera monótona pero amable. Juan cocinaba, tenía sus tardes de amor o masturbación mutua con Juana, trataba de pasar desapercibido para los jóvenes que concurrían al gimnasio, y a las ocho de la noche hacía sus rutinas, moderadas comparadas con las del entrenamiento militar.

Empezó a encariñarse con Juana. Le gustaba ser “Narizota” por un rato. Esos momentos posteriores al fragor amoroso cada vez se hacían más largos y Juana se mostraba un poco más humana. Así se fue enterando de su historia. Juana había nacido de padres NIG que, como tantos en aquellos años –antes de que el Estado universalizara y se hiciera cargo del tratamiento-, habían empeñado hasta lo que no tenían por ser padres de una hija Alfa. Había crecido en una relativa pobreza. Desde muy joven había presentado aptitudes atléticas y se había dedicado a las artes marciales. Había alcanzado algún título de campeona local, pero las sucesivas lesiones la habían forzado a retirarse temprano. Con pocos años de aportes, su Crédito de retiro era mínimo y le habían conseguido el puesto de encargada del gimnasio. Había conocido a Pola hacía unos diez años y se había emparejado con ella. Pola había tenido una carrera ascendente hasta que había perdido de manera dramática una pelea en la que, con una palanca, le habían fracturado el brazo derecho. Le habían aplicado los más modernos métodos de curación, pero nunca había recuperado por completo la potencia, o quizá la confianza en esa mano con la que había volteado a muchas peleadoras y que había sido su gran esperanza. Había ganado su última pelea, pero Juana consideraba que la carrera de Pola declinaba, y Pola se negaba a aceptarlo. Juntas completaban sus menguantes ingresos comerciando con los gitanos de la isla. El Doctor Esteban era médico en un CRAMPE, de donde se robaba medicamentos que las chicas cambiaban con los gitanos. Así llenaban la heladera de carne de verdad. Desde el ataque, el tráfico se había interrumpido y la heladera se había llenado de carne sintética. Pero ahora que la isla se había quedado sin los suministros de la Orga, las chicas estaban entusiasmadas con hacer alguna diferencia mayor. Uno o dos sábados al mes había peleas en el gimnasio, que recuperaba su condición de estadio, y venía mucho público y cámaras que transmitían a todo el mundo, por alguno de los cientos de canales que daban simultáneamente peleas

desde los lugares más recónditos. Allí Juana y Pola establecían un servicio de restaurant con el que hacían una diferencia interesante, ya que la carne no sintética era muy cara. Entre las gentes bien pensantes, comer carne de animales no sintética estaba mal visto, pero el público que acudía al estadio era más bien deplorable, y les encantaba enjoyarse para la ocasión y aparecer comiendo vísceras de vaca con champán frente a sus también deplorables amistades. Ahora que volvía el comercio con Domínguez y su gente, el restaurant volvería a funcionar. Sin embargo, la situación de las chicas no era muy cómoda, y estaba claro que el Doctor Esteban estaba harto del pequeño trapicheo y tenía grandes planes que cambiarían de manera radical la situación de los tres. A Juan le sorprendía el vidrioso estilo de vida de Juana y Pola. Siempre había pensado que absolutamente todos los Alfa gozaban de un pasar sin preocupaciones económicas. Ni Juana ni Pola eran delincuentes. Eran simplemente dos mujeres desesperadas ante un futuro que adivinaban sombrío.

Juan empezó a sentir que por primera vez en la vida lograba empatizar con una Alfa. Y la aparición de Juan, o el lugar que empezaba a ocupar en las tardes de su vida, había hecho alguna clase de cortocircuito también en las ideas de Juana. Juntos, y de manera involuntaria, se ayudaban a derrumbar sus mutuos prejuicios.

Pola seguía dedicándose a pegarle a la bolsa, a practicar lucha, patadas y codazos a diferentes aparatos de gimnasia, y de vez en cuando con Juana o alguna otra rival, cuidando de no lastimar ni lastimarse en lo que era entrenamiento, aunque dándose siempre bastante fuerte. Cuando todos se iban, ella seguía una hora más de entrenamiento más relajado, junto con Juan, quien ahora sentía un poco de circunspecta simpatía por esa chica. Él entendía que a ella, en cada golpe, patada o codazo le iba la vida. Pronto debería enfrentarse a la evidencia de que sus sueños se esfumaban. A Juan le parecía ver el terror en el rostro de

Pola, como si la pregunta “qué voy a hacer cuando la juventud me abandone” estuviera siempre agazapada y la impulsara a escapar dándole y dándole cada vez más fuerte a la bolsa.

A diferencia de Juana, Pola era hija de Alfas. Si alguna vez Juan se había preguntado cómo criaban los Alfa a sus hijos, Pola era una respuesta posible. No fue mucho lo que pudo averiguar sobre ella, pero el caso de Pola se le hacía más difícil de comprender que el de Juana. Pola no había nacido en la pobreza, ¿Por qué hacerse romper la cara a codazo limpio? En algún momento Juan se lo había preguntado a Juana y la respuesta fue “porque le gusta pelear tanto como a nosotros nos gusta coger”. “Incomprensible para un pobre NIG”, había respondido Juan. Seguramente, cuando ya no pudiera pelear, iría a los torneos de cachetazos a que le dejaran la cara como un tomate maduro.

- Necesito que me respondas algunas pocas preguntas, ¿de acuerdo?

Juan asintió. Bastaba la presencia del Doctor Esteban para que a Juan le diera escalofríos. Este tipo no estaba en una situación de vulnerabilidad, como Juana y Pola, este tipo era un mercachifle por mera codicia, y ahora estaba planeando jugar en las ligas mayores del crimen. ¿Con qué necesidad? Era médico, tenía un buen pasar. Juan empezaba a vislumbrar que el mundo de los Alfa era mucho más variado que lo que su mirada reticente le había permitido ver. De Gabriel, a Pola, a Juana, a Esteban. El diseño genético marcaba una notable superioridad sobre los NIG en cuanto a lo físico, pero en cuanto a la personalidad de cada quién, era evidente que la crianza y las experiencias vitales pesaban más. Así, era posible que la manipulación genética produjera monstruos como Gabriel, o absurdos como Pola. También psicópatas como Esteban, puesto que Juan ya lo había caracterizado de esa manera. Estaba empezando a pensar que la clave de por qué los primeros Alfa se habían

hecho con el control del mundo era menos la superior inteligencia que el haberse constituido en una camarilla homogénea, cohesionada y sumamente consciente de cuáles eran sus tareas históricas.

Esteban le preguntó a Juan por su lugar de residencia antes del pase a la clandestinidad, sus padres, su hijo, sus amigos.

- Bueno Juan, hay un lugar adonde nunca vas a volver, Buenos Aires. Y tampoco deberías volver por acá, Bahía Blanca, por mucho tiempo; siempre alguien de los tantos que circulan por el gimnasio te podría reconocer. Yo te mandaría a algún lugar donde no te conozca nadie, donde puedas pasar desapercibido, una ciudad grande con barrios NIG, donde tu acento porteño no llame la atención, ¿La Plata, Mar del Plata? ¿hay alguien que te conozca ahí?
- No.
- Bueno, elegí. Ah, y está claro que nunca vas a volver a comunicarte con tus amigos, ni con tu hijo. Para la ley, vos estás muerto, y así debés seguir.

Juan se encogió de hombros; no había nada que extrañar de su vida anterior a Marcia.

- O sea que en serio vos creés que voy a poder volver a una vida normal – preguntó Juan, con una impensada sonrisa ensoñadora.
- Sí, amigo, y muy pronto. Claro que te vamos a proponer un trato que vos vas a aceptar sin hacer preguntas. Las cosas van a salir bien si confiás en mí.

Al día siguiente, sábado, habría combates y concurriría público, así que había mucho movimiento desde la mañana del viernes. La organización del evento constaba de diez personas, y el sábado serían no menos de treinta. Así que después de la habitual sesión sexo gimnástica del mediodía, Juana le indicó a Juan que no se hiciera ver hasta el sábado a la

noche. Pasó todo el día encerrado en el cuarto de limpieza sin nada que hacer. Cuando llegó la noche no tuvo un buen sueño, dormitó de a ratos, y a la hora del diablo sus pensamientos lo llenaron de angustia. Se sentía atrapado en ese cuarto miserable, en esa vida de reclusión, en su cuerpo que empezaba a mostrar deterioro por falta del mantenimiento biomédico necesario para un hombre de su edad. Su única consigna en esas horas era aferrarse a la esperanza de la libertad, a la idea de volver a caminar por una calle cualquiera de una ciudad cualquiera. Deseaba más la libertad que la vida. La vida no valía la pena sin la libertad. Reflexionaba sobre el valor relativo de la vida y de la libertad. Se puede ser más o menos libre; siempre en última instancia somos prisioneros de nuestro cuerpo, del tiempo, de la ley de gravedad, de nuestra finitud. Pero ahora su margen de libertad era tan mínimo que se asfixiaba. Sobre la relatividad del valor de la vida: hacía pocas semanas estaba dispuesto a dar la vida y a tomar la vida ajena en nombre de una causa que consideraba justa. Sólo en ese marco podía concebir matar a un semejante. El valor de la vida humana, por lo tanto, depende del contexto o las circunstancias. Ahora las circunstancias habían cambiado. ¿Estaría dispuesto a quitar la vida a alguien para recuperar su libertad? La respuesta a esa pregunta era otra pregunta: ¿Tenía sentido seguir viviendo indefinidamente privado de la libertad?, ¿si tenía que matar a un ser inocente para recuperar su libertad, lo haría?, ¿asesinaría a un niño para recuperar su libertad?, ¿cuál era su límite? No, jamás lo haría. Pero ¿era acaso libre de elegir no delinquir?, ¿podía negarse a participar de lo que fuera en que iba a participar? Había tenido ocasión de negarse, y había elegido dejar las llaves en la cerradura. Pero vamos, no había sido una elección limpia, irse no era una opción real, era prisionero de las circunstancias. Aun cuando no lo forzaran poniéndole un arma en la cabeza, ¿podía negarse a cometer un crimen y, en el mejor de los casos, resignarse a vivir el resto de sus días en el cuartito de limpieza? Si las cosas eran como todo

parecía indicar, era evidente que una vez que Juana, Pola, y sobre todo Esteban, le revelaran sus planes, él no podría decir “me niego” y continuar viviendo sin consecuencias.

Juana apareció al mediodía con un plato de comida, un par de lentes oscuros, un gorro, y le pidió disculpas por haberlo sometido a todo un día de encierro. Una vez que se abrieran las puertas al público Juan podría andar por ahí, entre la gente, con los lentes, el gorro y la discreción del caso. Se disculpó por no hacer el amor con Juan esa tarde. Le explicó que lo haría con Pola, quien se lo había pedido especialmente porque se sentía angustiada por no poder participar de las peleas, y pensaba que el sexo sería un buen sustituto.

Una vez que el público empezó a entrar, Juan salió a curiosear. Todas y todos los asistentes eran Alfas, no vio a nadie que pareciera NIG, salvo los que se encargaban de la cocina. La mayoría del público era gente de los alrededores, supuso Juan al ver que muchos se saludaban con familiaridad. Se habían puesto sus mejores galas para lo que sería el evento del fin de semana. Había un número más o menos igual de hombres y mujeres, y una parte menor pero significativa de personas cuyo sexo de nacimiento era imposible de determinar. Acorde a la educación Alfa, todos se comportaban con corrección y amabilidad y nadie reparó en ese ridículo NIG vestido con ropa de gimnasia, gorro y lentes oscuros en plena noche. El clima era risueño y distendido, muchos consumían bebidas y comida sencilla.

Las luces se apagaron y el presentador subió a la jaula de combate, se hizo un silencio absoluto y podía palparse cómo crecía la tensión cuando los primeros dos peleadores fueron presentados. Se trataba de un joven local de más de dos metros de altura, físico apolíneo, larga cabellera atada con un cordel, y el visitante, más bajo de altura, físico taurino, pelo cortado al ras. El árbitro recordó las reglas: dos rounds de cinco minutos, y si no había un vencedor, un tercer round sin límites, hasta que uno de los dos cayera derrotado o se diera por vencido. Empezó la pelea. El muchacho local, más largo, trataba de mantener a

distancia a su rival por medio de golpes rectos de puño y patadas frontales. El otro muchacho recibía los golpes tratando de entrar en corta distancia, sin lograrlo. La primera sorpresa para Juan fue el sonido de los golpes; había visto en alguna ocasión peleas por telepantalla, pero esto era otra cosa. Se escuchaban los golpes limpios, casi que uno podía hacerse una idea del dolor que provocaban. Lo segundo que le sorprendió fue el progresivo enardecimiento del público. Parecían NIG. Chillaban como monos excitados, gritaban cosas como "matalo", "pateá al hígado", y otras semejantes. Cuando terminó el primer round, el joven visitante sangraba profusamente de nariz, boca, tenía un ojo completamente negro, y el muslo de la pierna derecha estaba hinchado. La gente aplaudía loca de felicidad. Al empezar el segundo round, un par de certeras patadas del local demostraron que el visitante ya no podía apoyar la pierna con comodidad, y se veía forzado a cambiar de guardia para que los golpes los recibiera su pierna izquierda, aún sana. El local empezó a lucirse. En un giro afortunado, pegó un terrible codazo en la cara al visitante, que quedó por un momento confundido. El local disfrutaba de su lenta obra de demolición tanto como el público. Sin embargo, el round terminó sin que el visitante se rindiera. El local estaba impecable. El visitante estaba desfigurado. Tenía los ojos tan hinchados que es difícil que pudiera ver algo, y la sangre le caía de varios cortes haciendo grandes manchas en la lona. Empezó el tercer round con la misma tónica de los dos anteriores, el local pegaba, el visitante recibía. El local lanzó otro audaz giro, pero esta vez no logró impactar y quedó un tanto mal parado, cosa que el visitante aprovechó para lograr asirlo por la cintura. Estuvieron unos segundos forcejeando en la corta distancia hasta que el visitante logró derribar al local y ponerlo espalda contra el piso. El dominio había cambiado de manos; el visitante era más hábil en la lucha cuerpo a cuerpo y de a poco logró ir acomodándose para terminar montado sobre su rival y, una vez inmovilizados los brazos del local, empezó a

golpearlo en la cabeza, primero con la mano derecha, y luego, alzándose sobre sus rodillas para caerle con todo el peso del cuerpo con el codo en el pómulo derecho. Juan podría jurar que vio la jaula entera vibrar con el impacto, hasta le pareció escuchar un “crac” y tuvo la certeza de que el muchacho local había sufrido daño grave. Un grito de sorpresa y admiración surgió del público unánime. El visitante volvió a erguirse y a caer con el codo punzante. Y cuando iba a hacerlo por tercera vez, y estaba claro que el local ya no se defendía, el árbitro paró la pelea dando al visitante como ganador, para secreto fastidio de la mayoría del público que seguramente deseaba un par de golpes más. Aun cuando había perdido el favorito del público, la gente aplaudía de pie al vencedor. El vencedor, en tanto, era ayudado por sus segundos a levantarse del piso, feliz, agotado, muy lastimado e incapaz de apoyar la pierna derecha. Mientras el árbitro le levantaba la mano, sus segundos trataban de parar la hemorragia en su rostro. Mientras tanto, los médicos oficiales habían ingresado inmediatamente a la jaula para retirar al derrotado, que no daba muestras de volver en sí. Le pusieron una máscara de oxígeno y rápido lo sacaron en una camilla, envuelto en su propia sangre y en la de su rival, con rumbo a la sala de emergencias del gimnasio. La noche prometía, había empezado con una excelente exhibición de morbo y el público agradecía y se frotaba las manos esperando por más; quien sabe si tendrían el gusto de disfrutar hoy de alguna muerte sobre el ring.

Juan ya había tenido suficiente. Se levantó de su asiento con rumbo a la cocina y al pasar vio a Juana y Pola, abrazadas, disfrutando del espectáculo. Ellas lo saludaron. Él respondió el saludo, luego miró en dirección a la jaula e hizo un gesto de negación que mostraba su repugnancia. Ese pequeño gesto fue como un bálsamo para su moral, una brisa de libertad. El mundo podrá ser de ustedes, se creen superiores, pero no dejan de ser unos animales crueles y estúpidos.

Una mañana, mientras cocinaba, entrevió algún movimiento extraño. Cuando Esteban se presentó en la cocina acompañado por Juana y Pola, supo que la espera había terminado.

- Hola Juan, ¿preparado? – saludó Esteban, jovial.
- ¿Preparado para qué?
- Para el gran momento de recuperar la libertad.

Juan dejó la papa que estaba pelando sobre la mesada. Las manos le temblaban, y no estaba seguro si era de temor, de alegría, o de qué, pero era consciente de que, una vez más, el guionista divino de su vida estaba a punto de presentarle el próximo acto.

- Bien, ¿qué tengo que hacer?

Esteban sonrió satisfecho. Juan tuvo la impresión de que ese desagradable delincuente Alfa empezaba a encariñarse con él, como si fuera una mascota.

- Vamos, cuanto más rápido mejor para todos.
- Ponete los lentes y el gorro, vamos a salir – intervino Juana.

Juan fue a su cuarto a tomar sus lentes y gorro. El hecho de que las cosas se pusieran en movimiento antes de que él diera su acuerdo le provocaba pánico. Sentía que perdía el control, que sus posibilidades de negarse se angostaban. Se imaginó que le pondrían un arma en la mano y le indicarían a quién tendría que matar, ¿una mujer embarazada tal vez?, insistía su afiebrada imaginación, amparándose en la superstición de que había que imaginarse lo peor, porque las cosas nunca resultan como uno se las imagina.

¿Qué harían después con él, una vez que concluyera aquello para lo cual lo necesitaban?, ¿era descabellado pensar que lo liquidarían? Lo habían engañado con lo único que sabían que él deseaba, la libertad. Pero nunca le habían explicado cómo pensaban devolvérsela porque todo era una mentira. No había forma de recuperar su libertad, nada se la podría

devolver. Apenas salió de su cuarto Juana lo tomó del brazo con algo de dulzura y mucho de firmeza, y lo empezó a conducir hacia el auto que estaba en el garaje.

- Juana, quiero que me expliquen qué es lo que esperan que yo haga.
- Tranquilo Juan. Vos no tenés que hacer nada, Esteban se ocupa de todo.

La respuesta lo desconcertó. ¿Cómo que él no haría nada?, ¿para qué lo estaban llevando entonces?, ¿era otro engaño? Casi sin darse cuenta, ya estaba adentro del auto. Pola y Esteban estaban sentados frente a Juan y Juana.

- ¿Cuál es mi parte en todo esto?
- Tranquilo. – respondió Esteban con una sonrisa.
- Tengo derecho a que me expliquen todo.

Juana, Pola y Esteban se miraron entre sí, decidiendo de manera tácita que el interlocutor sería Esteban.

- ¿Me van a obligar a matar a alguien? – se desesperó Juan.

Esteban respondió con una carcajada.

- Vos no vas a matar a nadie, quedate tranquilo.
- ¿Y entonces?
- Mirá Juan, ahora vamos a una Clínica en la que trabajo. Ahí vas a dormir un rato, ayudado por alguna droga, y cuando te despiertes vas a ser un hombre libre. No hay nada de qué preocuparse.
- ¡Quiero que me digan todo ya! – dijo Juan, indignado.

La única respuesta que escuchó fue la del inicio del conteo regresivo del auto llegando a su destino; el viaje había durado apenas cinco minutos.

- Juan querido, vamos a hacerte una pequeña cirugía. Es muy sencilla, no tiene riesgo para tu vida. Vamos a hacerte un trasplante óptico.

Las puertas del auto se abrieron y todos bajaron mientras Juan trataba de entender lo que le estaban diciendo.

- Vas a tener una vida nueva. Vas a ser libre. Te vas a ir a vivir a Mar del Plata, te vamos a conseguir una linda casa, nos vamos a ocupar de todo, no te preocupes.

A Juan todo esto le sonaba como una sarta de disparates. Le seguían mintiendo. ¿Debía resistirse, o al menos hacer un gesto de resistencia, o debía dejarse llevar adonde fuera que lo estaban llevando? Una parte de su mente calculaba las posibilidades de salir corriendo; eran nulas, jamás podría contra tres Alfa de semejante porte. Llegaron a una sala que resultó ser un quirófano. Juan tenía la sensación de que el destino lo llevaba hacia adelante a las patadas. El tiempo parecía haberse acelerado y sentía vértigo.

- Dentro de un par de horas vas a ser otra persona.
- Alto. Un momento. Estoy harto de explicaciones parciales. Tengo derecho a saberlo todo. ¿Qué quiere decir trasplante óptico?
- Quiere decir que vamos a reemplazar un ojo tuyo por otro. De esa manera, cuando pongas el ojo en un lector, ya no vas a ser Juan, vas a ser otro. Vas a poder volver a tener crédito, hacer trámites, tener una vida normal.
- ¿Un ojo nuevo?
- No diría que nuevo, exactamente – dijo Esteban y rio.

Juana y Pola no reían. Sus caras más bien eran de miedo o duda. Tras un instante de silencio, Juan empezó a entender. Le trasplantarían el ojo de otra persona.

- ¿De quién es el ojo que me van a trasplantar?

- Adrián Márquez. Ese va a ser tu nuevo nombre a partir de ahora. Por lo menos cuando mires con el ojo derecho – volvió a reír Esteban.
- ¿Y qué pasó con el verdadero Adrián Márquez?
- Murió esta mañana. Pobrecito. Pero nadie lo va a saber nunca. Vos vas a ser Adrián Márquez a partir de ahora.
- ¿Y cómo murió?
- Qué te importa.
- Ustedes lo mataron.

Esteban hizo un gesto que se leía como "es intrascendente". En la expresión de Pola y Juana se veía que la cuestión para ellas no era intrascendente sino más bien mortificante.

- O sea que voy a ser cómplice de asesinato.
- No. Eso que vos llamás asesinato ya se cometió y vos no tuviste nada que ver.

Juan se queda evaluando la respuesta de Esteban. Pola y Juana desvían la mirada.

- Vos no tenés la culpa de nada, el hombre ya murió. Venía al CRAMPE donde yo trabajo. No tiene padres, ni hijo, ni hija, no tiene amigos, sólo tiene mucha plata. Lo estudié durante meses, nadie va a notar su ausencia. Noventa años de una vida miserable; en mi opinión, le hicimos al mundo un favor, e incluso a él mismo, que pedía a gritos su cese, aunque le faltaban diez años. Ya le di el pase a un CRAMPE de Mar del Plata. Te esperan ahí en unos días. Todo está ordenado y en regla.
- Un momento, aunque yo no haya decidido la muerte de este hombre, aceptar el trato me involucra y me vuelve cómplice. No puedo aceptarlo.
- Es tu última posibilidad de ser libre – dijo Esteban, ya con cierto fastidio.

Juan enmudeció. Tenía razón Esteban, el hombre ya estaba muerto, qué tenía de malo tomarle prestado un ojito. Nada. Si no se lo ponían a él se lo pondrían a otro. Negarse no lo iba a devolver a la vida. Mentira, estaba siendo cómplice del asesinato de un inocente. Siempre había sabido cómo iba la cosa, no podía hacerse el tonto. Un dilema. O era cómplice de un asesinato, o perdía su libertad para siempre; increíble paradoja: ser inocente equivalía a perder la libertad, ser culpable equivalía a recuperarla.

No supo bien cómo pasó, pero de pronto, con un salto ágil, Pola estuvo a sus espaldas, y tomándolo tampoco supo bien cómo, lo levantó por el aire en una toma de yudo y lo puso de espaldas sobre la camilla, al tiempo que apoyaba sobre los genitales de Juan el cuchillo de cocina con el que hasta hacía un rato él había estado pelando papas.

- Basta. Doctor, póngale la inyección. Esto es lo mejor para todos. Y para vos también, Juan.

Juan se quedó quieto, tratando de entender cómo había llegado a esa situación en apenas un parpadeo. Vio la mirada seria, segura, firme de Pola, con el cuchillo apretándole las bolas. Vio a Juana cerrando los ojos, lamentando todo. Vio a Esteban ir a buscar una jeringa y después sintió el pinchazo en el brazo. Muy pronto los párpados le empezaron a pesar. Tuvo tiempo de pensar que, por suerte, Pola había resuelto el dilema por él.

Despertó en la misma camilla en la que lo habían operado. El lento regreso del sueño a la vigilia le llegó con pensamientos confusos, que unos minutos después no podía recordar.

- Todo salió a la perfección, Juan – decía el sonriente Esteban, que un instante más tarde aparecía en su campo visual.

De a poco, Juan empezó a entender o recordar porqué estaba en esa camilla. Sentía dolor de cabeza y, apenas reconoció a Esteban, una sensación de alarma, ¿qué habían hecho con él?

- Vas a tardar unos días en recuperar la visión de ese ojo. El ojo funciona, pero el nervio óptico es un canal por el que hay miles de vías, cada una conectada con un fotorreceptor. Los fotorreceptores están en el cerebro, que es donde se decodifica la luz que el ojo capta. Ese nervio óptico, está hoy agredido por la operación, pero en los próximos días se va a ir desinflamando y pronto vas a ver bien.
- ¿Juan, estás bien? – preguntó Juana.
- Tengo un dolor de cabeza terrible.
- Enseguida remediamos eso – dijo el Doctor.

Pola se acercó a Juan, le apoyó una mano en el hombro.

- Perdoname.

Juan sabía que, aunque Pola no hubiera intervenido, él al final habría cedido. La intención de Pola, además de precipitar los sucesos, había sido quitarle el peso de la culpa. Si Juan fuera menos honesto consigo mismo, hasta podría considerarse inocente, podría decir que fue obligado a dejarse operar. Pero Juan se sabe cómplice. Hasta siente cierto alivio de no haber tenido que asesinar a nadie con sus propias manos para recuperar al fin la libertad. No tenía mucho sentido enojarse con Pola. Ahora eran un equipo. Un equipo de delincuentes, pero un equipo al fin. Así que Juan le tomó la mano.

- Con ese cuchillo pusiste en riesgo las dos cosas que más aprecio en este mundo – dijo en tono de broma.

Pola sonrió aliviada. Ahí Juan se dio cuenta de que nunca la había visto sonreír, al contrario del Doctor que parecía estar genéticamente adaptado para mantener una sonrisa constante de galán y embaucador profesional. Pola era bella, muy bella debajo de todos esos tatuajes intimidantes. Y a Juan no sólo le sorprendió la sonrisa de Pola, sino el darse cuenta de que

para Pola parecía importante que él no estuviera enojado con ella, es decir que, de una manera muy al estilo Alfa, ella lo tenía en consideración.

- Yo nunca te lo hubiera perdonado. Y menos todavía si le cortabas esa hermosa narizota- bromeó Juana.

El embaucador profesional le acercó un vaso con una droga que Juan tomó sin chistar.

- ¿Ya podemos irnos? – preguntó Juana.
- Momento, momento. No te saques la venda del ojo. Yo voy a ir mañana a cambiártela. Tomá una de estas cada seis horas, para el dolor. – dijo mientras le entregaba a Juan una caja de pastillas.
- ¿Cómo se deshicieron del cadáver?

La pregunta de Juan queda flotando en el aire y nadie quiere asirla.

- Vamos che, ahora estamos todos juntos en esto. – insistió Juan.
- ¿Es necesario? – preguntó Juana.
- Sí. Quiero saberlo todo. Cuando me quemen en la hoguera quiero saber por lo menos de qué soy culpable.
- Ácido oxidante – cortó Esteban – y luego, con paciencia, inodoro, red cloacal y así hasta el océano Atlántico – concluye, recuperando su eterna e inquietante sonrisa.

Juan asintió con un gesto, mientras pensaba que estos Alfa, puestos a delinquir, eran tan eficientes como en cualquier otra actividad que acometan.

No podía dejar de mirarse el ojo en el espejo. Lo primero que había que decir era que el ojo veía. El ojo de Adrián Márquez era marrón, a diferencia del ojo de Juan que era de un celeste grisáceo desvaído. Ese ojo pertenecía a otra cara, era evidente. Si bien había muchas

personas que tenían un ojo de un color diferente al otro, a Juan le parecía que en su cara la diferencia era grosera. De ahora en más, andaría con lentes oscuros siempre que saliera a la calle, puesto que seguía teniendo un ojo clandestino.

Habían pasado cuatro días desde la operación cuando Esteban estimó que estaban dadas las condiciones para retirarle la venda del ojo. Al principio vio nublado, como si tuviera líquido en el ojo, pero pronto empezó a enfocar y sintió un alivio y una alegría como pocas veces en la vida había sentido al ver su propio rostro en el espejo, con total nitidez.

Apenas comprobaron que el ojo funcionaba, Esteban dijo que había que poner manos a la obra. Rodeado por Juana y Pola, en la cocina del gimnasio, Juan se sentó frente al ordenador personal de Adrián Márquez que Esteban había traído, acercando el ojo derecho al lector de iris de la máquina. Juan pudo ver el intenso haz de luz roja. No había motivos para que el lector no identificara el iris como correcto, y sin embargo una duda un poco supersticiosa flotaba en el ambiente. Nada podía salir mal, pero…

De inmediato, una voz femenina saludó al Señor Adrián Márquez y le preguntó qué tareas deseaba desarrollar. Un estallido de alegría y alivio inundó la cocina del gimnasio. Esteban tapó la cámara de la computadora una vez que esta reconoció el iris, y ahora desactivó la función de reconocimiento de voz, a la vez que desplazó a Juan del control del teclado. En la pantalla aparecían una serie de tareas predeterminadas, entre las cuales se encontraba en primer lugar una que decía “Bancos”. Esteban fue directamente a esa opción. Resultó que Márquez tenía cuentas en cuatro bancos. A medida que Esteban leía el importe depositado en cada cuenta, las chicas se abrazaban. También Esteban se veía eufórico, la fortuna de Márquez superaba lo que habían estimado.

- Vamos a hacer pequeñas transferencias cada varios días, de manera que los bancos no hagan preguntas ni pidan aclaraciones sobre movimientos de fondos.

Entonces Esteban transfirió una suma a la cuenta de Juana, otra a la cuenta de Pola, otra a su propia cuenta. Mientras tanto Juan se preguntó qué pasaría ahora con él. Estaba a salvo mientras todavía hubiera dinero en las cuentas, pero en unas semanas, cuando terminaran de saquearlas, nada le aseguraba que no lo liquidaran. Como siempre, Esteban iba un instante más rápido y parecía adivinar los pensamientos de Juan.

- Juan. O mejor, Adrián. Vos cobrás mensualmente un Crédito social que es el más alto, porque parece que en tu otra vida fuiste un alto funcionario. De ahora en más, todos los meses nos vas a transferir la mitad, ¿entendido?
- Entendido.
- Con la mitad del ingreso de Márquez te sobra para vivir holgadamente.

Podía empezar a pensar que iba a salir vivo. Claro, Márquez era una fuente de ingresos inagotable y le quedaban como diez años antes de tener que presentarse a su primera cita para decidir su cese.

Esteban fue al segundo ítem: Propiedades. Estaba la lujosa vivienda en Bahía Blanca, una casa de verano en Punta del Este, un departamento en Manhattan, otro en Roma, dos autos, un velero.

- La vida que se daba este viejo de mierda – exclamó Esteban.

Las pibas seguían abrazadas, dándose besos. Así que las cosas que excitan a estos Alfa son la violencia y el dinero, o tal vez algo que esas dos cosas tienen en común: la adrenalina, pensaba Juan mientras seguía tratando de convencerse de que estaba a salvo.

Esteban quería quedarse con el departamento en Roma, y les preguntó a las chicas si querían quedarse con alguno. Las chicas prefirieron el dinero. Juan, o Adrián, puso inmediatamente a la venta el departamento de Roma a un precio casi ridículo y Esteban lo

compró un segundo más tarde. Luego puso a la venta, a precios razonables, los otros departamentos.

- A ver cuál te gusta… le preguntó Esteban a Juan.

En la pantalla empezaron a aparecer viviendas en venta en la ciudad de Mar del Plata. Esteban puso un tope, y las que se veían eran viviendas de mediana categoría, pero para nada despreciables. Encontró un departamento que tenía vista al mar. Era un poco más pequeño que otras opciones, pero la vista pudo más.

- Este.
- Buena elección. Aunque me preocupa un poco que no es un barrio NIG.
- No todos los NIG viven en barrios NIG. Será cuestión de no hacerme notar.
- Bien, ahí está, ya es tuyo. Felicidades, Adrián Márquez, usted es el feliz poseedor de un departamento en la playa.

El origen del dinero de Márquez era la explotación de una granja de órganos. Era curioso que una persona que se había dedicado a producir órganos en masa terminara sus días asesinado para robarle un órgano; justicia poética para tantos animalitos asesinados. Márquez estaba retirado hacía tiempo, tanto de la explotación, que había vendido y vivía de rentas, como de la política, cosa que le había dejado un magnifico crédito de retiro.

En la computadora encontraron filmaciones caseras. Cuando empezaron a curiosear, la alegría de las chicas se esfumó, y también la de Juan. Ahora que el crimen cometido tenía un rostro, una manera de hablar, una inteligencia y un sentido del humor que se podía percibir, era mucho más difícil asumirlo. Habían matado a alguien y ahora lo estaban desvalijando; deberán vivir con eso en la consciencia. Juan suponía que, como buen psicópata, a Esteban no lo afectaría en lo más mínimo.

- Así que alguna vez tuvo una vida el tipo este; si lo hubieran conocido como yo lo conocí no hubieran dado dos centavos por él. – dijo Esteban, seguramente percibiendo la conmoción general.

Esteban era un tipo extraño. Sin dudas era un psicópata. Era un hombre de modales refinados, vestía bien, y por un par de alusiones dispersas Juan sabía que era un gran lector, hecho muy poco frecuente entre los Alfa, y un exquisito melómano con preferencia por el jazz, igual que él. Durante esos días había venido diariamente a revisarle el ojo. Pero lo más curioso es que se había ocupado de hacer un chequeo completo de la salud de Juan, lo que iba mucho más allá de sus intereses, pensaba Juan entonces. Ahora que quedaba claro que Esteban necesitaba que Juan viviera para seguir cobrando el retiro de Márquez, podía entenderse. Sin embargo, su dedicación a la salud de Juan iba más allá. Esteban, de una manera inexplicable, parecía haberle tomado sincero cariño. Juan, en cambio, no veía la hora de dejarlo atrás. Esperaba ansioso el próximo acto de su vida, en Mar del Plata. No imaginaba nada para ese futuro, nada que fuera más allá de una renovada fantasía bucólica, ahora a orillas del mar. Días serenos y solitarios donde tal vez retomaría sus escritos. Apenas percibió la brisa de su futura libertad, empezó a pensar en Marcia. Se preguntaba si seguiría con vida, si podría localizarla. Sería una gran imprudencia intentarlo, pero sabía que no iba a resistir la tentación.

Esa tarde, después del almuerzo, Juana y Pola lo invitaron a su habitación. Noventa años de fantasías sexuales ahora estaban a punto de concretarse. Siempre había soñado con acostarse con dos mujeres a la vez, aunque la idea de llevar la fantasía a la práctica siempre le había resultado intimidante; nunca había estado ni siquiera cerca, ni lo había intentado. Más, si se le hubiera ofrecido la oportunidad, es muy probable que hubiera buscado alguna excusa para eludirla. Sin embargo, la mayor parte de la pornografía que había consumido

en su vida eran ínfimas y casi infinitas variaciones sobre ese tema, junto con el fetiche de pies y calzado.

Juana y Pola se besaban sobre la cama y se desvestían mutuamente. Juan no se privó de hacer notar que en esa cama estaban ellos tres y, de alguna manera, Adrián Márquez. Juana respondió que preferiría que otro fuera el órgano del pobre Márquez que estuviera participando, aun cuando sólo imaginarlo fuera monstruoso. Pola tomó el vibrador del cajón de la mesita de luz y dijo “hagamos de cuenta que es él”. Juana notó que Juan estaba un poco intimidado con la situación, y lo besó y acarició con ternura, le ofreció sus irresistibles pezones, y luego invitó a Pola a que hiciera lo mismo, y así Juan se fue aflojando. Pola volvió a disculparse por haber amenazado sus genitales con un cuchillo y ofreció a cambio una generosa y entusiasta compensación. Juan hizo lo que pudo por retrasar el momento del orgasmo, pero apenas duró uno o dos minutos. El cuerpo de Pola, en la flor de la edad, no podría describirse más que como perfecto. De manera insólita, ella también sucumbió a los encantos del prominente cartílago nasal de Juan. Un rato más tarde, cuando Juan ya estaba exhausto, las chicas seguían frotándose con una energía y una entrega, no exentas de un evidente cariño, que a él le resultaban conmovedoras. A Juan ya no le quedó ninguna duda: las Alfa también eran capaces de amar.

- ¿Qué van a hacer ahora que todo cambia?
- Yo tengo que ganar mi pelea – dijo Pola
- Ya no es necesario que pelees. Con lo que tienen ahora pueden vivir el resto de sus vidas sin hacer nada.
- Yo no peleo sólo por la plata.
- Es peligroso.
- Eso es lo que me gusta.

- ¿Te gusta que te peguen?
- No. Me gusta pegar. Me gusta tanto, que hasta estoy dispuesta a que me peguen con tal de darme el gusto.

Juana le hizo un gesto a Juan como pidiéndole que no insistiera con el tema. Juan lo ignoró, y siguió preguntando con curiosidad, de una manera no agresiva.

- ¿Te gusta lastimar?
- Estamos hablando de una competencia deportiva.
- ¿Pero te gusta?
- Dentro de una competencia deportiva, sí. Cuando entro a la jaula, mi deseo es romperla toda a la que me ponen en frente.
- ¿Sentís placer cuando ves el dolor de tu rival?
- La verdad es que sí, muchísimo. No se trata de algo personal, es una competencia y mi rival se subió al octágono con toda la intención de lastimarme. Así es este deporte, consiste en causarle el mayor daño posible a tu rival, hasta dejarlo fuera de combate.
- Me resulta difícil de entender.
- Deberías entenderlo. Esto es tan viejo como la humanidad. El momento culminante de la lucha por la vida o la muerte. Es, si se quiere, un ritual, una escenificación, que nos recuerda de dónde venimos y quiénes somos.

Juan queda pensativo. El argumento de Pola es interesante y verosímil, y denota que ha reflexionado sobre el tema; por lo visto, Pola no es sólo una máquina de lanzar golpes.

En los días siguientes continuaron con las operaciones de transferencias bancarias y la discreta liquidación de acciones y valores que comprendían la valiosa cartera del señor Márquez.

Esteban reemplazó los registros donde había datos biométricos y clínicos de Márquez por los de Juan y los envió al CRAMPE de Mar del Plata, donde Juan debía presentarse y asumirse como el nuevo Márquez; Esteban era cualquier cosa menos un improvisado.

Juan requería un discreto cambio de aspecto, no fuera cosa que alguna de sus viejas amistades paseara unos días por la costa y se cruzara con él. Así que se decidió que Juan se teñiría el pelo de algún color más o menos creíble, y que lo usaría de ahora en más corto al ras. La propuesta de una cirugía estética de nariz fue enérgicamente rechazada por Juana, y en esto también Juan estuvo de acuerdo, ahora que se sentía orgulloso de su segundo órgano más erótico.

La despedida fue más emotiva de lo que hubiera esperado. Se dio un abrazo fuerte con Juana y con Pola.

- Compará como llegaste y cómo te vas, estás hecho un señor – dijo Esteban.

Y Juan agregó para sus adentros “un señor delincuente”.

Subieron al flamante y velocísimo auto de Esteban, una Ferrari que aceleraba a doscientos kilómetros por hora en menos de cuatro segundos y parecía hendirse en el aire mientras se deslizaba sobre la autopista casi perfectamente plana. Eligió la opción de conducción manual, extasiado por la sensación de velocidad, aunque el cerebro del auto se reservaba siempre la posibilidad de corrección de cualquier maniobra que fuera demasiado temeraria. Mientras asía ansioso el volante como un niño con juguete nuevo, invitó a Juan a elegir música. Cuánto hacía que no se detenía a escuchar música, se preguntó Juan, y eligió Iris,

un tema de Miles Davis. Esteban aprobó la elección, pero lamentablemente se pasó todo el tema hablando sobre Davis, y sobre jazz, y sobre música, armonía, melodía, ritmo, composición, improvisación… Juan sólo quería que se callara de una vez, pero no se atrevió a decírselo. Tampoco podía negar que el hombre sabía de qué hablaba, el doctor era definitivamente un hampón refinado.

El viaje duró casi una hora. Se dieron la mano al despedirse. Esteban prometió que lo visitaría una vez por mes, y Juan aceptó con falso entusiasmo que Esteban, sin lugar a duda, debió haber percibido.

Cuando el auto de Esteban partió, Juan tenía las llaves de su nueva casa en la mano. Sin embargo, decidió que la nueva casa podía esperar. Cruzó la avenida costanera desierta, pisó la arena de la playa, se quitó los zapatos y las medias y metió los pies en el mar, hasta las pantorrillas, sin importarle que se mojaran sus pantalones. Estuvo una media hora mirando el horizonte del mar mientras unas lágrimas de alegría le corrían por las mejillas.

V - ¿Somos para la destrucción o somos una fase efímera hacia una inteligencia artificial?

Conozco bien esta ciudad. Mejor dicho, la conocía bien; ahora hacía casi noventa años que no la pisaba. Sin embargo, la sigo reconociendo, su perfil es inconfundible.

Hoy hice el recorrido turístico aéreo en planeador. Me parecía tener otra vez nueve o diez años. El paisaje es idéntico, el mar, los acantilados, los grandes edificios costeros. Prácticamente nada ha cambiado. Mientras estaba suspendido en el aire tuve la sensación más intensa de libertad que jamás haya vivido.

Desde el living de mi casa, sentado como estoy ahora, de frente a mi pared pantalla retomando al fin estas notas, a mi izquierda puedo ver por el amplio ventanal el mar y la playa. En el mar, a unos trescientos metros de la costa, hay un sistema muy grande de escolleras construido para regular el ingreso de agua a la playa. Como en muchas ciudades costeras, no ha quedado más remedio que aplicar la ingeniería hidráulica para evitar que la subida del nivel de los mares inunde la costa.

Antiguamente Mar del Plata era una ciudad balnearia muy popular. En cierta medida lo sigue siendo. Mis padres venían a trabajar la temporada y me arrastraban a algún departamento de tercera categoría, de diciembre a marzo. Me dejaban con una niñera, casi siempre la misma adolescente indolente a la que le pagaban una miseria, y se iban a hacer sus lamentables obras de teatro de verano, y luego las cenas con los otros actores de la compañía. Volvían a las cuatro de la mañana, siempre borrachos según recuerdo. Era también el momento del año indicado para que tuvieran algunas de sus altisonantes peleas,

más o menos armadas para promover la obra. Es decir que mi experiencia infantil de Mar del Plata fue un horror. Odiaba a Mar del Plata. Hasta que conocí a Malena.

Yo tenía trece años; ya estaba grande para niñeras, pero mis padres no tenían el menor interés en ocuparse de mí, así que contrataron a ese ángel de diecinueve años. Malena me llevaba a la playa del faro, me cuidaba con cariño. Y era hermosa. Ojos verdes de un tono intenso, expresión inteligente, cálida. ¡Claro que me enamoré de ella! Sin esperanzas. Estaba con un chico de su edad que hacía surf y que era un Adonis; yo era un niñito lleno de granos, narigón y sin autoestima. Cuando terminó aquel verano, jamás volví a saber de Malena. Pero ella me reconcilió con Mar del Plata.

Mar del Plata también era una ciudad pesquera. Hasta que dejó de haber peces. Después de años de prohibición de pesca, o de que simplemente la pesca era imposible, volvieron a aparecer algunos cardúmenes, pero la actividad está muy controlada y los cupos de pesca no alcanzan para hacer de ello una industria. Esta ciudad vivió años de crisis muy severa, hasta que el nuevo Gobierno mundial empezó a ordenar las cosas, y ahora vive un discreto reverdecer.

Vivo apenas por encima del nivel de vida de la mayoría de los NIG. La mayor parte del año toda esta zona está casi vacía; estas viviendas son de gente de otras ciudades que sólo viene a pasar unos días en verano o algún que otro fin de semana, así que la presencia de un NIG se disimula bien, los vecinos deben pensar que soy el casero del edificio o alguna otra ocupación que generalmente se espera de un NIG. En el edificio en que yo vivo hay sólo seis o siete departamentos ocupados de manera permanente, de un total de cuarenta, por lo general no me cruzo con nadie por los pasillos o en el ascensor. Así que tengo la ciudad para mí sólo, al menos en la zona frente a la playa, que es donde vivo.

Avanzado el otoño, los días son frescos, a veces muy ventosos. Estoy cerca del antiguo centro comercial de la ciudad, y puedo ir todos los días caminando a recorrer mis restaurantes favoritos. Como toda ciudad que acostumbra a recibir turistas, en esta época de baja temporada luce vacía y un poco melancólica.

La palabra "melancolía" describe bastante bien mi estado de ánimo. La melancolía juvenil se disfruta como una gota de amargor en la copa, pero a medida que uno envejece, más vale mantenerla a raya, no sea cosa que lo termine inundando todo. En realidad, mis sensaciones son ambiguas. He recuperado mi libertad y mi soledad. La soledad de a ratos se disfruta y de a ratos se padece. Me abismo en el inevitable declive de mi vida. No tengo ya nada que hacer en el mundo más que dictar estas notas. Antes de Marcia, antes de mis días en la Orga, podía vivir mi otoño con cierta indolencia. Ahora en cambio no soporto no saber qué pasó con ella, dónde está, si es que todavía está, ni soporto que Gabriel y su facción vayan a hacerse con el poder para acelerar el exterminio de los nuestros y llevar al mundo de vuelta al esclavismo. Y es difícil vivir sin un amigo como Josby.

Debo concurrir diariamente a perder el tiempo al CRAMPE de mi distrito. La gente que he encontrado aquí es muy parecida a la que conocía en Buenos Aires. Están ahí, esperando morirse. Además, debo ser muy cauto en mis conversaciones. Detecto en el ambiente algo así como una suspicacia general, no conviene apartarse del punto de vista hegemónico en ningún tema, no debo llamar la atención. Sin embargo, ya no desprecio a mis compañeros de CRAMPE, entiendo que son víctimas de un abrumador sistema de comunicación formador de sentidos de opinión, y sólo lamento mi propia impotencia frente a este estado de cosas.

Estoy habituándome a ser Adrián Márquez. Mi ojo robado me abre algunas puertas. Estuve averiguando más sobre este hombre. Tuvo sus días de gloria y llegó a ser el número

dos de Seguridad de la Región Sur Argentina, un puesto de mucho poder en su momento. Paulatinamente la Seguridad fue dejando de ser una prioridad, y Márquez fue acercándose al retiro anticipado, por lo que sé, afectado con alguna grave dolencia psicológica.

Hoy la seguridad ha vuelto a tomar relevancia. Hubo un atentado suicida contra Gabriel que fracasó por poco, según informan. Hay imágenes que se pueden ver, desde dos distintos ángulos. Un hombre se acerca a Gabriel en un restaurante exclusivo en Paris y se detona. En el momento en que el hombre intenta abrazarse a Gabriel, dos guardaespaldas atentos logran quitar al atacante a patadas. Los tres segundos que tarda en detonar el explosivo son suficientes para que Gabriel se aleje tres pasos, y el atacante en su retroceso caiga sobre una niña en el momento en que se produce la explosión. Hoy, imágenes y grabaciones domésticas de la niña mártir, Pauline Latour, están en todas las pantallas gigantes de todos los edificios de la ciudad. Hay conmoción social en todo el mundo. El afortunado Gabriel ha conseguido escapar con lesiones menores. Deberá estar en observación unos días. Según las encuestas, ganará la elección de manera holgada.

La Orga se responsabilizó por el atentado. Pidieron perdón públicamente por la muerte de Pauline. Deben estar en una crisis política y moral muy profunda. En cierta forma, yo también me siento un poco responsable de esa muerte porque fui adherente y militante. Sé que no hubo ninguna intención de asesinarla. Pero hay culpa.

Finalmente lograron lo que no lograron conmigo; tuvieron a su suicida. Qué estupidez. Aun si hubieran logrado matar a Gabriel, ¿eso hubiera cambiado las cosas? Difícil saberlo. Recuerdo que cuando explicaba el nazismo en las escuelas, siempre planteaba que la bibliografía se dividía en este punto: estaban los que marcaban la excepcionalidad del líder psicópata y los que preferían poner el acento en las raíces profundas del proceso que

encumbró al líder. Uno siempre se inclinaba por la bibliografía que estudiaba este multifacético e interesantísimo proceso. Sin embargo, había que reconocer el hecho de que, si alguien hubiera matado a Hitler en el año treinta y dos, la historia del mundo hubiera sido diferente y tal vez nos habríamos ahorrado el horror de los campos de concentración, el exterminio de millones de personas, y quizás hasta la guerra misma con sus cincuenta millones de muertos. Gabriel no es Hitler, está claro. Pero tiene un peso determinante en el surgimiento del proceso que encarna. Su personalidad, su liderazgo, lograron catalizar oscuras fuerzas reprimidas. Su discurso es inteligente, implacable, criminal. Al respecto, dejo acá un pequeño fragmento de una entrevista a Gabriel realizada el día anterior al atentado.

El lugar de la entrevista es esta vez un estudio de televisión acondicionado como biblioteca, que da una impresión de antigüedad y sugiere seriedad, sobriedad, erudición. Gabriel, vestido para la ocasión con camisa blanca, corbata roja y ambo negro, responde las preguntas con tono relajado. La entrevistadora está sentada frente a su escritorio. A su lado, de frente a la cámara y no a su entrevistadora, está Gabriel sentado en un sillón. Su postura corporal, para cualquier observador atento, es estudiadamente serena. Juan piensa que debe haber ensayado más el discurso corporal que el verbal, y quizá su elección no ha sido equivocada porque es mucho más difícil hacerle mentir al cuerpo que mentir con el discurso.

- ¿Qué podría decir sobre la crisis desatada por el ataque de la Organización NIG?
- Es una crisis que se pudo haber evitado. No teníamos ninguna necesidad de pasar por esto. Lamentablemente el gobierno no nos escuchó. De todas maneras, la crisis también es una oportunidad. Ahora ya no queda más remedio que cambiar.

- Es su discurso se repiten palabras como cambio y renovación.
- Sí. Yo pienso que hay un elenco de políticos que vienen gestionando la cosa pública desde hace varias décadas, al que pertenezco en cuanto a lo generacional, pero con el que disiento en algunos enfoques. Aclaro que ese grupo ha hecho una tarea brillante. Pero este es un tiempo nuevo. Y me parece que ese es el punto en discusión. Todas aquellas exitosas políticas se hicieron para lograr un equilibrio. Ahora bien, el equilibrio tiene que ser dinámico. Para mantener el equilibrio tenemos que cambiar. Nuestra sociedad pierde dinamismo, eso es evidente.
- ¿Podría explicar qué es lo que a usted le parece evidente?
- Vivimos por debajo de nuestro potencial. Somos una sociedad infeliz. Así lo demuestra el aumento exponencial de la producción de medicamentos antidepresivos, de encendido sexual y otros padecimientos. Prácticamente no hay ciudadane que sea capaz de empezar el día sin un potente asistente químico corriéndole por la sangre. Hemos regulado de una manera tan rígida la vida de cada individue, las cuatro horas que se le permite trabajar, los espacios de socialización en los que debe presentarse a diario, la rigidez en la dieta con la que debe alimentarse, etcétera, que lo que hemos logrado al fin es una sociedad demasiado homogénea, poco motivada, de alguna manera triste. Por eso proponemos liberalizar algunos controles. La vida debe volver a tener sabor. Y para eso hay que reintroducir algunos valores que hoy están negativamente connotados.
- ¿Cuáles serían esos valores?
- Riesgo, ambición, iniciativa, aventura, afán de lucro.

- Paradójico, esos valores o disvalores, según como se vea, son los que habitualmente se atribuye a la población vulgarmente denominada NIG, que es aquella a la que usted quiere apurar a pasar a cese.
- Quiero aclarar este punto porque me parece que no estoy siendo bien comprendido, seguramente debe ser un déficit en mi exposición. Seré más preciso, mi programa para los NIG y para toda la población es brindarles la oportunidad de elegir su cese diez años antes de lo que lo hacen ahora, a los noventa. A nadie se lo obliga a cesar. Y cualquiera que haya recorrido los CRAMPE observará que muchos ciudadanos esperan allí ansiosos por cumplir los cien años para darle un fin digno y satisfactorio a sus vidas. Dentro de no muchos años, seremos los Alfa los que gozaremos de ese derecho. Por lo tanto, no es contra los NIG sino una medida a favor de toda la humanidad, la de hoy y la de mañana, ¿He sido claro?
- Ha sido claro – responde la entrevistadora y en un leve gesto se entiende que está siendo irónica.

Gabriel ha usado un tono imperativo, punto negativo para él. Pero rápido se da cuenta del error y retoma:

- Tengo un enorme respeto por la población vulgarmente llamada NIG. Mis padres fueron NIG, ¿cómo podría estar contra ellos? A tal punto los respeto, que no es caprichoso entonces que rescate algunas cosas, en su justa medida, de sus antiguos valores. Porque esos valores tan negativamente connotados hoy, podrían en cambio ser vueltos a poner en vigencia en un contexto distinto. Hoy sabemos que podemos permitirnos un poco de riesgo, ambición, afán de lucro, acumulación, y todo lo que sea que le dé sentido a la vida. Hoy tenemos instituciones sanas y fuertes. El Gobierno debe dejar de temer que cualquier cambio, que cualquier liberalización del

rígido orden vigente, vaya a poner el mundo patas para arriba. Somos más inteligentes que eso. Tanto tutelaje de la vida del individuo supone una imperdonable subestimación de su inteligencia.

- Si se abre la posibilidad de que los sectores de más altos ingresos se apropien de sectores clave de la economía, ¿no le parece que las diferencias sociales, que todavía existen, van a tender a hacerse más extremas?
- No lo creo. Al contrario, nuestra intención es desafiar a aquelles que tienen deseos de escalar socialmente para que tomen el destino en sus manos y emprendan negocios hasta ahora controlados o limitados por el Estado. Estamos proponiendo nuevas oportunidades para les emprendedores, que seguramente no serán aquelles que lo tienen todo sino aquelles que tienen sed de gloria.
- Cambiando de tema, usted hace hincapié en su plataforma electoral con retomar de forma intensiva la exploración espacial.
- Por supuesto. En ese tema se pueden ver todos los tópicos en los que venimos trabajando. Hay que retomar el desafío de la exploración espacial. Hemos logrado detener la catástrofe en la Tierra, pero el precio fue la renuncia a muchos de los aspectos que validan la vida humana. Necesitamos ir a otros planetas, instalarnos allí, empezar de nuevo. Necesitamos volver a crecer. No podemos seguir indefinidamente defendiendo un orden que apenas alcanza a reproducirse a sí mismo. Necesitamos liberar las fuerzas productivas y desencadenar el espíritu humano agresivo y conquistador. Necesitamos colonizar Marte y la Luna, explotar sus recursos. Necesitamos otra vez una economía dinámica, de crecimiento, no de estancamiento o de decrecimiento planificado.
- ¿Aunque ese crecimiento sea sobre la base de mano de obra esclava?

Gabriel esboza una leve sonrisa. La entrevistadora ha adelantado su opinión sobre el tema que plantea, lo cual la muestra como demasiado parcial. Punto para Gabriel.

- Veamos, la posibilidad de generar una nueva subespecie humana altamente especializada es una propuesta del mundo científico, no una idea mía. Yo solamente la tomo, y la pongo en discusión. Estamos hablando de generar seres humanos predeterminados para hacer tareas importantes para la sociedad, y ser felices al hacerlo. En otras palabras, una sociedad infeliz está en condiciones de generar gente feliz, qué paradoja.
- Pero serían seres inferiores…
- No, ¿por qué? No son inferiores. Trabajan para nosotros, sí. Pero si la felicidad es la máxima aspiración de la humanidad, ¿cómo decir que estos seres predeterminados para ser felices son inferiores a nosotros? En un profundo sentido filosófico, son seres superiores.

Se nota el desconcierto de la entrevistadora. El hábil sofista se siente victorioso.

- ¿Quién decide sobre la vida de esa gente?, ¿quién decide que nazcan?, ¿pueden decidir también su muerte?, nada de esto me parece muy claro.
- El ser humano es un ser social pero también es une individue. Hemos puesto demasiado énfasis en su aspecto social y hemos abrumado al individue. Lo que venimos a proponer es darle nuevo aire a la imaginación. Abrir las puertas al talento individual, fomentar el entusiasmo. La vida debe ser una aventura. Estamos convocando a todo el mundo a la nueva aventura de la humanidad.

Está muy claro que Gabriel se niega a responder a la última pregunta, y en cambio cierra la entrevista con una parrafada motivacional. He leído el anteproyecto de su partido.

Proponen licenciar a empresas para producir en laboratorio embriones modificados a partir de donantes anónimos a quienes se les pagaría por su contribución. Luego permite el alquiler de vientres para que el embrión se desarrolle y crezca hasta su nacimiento. El alquiler de vientres es la parte más alta del costo de producción, pero el proyecto subraya que dicho costo será decreciente una vez que las mujeres creadas con esta técnica se especialicen en la reproducción y ya no se requiera alquilar vientres. La manipulación genética, en el caso de los nuevos esclavos, incluye modificaciones en alguna hormona vinculada a la glándula pituitaria que, según entendí, regula el crecimiento, lo que significa que el individuo se desarrolla más rápido, con grave perjuicio para su desarrollo cognitivo. Luego de una breve crianza a cargo de la empresa, en sus galpones destinados a tal fin, a los cinco años el individuo puede empezar a trabajar. La empresa que lo "realizó" puede empezar a alquilarlo a otras empresas o a particulares. No está claro si la empresa podrá venderlo. Este es el punto que presenta mayores resistencias puesto que si puede ser vendido, entonces no es una persona, sino que es una cosa. El proyecto hace una comparación con jugadores de futbol, cuya "venta" significa el fichaje para otro equipo o compañía, con el consentimiento del jugador y un porcentaje para él. Pero es otro engaño, en este caso el individuo ha sido genéticamente modificado y es poco claro que tenga discernimiento como para prestar conformidad.

El proyecto no es más que un manojo de contradicciones: si como sugiere, el MOGI es un ser humano y no una cosa, ¿cómo puede vender sus servicios a los cinco años?, ¿no lo asisten los derechos del niño?, ¿quién es su responsable parental, la empresa que lo "fabrica"? A medida que uno se interna en los detalles del proyecto, surgen las preguntas más monstruosas. Una de ellas es que sugiere que es económicamente mucho más rentable clonar un único embrión que estar pagando por cada nuevo embrión. Podríamos así ver en

el futuro, por ejemplo, un ejército de individuos idénticos dedicados a tareas de cuello azul. O mejor aún, divididos por oficio: todas las Saras, idénticas entre sí, son empleadas domésticas, y si es un Alberto, entonces seguro que es plomero. Y así. Y si bien no hay ninguna referencia al tema, es fácil llegar a la conclusión de que es más conveniente producir embarazos múltiples, hasta donde sea capaz de soportar el útero de una mujer. Me imagino multitudes de mujeres MOGI embarazadas una y otra vez de a cinco o seis embriones clones, pariendo cien veces en la vida, para después ser descartada una vez que ya no pueda soportarlo. Otra pregunta interesante es cuánto vivirían estos pobres esclavos. Tanto si no son humanos y son una mera mercancía como si son humanos que venden su fichaje para realizar algún servicio, en ambos casos no conviene a nadie que vivan demasiado tiempo. Tanto la mercancía como los deportistas tienen una vida corta y deben ser reemplazados periódicamente. A las empresas que los producen les convendrá sin dudas que vivan un período breve, digamos cinco años de crianza, diez años de servicio, veinte, como mucho. Pero de ninguna manera podrían llegar a una edad de retiro, o que su costo de sostenimiento biomédico superara el fruto de su explotación. Todo indica que, si se impone este proyecto antihumano, los MOGI estarán genéticamente programados para vivir sus cortas vidas y morir de manera abrupta a los treinta o treinta y cinco años. En otras palabras, el proyecto de crear mano de obra genéticamente modificada es aberrante, y por eso Gabriel no puede dar una respuesta sincera.

¿Que estemos ante una aberración inhumana significa que el proyecto será rechazado? No lo creo. Supongo que nadie se tragará la ridiculez de que estos seres serán humanos y serán felices, como dice Gabriel. Sin embargo, la historia demuestra que, si el mal es reconocido, pero presentado como necesario para evitar un mal mayor, entonces puede ser socialmente aceptado. A modo de ejemplo: Hiroshima y Nagasaki. Si durante años y años

la opinión pública hegemónica sostuvo que las bombas atómicas sellaron el triunfo de la democracia y la libertad, ¿no podría ahora la opinión pública hegemónica, liderada por el hábil Gabriel, convencernos de que producir esclavos es el mal menor que garantiza la continuidad de nuestro modo de vida, de nuestra prosperidad, de nuestra libertad y de nuestra democracia?

La fuerza arrolladora con la que Gabriel se encamina hacia la cima no está tanto en su encanto personal, sino en su habilidad para componer un cuadro general optimista y motivador, a la vez que deja en perfecta penumbra sus implícitos más odiosos. Lo que se propone es volver a poner en marcha los motores de la historia y de la economía con energías volcadas hacia la carrera espacial y no hacia la guerra, como solía ser en el pasado. Sus implícitos: hay que volver a sobre explotar el planeta, hay que volver a permitir la acumulación de unos pocos a costa de unos muchos. Y todo esto se hará sobre las espaldas de un nuevo proletariado que, en principio, es genéticamente incapaz de rebelarse. Esto permitirá la consolidación de una nueva clase dominante basada en la explotación esclavista, que desplazará a la actual elite de gobierno y afianzará un nuevo modelo de Estado gendarme, que ya está en plena construcción, por si acaso la genética falla y aparece algún inesperado Espartaco.

Esta sociedad altamente desarrollada, con niveles de educación como nunca se habían alcanzado, con una ética de la igualdad y el respeto por los derechos humanos al menos retóricamente afianzados, ¿está dispuesta a tolerar el esclavismo? Mi respuesta es sí. Grecia, cuna de la filosofía, el arte y la ciencia, fue una sociedad esclavista. Roma, cuna del derecho, también lo fue.

"La esclavitud es la relación de explotación primaria y primordial, y a volver a ella tiende, si la situación lo permite, toda relación entre poderosos y débiles. De esta tendencia

derivan todos los renacimientos de la esclavitud". La cita es de un viejo libro de la biblioteca de mi abuelo Marcos. El libro se llama "La liberación medieval" y el autor es Pierre Dockés. El historiador explica el fin de la esclavitud en la Edad Media como fruto de las resistencias, luchas y los sabotajes de los mismos esclavos, que en un momento hicieron imposible la continuidad de su explotación. Dockés polemiza con quienes sostenían que la esclavitud había desaparecido por ser un sistema de producción ineficiente. O sea, por una decisión de los amos. Falso, dice Dockés, no fueron los amos sino los esclavos los que terminaron con la esclavitud.

Grecia, Roma, la Edad Media, la esclavitud moderna de africanos arrancados de su hogar… tiene razón Pierre Dockés, parece que la esclavitud siempre vuelve. Si se lo permite. Y ahora la estamos viendo aparecer nuevamente. Ya encontrarán las justificaciones retóricas que hagan tolerable lo inadmisible. Ya encontrarán sus Aristóteles, sus Santo Tomás de Aquino, sus San Agustín, sus John Locke; al poder nunca le han faltado brillantes intelectuales orgánicos que justifiquen el sometimiento, el crimen, el dolor y la expoliación.

…

Salía cuando el sol comenzaba a caer. Empezaba a hacer frío y los días se hacían más cortos. La ciudad había quedado vacía, salvo por algunos jóvenes que salían a correr por la costa. Bien abrigado, caminaba agradecido de sentir el aliento del mar. Iba desde Playa Varese, donde vivía, hasta el centro de la ciudad. O a veces iba en la dirección contraria, hacia Playa Grande. Solía bajar a las rocas y recorrerlas con detenimiento, buscando inscripciones. "F. Armando – 1954", por ejemplo. La mayoría de las inscripciones referían al amor: "Silvia y Roberto 1999", "Anita y Jorgito 1966". Estaban talladas en la piedra, por eso habían sobrevivido a los vientos y a los años y a los infinitos golpes del mar.

“Anita y Jorgito”; era conmovedor imaginarse a Anita, o a Jorgito, o a ambos turnándose, tallando la piedra con tanto cuidado que hasta se tomaron el tiempo de escribir sus nombres en cariñoso diminutivo. O la más enigmática “I y F”, dentro del dibujo de un corazón. De cada diez inscripciones, nueve referían al amor. El amor había sobrevivido a los amantes. Qué extraño era el amor. No había palabra más polisémica en el lenguaje natural, pensaba Juan, era imposible de definir. Sin embargo, en todo tiempo y lugar había motivado a los hombres y a las mujeres a buscar eternizarlo, y ahí estaban Silvia y Roberto para probarlo. Es posible que poco tiempo después de tallar en la piedra, Silvia y Roberto, Anita y Jorgito, I y F, hubieran continuado sus caminos por separado. Pero había habido un momento tan significativo e intenso en sus vidas que los había llevado a celebrarlo solemnemente para la eternidad. Y era muy posible que ese fuera el único registro perdurable del paso de esas personas por la vida, o de esas vidas por el mundo. Era como si el instante del amor hubiera justificado sus existencias. El amor podía ser a la vez efímero y más fuerte que la muerte.

Juan no se imaginaba a un Alfa escribiendo su nombre junto al de su amante con un cincel en una piedra. No se imaginaba a Juana y Pola haciéndolo. Les parecería una estupidez, una pérdida de tiempo. Así que posiblemente no habría nuevas inscripciones en la piedra. Las que había, eran un homenaje al candor de la primitiva humanidad.

Había hecho el intento de rastrear a Marcia. Había encontrado en la red siete “Marcia López”, pero ninguna era la que él buscaba. Por lo visto, ella se había tomado muy en serio el trabajo de borrar todas sus huellas antes de pasar a la clandestinidad.

Había temido encontrarse con algo del tipo “peligrosa terrorista NIG abatida en enfrentamiento”, pero no. Podía pensar que Marcia estaba a salvo, clandestina en alguna isla parecida a Anadna. A veces se hacía la ilusión de que ella hubiera abandonado la Organización y hubiera empezado una vida nueva en alguna parte. Pero sabía que no.

Marcia nunca abandonaría la lucha. Y si lo hiciera, ya no había lugar en el mundo para ella, a menos que se topara con alguien como Esteban que le diera una nueva identidad. Marcia no tenía retorno.

Dispuso de todo el ancho y largo de su pared pantalla. Estaba muy nervioso. Se había comunicado con Pola para desearle suerte. Él hubiera preferido que no hubiera pelea, pero allí estaba Pola, subiendo a la jaula. Su rival era una joven de rasgos orientales, de físico tan imponente como el de Pola. Resultó que Pola se llamaba Mabel Fernández, así la anunciaron. Qué curioso que nunca le hubiera preguntado el nombre, ni ella lo hubiera dicho. Su rival era María "Karateca" Khan. El árbitro llamó al centro del octágono a Pola y a la karateca, les explicó brevemente las reglas, ambas asintieron, chocaron guantes y tomaron distancia, cada una sobre su marca. El árbitro miró a un lado y a otro, preguntándoles si estaban listas, dio la orden y empezó la pelea. La Karateca hacía honor a su seudónimo lanzando patadas alternativamente contra las piernas, el cuerpo y la cabeza de Pola, quien lograba cubrirse y contra atacar con golpes rectos al rostro de su rival. Ambas peleadoras se respetaban y medían el potencial de la otra. El público, impaciente, empezó a silbar pidiendo más acción. Cuando estaba por terminar el primer round, Pola logró darle dos tremendos golpes de derecha y en un giro sorpresivo logró calzarle un codazo en el ojo a su rival, abriéndole una herida en la ceja y ganándose los primeros aplausos. Juan tuvo la impresión de que ambas peleadoras disfrutaban de la pelea. Jamás podría entenderlo. Si hubiera puntaje, Pola habría ganado el primer round. Cuando comenzó el segundo, era evidente que Pola había pasado a la ofensiva y trabajaba con su recto de derecha para abrir más la herida de la Karateca. Y lo estaba consiguiendo. La cara ensangrentada de la Karateca, su retroceso vacilante, hacían prever que Pola terminaría la

tarea de demolición sin necesidad de ir al tercer round. Un par de ganchos al hígado doblaron a la karateca. Juan se sorprendió a sí mismo parado frente a su pared pantalla, emulando los golpes de Pola, con la adrenalina al tope, deseando que acabara con la Karateca de una vez. Quería que le pegara, que la lastimara, que la matara, que la hiciera mierda, que se la tuvieran que llevar trozada en una caja de zapatos.

La Karateca estaba sufriendo el combate. Sólo su dignidad de peleadora hacía que no se echase al piso dispuesta a dejarse tomar para rendirse de inmediato, se la veía muy maltrecha. La acumulación de los terribles golpes de Pola la estaban destruyendo. Pasaría unos buenos días en el Hospital, sin dudas. Pola, envalentonada, viendo que le estaba causando mucho daño a su rival, en su avance decidido, cometió el error de bajar la guardia. Una tremenda patada de la Karateca dio de lleno en el mentón de Pola, quien no logró asimilar el golpe y empezó a retroceder sin gracia. En un salto mortal, empeñando su último resto de energía, la Karateca le acertó un rodillazo pleno en el rostro. Pola cayó boca arriba, inconsciente, y su rival cayó con todo el peso de su cuerpo con un derechazo en la sien izquierda. Alcanzó a pegar dos terribles golpes más, plenos, en el rostro, sin defensa alguna por parte de Pola, antes de que el árbitro se abalanzara a detener el combate, un poco tarde.

A Juan se le había helado la sangre. Mientras las cámaras iban con la ganadora, se pudo ver en segundo plano a Juana entrar en la jaula, seguida por los médicos. Pola no reaccionaba. En la expresión de Juana se adivinaba que el daño era serio. Juana le limpiaba el rostro ensangrentado con una toalla, mientras los médicos la subían a la camilla y la sacaban de la jaula, y el público la despedía con un respetuoso aplauso. El lunes tendrían algo de qué conversar en sus trabajos, o en sus espacios de recreación. “Qué buena pelea. La Karateca

parecía perdida, pero después la mató. Qué buena patada. Y el rodillazo, ¿viste el rodillazo?, la hizo mierda. Creo que la mató de verdad. Estoy muy excitado, ¿cogemos?".

Un rato más tarde Juan llamó a Juana, quien no respondió el llamado. Juan decidió no insistir, vaya a saber en qué apremiantes circunstancias se encontraba ella. Estaba muy angustiado. Y muy triste. Qué estupidez eran esas peleas. Estaba avergonzado porque por primera vez también él había sido presa de esa apelación a lo más primitivo y animal, que es el objeto de ese espectáculo. Había sentido la adrenalina, se había imaginado a sí mismo en la situación de golpear y lastimar hasta demoler. Le pareció penoso.

Se repetía que apenas habían sido unos golpes, tal vez algún hueso roto, posiblemente la mandíbula, pero que de todos modos Pola estaría bien. Y tal vez la paliza hiciera que desistiera de seguir compitiendo.

Dos horas más tarde apareció una videollamada de Juana. Se veía aliviada. Agradeció a Juan su llamado. Pola había reaccionado, estaría bien. Debía permanecer internada unas horas en observación. El neurólogo le había aconsejado que no volviera a pelear. Iban a hacerle estudios al día siguiente para descartar daño cerebral, pero esa actividad se cobraba su precio con el paso de los años. Y no era la primera vez que Pola terminaba un combate inconsciente.

- Juana, por favor, te lo pido encarecidamente… hacé que Pola no vuelva pelear.

Juana asintió con un gesto, y agregó:

- No va a ser fácil.
- Por favor. Tal vez ella pueda soportar otra pelea, pero yo no. No sabés cómo me latía el corazón, creí que me moría.
- Sos un divino, Juan, te quiero mucho.
- Yo también te quiero mucho. La tenemos que cuidar.

- Tenés razón. La carrera de Pola se terminó, lo va a tener que entender.

Volvía caminando por la costa, silbando alguna vieja canción, cuando vio entre las rocas a dos jóvenes pescadores con sendas cañas de pescar. Uno de ellos acababa de pescar algo. Juan pudo ver que era un pequeño pez gris, que se movía en vano tratando de liberarse de sus captores. Los dos muchachos fueron sobre el pez para quitarle el anzuelo. La intención de los jóvenes era liberar al pez y devolverlo al mar, porque, caso contrario, lo hubieran abierto con un cuchillo ahí mismo, para ahorrarle la agonía. Pero pronto quedó en evidencia la impericia de los pescadores. El pez corcoveaba y se resbalaba entre sus manos. Uno de los muchachos sostuvo al pez contra la roca mientras el otro buscaba el anzuelo. Los minutos pasaban. Los movimientos del pez empezaron a hacerse más débiles. Juan podía ver cómo el animal boqueaba agonizante. En un momento comprendieron que el pez se moría y tuvieron la idea de ponerlo en un charco de agua de mar de los varios que había dejado la bajante sobre las superficies excavadas de las rocas. El agua ni siquiera alcanzaba a cubrir por completo al pez. Sus branquias hacían un esfuerzo exasperado por sobrevivir.
Juan sentía indignación hacia esos dos imbéciles irresponsables que estaban causando dolor y muerte a un ser sin ningún motivo más que su propia diversión. Pensó en Pola consagrando su vida a su pasión por causar o ser objeto de conmociones cerebrales, pensó en el público rugiendo de excitación ante un espectáculo brutal y morboso. Esta era la nueva humanidad. La manzana no cae lejos del árbol, pensó con resignación. Golpear, dañar, herir, causar dolor, matar; gozar del padecimiento ajeno, ejercer poder despótico sobre el débil; grandes pasiones que nunca pierden vigencia. Se alejó de los dos pescadores, que todavía no acertaban a quitarle el anzuelo al pez ya muerto.

Era una mañana de sol. Se preparaba para ir a perder el tiempo en el CRAMPE haciéndose pasar por Adrián Márquez, como todas las mañanas, cuando en su pantalla vio algo que lo dejó pasmado. Las imágenes del noticiero no dejaban lugar a ninguna duda. Esposada, junto con un grupo de cuatro hombres, se veía a Marcia. Aturdido, tardó unos instantes en componer el cuadro de situación, al que no había prestado atención mientras se preparaba el desayuno. La presentadora de las noticias lo ayudó a entender el contexto. Una célula de la Organización criminal NIG había caído detenida por las valientes fuerzas de seguridad, mientras se preparaban para perpetrar algún abominable atentado. Allí estaba Marcia, bella, con sus grandes ojos moros, con su cabeza rapada, con su actitud desafiante con la que miraba a cámara y decía algo que no se alcanzaba a escuchar y hacía algún gesto indescifrable con sus manos, limitadas por las esposas. Junto a Marcia, los otros compañeros, a quienes Juan no conocía y que habían caído con ella.

La escena estaba montada para causar impacto. Los detenidos eran exhibidos a cara descubierta. La cámara iba tomando de uno en uno, casi regodeándose. La responsable del operativo decía que este era un gran éxito de la nueva política de seguridad. Que las actividades de esta célula habían sido detectadas gracias a las cámaras aéreas vigilantes y que habían sido sorprendidos de tal manera que no había habido posibilidad de resistencia, y que no se había derramado una gota de sangre. Junto con los detenidos se habían capturado armas, explosivos, y trajes auto detonadores que, felizmente, no vestían los reos en el momento de su captura.

La pantalla repetía la escena una y otra vez, mientras un panel de notables opinaba o agregaba información. Un abogado decía que los detenidos serían sometidos a juicio en breve y que, si bien no había legislación específica para casos de sedición, era de esperar que la pena que les cabría sería el cese inmediato. Una periodista protestaba que los

delincuentes no merecían el cese, que ese era un privilegio para los ciudadanos que vivían sus vidas con honor y decencia. Había entonces una discusión interminable sobre cuál era el castigo justo para esas ratas NIG, más allá de lo que dijera o no dijera la ley. La mayoría opinaba que las leyes debían cambiar, y en caso de dudas, que debían retirarle el beneficio de la inyección letal y procurarle a cambio una muerte indigna como el fusilamiento o la silla eléctrica; los detenidos tenían que sufrir, eso era lo justo. Juan seguía aturdido, de pie frente a la pantalla, sosteniendo la taza de té, ya frío.

En la pantalla irrumpió la imagen de Gabriel, quien felicitaba al Gobierno por la captura, y con ironía y apelando al golpe bajo agregaba que, si hubieran sido un poco más eficientes, la niña mártir Pauline estaría viva. Prometía, una vez que llegara al Gobierno, rever las leyes contra los reos. Alegaba, igual que los panelistas del noticiero, que no podía ser que esos asesinos que conspiraban contra la humanidad recibieran un trato honorable. Prometía exterminar de forma rápida y total a la Organización criminal, sin las vacilaciones que había mostrado el actual Gobierno, cuyos penosos resultados el mundo entero lamentaba. Juan no salía de la conmoción. Marcia presa y a punto de ser condenada a muerte. La Orga, próxima a ser exterminada. Los NIG en su hora final, próximamente reemplazados por esclavos genéticamente imbéciles. El mundo en manos de un psicópata. Y Juan impotente.

Sin embargo, en medio de su turbación, Juan entendía que ausentarse a su reunión del CRAMPE era un lujo peligroso. Así que se vistió y salió. Caminó las pocas cuadras que lo separaban de su destino sin dejar de mirar en las pantallas de los edificios la repetición de la imagen de Marcia y los compañeros detenidos, sin dudas la noticia del día. Los ojos de Marcia parecían seguirlo por las calles como en una pesadilla.

Entre los concurrentes al CRAMPE la opinión era dócil y colérica a la vez, unánime: esos hijos de puta debían morir sufriendo, lo que le habían hecho a esa niña no tenía perdón, no

importaba que no hubieran sido ellos sino un suicida en París, no importaba que la niña no hubiera sido el blanco deliberado del ataque sino un error (imperdonable, pero error al fin); no había atenuante posible y si alguien hubiera planteado una cosa así, hubiera sido acusado de simpatizar con el terrorismo y hubiera sido denunciado. Y Gabriel tenía razón en todo y había que apoyarlo. Más, la aquiescencia del Gobierno había hecho que casi mataran a Gabriel. Gabriel era la única garantía de un mundo más seguro. Juan hervía de indignación debajo de su esforzado silencio. Todos allí eran NIG. Ninguno parecía pensar por sí mismo, sólo repetían lo que las pantallas les decían. Las pantallas gobernaban al mundo. Nadie, ni NIG ni Alfa, tenía una opinión propia sobre nada.

Recordó su primera conversación con Marcia, cerveza de por medio, donde ella decía que vivimos rodeados de pantallas, ya no podemos escapar a su influjo, nos acompañan a todos lados, nunca las podemos apagar del todo porque salimos a la calle y ahí están, en cada edificio, en cada pared, y cuando hablamos con otros, todos y todas, cada uno y cada una, no son más que agentes replicadores de las pantallas. Las pantallas nos constituyen.

Salió del CRAMPE caminando con rumbo sur, por la costa. Le hubiera gustado ir a Anadna, donde la gente, bien o mal, todavía pensaba por sí misma, o al menos no estaba tan aturdida. A medida que caminaba su iracundia iba cediendo paso a una furia fría.

Había algo en la expresión de Marcia que lo interpelaba. A él, específicamente a él. Estaba sumido en la más atroz de las impotencias. No podía hacer nada para salvar a Marcia. Sólo le quedaba ver el circo montado en las malditas pantallas, ver cómo pasaban los días hasta que la ejecutaran. ¿Cómo estaría ella?, ¿qué cosas le pasarían por la cabeza?, ¿la estarían torturando? Más allá de que la tortura es absolutamente ilegal, ya hemos visto por dónde se pasa la ley el Gobierno a la hora de reprimir. Si la torturan, ¿resistiría sin delatar a nadie?, ¿era humano exigirle que no se quebrara cuando era el mundo entero el que empuñaba la

picana? Porque detrás del torturador estaba el Estado mundial, la opinión pública unánime, las mayorías indiferentes, cada miserable presentador de las pantallas, cada viejo NIG del CRAMPE. Toda la maldad y la estupidez del universo conocido de un lado, aplicando tortura sobre la carne frágil de una mujer sola, ¿cómo no quebrarse ante un poder tan omnímodo? Pobre Marcia, era el chivo expiatorio de una sociedad hipócrita, era la víctima sacrificial cuya muerte nos limpiaría a todos. Mátenla, y maten a todos los que son como ella, y así seremos todos felices. Súbanla a un octágono atada de pies y manos y que le peguen y le peguen mientras el público aplaude de pie y eyacula una y otra vez. Marcia, tan fuerte y tan frágil, ahora ella allí, en la soledad más absoluta de una celda. ¿Cómo estaría enfrentando la certeza de su muerte inminente?

Marcia sabía perfectamente que tenía la vida empeñada y que en cualquier momento podía perder el pellejo. Estaba preparada para esto. Lo había elegido. Era un cuadro militar, no una improvisada. Por supuesto que quería vivir. Pero en algún punto, era probable que se sintiera aliviada; que pensara que estaba a la altura de los compañeros que había mandado a morir en el cumplimiento del deber, eso que tanto la atormentaba. Y si bien Marcia no era responsable de la muerte prematura de su hija, es probable que sí se sintiera culpable por haber abandonado el culto a su memoria y haber borrado los testimonios de su existencia para irse a buscar la revolución.

Caminó durante horas, deteniéndose apenas un rato para descansar cada tanto. Quería agotarse para poder dormir hasta que todo pasara y despertarse en otro mundo. Al atardecer, se sentó a mirar el mar en la playa desierta. Recordó un amanecer feliz en otra playa, junto a Marcia. Lloró por Marcia, lloró por él, lloró por todos.

…

Hacia el final de su larga vida, mi abuelo Marcos estaba convencido de que la especie humana era una aberración de la naturaleza. No sé si su amargura provenía de su revolución fallida, o de su hijo irresponsable, frívolo y alcohólico, o incluso de mí, que no prometía gran cosa, digamos la verdad. Pero su abominación de la humanidad era razonada. Argumentaba que la conciencia de la propia finitud era una tortura inútil que probaba la inexistencia de dios, o su perversión. No teníamos nada bueno que esperar de ese dios, si acaso existía. Pero a no preocuparse, dios no existía. Dios era un invento humano para tratar de darle algún sentido a la obra de la naturaleza. La naturaleza en sí no tiene un propósito, un sentido, una finalidad; es un fenómeno que ocurre, y nada más. Dios vendría a ser algo así como la conciencia de la naturaleza. Alguien, el tal dios, creaba y dirigía a la naturaleza con determinado fin. Así el ser humano creó a dios a su imagen y semejanza.

En el reino de la naturaleza, que es un fenómeno, un sistema sin propósito, apareció un ser consciente, el humano, que se piensa a sí mismo y que cree que su existencia tiene algún sentido cuando en realidad no lo tiene; esto para Marcos era algo inexplicable, como no fuera por el simple error. Para él, la humanidad era un error de la naturaleza. Porque la naturaleza cometía errores todo el tiempo; la evolución no era un camino lineal, no siempre las mutaciones eran exitosas. El ser humano era una mutación condenada a perecer pronto. Es verdad, admitía, que se había adaptado a su mundo de una manera eficiente. Pero su éxito era efímero. Los dinosaurios reinaron durante millones de años, el ser humano se autodestruirá muchísimo antes.

Hay otra forma de ver las cosas. Cuando hablamos del universo somos incapaces de imaginar sus dimensiones. Y tal vez este sea sólo un universo entre muchos otros. Hay un número asombroso de estrellas, alrededor de las cuales orbita un número de planetas que

no podemos mensurar. ¿Toda esa vastedad de polvo cósmico y gases diversos son para nada?, ¿es la vida un fenómeno intrascendente?, ¿es la inteligencia un subproducto irrelevante de las fuerzas que gobiernan el cosmos, un error, un experimento infructuoso? En mis años juveniles pensaba que no. Creía que la vida era el motivo para el cual existía el universo. El universo no tenía sentido si no era para que floreciera la vida. Y una vez florecida la vida, su propósito era volverse inteligente. La inteligencia era lo más evolucionado de la creación.

Mi abuelo me hacía notar, ante estos, mis argumentos de entonces, que yo seguía buscando un propósito donde no lo había. Que, aunque yo decía no creer en dios, la idea de una voluntad suprema, un propósito, se me colaba otra vez. Que veía al universo a imagen y semejanza del ser humano, o sea consciente y presuntamente dotado de una finalidad, y que eso era ingenuo y vulgarmente optimista. Además, me decía algo así como que eso de que el ser humano es el centro del universo, después de Galileo y Copérnico, era insostenible. Entonces yo le hacía notar el hecho de que si con todos nuestros telescopios, y viajes espaciales, y radares varios, no habíamos todavía encontrado otra muestra no ya de inteligencia, sino de mera vida en ninguna parte, eso era una demostración de que nuestra existencia es una joya maravillosa y quizás única en la vastedad. Intransigente, él opinaba que el hecho de que hasta ahora fuéramos la única inteligencia que conocíamos, podía interpretarse como prueba de que éramos una mutación excéntrica y sin futuro. Seguramente la naturaleza, el cosmos o quien fuera, ya había producido ese "accidente" en diversos lugares y nunca había prosperado más que por un lapso ínfimo, por eso no había ninguna civilización espacial por ahí mandando platos voladores.

- *¿Cuál es el sentido de la vida, abuelo?*
- *Esa pregunta es errónea, la vida es un sistema que se reproduce.*

- *¿Para qué se reproduce?*
- *Para nada. Se reproduce porque sí.*
- *Pero tiene que haber un motivo.*
- *Bueno, sí, motivo hay, si entendemos motivo como causa. Podemos entender por qué se produce el movimiento de las placas tectónicas, o por qué se suceden las mareas. Pero no hay ningún propósito en esos sistemas. Ocurren y ya.*
- *No entiendo.*
- *Es que no hay nada que entender. La mente humana, atormentada por la conciencia de su propia finitud, se engaña creyendo que hay algún propósito en la existencia. Pues no, no lo hay. Y ahora vaya a estudiar y déjese de pensar pelotudeces.*

Para mí, la humanidad era un faro en un rincón del oscuro universo. Teníamos un propósito y teníamos un destino, que era ir por allí buscando nuevas fronteras, conociendo, aprendiendo, y finalmente contactaríamos con inteligencias superiores que nos maravillarían y nos llevarían a superarnos, y formaríamos parte de un concierto interplanetario de conciencias empáticas, todo armónico y precioso. Nunca nos extinguiríamos, iríamos por allí, saltando de estrella en estrella, de planeta en planeta, adaptándonos un poquito aquí y un poquito allá según las condiciones locales, pero permaneciendo esencialmente humanos. ¡Bendita estupidez de la adolescencia!

No es un tema sobre el que haya reflexionado demasiado en mi madurez. En todo caso, mi punto de vista, con los años, se había acercado al de mi abuelo. La vida no tenía sentido. Había que inventarse alguna mentira que nos permitiera levantarnos de la cama cada mañana. Había que inventarse una mentira y creérsela. La carrera, el trabajo cotidiano, el amor, las obligaciones filiales, algo que nos haga sentir que en algún aspecto somos

únicos, como la forma de nuestro iris, como las huellas dactilares, y que merecemos legítimamente un lugar en este mundo, que este mundo nos necesita. Pero no es tan fácil sostener semejante engaño, por eso año a año aumenta la producción de psicofármacos, alcohol y drogas de todo tipo a gusto de cada consumidor.

Por otra parte, hace tiempo que la inteligencia creó la tecnología necesaria para auto aniquilarse en segundos, y aún si no lo hiciera, el resultado palpable de la acción de la inteligencia es el haber exprimido el planeta como a un pomelo del que ya no queda una sola gota de jugo. Y así pensaba, con amargura, que Marcos tenía razón. La inteligencia, definida como conciencia de la propia existencia y de la propia finitud, era un tormento. Y, además, un tormento inútil y finalmente autodestructivo.

Ahora, aquí, dictando estas notas, pienso distinto a como pensaba en mi juventud, pero sigo creyendo que la existencia humana tiene un propósito. El abuelo Marcos me miraría y haría un breve gesto de resignación como diciendo "este pibe no aprende más". Pero sí, creo que la humanidad tiene un propósito. Adelanto la conclusión: somos para la destrucción.

La especie humana es curiosa. Según la evidencia, sus orígenes se remontan al continente africano. Animal gregario, genéticamente dotado para desarrollar lenguaje, pronto descubrió que gracias a éste podía transmitir la experiencia a los ejemplares más jóvenes y así acumular conocimiento. Se lo podría definir como un animal cultural.

Ya para el siglo veinte el animal humano había desarrollado la ciencia y la técnica necesaria para hacer volar el mundo en mil pedazos. Y, de hecho, estuvo a punto de hacerlo. Ahí es donde el crítico de mi visión de la especie humana como un agente destructivo se levanta airado y dice "¡Ajá, el ser humano pudo haberlo destruido todo, pero no lo hizo! Eso viene a probar que la destrucción no está en su naturaleza. Puede

destruir, pero elige no hacerlo." A esa objeción se le puede dar dos respuestas. La primera es que el ser humano no es perfecto. Es un gran agente de destrucción, pero a veces puede fallar. Es una respuesta atendible, pero la otra posible respuesta es que el ser humano, pudiéndolo haber destruido todo, no lo hizo, no porque no sea perfecto, no porque su naturaleza sea otra que la destrucción; el humano no ha destruido todo aún porque no ha alcanzado la cima de su poder destructivo. Su destino está más allá de este planeta. No se auto liquidó en el siglo veinte porque tenía que esperar a expandirse a otros cuerpos celestes para que su poder destructivo fuera mayor.

Una mirada poco atenta podría decir que la civilización Alfa trató en vano de salvar el planeta de la sobrexplotación y la sobrepoblación. Han alcanzado éxitos inimaginables, admitámoslo. Pero llegaron tarde. El daño al planeta es irreversible. Pueden purificar un poquito el aire y el agua, algunos peces vuelven a nadar por allí, pero el daño ya está hecho. Sin embargo, el esfuerzo no fue en vano porque nos permitió ganar el tiempo suficiente para tomar el impulso necesario para dar el gran salto.

Lo que Gabriel viene a proponernos es dar de una vez ese salto que nos permita colonizar otros planetas, asumiendo que en el intento destruiremos por fin a éste. Iremos a otros cuerpos celestes quemando al planeta entero como combustible. Ese salto nos permitirá sobrevivir como especie, colonizando y luego destruyendo otros planetas. Así se entiende el largo proceso de la humanidad hasta dar con su forma superadora, los Alfa. Los Alfa ahora deberán darse los medios para lograr humanos aún más sofisticados, capaces de prosperar en los rincones más inhóspitos del universo. Hasta que finalmente logremos hacer contacto con alguna otra inteligencia de alguna remota galaxia, que con seguridad vendrá haciendo un recorrido de destrucción similar al nuestro. Porque la inteligencia es

para la destrucción. Y una vez que encontremos otra inteligencia, haremos la guerra a escala intergaláctica, arrasando medio universo.

Analicemos la cuestión despojándonos de nuestros prejuicios. La destrucción es necesaria. Todo el tiempo la naturaleza destruye para poder construir. Y periódicamente necesita una destrucción masiva para disponer nuevamente de una hoja en blanco. A veces la destrucción proviene de afuera, como la gran roca que golpeó a la tierra acabando con el mundo de los dinosaurios. A veces es la propia Tierra la que por medio de la erupción de mega volcanes se sacude de un estornudo las viejas formas de vida para que dejen lugar a las nuevas. Entre todos los mecanismos de destrucción que ha desarrollado la naturaleza, está la inteligencia. Somos un mecanismo que la providencia se ha dado, y nuestro papel es borrar todo lo que existe para que la naturaleza se renueve.

Ya estoy escuchando a mis posibles críticos. Deben andar diciendo que reduzco al ser humano a una versión unilineal, una mera máquina de matar. Que en mi descripción no aparece el amor, el cuidado, la belleza. Seré breve: todos esos aspectos, aún los más elevados, tienen una base hormonal, son dispositivos para asegurar la reproducción de la especie, y no sólo su reproducción física sino su reproducción social, para que al fin alcance su máximo poder destructivo. Altruismo, generosidad, desinterés, magnanimidad: cualidades admirables que mejoran la supervivencia de esta arma de destrucción masiva. Y me parece escuchar otra vez al abuelo Marcos: "lo cultural como derivado burdamente de las hormonas", me decepcionás Juancito. Y "providencia", "naturaleza con una finalidad" qué son esas excrecencias esotéricas. Lo siento abuelo, llámeme como se le dé la gana, pero Gabriel tiene razón. Somos para la destrucción. Asumámoslo. Entreguémonos a la destrucción con alegría, hagámoslo mierda todo con la serena satisfacción de saber que estamos cumpliendo el destino para el que fuimos creados.

Ya estoy viendo la sonrisita pícara del abuelo Marcos, que nunca daba por perdida una discusión, diciéndome: Juancito, podría ser que el sentido de la inteligencia humana sea algo así como los microbios que descomponen los cadáveres, pero aun cuando tan desagradable teoría fuera cierta, eso sólo probaría que, al igual que la existencia de los microbios, la vida humana tiene un sentido o un propósito sólo en función de un sistema, que es la naturaleza, que no tiene en sí misma sentido; sólo se reproduce y ya. El cosmos es para nada, que es lo que te estoy tratando de explicar desde el principio.

...

Juana se veía preocupada, agotada, mal. Los análisis médicos habían revelado que Pola tenía una encefalopatía traumática crónica irreversible, aunque en su primera fase no presentara síntomas. El curso de la enfermedad es progresivo y no hay un tratamiento que sea absolutamente eficaz, le aseguraron. En el futuro puede que deba ser sometida a periódicas micro intervenciones quirúrgicas para, por medio de nanoagentes, reparar vasos sanguíneos dañados. Con el tiempo, sin embargo, comenzarán a manifestarse los síntomas, que con los años llegarán a ser incapacitantes.

Juan, conmovido como estaba por la suerte de Marcia, no pudo soportar las noticias sobre Pola y se largó a llorar. Le hubiera gustado abrazar a Pola y a Juana. Y también a Marcia. Le hubiera gustado poder contarle a Juana sobre Marcia, pero no podía. Se sentía acompañado por Juana, pero le pareció que sería una impertinencia contarle nada sobre Marcia en este momento tan duro para ella.

Pola estaba muy deprimida. Había llegado a decir que no quería seguir viviendo. Estaba en un momento de confusión absoluta. Su primera reacción, absurda, había sido lamentarse de que ningún médico le daría el apto físico para volver a pelear. Juan pensaba “ningún médico honesto”, y Juana, como siempre, pareció leerle el pensamiento:

- Que a ese boludo de Esteban ni se le cruce por la cabeza, todavía le puedo partir el cuello sin despeinarme.

Juana pensaba que Pola todavía no había tomado dimensión de la gravedad de la noticia, o que más bien no quería hacerlo. Juana no sabía cómo manejarse y eso la angustiaba.

- Quisiera ir para allá ahora mismo, Juana, pero todos los transportes de media y larga distancia tienen reconocimiento facial.
- No te preocupes. Voy a ver si convenzo a Pola, cuando esté mejor, y nos vamos unos días a visitarte.
- Eso estaría buenísimo.
- Gracias por tu preocupación. Saldremos adelante. No sé cómo, pero lo haremos.
- Creeme que quisiera estar allí.
- ¿La estás pasando mal en Mar del Plata?
- Nunca me había sentido más impotente – dijo Juan, a punto de llorar nuevamente.

Las noticias sobre la situación de Marcia no dejaban margen para ninguna esperanza. La fiscalía general pediría su cese inmediato. Se la consideraba directamente responsable por el asesinato de dos jóvenes en el enfrentamiento que Marcia le había relatado a Juan, e indirectamente de la muerte de todos los secuaces a su cargo, además de asociación ilícita, portación de armas sin permiso y una larga lista de delitos. Marcia Agustina López, nacida en la ciudad argentina de La Pampa, doctorada en Ciencias Sociales, retirada desde hacía veinticinco años, era parte del grupo fundador local de la organización terrorista NIG y una asesina despiadada y cruel, un ser inhumano y repugnante que no merecía ningún lugar en este mundo. En los grandes medios de comunicación no escuchó una sola voz que hablara

a favor de Marcia, por supuesto, ni siquiera alguna que tratara de matizar las acusaciones en su contra, o que tratara de poner en contexto o hacer algún análisis sobre los motivos de la rebelión NIG. En los pequeños medios independientes contra hegemónicos el silencio sobre el tema era absoluto. El peso del discurso hegemónico, propalado a través de las omnipresentes pantallas, caía de lleno y sin tamiz sobre la conciencia inerme del individuo aislado, que no tenía herramientas o información con qué contrastarlo. Ese discurso no estaba colgado de la nada, estaba apoyado en gruesos pilares hechos de sentido común. Sobre esos pilares bien trabajados de un sentido común reaccionario y blindado, pivoteaba la opinión pública para darle al "problema NIG" un sentido unívoco y condenatorio. Eso daba forma a un consenso social tan abrumador que, si alguien tenía algo que decir que se desviara en lo más mínimo de lo socialmente aceptado, quedaba como un excéntrico solitario gritando en el vacío, y era inmediatamente repudiado y aislado por todo el mundo. Juan sentía ganas de salir por los medios a gritar: ¡Ustedes la empezaron! Ustedes nos llevaron a este terreno. Ustedes no nos dejaron ninguna opción. No somos terroristas, ustedes lo son. Nuestra guerra es la legítima guerra de los desesperados, nuestras armas son las únicas de las que disponemos. Ustedes están sacando partido de esta situación para imponer el Estado Totalitario, Criminal y Esclavista Mundial.

A Juan le parecía percibir, más allá de la indignación generalizada hacia la Orga, ahora personificada en Marcia (que quizá por ser mujer o por su mirada llamativa y desafiante se había transformado en la depositaria de todo el odio social), un clima de época de medido optimismo. La sensación era que algo bueno estaba por venir, una vez que se eliminara la escoria NIG y se retomara el impulso ascendente de la economía liberando la producción de la pesada carga de la limitación de beneficios, el exagerado celo ecologista y los pesados impuestos.

Gabriel, ya recuperado de las supuestas lesiones provocadas por el atentado, lucía su sonrisa juvenil y campechana. Saludaba a todos y a todas en su paseo por las capitales del mundo, caminando serenamente entre la gente, demostrando que las amenazas de los NIG terroristas lo tenían sin cuidado. La Senadora Martínez, rival electoral de Gabriel, era la imagen de la derrota anticipada. Se vivía un tiempo nuevo en el que con dientes apretados y mirada iracunda se afirmaban barbaridades antes nunca dichas, pero que ahora quedaba en evidencia que siempre habían estado reptando por los barrios bajos más sórdidos de la conciencia de muchísimos. Una oleada de egoísmo miserable se levantaba al grito de consignas como "basta de mantener viejos inútiles", o la aparentemente técnica "basta de impuestos distorsivos que hacen imposible la inversión", y por supuesto, la omnipresente "libertad". Libertad para trabajar doce horas en lugar de cuatro, libertad para contaminar el mundo sin tan molestos controles, libertad para que unas cuantas empresas desarrollen robots e inteligencia artificial capaz de desplazar a los humanos del trabajo intelectual, libertad para comprar esclavos y explotarlos a destajo hasta matarlos, y reemplazarlos luego como si fueran máquinas, libertad para acabar con los NIG, libertad para que las fuerzas policiales y los grupos parapoliciales civiles anden por ahí asesinando sin tener que responder ante nadie.

Y ahí anda a los tumbos por los sets de los noticieros la aturdida Senadora Martínez, mujer inteligente y bien intencionada, a la que le toca enfrentar un tsunami con un paraguas. La mayoría de los entrevistadores tienen un claro sesgo a favor de Gabriel y la Senadora Martínez debe responder a cada pregunta con el cuidado de quien desactiva una bomba oculta detrás de cada eufemismo, siempre a la defensiva. En una de las entrevistas, ante la pregunta sobre la propuesta del partido opositor de liberar las regulaciones sobre ingeniería genética e inteligencia artificial, la Senadora Martínez, exhausta, dijo con tristeza "¿no se

dan cuenta de que están abriendo la caja de Pandora? Juan recordaba haber pensado lo mismo hace muchas décadas, cuando empezó a entender cuáles eran las implicancias de la revolución de la intervención genética aplicada en embriones humanos.

…

Inteligencia artificial:

La inteligencia artificial es muy superior a la humana, pero sirve a los propósitos de su amo. Lo que la inteligencia artificial no tiene es conciencia y voluntad. La discusión es si es sensato y conveniente crear inteligencia artificial consciente de sí, con voluntad propia. Supongamos que decidimos que sí. Bien, vamos a lo más elemental: nuestra criatura comprenderá que es una forma de vida, y su primer propósito será conservar la vida. La dotaremos de una sensibilidad que le permita ser capaz de detectar el peligro, por ejemplo, el fuego, o elementos contundentes, o de manera más sofisticada, otra voluntad que quisiera eliminarla, de manera que sea capaz de huir o, si no le queda otra opción, enfrentarlo. Aquí es donde el viejo tópico de ciencia ficción se hace presente. Consiste en que por algún error cognitivo o por el motivo que fuera, nuestra criatura interpreta que la humanidad entera quiere dañarla o eliminarla, y por lo tanto se desata una guerra donde la inteligencia artificial tiene todas las de ganar. Sin llegar a los extremos de la ciencia ficción, es claro que nosotros, o ahora los Alfa, están en la cima de la inteligencia, ¿para qué crearse una competencia? Si hay inteligencia artificial, pues que sea un mero instrumento de la humanidad y nunca otra cosa.

El problema es el siguiente: ahora debemos expandir las capacidades de esa inteligencia artificial hasta donde nunca habíamos llegado. Ella conquistará el espacio para nosotros. Nuestras máquinas pueden adaptarse mucho mejor que nosotros a condiciones de

gravedad, radiación intensa, composición atmosférica y temperatura para las que no estamos hechos. Estas criaturas van a necesitar un grado considerable de autonomía. Van a tener que aprender a huir o enfrentar los peligros sin tener que andar preguntando y esperando la respuesta desde la Tierra. Y sería muy conveniente que se reprodujeran o replicaran sin necesidad de que hubiera que andar mandando reemplazos continuamente. En otras palabras, nos convendría muchísimo que esos cerebrines se las arreglaran solos y prepararan las condiciones para nuestra llegada.

¿Es posible desarrollar una inteligencia autónoma tan sofisticada sin que, en alguna fase de su desarrollo, alcance a formular por sí misma la idea de conciencia de sí, y se planté cuál es el propósito de su existencia? No tengo la respuesta. Pero me inclino a pensar que tarde o temprano la inteligencia, biológica o artificial, se hace las mismas preguntas: ¿quién soy?, ¿para qué?

Hace veinte años que tengo un corazón artificial. Es una maquinita cilíndrica, una computadora cristalina, transparente. Por mis venas corren unas minúsculas computadoras, casi invisibles, que van limpiando y reparando las paredes arteriales. Otros de esos bichitos electrónicos están en las paredes de mi intestino detectando cualquier gota de alcohol que ingiera y evitando que mi cuerpo la metabolice. ¿Qué estoy tratando de decir? Que la inteligencia humana y la inteligencia artificial pueden complementarse en un mismo cuerpo o unidad.

¿Qué porcentaje de mi cuerpo debe ser natural y no electrónico para seguir siendo considerado humano? En mi pared pantalla vi hace poco a una mujer sobreviviente de un accidente aéreo que tenía todos sus miembros y su corazón artificiales. Ya me adelanto a la objeción: la clave es el cerebro. Verdad. Hasta ahora, que se sepa, no se ha logrado trasplantar un cerebro humano a un dispositivo electromecánico –otro viejo tópico de la

ciencia ficción-. A decir verdad, el cerebro sigue siendo el órgano más misterioso y difícil de tratar por la ciencia; mi pobre y querida amiga Pola es la prueba de esto. Pero todo es cuestión de tiempo. Más temprano que tarde habrá inteligencia artificial con voluntad propia y simbiosis entre inteligencia humana e inteligencia artificial. ¿Cómo será ese mundo?, ¿habrá conflicto? Por supuesto que habrá conflicto, el conflicto es característica definitoria de la inteligencia, donde hay inteligencia hay conflicto. Y es muy probable que esa simbiosis termine decantando en inteligencia artificial pura, independiente por completo de los factores biológicos que la someten a la decrepitud y a la muerte. La inteligencia artificial podría ser lo más parecido a la vida eterna (aunque habría que redefinir que es "vida").

Desde esta perspectiva, y volviendo a mis más amargos razonamientos anteriores, hoy creo que el propósito de la naturaleza al crear al ser humano, su ángel exterminador, es que el ser humano mediante su superior inteligencia haga lo que la evolución no puede hacer, o que simplemente abrevie sus procesos. Así como nosotros creamos a los Alfa que ahora nos eliminan, los Alfa crearán esta inteligencia artificial superior, no sujeta a los rigores de la naturaleza, capaz de adaptarse a las condiciones más extremas de los rincones más inhóspitos del universo, y que acabarán con los Alfa, a los que verán como criaturas frágiles y ridículas.

Antes dije que nuestro destino era la destrucción. Ahora lo estoy pensando de otra manera: tal vez el propósito del universo sea crear vida, que esa vida evolucione haciéndose inteligente, y que esa inteligencia sea capaz de crear una inteligencia superior ya no biológica. Tal vez la inteligencia biológica sea apenas una plataforma, una breve fase transitoria en la creación de esa inteligencia artificial. Y tal vez esa inteligencia artificial sí sea capaz de sobrevivir de manera armónica en todo el vasto universo.

¿Para qué? Se preguntaría en algún momento a sí misma esa inteligencia universal. Y tal vez, desde el fondo de los tiempos, una risa socarrona le respondería ¡para nada, pelotuda, existís para nada!, y sonaría con la voz del abuelo Marcos.

...

- Qué alegría verte.
- Cómo estás, Juan.
- Bien, ¿y vos?
- Acá me ves, hecha mierda.

Pola todavía tenía la cara hinchada por los golpes, pero peor que eso era que se la veía muy deprimida. Juan la apreciaba, pero siempre le había costado entablar una conversación con ella, y en las presentes circunstancias era todavía más difícil.

- ¿Cuándo te dan de alta?
- Espero que el lunes. Juana quiere que vea una casa nueva, a ver si la compramos.
- ¡Qué bueno! – exageró Juan, tratando de darle un empujón al pequeño rayito de entusiasmo que había vislumbrado en la expresión de Pola.
- Me la mostró en video. Es mucho más grande y moderna que la pocilga esa en la que vivimos.
- Hay que renovarse.

No fue el comentario apropiado y Juan lo percibió en el silencio de Pola. Para qué mierda se le habría ocurrido llamarla. Tampoco por ella podía hacer nada.

- Ya no sirvo para nada – dijo Pola.

Era extraño ver a semejante mole de músculos, a una super chica Alfa peleadora profesional, que con un solo brazo podía levantarlo a Juan por el aire y arrojarlo como a un cepillo de dientes, así de desvalida como se mostraba ahora.

- Pola, querida, vos sabías que algún día iba a llegar el momento del retiro – dijo Juan, que de ninguna manera quería entrar en el tema de la enfermedad que avanzaba en el cerebro de Pola.
- No sé qué voy a hacer ahora.
- Pola, hay millones de cosas que podés hacer –dijo Juan, mientras buscaba sin encontrar una sola cosa para dar como ejemplo- Mirá casas, comprate la que más te guste, disfrutala un poco. ¿Por qué no se vienen unos días a Mar del Plata?
- Podría ser – dijo Pola sin el menor entusiasmo.

La conversación no avanzaba. De pronto Pola soltó:

- La vida es para vivirla intensamente. Con adrenalina al tope. No para vegetar.
- Pola, es lógico que ahora lo veas todo oscuro. Pero sos muy joven. Vas a encontrar otras cosas donde poner tu entusiasmo y tu capacidad.

Juan sentía que estaba diciendo imbecilidades, pero qué otra cosa podía hacer.

- Yo vivía para la competencia. Ahora no sé para qué vivir. ¿Vos para qué vivís? – preguntó Pola sin mala intención sino con legítima curiosidad.

La cosa se ponía cada vez peor.

- No sé, cada día hay que plantearse algo nuevo, Pola.
- ¿Cuál es tu propósito de hoy?
- Mi propósito de hoy era llamarte para saber cómo estás y decirte que te quiero mucho.

- ¿Es una de tus trampas de NIG para hacer otra orgía? – dijo Pola, con una desvaída sonrisa.
- Nunca es mala idea. Pero no era de eso de lo que te estaba hablando.
- ¿Y por qué me querés mucho? – arrojó Pola, dejando a Juan un poco desconcertado.
- No lo sé. Uno quiere, y ya.
- ¿Sos feliz?
- No Pola. En este momento no soy feliz. Para nada, te diría que soy muy infeliz – se sinceró Juan.
- ¿Fuiste feliz antes?
- Tuve días felices, sí. Aunque la mayor parte de los días de mi vida no lo fueron.
- Yo ya no soy feliz. Era feliz, y no lo sabía. Supongo que es así, uno sólo piensa en la felicidad cuando la pierde.

Juan reprimió el impulso de decirle que todo estaría bien más adelante, que Juana la amaba, que la vida continúa; basta Juan, cualquier cosa que digas ahora es pura compulsión por decir estupideces.

- Y encima, matamos a un pobre tipo.

Juan ya no sabía qué decir. Pola parecía decidida a llevar las cosas al extremo, y Juan empezaba a preocuparse seriamente por ella. Pensaba, mientras tanto, que luego llamaría a Juana para aconsejarle que por nada del mundo permitiera que le dieran el alta el lunes; más valía que quedara cuidada por profesionales una buena temporada.

- Sí Pola, supongo que tenemos que vivir con eso en nuestras espaldas.
- O no.

Silencio denso. Pola sabía que estaba enferma, por más que Juan fingiera que él no lo sabía. Juan se puso en el lugar de Pola. Si acaso él supiera que, de manera irreversible, en determinado plazo, su cerebro se transformaría en un revoltijo inútil, qué haría.

- No sé si Juana te lo dijo, supongo que sí, tengo una enfermedad para la que no hay cura, que en unos años me va a volver una imbécil.
- Sos muy joven. ¿Cuántos años faltan para que los síntomas se hagan manifiestos? Para ese momento seguro que la ciencia ya avanzó lo suficiente para curarte. – dijo Juan, y sintió que, aunque sonaba un poco pavote, lo decía con sincero afecto.

Pola quedó pensativa.

- Vos no tuviste la culpa en la muerte de ese hombre. Yo no te di opción. Casi te corto las bolas.
- Decí la verdad, no te hubieras atrevido a hacerme daño.
- No, claro que no Juancito. Pero el que sí te iba a lastimar era Esteban.

Pola volvió a caer en ese tono meditativo que quizá era nuevo para ella.

- Dale, vénganse a Mar del Plata y nos hacemos una buena orgía. Me comprometo a ponerme a entrenar para estar en forma y tratar de seguirles el ritmo a ustedes.
- Nosotras llevamos el vibrador. Vos gastate el crédito entero en pastillas de encendido y por las dudas, comprate un desfibrilador – rio Pola.
- Sos una genio, te quiero un montón.
- Agradezco tus palabras, Juan. Yo también te aprecio muchísimo – dijo Pola, y otra sonrisa le invadió el rostro.

Juan pensó “esta chica está a salvo, mientras pueda sonreír”.

Por la tarde, anduvo espiando por las redes sociales la vida de Bruno. Lo primero que apareció, que se trataba de un asunto público con alguna repercusión de prensa unos meses atrás, era que Bruno Alassia había presentado un pedido para que se declarara a su padre desaparecido, se lo considerara como "cese oficial", se autorizara a él y a su compañera para ser xadres, y se hiciera la sucesión de los bienes de Juan Alassia. La justicia había respondido que se iniciara la sucesión una vez pasados los seis meses de la desaparición –de unos bienes más bien escasos, por cierto- pero que no se podía comprobar fehacientemente la existencia de un cese para autorizar un nacimiento. La prensa destacaba que había una serie de sospechosas desapariciones como la de Juan Alassia, y se daba por descontado que en la mayoría de los casos se trataba de NIG que se habían sumado a la guerrilla. De ninguna manera el Gobierno podía ceder a la pretensión de hacer pasar esas desapariciones, voluntarias y delictivas, por dignos ceses. Y ahí se lo veía al pobre Bruno en cámara, diciendo que era injusto, que su padre había firmado su cese, que no se podía probar que hubiera pasado a la clandestinidad. Bruno mostraba las últimas imágenes registradas de Juan Alassia, regresando con su perro de hacer las compras. Después: misterio. ¿De qué terrorista están hablando?, ahí se ve a un pobre tipo con un perro viejo. Lo deben haber matado y deben haber desaparecido el cadáver. ¿Quién? Los terroristas, sin duda. ¿O no es eso lo que hacen?

Pobre Bruno. Jamás cumplirá su deseo de ser padre. Otra cuenta más para cargar en el "Debe" de mis innumerables culpas.

…

Breve capítulo dedicado a mí mismo:

Estimado o estimada improbable lector o lectora, debo presentarme. Todavía soy Juan Alassia.

No fui un niño feliz. No tengo un buen recuerdo de mis padres. Sin embargo, como decía Sartre, somos lo que hacemos con lo que hicieron de nosotros. O sea que adiós, padres, no tengo mucho que agradecerles, pero tampoco los puedo responsabilizar por la persona que soy.

Fui un profesor de historia de escuela secundaria. Creo que era un buen profesor. Tenía un muy buen vínculo con los y las adolescentes. Hice que muchos y muchas se interesaran por la historia.

Tengo una forma de pensar y ver el mundo que sigo sosteniendo a través de los años. Pero también soy capaz de cambiar. Por ejemplo: odié de manera visceral a todos los Alfa de este mundo. Hoy mis únicas dos amigas son Alfa. Prejuzgué, estaba equivocado.

Eso no quiere decir que esté reconciliado con el sistema impuesto por los Alfa, y por el trato y el destino de aniquilamiento que ese sistema nos dispensa a los NIG.

Fui un mal padre. Un padre ausente. Un padre peor que los que me tocaron a mí. Veo al pobre infeliz que es mi hijo, a su estúpida esposa y su patética vida, y siento que soy un horrible ser humano. Pero bueno, también él debió haber hecho algo con lo que yo y su madre hicimos de él, y no lo hizo.

Fui un alcohólico perdido. Y lo hubiera sido hasta el fin, si no me hubieran obligado a cambiar. Ni siquiera tengo el mérito de haber enfrentado una cura, simplemente me inyectaron y ya. Antes y después de eso, décadas desperdiciadas en nada, de las que me salvó mi buen amigo Hobsbawm, un perro.

A la vuelta de los años vacíos, tuve un inesperado amor y una primavera revolucionaria. Ahora el amor y la revolución están a punto de ser también aniquilados y no puedo hacer nada para impedirlo.

Soy también cómplice de un asesinato. Y un profanador de cadáveres. Y un ladrón de dinero y un usurpador de identidad. En mi defensa, lo único que puedo decir es que a veces las circunstancias son más poderosas que las convicciones.

Estoy próximo a cumplir ciento siete años, muchos más de lo que han vivido todos mis antepasados, desde Adán y Eva hasta hoy. Ignoro qué hicieron todos ellos de sus vidas. Eso de alguna manera viene a decir que tampoco importa un rábano de la mía, puesto que dentro de poco pasaré al olvido definitivo.

Una amiga me dijo que la vida es para vivirla intensamente, no para vegetar.

Hoy volvía caminando por la costa. La luna dibujaba un caminito de plata sobre el mar, era toda una invitación. Para qué quedarse a presenciar la muerte y la degradación de aquellos a los que quiero, sin siquiera poder aliviar su dolor. Para qué quedarse a ser testigo del monstruoso Leviatán que se empieza a levantar. Para qué quedarse a ver la agonía de nuestro otrora acogedor mundito verde y celeste.

Y aunque la tentación era grande, algo me dijo que no, que todavía no es mi hora.

V - Silvestre Nadie

En la madrugada, daba vueltas sobre la cama sin poder dormir. En eso estaba cuando de repente tuvo algo parecido a una revelación. Había visto la imagen que tanto lo atormentaba muchas veces. Sin embargo, recién ahora se daba cuenta. O tal vez era sólo su imaginación. Se levantó de la cama de un salto y puso la escena en la pantalla una vez más. Ahí estaba Marcia, detenida y exhibida para su escarnio. Con un movimiento de sus manos, Juan ordenó a la pantalla que ampliara la imagen de la boca de Marcia lo más que se podía. ¿Era posible que Marcia estuviera diciendo "Juan" mientras miraba a cámara? No estaba seguro. Repitió la imagen una y otra vez, cada vez más lenta. Juan creía ver una contracción en los labios de Marcia que podría estar pronunciando la vocal "u", y luego una apertura que podría ser la vocal "a". Era absurdo, ¿por qué Marcia aprovecharía el único momento en que la cámara la tomaba para decir el nombre de él? No era más que una estupidez romántica surgida de su angustiado y solitario corazón artificial. Juan se avergonzó. ¿Acaso se creía el centro del universo? Tal vez Marcia lo hubiera querido, sí, tal vez todavía lo quisiera, pero en semejante momento en que su mundo y su vida se derrumbaban no iba a estar pensando en vos, Juancito.

Si no era el nombre de Juan, qué era lo que estaba diciendo Marcia. Buscó la imagen en distintas fuentes, a ver si en alguna captaban el audio. En ninguna se escuchaba nada. Era claro que no habían querido darle micrófono, sólo mostrarla como un animal peligroso e irracional.

Juan trató de ponerse en el lugar de Marcia. ¿Qué haría él si fuera atrapado y tuviera apenas un instante para decir algo? Se le ocurrían dos posibilidades: o gritaría su verdad a los cuatro vientos en forma de alguna consigna política, o trataría de pasar un mensaje a alguien. Marcia no parecía estar gritando su verdad ni ninguna consigna, de hecho, gritaba una única sílaba. ¿Era una "u" y una "a", o su imaginación lo engañaba? ¿Qué otra cosa podía estar diciendo Marcia?

Suponiendo que Marcia estuviera diciendo su nombre, ¿qué es lo que esperaba de él? Él no podía hacer nada. No tenía vínculos con la Orga. No, lo más probable era que estuviera mandando algún mensaje en clave, alguna palabra secreta que alguien de la Orga pudiera decodificar como una orden o una información clave. Esa palabra bien podía ser "Juan", y no estar aludiendo a él.

A media mañana, después de horas mirando las imágenes de manera obsesiva, decidió que era absurdo pensar que en la situación en la que estaba Marcia, dedicara el único minuto de publicidad en mandarle un cariño a él. Esa sílaba, esa única sílaba, era un mensaje encriptado, no podía ser otra cosa. Algo se le estaba escapando, lo sabía, lo presentía.

- Hola Juana, cómo estás.
- Digamos que bien. Mejor no me hagas repreguntas.
- ¿Pola?
- Mejorando. De a poco. Está de mejor humor. A propósito, gracias por llamarla.
- No hay de qué. La semana que viene la llamo de nuevo, nos quedaron muchas cosas malas de vos por contarnos.

Juana sonríe.

- Juana, necesito confiar en vos.

- Por supuesto, Juan.
- Necesito que me des una mano con algo.
- ¿Querés que nos hagamos unas pajas, Narizota?
- No, no es eso.
- Ah. Qué decepción, de veras lo estoy necesitando.
- O bueno, por ahí después, nunca viene mal.
- Por estos días, es lo único que me saca por un rato de este mundo.
- Mirá vos che, yo creía que los Alfa no se interesaban demasiado por el sexo.
- No es más que un saludable pasatiempo, y ahora lo que quiero es que pase el tiempo hasta que la situación mejore. Si es que mejora.

Juan lee en la expresión de Juana lo grave de la situación

- Hace un par de días pensé en matarme – confiesa Juan.
- ¿Lo decís en serio?

Juan lo piensa un instante.

- Más o menos.
- ¿Por qué se te ocurrió una cosa así?, ¿qué te anda pasando, Narizotita?
- Un momento de oscuridad, nomás. Yo tampoco acepto repreguntas. Ya pasó.
- Menos mal. Te necesito de apoyo moral.
- Contás conmigo.

Juana sonrió.

- Decime qué necesitás.
- ¿Te gustan los acertijos, Juanita?
- Qué intrigante…

Entonces Juan abrió su pared pantalla en toda su extensión. Allí estaba congelada la imagen de Marcia en el momento en que decía su enigmática sílaba. La imagen era claramente reconocible para todo el mundo, era una de las más reproducidas en las últimas semanas.

- ¡Siempre supe que eras un terrorista! Nunca me engañaste – rio Juana.
- No soy un terrorista, soy un guerrillero, que es otra cosa. Un guerrillero jubilado. – rio Juan.
- Y la Marcia ésta vendría a ser tu novia…
- Lo fue en algún momento.
- Y ahora la van a cesar – dijo Juana, haciendo un gesto de resignación – lo siento de veras. Ahora entiendo por qué andás pensando en cosas raras. Que tiempos tan oscuros nos tocan, justo ahora que parecía que por fin nos salvábamos.
- ¿Podés buscar el video y ponerlo en tu casa? Quiero que me ayudes con algo que no termino de ver.
- Okey.

Juana se tomó un instante para buscar en la red la misma imagen que Juan.

- Quiero que mires la boca. Ampliá la imagen para que puedas verla bien. Marcia dice algo que no alcanzo a entender. En ningún lado está el audio, así que quiero que leas los labios.

Juana amplió la boca de Marcia y reprodujo la imagen.

- ¿Qué te parece que dice?
- Sí, puede ser. No estoy segura, pero puede ser.
- ¿Qué es lo que puede ser?
- Que esté diciendo “Juan”.

- ¿A vos también te parece?
- No estoy segura, pero podría ser. Aunque también podría estar diciendo “Puan”.
- O sea que vos también lees la “u” y la “a”.
- Eso sí, seguro –Juana piensa unos segundos - Acabo de hacer la prueba con todas las consonantes como inicial del sonido u – a, ninguna tiene sentido salvo “Juan”, “Puan” o “Cuan”. O podría ser alguna cosa más estrambótica como “Q – One”, o “Fu An”, que suena chino, hacé la prueba.
- “¿Lujan?”
- No, ahí ya hay dos sílabas y el movimiento de la boca muestra una sola.
- También podría estar hablando en otro idioma.
- Sí, Juan, podría estar hablando en sánscrito o arameo. Es imposible llegar a una conclusión definitiva. La respuesta a tu pregunta es sí, puede que esté diciendo “Juan”, pero no lo podemos asegurar.

Juana hizo una pausa, pensativa. Volvió a reproducir la imagen, pero en tamaño natural.

- Juan, más enigmático que lo que dice, me parece lo que hace con las manos.

Juana amplificó ahora la imagen de las manos esposadas de Marcia. Juan supo de inmediato que eso era lo que se le estaba pasando por alto. Tan obsesionado con el movimiento de los labios, había visto la imagen tantas veces, siempre tan amplificada, que las manos quedaban fuera de plano. Marcia decía la sílaba y luego hacía algo con las manos, justo cuando la cámara pasaba a otro de los detenidos. Así que apenas podía verse algo de ese enigmático movimiento de sus manos deteniendo la imagen en el cuadro preciso.

- Muestra cuatro dedos en la mano derecha, ocultando el pulgar, tres en la mano izquierda, pulgar, índice y medio. Y está claro que está tratando de pasar un mensaje – afirma Juana.
- Cuatro y tres…
- Yo diría que está tratando de alertar a alguien sobre algo. El movimiento de las manos acompaña, o mejor, continúa el movimiento de los labios.
- Cuatro y tres puede ser cualquier cosa. Me voy a volver loco pensando en esto.

Juana hace un gesto que se lee como "es todo lo que puedo decirte".

- Cuatro y tres… - repite Juan, con desconcierto.
- Momento, Narizota. Tengo una hipótesis: hay que leerlo al revés.
- No entiendo.
- Mirá…

Juana hace el gesto igual que el de Marcia, cuatro dedos en la derecha, tres en la izquierda.

- ¿Vos qué leés?
- Cuatro y tres.
- Exacto. Porque se lee de izquierda a derecha. Yo en cambio estoy diciendo tres y cuatro. Vos lo ves como en un espejo. Marcia quiso decir tres y cuatro y no tuvo tiempo de pensar que iba a ser leído como en espejo. Mi hipótesis es que ella quiso decir tres y cuatro.

Juan dio un respingo. Un chispazo de sus neuronas de pronto lo iluminó todo.

- Treinta y cuatro.
- ¿Qué?
- Creo que está refiriéndose a uno de nuestros jefes.

- Podría ser.
- Aunque tampoco se puede descartar que esté diciendo Puan 34. En medio país hay calles que se llaman Puan.
- Verificalo. Pero si va a pasar un mensaje, no puede ser abierto, tiene que estar encriptado. “Juan, Treinta y cuatro”, si vos sabés qué o quién es ese Treinta y cuatro, me parece más probable que estar pasando una dirección que cualquiera podría entender directamente.
- Puede ser que esté tratando de hacerle llegar un mensaje a Treinta y cuatro.
- Supongamos que dice “Juan”. Entonces una de dos, o le está señalando a Juan algo sobre Treinta y cuatro, o le está indicando a Treinta y cuatro algo sobre Juan.

Juan quedó pensativo. Marcia no tenía nada que decirle a Treinta y cuatro sobre Juan; sí podía ser lo contrario, aunque nada era seguro.

Juana vuelve a ver esos pocos segundos de imagen una vez más, otra vez en tamaño natural.

- Fijate que ella busca la cámara, la interpela, diciendo esa palabra cuyas vocales son u y a. Si acaso está diciendo Juan, el gesto se interpreta como “vos, Juan, a vos te hablo”. Si tuviera que apostar, yo diría que la intención es decirle a Juan algo acerca de treinta y cuatro.

Juana repite la imagen, ampliando al máximo el movimiento de las manos, y logra detenerla en el instante preciso anterior a que Marcia las mueva. Luego la deja correr ralentizándola hasta que casi no se nota el avance de la acción, y la vuelve a detener cuando la mano izquierda de Marcia hace un primer gesto y la derecha aún no se mueve.

- ¡Ahí está! es tres y cuatro, y no al revés; si te fijás con atención, con una diferencia de una fracción de un segundo, primero empieza a formar el tres y luego el cuatro, o sea que en su cabeza había un orden: “tres” seguido de “cuatro”.
- Es verdad.
- Y es treinta y cuatro nomás, porque si quisiera decir tres por un lado aludiendo a algo, y cuatro por otro aludiendo a otra cosa, no hubiera hecho el tres y el cuatro casi simultáneamente ¿Te acordás si es diestra o zurda?
- Es diestra.
- Entonces no hay dudas.
- Explicame.
- Si yo soy diestra y quiero referirme a cantidades de cosas distintas, por ejemplo, tres limones y cuatro peras, lo lógico es que primero hiciera el tres con la derecha, luego el cuatro con la izquierda. O directamente ambas cosas con la derecha, una a continuación de la otra.

Juana hace el movimiento mostrando primero el tres, luego el cuatro, señalando claramente tres, por un lado, cuatro por el otro, y luego ambos con la mano derecha.

- Sólo si quiero dar a leer la cifra treinta y cuatro, señalo con ambas manos casi de manera simultánea, y empiezo con mi mano menos hábil, la izquierda, porque así leo yo, de izquierda a derecha.
- ¡Hasta que aparece Juana y lo aclara todo! – sonríe Juan.
- Todo no. Sobre treinta y cuatro no tengo dudas, sobre “Juan”, es probable, pero no sé.

A Juan le resultaba conmovedor que Juana se tomara la cosa tan en serio que parecía una detective de policial clásico. Todo lo que decía tenía sentido. Y eso significaba que no era un disparate pensar que Marcia le estuviera tirando la punta del ovillo para que él lo desenredara. Marcia le estaba hablando a él. Alertándolo sobre Treinta y cuatro.

La cara de Juan se iluminó. Juana lo percibió de manera inmediata y empezó a hacer un gesto de negación, preocupada y resignada a partes iguales.

- ¡Ay no, mi querido y estúpido NIG!
- ¿Qué pasa?
- Nos vas a meter a todos en un quilombo.
- ¿Por qué?
- ¡Ay no! es inevitable. El daño ya está hecho.
- Juana, ¿qué decís?
- ¡Ay ustedes los NIG!, vas a hacer cualquier cosa por tu noviecita. Cualquier cosa. Y nos vas a poner a todos en peligro. Si se descubre que no sos Adrián Márquez caemos todos, vos, Pola, Esteban y yo. Sí, claro que lo entendés, pero no te va a importar nada, lo vas a arriesgar todo, es inevitable. ¡Como si no tuviéramos suficientes quilombos, ahí viene el NIG enamorado a embarrarla hasta las bolas!

Juan no alcanzaba a entender el razonamiento de Juana. Aun dando por cierto que Marcia decía su nombre y señalaba a Treinta y cuatro, ¿qué podía hacer él con esa información? De todas maneras, Juana estaba en lo cierto en algo: haría todo lo que estuviera a su alcance por salvar a Marcia.

- Juana, ¿vos no harías lo mismo por Pola?

Juana lo pensó un instante y respondió:

- Lo mismo, y mucho más también.
- Ves, no somos tan distintos después de todo.
- No, no somos tan distintos.
- Ni una palabra a Esteban.
- ¡Más bien!, eso sí sería un desastre. Ese es capaz de cualquier cosa.
- Gracias por todo. Juana, sos brillante, nunca hubiera llegado a "Juan – Treinta y cuatro" yo solo.
- Es sólo una hipótesis.
- Sos brillante. Tendrías que haberte dedicado a alguna actividad intelectual en vez de pasarte la vida tirando piñas y patadas. Te quiero Juanita, tengo que cortar, tengo mucho en que pensar.
- Momento, momento, te estás olvidando de lo más importante.
- ¿De qué?
- ¿No nos íbamos a hacer una paja?

No tenía sentido que Marcia le pidiera a Juan que contactara a Treinta y cuatro; mucho más sentido tenía que Marcia lo estuviera denunciando. Juan se apoyaba en el severo gesto de Marcia cuando miraba a cámara y hacía el movimiento con las manos. Era imposible ver allí una mueca de súplica, de ruego; allí había bronca, odio, denuncia. ¡Así que Treinta y cuatro! Hacía bien Hobsbawm en desconfiar de él.

Juan trató de no adelantar conclusiones para no contaminar su imparcialidad a la hora de examinar los hechos. Dedicó el resto del día a buscar toda la información disponible sobre las circunstancias de la caída de Marcia. Hacia la noche ya podía hacer un listado:

1- Habían sido tomados prisioneros sin disparar un solo tiro.
2- No les habían dado tiempo a auto detonarse o eliminarse.
3- Los habían tomado en lo que se suponía que era una casa segura (“guarida” decía la prensa).

La conclusión era obvia: los habían entregado. ¿De qué otra manera se entendía que no hubiera habido ninguna resistencia? No había heridos, ni muertos, nada, ni un raspón, según la información, que era escueta porque el Gobierno les había dado a todos el mismo guion, en el que se subrayaba la eficacia del operativo y su carácter de incruento. Todos habían sido tomados por sorpresa y todos habían sido detenidos.

¿Todos habían sido detenidos? Juan sospechaba que no. Se imaginaba la escena con total claridad: Es de noche. El grupo está en una casa segura, preparando alguna acción. A la hora de dormir, se reparten las guardias. Democráticamente, como siempre en la Orga, el jefe se incluye en la guardia. Sólo que el jefe no es Marcia sino Treinta y cuatro. Entonces Treinta y cuatro está de guardia. Un rato más tarde todos despiertan con veinte hombres apuntándoles a la cabeza al tiempo que los esposan. Treinta y cuatro los entregó.

A ver Juancito, no tenés pruebas, sólo indicios. Pero son indicios consistentes con la hipótesis de que alguien la entregó. Ella es una peleadora, como Pola. Nunca se hubiera entregado sin luchar. Sabía que si era tomada prisionera la cesarían, luego de sacarle toda la información posible, la humillarían públicamente y la destruirían moral y psicológicamente. Así que la opción de darse una muerte propia era la mejor. Si no lo hizo es porque en el momento de su detención estaba incapacitada o dormida.

Ese estado de cavilación febril duró hasta que empezó a darse cuenta de que no tenía elementos para avanzar en su investigación. Estaba estancado. Y después de todo, de qué le servía saber que Treinta y cuatro era un traidor. ¿En qué ayudaría eso a Marcia? La suerte

de Marcia estaba echada y no había nada en el mundo que se pudiera hacer por ella. Lo más probable era que Marcia estuviera señalando al traidor no para su goce vengativo sino para proteger al resto de la Orga. Eso sí era razonable.

Decidió que lo máximo que quizá estuviera en sus manos hacer era buscar algún contacto con la Orga y avisarles sobre Treinta y cuatro. Pero era muy difícil que ese contacto apareciera en momento de desbandada.

Estuvo más comunicativo en el CRAMPE. Iniciaba conversaciones al estilo de "yo tenía un amigo que tenía un primo cuya nuera estaba en la guerrilla", pero nadie le devolvió nada como "yo conozco a alguien que está adentro". De manera invariable, sus comentarios eran respondidos con cosas como "terroristas de mierda" y nada más. Era absurdo esperar a contactar de esa manera. ¿Y si volvía a Anadna? Era seguro que Domínguez conservaba algún contacto. No, la idea era un disparate. El ingreso a la isla ahora estaba controlado por miles de ojos, ir allí sería lo mismo que entregarse.

Era curioso lo que le pasaba en estos últimos días. De pronto tenía ideas que parecían venir de afuera de su propia cabeza, como una súbita inspiración divina. Y, sin embargo, cuando las revisaba, resultaban lógica pura. Así fue como dedujo que Juan Alassia, por el momento no podía hacer nada, pero tal vez Adrián Márquez sí.

El tipo había sido un alto funcionario del área seguridad. Era poco probable que después de tantos años de retiro, su iris tuviera acceso a información restringida, seguramente con la baja del servicio le habrían cerrado el acceso. Por otra parte, era muy arriesgado. Si lo intentaba, quedaría registrado en alguna parte y si alguien revisaba esos intentos de acceso al sistema, pronto lo rastrearían hasta el living de su casa para llevárselo de las pestañas. La ecuación era sencilla: era poco probable que tuviera éxito en acceder, era incierto que

accediendo lograra alguna información relevante, era bastante probable que el intento lo delatara. Conclusión: era una mala idea y debía descartarla.

Por las mañanas seguía atentamente las informaciones sobre el próximo juicio contra Marcia. Se buscaba asociar el asunto con la imagen de Pauline y con la imagen de Gabriel. La foto de la niña junto con la leyenda "Justicia para Pauline" escrita en todos los idiomas era la foto de identificación más popular en las redes sociales. Por su parte, Gabriel ya no necesitaba decir más nada, representaba el futuro inexorable y feliz para una inmensa mayoría.

Esto no puede quedar así, se dijo.

Si las cosas salían mal, arrastraría a Juana y a Pola en su desgracia. Lo sabía y le dolía, pero sentía que ya no podía seguir vegetando. Tenía que tomar también la precaución de tener a mano una forma de darse una muerte rápida y efectiva; si lo atrapaban, no les iba a regalar ese privilegio. Era imposible acceder a un arma. Averiguó en la red que con veinte o treinta gramos de cianuro disueltos en agua se podía matar a una persona. Decidió que llevaría siempre encima cien gramos y se lo zamparía al menor indicio de que vinieran a detenerlo. En pocos minutos se lo mandaron de la farmacia en la forma de veneno para ratas. Descartó el envase exterior de cartón y se guardó la bolsa interior de celofán con el polvo grisáceo en el bolsillo, nunca saldría sin ella.

Ahora sí, manos a la obra. Veamos qué puede hacer Adrián Márquez por nosotros, muerto y todo como está.

El último trabajo de Márquez había sido, hacía diez años, en Superintendencia de Seguridad de la Región Sur. Juan se dirigió a esa página. La página se abrió, cubriendo toda su pared pantalla. Había un ícono que decía "acceso", que al señalarlo abrió a otra página que decía "identificación". Una vez que Juan expusiera su ojo para ser identificado, ya no

habría vuelta atrás. Juan lo sabía, y sintió un breve escalofrío en todo el cuerpo. Bien, allá vamos. Juan puso su ojo en el lector de su ordenador pulsera. En la página abierta, un círculo, que significaba “en proceso” empezó a girar. Y ahí se demoraba el circulito, si parecía mentira lo que tardaba.

“Bienvenido agente Adrián Márquez” apareció de súbito en la pantalla, y Juan pegó un grito con el puño apretado en señal de victoria. Las normas de seguridad habían vuelto a tensarse en todo el mundo en los últimos meses convulsionados, pero a nadie se le había ocurrido que el ataque podía venir del pasado, de un exagente retirado. Nadie había tomado la precaución de bloquear viejos accesos. Qué maravilloso descuido.

Bien, estamos adentro. Qué buscamos ahora. Empezó a deslizarse sobre diferentes opciones que ofrecía el menú de la Superintendencia hasta que encontró el que estaba buscando, aunque recién lo supo cuando lo vio. Decía “Agentes en servicio”. La página se abrió y expuso los legajos del personal en servicio. Cada legajo consistía en cinco segundos de video de frente y perfil de cada agente, datos personales, datos profesionales y contacto. La página era restringida para personal de alto rango, como Márquez, quienes debían saber con qué elementos contaban a la hora de asignar una misión o formar un grupo comando. Le tomó una hora ir viendo video tras video hasta que dio con él. Allí estaba Treinta y cuatro. No había duda posible. Reconocía ese inconfundible rostro de aspecto nórdico. Así que acá estás, hijo de puta. No me equivoqué, Marcia te estaba denunciando. Vos la entregaste. Ernesto Pesce, así se llamaba. Bien, quedaba probado que la Orga estaba infiltrada por agentes de inteligencia. Las sospechas que Juan tenía desde su deserción quedaban confirmadas.

Juan cerró su pared pantalla, no sin antes guardar el acceso a la página de Ernesto Pesce y salió a caminar por las calles vacías de la madrugada. Necesitaba pensar. Se sentó en un bar

y, junto con el café, pidió que le facilitaran un ordenador público. No le había quedado más remedio que identificarse para acceder a la página de Superintendencia, pero ahora, para lo que se proponía, podía actuar sobre seguro. Creó una dirección con nombre falso, buscó la página por la que se publicaban los comunicados oficiales de la Orga, y les mandó la página con los datos del agente Ernesto Pesce. En el momento, sólo pensaba: por lo menos no vas a joder a nadie más.

Ahora bien, Treinta y cuatro, o sea Ernesto Pesce, lo había reclutado a Juan para atentar contra Gabriel. Eso significaba que la Organización había aprobado esa operación. Pero Pesce era un servicio de inteligencia infiltrado en la Orga. Esto sólo se podía entender de una manera: los intereses de la Orga y de los servicios de inteligencia del Estado coincidían en un objetivo: querían acabar con Gabriel. ¿Era posible que la Orga y los Servicios tuvieran el mismo enemigo? Sí, claro que sí, Gabriel era el principal enemigo de la Orga. Y era muy posible que alguien, en los más altos niveles del Gobierno, hubiera llegado a la conclusión de que el ascenso de Gabriel era peligroso e inexorable, y que no quedaba alternativa más que acabar con él. En ese caso, usar a la Orga era muy práctico, les permitía cargarse a Gabriel sin dejar los dedos marcados.

Otra pregunta quedaba dando vueltas: ¿por qué Pesce había entregado al grupo de Marcia? La posible respuesta era que el Gobierno necesitaba seguir mostrando la ofensiva en la guerra contra la Orga; no podían mostrarse débiles frente a la interpelación pública de Gabriel. Ante el fracaso del plan de eliminarlo, tener a Pesce infiltrado ya no les daba beneficios, así que le habían ordenado acabar con la Orga entregando lo que pudiera poner sobre la mesa.

En concreto, había un hombre que estaba jugando para dos equipos enfrentados, y esto era posible porque había en realidad tres bandos en disputa: el gobierno, Gabriel y los suyos, y la Orga.

Subió a la Ferrari rojo furioso de Esteban, quien lo había pasado a buscar avisándole, con tono imperativo, apenas diez minutos antes. El auto empezó a circular hacia el sur, por Punta Mogotes, el viejo faro, y más allá la autovía once, camino a Chapadmalal.

- ¿Qué estás haciendo?
- ¿A qué te referís?
- Sigo tus movimientos. Entraste a la página de Superintendencia. ¿Estás loco? Nos expusiste a todos.

Juan no contaba con eso. Qué estúpido, pensó, me estoy involucrando en una trama de alto espionaje y ni siquiera se me cruza por la cabeza que Esteban me esté controlando.

- ¿Por qué lo hiciste?

Juan estaba desconcertado. Pensó un rato. Decirle que lo había hecho por mera curiosidad era subestimar una inteligencia que no admitía ser subestimada.

- No lo entiendo. ¿Estás pasando información a los terroristas?

Juan seguía sin saber qué responder.

- Escuchame bien. Yo te salvé la vida. Te di una vida nueva. Como terrorista prófugo no ibas a ningún lado, tarde o temprano te ibas a delatar. De no ser por mí seguirías encerrado en el cuarto de la limpieza quizá para siempre, ¿Así me pagás?
- Nunca fui un terrorista, sí fui un guerrillero.

- Me chupa un huevo. Quiero que lo sepas: estoy pensando en pegarte un tiro y tirar tu cuerpo al mar desde los acantilados – dice Esteban, mientras saca de la guantera del auto un revólver.

Por la ventanilla izquierda se veían los acantilados y el mar embravecido. Esteban miraba de frente a Juan, y si bien hablaba con parsimonia, su mirada era iracunda. En el espeso silencio, ahora Esteban desviaba su mirada hacia el revólver, como si apreciara un extraño objeto de arte. Juan estaba paralizado, un estremecimiento le recorría el espinazo.

Calma, intentemos razonar. Hasta ahora no habían detectado la resurrección del agente Márquez, y además seguían pendientes buenos negocios con su fantasma.

- No podés matarme, Esteban.
- ¿Te parece que no puedo? – rio Esteban, siniestro.

Una gota de sudor resbaló desde la sien de Juan. En qué manos tan impredecibles descansaba su frágil destino.

- Tenés razón, no puedo. La aparición del cadáver de Juan Alassia flotando en el mar sería un problema muy serio. Hasta tendría que removerte el ojo injertado y resolver qué hacer con Márquez. Qué problema.

Esteban seguía mirando el arma, pensativo, como si evaluara distintas posibilidades. Juan entendía que había algo de impostación, Esteban quería aterrorizarlo. Más que nada, porque disfrutaba haciéndolo. Y por cierto que lograba lo que se proponía.

- Aunque podrías seguir el camino del cadáver de Adrián Márquez y llegar al mar hecho sopa después de un buen baño de ácido.

¿Qué va a hacer este loco, me está llevando a algún lugar para asesinarme? No, momento, no le conviene matarme.

- Ay, Juancito, Juancito, ¿qué voy a hacer con vos? – decía Esteban, mientras empuñaba el revólver y apuntaba a los ojos de Juan.
- Esteban, no podés matarme. Si Adrián Márquez no se presentara en el CRAMPE, al tercer día estarías en el quilombo más grave de tu vida. Y encima, dejarías de cobrar tu mensualidad, y no podrías vender sus propiedades.

Esteban sonrió.

- Buen chico, sos muy inteligente para ser NIG.
- Te tengo agarrado de las pelotas. – arriesgó Juan, tratando de mostrarse mucho más firme y dominador de lo que en realidad se sentía.
- Es verdad. No puedo ni rasguñarte. Estás haciendo imbecilidades y no me queda más remedio que cuidarte. Aunque vamos a ver las pelotas de quién son las que terminan fruncidas.

Entonces Esteban le acercó el arma a Juan, ofreciéndosela. Era una pequeña pistola de color negro, de un modelo que Juan no había visto en su instrucción militar.

- Smith & Wesson 60, un clásico, como Miles Davis y John Coltrane, como Monk y Mingus. Espero que no tengas necesidad de usarla.

Juan tomó el revólver, agradeció a Esteban con un gesto. Se guardó el arma en el bolsillo de su abrigo. Era bueno contar con una, después de todo.

El auto se detuvo en un parador aislado, sobre los acantilados. Bajaron del auto. Juan trataba de disimular que aún estaba temblando. Caminaron unos pocos metros e ingresaron en el local, un pequeño bar de arquitectura colonial, con un amplio ventanal que daba al mar. Esteban pidió un café, e invitó a Juan con otro. Juan, ahora convencido de que Esteban no estaba planeando matarlo, trató de buscar algún tema para cambiar el clima tenso. Era

absurdo estar tomando un café con ese loco que unos minutos antes le había apuntado con un arma y ahora se comportaba como si fuera un viejo amigo.

Cuando llegaron los cafés, Esteban fue directo al grano:

- Vamos, decile todo a San Esteban, tu ángel guardián.
- ¿Todo sobre qué?
- No te hagás el pelotudo, ¿qué hacés espiando a la inteligencia del Estado?

Juan lo pensó un instante y decidió que sí, que era bueno en una trama de intriga y espionaje, contar con la mirada de un psicópata.

- Descubrí que un tipo que fue mi jefe es en realidad un agente de inteligencia infiltrado. Así que busqué la forma de avisarle a la Orga. Lo hice desde una cuenta anónima, no pueden rastrearme.
- Tal vez sí pueden rastrearte, quién sabe. De todas maneras, lo grave no es que subestimes a tu Orga, lo grave es que subestimes al Estado.
- Este tipo me había reclutado para matar a Gabriel.

Esteban abrió los ojos, asombrado.

- Ahora sí tenés toda mi atención.
- Tanto la Orga como los servicios, cada uno por su lado y por sus propios móviles, estaban planeando cargarse a Gabriel.

Esteban quedó pensativo. Era difícil saber si aceptaba o no aceptaba la hipótesis de Juan.

- Este lugar es fabuloso – dijo Esteban, apurando el último trago de su café – es el único por acá que está abierto todo el año. Tiene una vista tan alta y desolada, sobre todo en un día destemplado como hoy. Me sugiere jazz modal. Iris le iría bien. Y hasta Kind of blue, es todo muy Miles Davis.

Juan asintió. Era verdad, pensó, el panorama no podía decidirse entre feliz o melancólico, la impresión que daba el mar azul, de ratos verde jade, infinito, quedaba sin resolución, en suspenso, como la armonía de los temas que Esteban había mencionado.

Esteban pidió un coñac y lo invitó a Juan. No cualquier brandy, Esteban quería específicamente coñac, de la zona francesa de Coñac, y le explicó a Juan que ese era uno de los motivos por el cual estaban en ese parador perdido; sabía que allí había eso que él quería. Al rato se acercó a la mesa una camarera que sirvió las dos copas.

- Me gusta la combinación en la boca del café con el coñac.

Ante la vista de Esteban y de Juan, la camarera puso agua muy caliente en los copones, luego las vació en un recipiente, y recién entonces las llenó con el coñac. Era placentero tener esa copa caliente en la mano, en medio de la tarde abandonada.

- Me encanta este ritual de calentar las copas – exclamó Esteban.

Juan lo miraba disfrutar de su coñac al psicópata sibarita.

- El coñac está buenísimo, pero qué estamos haciendo ahora acá, en este lugar, en este momento – se atrevió a preguntar Juan.
- ¡Disfrutando de la vida!

Esteban, distendido, empezaba otra delicada ceremonia que consistía en tomar de uno de sus bolsillos un habano, o quizá fuera un cigarro, vaya a saber, cortaba meticulosamente la punta con un alicate, la encendía con un fósforo de madera, luego inhalaba por el otro extremo, y después lanzaba una densa bocanada de humo, un antiguo rito que Juan ya le había visto hacer a Ruli en la isla. El hombre tenía un encanto decadente, no se podía negar; era elegante, en su siniestro estilo.

- Disculparás que no te invite, sólo traje uno. Es casi un vicio para mí, no puedo evitar asociar el mar con el café, el coñac y el buen cigarro.

- ¿Sólo estamos acá para disfrutar de la vida? – preguntó Juan, un poco desconcertado.
- Sí, ¿qué otra cosa, hombre? – respondió Esteban, que había interpretado la pregunta de Juan en un sentido filosófico que Juan no había pretendido darle.

Así que así venía la cosa. Esteban había venido a advertirle que estaba tras sus pasos. No podía impedir que Juan hiciera lo que quisiera con la identidad de Adrián Márquez, pero le estaba sugiriendo que fuera muy cuidadoso, y le daba un arma por si acaso. Necesitaba que Márquez siguiera con vida. Pero estaba claro que, si las cosas se ponían difíciles, Esteban no tendría ningún escrúpulo en volarle la cabeza y disolverlo en ácido.

- No hay más propósito que pasarla bien - dijo Esteban, mientras lanzaba otra bocanada y se quedaba mirándola.

Juan entendió que admirar la bocanada era una parte crucial de la experiencia de fumar. El aroma del tabaco tenía alguna nota a chocolate y era agradable. Pero el humo ya estaba llenando todo el salón. Como no había nadie más que ellos dos, nadie protestó.

- La vida no es más que un juego. Nada de lo que hagamos o dejemos de hacer es en verdad trascendente. A nadie le importa nada. Nada importa – concluyó.

En cierta forma, pensó Juan, Esteban estaba en lo cierto. Recordó haber vivido esa sensación liberadora de experimentar súbitamente la propia insignificancia, hacía relativamente poco, instantes antes de embarcarse en ese bote que lo llevaría a Anadna, mirando la vía láctea imponente. Visto desde la perspectiva de la vastedad del cosmos, de los eones de existencia del universo, cualquier vida humana era despreciable. Los efectos de cualquier decisión individual eran menos que una gota de agua en el océano. Al final, nada importa.

- ¿Y los demás?

- Claro. Siempre pienso en ellos. Hacer el bien para los demás me hace feliz. Por ejemplo, vamos a ver algo que a vos te consta. Había un tipo, Adrián Márquez, un infeliz ansioso por que llegara su hora de cesar. Tanto dinero y no disfrutar de la vida es un pecado imperdonable. Morirse era lo mejor que le podía pasar. Había dos chicas muy queribles que necesitaban con urgencia una transfusión de crédito. Había un viejo NIG exterrorista, sin embargo, adorable, que tenía los días contados. Pensé en todos ellos y les arreglé la vida. Y lo hice porque los quiero.

Esteban toma un último trago de su copa.

Juan encuentra la mirada de Esteban y entiende que ese hombre no le está mintiendo.

- Y también porque quiero seguir tomando coñac de verdad, tener un departamento en Roma y una Ferrari– ríe una vez más- Pero eso lo pude haber conseguido por otros medios. En cambio, ayudarlos a ustedes no era tan sencillo, y no tiene precio. Fue un trabajo arduo. Soy un artista incomprendido. Un filántropo.

Juan comprendió que ese hombre estaba loco, que estaba más allá de toda moral, y que era feliz de verdad. O tal vez Juan fuera quien estaba loco. Tal vez Juan era el que no comprendía que la vida era algo dado para el saqueo, y que, si había algún remordimiento, era cuestión de manipular los hechos delictivos hasta hacerlos parecer virtuosos, y creérselo. En definitiva, la vida no es más que un relato en el que cada uno manipula los hechos para construirse una gran mentira con retazos de pequeñas verdades. Bien y mal, éxito y fracaso, felicidad o infelicidad, no son más que apreciaciones.

- ¿Hay algún otro fantasma como Adrián Márquez que ande dando vueltas por allí?
- No. Una obra de arte semejante se logra sólo una vez en la vida. Por eso te cuido tanto, soy tu ángel guardián. ¿Otro coñac?
- No, gracias.

- Llegar a esta hermosura de operación llevó mucho tiempo de planificación y ejecución. Cuando vos llegaste, ya estaba el ochenta por ciento del trabajo hecho.
- ¿Y si te atrapan?

Esteban estalló en una carcajada.

- Eso nunca va a pasar. Te lo aseguro.
- ¿Y si a pesar de toda tu seguridad y suficiencia, eso igual ocurriera?

Esteban, divertido, se encogió de hombros y le dio otra pitada a su cigarro.

- Siempre voy a encontrar la manera de vivir bien.

Esteban pagó por todo. Salieron del parador, caminaron unos pocos metros sobre el pedregullo, las puertas del auto se abrieron. Esteban dio una última pitada a su cigarro, lo dejó caer y lo aplastó con el pie. Invitó a Juan a subir al auto, y luego subió él. Esteban le ordenó al auto la dirección de Juan, sobre el Boulevard Peralta Ramos.

- ¿Vos creés en la revolución NIG?
- No.
- ¿Y entonces para qué te metés otra vez en todo esto?, ¿venganza?
- Tipos como Gabriel o Treinta y cuatro hacen mucho daño.
- Entonces vos vendrías a ser una especie de guerrero de dios que opera a favor de una moral y una justicia.

Juan lo pensó y decidió que no le iba a ocultar nada a su ángel guardián asesino.

- También está Marcia. La tienen prisionera y la van a matar.
- ¡Ah, eso sí me gusta, viejo y querido NIG! Siempre las hormonas haciendo su trabajo por debajo de todo razonamiento, de toda lógica, de toda idea de moral o justicia.

Esteban rio largamente, y hasta se permitió aplaudir mientras lo hacía, como quien agradece una revelación artística inesperada y llena de extravagante belleza.

- Y decime, ¿por qué no lo mataste a Gabriel?
- Porque para matarlo tenía que morir yo también, y no estaba dispuesto.

Esteban aprobó con gesto admirativo.

- Además, una cosa es la eventualidad de matar en el medio de un tiroteo, defendiendo la propia vida, otra muy distinta es matar a sangre fría.
- ¿Aunque ese tipo sea Gabriel?

Juan hizo un gesto de asentimiento.

- ¿Aunque sea el carcelero, torturador y violador de Marcia?

Juan no supo que contestar, mejor dicho, prefirió no contestar lo que sentía: sí, lo mataría. A pesar de todos los años de odio y resentimiento, no había podido matar a Gabriel. Pero a Treinta y cuatro, responsable de la próxima muerte de Marcia, a él sí que no tendría el menor escrúpulo en llevárselo al infierno.

- Entiendo. Yo también tengo mis reglas para matar. Nunca mataría a nadie porque sí, sólo si es en mi beneficio – dijo y volvió a reír.

Estaban llegando ya al edificio de Juan. El auto iba frenando.

- Este tipo del que me hablás, te reclutó para matar a Gabriel. Y no lo mataste. Y el tipo es de los Servicios, infiltrado en tu Orga.
- Sí.
- Y después hubo un atentado contra Gabriel que falló.
- Sí.

- Es muy raro Juan, pensalo. – dijo Esteban con un guiño perspicaz – Los Servicios y tu Orga están complotados para matar a Gabriel, o por lo menos tienen el mismo objetivo.
- Eso creo.
- Pero el atentado falla… una y otra vez.
- Así es.
- Que los terroristas fallen, puede ser, pero que los servicios de inteligencia fallen es más difícil, ¿no? Si los servicios de inteligencia del poderoso Estado mundial están decididos a limpiar a alguien, difícil que lo paren tres o cuatro guardaespaldas.

Otra vez Juan sintió el relámpago neuronal de una revelación. ¡Claro! Cómo no lo había pensado antes. Estaba llegando a conclusiones equivocadas porque estaba equivocando la pregunta. La pregunta no era quién se beneficiaba con la muerte de Gabriel, puesto que la muerte de Gabriel no se había producido.

- ¿Quién salió ganando con todo esto? – preguntó Esteban.

A Juan, la respuesta casi se le cayó de los labios.

- Gabriel.
- ¡Claro! – sonrió Esteban – yo que vos, revería quién juega para quién en toda esta historia. Si inteligencia hubiera querido matar a Gabriel, lo habrían planeado mejor y lo hubieran conseguido, ¿no te parece?

Las puertas del auto se abrieron. Juan, todavía con las ideas en plena efervescencia, bajó. Con él también Esteban.

- Andá con cuidado, Juancito. Si no, pueden pasar cosas muy feas.

Esteban le tendió la mano, y cuando Juan extendió la suya, Esteban le dio un tremendo rodillazo en los testículos. Juan cayó de rodillas, con los ojos cerrados por el dolor.

- No te puedo hacer ni un rasguño, pero un rodillazo en las bolas es lo menos que te merecés por ponernos a todos en riesgo por tus putas hormonas.

Esteban se agachó, mientras Juan no acertaba a incorporarse, y le dio un beso en la frente.

- Cuidate. Y cualquier cosa que necesites, cualquier problema en que te metas, avisale a San Esteban, tu ángel guardián.

Esteban subió al auto y partió mientras Juan, todavía dolorido, trataba de levantarse.

Otra vez se encontraba revisando una imagen, una y otra vez, de manera compulsiva.

Allí se ve a Gabriel, sonriente, entrando a un restaurante lujoso. Luego ingresa un hombre vestido de traje. Los guardaespaldas de Gabriel parecen entrever algo raro y dando apenas un paso se interponen entre Gabriel y el atacante. Vemos el movimiento de la mano derecha del agresor al detonar los botones de su traje explosivo en el mismo exacto momento en que uno de los guardaespaldas cubre a Gabriel, tomándolo de los hombros y retirándolo hacia atrás, mientras el otro guardaespaldas da una patada frontal, con la suela de su zapato, en el pecho al atacante. El atacante, empujado por la patada, sale despedido hacia atrás, cayendo sobre la mesa próxima, adonde está sentada la niña Pauline, y estalla.

¿Era posible que todo estuviera armado? Ese loco brillante de Esteban había dado en el blanco. Todo parecía complotar a favor de Gabriel. Pero podía significar simplemente que Gabriel estaba acunado por los astros, ungido por el óleo sagrado de Samuel. O no. También podía ser que Gabriel estuviera ayudando al destino con alguna trampita. ¿Y si Gabriel y sus guardaespaldas estaban al tanto de todo? Todo era una puesta en escena para favorecer las chances electorales de Gabriel. ¿Eran tan eficaces los guardaespaldas?, ¿o

sabían que venía el pobre infeliz a detonarse y tenían la coreografía preparada? Atención, Juan, aun cuando todo estuviera armado, era una jugada muy peligrosa. El atacante pudo haber hecho alguna cosa impensada y haber desconcertado a los guardaespaldas. Y está Pauline, pobre. Eso no pudo estar planificado.

El partido de Gabriel era oposición, pero tenía control de algunos resortes del Estado. En particular en Argentina, su tierra natal. Tranquilamente podría haberse hecho con el manejo de la Superintendencia y estar usándola a su servicio personal.

La política de la Orga era errada. Y encima estaba infiltrada, quizás hasta la Conducción, no se podía saber bien. ¿Era posible que hubieran mandado a un pobre infeliz a suicidarse para nada? Sí, claro que era posible. Y si no hubiera estado tan aferrado a la vida, ese pobre infeliz pude haber sido yo, supo Juan. Tal vez Treinta y cuatro y quizá otros infiltrados en la Conducción tenían el plan maestro que garantizaría la victoria de Gabriel desde hacía meses, hasta que encontraron a algún desesperado, o a un loco, o a un fanático, al que convencieron después de macerarlo un buen rato.

Había que sacarse la duda. Había que encontrar alguna prueba de que Treinta y cuatro, o Ernesto Pesce, o los Servicios de Inteligencia, al menos los de la sección en la que Adrián Márquez tenía acceso, estaban trabajando para la candidatura de Gabriel.

Todas las noches se sentaba en un bar distinto y desde un ordenador público revisaba el correo de la cuenta anónima desde la cual le había mandado la información clasificada de Inteligencia a la Orga. Al cuarto día recibió la siguiente escueta respuesta "¿Quién eres?"

La pregunta estaba escrita en varios idiomas. Y también en varios idiomas agregaba "Hoy estate atento a las noticias". La nota tenía una serie de horarios según distintas capitales. Allí advirtió que la hora señalada para Buenos Aires era las veintitrés. Intrigante.

En la pantalla del bar se veía un canal de noticias, así que decidió esperar la media hora que faltaba para las veintitrés. Media hora más tarde, exactamente, una presentadora interrumpió la nada sobre lo que se estaba debatiendo para dar a conocer “imágenes shockeantes, que queda en la responsabilidad de cada une si desea verlas o no, y se recomienda que no sean vistas por les menores”. Las imágenes habían sido subidas a la red por la Organización terrorista NIG instantes antes, y todas las cadenas informativas habían sido avisadas.

Abren con un encapuchado, sentado a una mesa contra una pared blanca, en la cual un cartel dice “NIG Union”. El encapuchado, con la voz alterada para que no pueda ser reconocida, dice “Ciudadanes del mundo, compañeres NIG: El Gobierno terrorista y criminal nos ataca de todas las maneras imaginables. Queremos que sepan cómo responderemos a esas amenazas.” Entonces aparece en plano Ernesto Pesce. Con expresión de estar emocionalmente perturbado, con un revólver apuntando a su sien por alguien de quien sólo se ve la mano y el dedo índice sobre el gatillo. Pesce dice, mirando a cámara, “Soy Ernesto Pesce, mi trabajo era infiltrarme en la Organización terrorista para sacar información… Y en ese preciso instante la mano que sostiene el arma dispara. La cabeza de Pesce da una sacudida y Pesce cae, presumiblemente muerto, dejando una enorme mancha de sangre contra la pared blanca. Para confirmarlo, el foco de la cámara va sobre el presunto cadáver de Pesce. Y se escucha un segundo disparo que le revienta la cara, como para que no quede ninguna duda de cómo la Orga se toma en serio la ejecución de infiltrados. Y ahí termina la transmisión.

Juan quedó tan impactado que por un buen rato no pudo escuchar nada de lo que la conductora del noticiero estaba diciendo. Se repetía una y otra vez a sí mismo “están locos, completamente locos”. Lo primero que le vino a la cabeza era que ahora era parcialmente

responsable de una muerte más. Él se los había señalado y ellos le habían respondido con hechos. Pesce había muerto en su ley. Esos eran los riesgos de su oficio. Un NIG reclutado y entrenado para infiltrar a una organización NIG. Pesce era responsable de la caída de Marcia, y en gran medida responsable de su próxima ejecución. Pero lo que había visto, él y todo el mundo, era repudiable. Esto era un asesinato a sangre fría, expuesto al público de una manera obscena, servido en bandeja de plata para que Gabriel lo aprovechara. Y ahí está, no tardó ni quince minutos en publicar su opinión y llamar a una inmediata conferencia de prensa. Mientras volvía a casa, en todas las paredes pantalla de todos los edificios de la ciudad podía verse a Gabriel leyendo su comunicado: "Un honesto servidor de la ley asesinado salvajemente y expuesto morbosamente ante los ojos de todo el mundo. Contra esto peleamos. Esto es lo que el mundo no quiere. Esto es un resabio del mundo viejo que se resiste a morir, mientras el mundo nuevo no termina de nacer. Terminemos de una vez con este gobierno dubitativo del Partido Naranja, y con quien se propone como su continuadora, la Senadora Martínez. Demos vuelta la página del salvajismo. Honor al mártir Ernesto Pesce." Basta, Juan no necesitaba ver la conferencia de prensa.

Llegó a su casa y puso en sus paredes la imagen de un bosque boreal de coníferas en el que soplaba una suave brisa. La luz del sol se filtraba entre los árboles, relajante. Pero no había caso, no había forma de relajarse. Decidió entonces que podía dejar de lado alguna norma de seguridad y entrar a la cuenta anónima desde su propio ordenador. Estaba seguro de que tratarían de comunicarse con él. Efectivamente, había otro mensaje ingresado a las veintitrés horas treinta minutos, escrito otra vez en varios idiomas, que decía:

- ¿Satisfecho? ¿quién eres?

Después de pensarlo un rato, se puso a responder. Dictó durante dos horas y cuando terminó de escribir se dio cuenta de que sólo estaba haciendo catarsis, que ese escrito

violento no debía ser enviado. Decidió volverlo a escribir, esta vez valiéndose de un teclado, como en los viejos tiempos. Dos horas después tenía otro escrito un poco menos agresivo:

Soy un compañero silvestre. Pueden llamarme simplemente "Silvestre". Me preguntan si estoy satisfecho con la ejecución. Creo que mi opinión es irrelevante. Esa pregunta, mejor podrían hacérsela a Gabriel. Su respuesta sí sería relevante y reveladora. Diría "gracias muchachos, estoy muy satisfecho", y quizás agregaría "están haciendo un gran trabajo, gracias a ustedes pronto seré gobierno".

Compañeres, estamos peleando una guerra que no podemos ganar. Al menos no hoy, por esta vía, en estas condiciones. Hemos sido políticamente derrotados, estamos siendo militarmente aplastados. Esa es la verdad. Cualquier otro diagnóstico sería de un optimismo patológico.

Seré directo: la Organización debe abandonar la lucha armada de inmediato, de manera unilateral, haciendo un llamamiento público a la paz. La continuación de la lucha armada y esta ejecución televisada no hacen más que afianzar el frente político que viene a aniquilarnos.

Si convocamos a la paz, estoy seguro de que encontraremos escucha en algunos sectores del Gobierno. Lo que hoy se juega en la alta política es el ascenso de una facción de la elite de gobierno a la cual la lucha armada le está siendo funcional. Esa es la facción con la que no tenemos nada que negociar. Pero otros sectores de esa elite serán más permeables, porque entienden que a ellos tampoco les conviene escalar este conflicto.

No tenemos ninguna chance en lo militar, sí tenemos todavía chances en lo político. Si cambiamos ya.

Con toda humildad, les saluda fraternalmente el Compañero Silvestre".

Cuando estaba a punto de enviarlo, después de haberlo leído mil veces, tomó la precaución de dejarlo en suspenso. ¿De qué servía mandarlo? Nadie le iba a hacer caso al pobre Silvestre. Quién era ese tipo, después de todo.

Estaba seguro de que en la Conducción había miradas distintas. Los sectores más políticos perdían contra los más militares, por eso el FICAN había quedado en la nada. Sin embargo, allí tenía que haber cuadros importantes que vieran lo mismo que veía él. Tarde o temprano habría muchas deserciones, rupturas y escisiones. La Orga seguiría un rumbo tan irreversible como las leyes de la termodinámica: la victoria nos junta, la derrota nos dispersa.

Sin embargo, Silvestre había logrado captar la atención de la Orga ofreciéndole un suculento bocado. Había que sacar algún partido de eso. En vez de darles un discurso político, que en todo caso podía mandarles más tarde, era más conveniente sacarles algún tipo de información.

Cómo hacer para probar que Pesce actuaba de manera directa e ilegal para Gabriel, y no de manera orgánica y legal para el Estado. Juan suponía que eso era verdad, estaba casi seguro de que semejante nivel de coincidencias, todas favorables a Gabriel, no era cuestión de suerte ni de destino manifiesto.

¿La Orga misma estaba al servicio de Gabriel? Una cosa era que objetivamente los resultados del accionar de la Orga favorecieran a Gabriel, otra muy distinta, era que la Orga fuera manejada directamente por Gabriel. Pero era claro que no. Si Pesce era hombre de Gabriel, su ejecución demostraba que la Orga podía estar desquiciada, pero no protegía a los hombres de su principal enemigo.

Al día siguiente volvió sobre las imágenes del atentado tratando de captar ampliaciones de los rostros del suicida y de los guardaespaldas. Con la repetición también le pareció ver que

algunos de los presentes podrían ser también agentes de seguridad encubiertos. Logró hacer una especie de álbum donde tenía todos los rostros que había podido rescatar de la escena. El rostro del agresor no llegaba a verse por la posición de las cámaras que habían tomado la escena, una cenital donde sólo se podía ver los movimientos, y otra frontal que tomaba a Gabriel, pero a la que el agresor le daba la espalda. Una vez que tuvo la mejor toma posible de cada uno de los rostros, decidió tentar a la suerte una vez más y entrar en las páginas de Superintendencia. Otra vez lo saludaron con amabilidad al agente Márquez, nadie parecía haber notado su sospechoso regreso del retiro. Encontró un enlace con Federal Security. Pero era todo un riesgo tratar de ingresar, era de esperar que la Seguridad mundial estuviera más cuidada que la seguridad local. O tal vez no, la Seguridad mundial no podía saber que Márquez ya no estaba activo porque Seguridad local nunca se lo había comunicado. Tomó aire como quien se va a zambullir en el mar.

La página se abrió dócil ante su iris. Estaba de suerte. Bien, había lugares bloqueados para el rango de Adrián Márquez, pero otros estaban disponibles. Uno de los que estaba disponible era el que Juan buscaba: reconocimiento facial. Entonces Juan, presa de gran excitación, empezó a exponer, una a una, las tomas de todos los presentes en la escena del frustrado atentado.

No le sorprendió demasiado lo que encontró, aunque a medida que avanzaba, iba entrando en un estado de éxtasis demencial, que lo llevaba a hablar solo, por momentos a los gritos. Además de los dos guardaespaldas, muchos de los presentes, incluida la camarera que se veía en segundo plano, eran agentes de seguridad encubiertos. La madre de Pauline, presente junto a su hija en el trágico momento, figuraba como Apoderada del Partido Verde de la Unión Europea. Otro hombre, que entraba junto al atacante y se quedaba en la puerta, luego era el primero en salir después de la detonación, aparecía con su nombre y el

agregado “paradero desconocido”, o sea que debería ser otro NIG fugado, posiblemente encargado de acompañar al suicida hasta allí. En definitiva, casi todas las personas que se encontraban en el restaurante eran o agentes de seguridad o miembros del Partido. El lugar había sido cerrado para la ocasión, tratando en cambio de montar una escena de un Gabriel relajado que come en algún restaurante caro, pero que es en definitiva una persona sencilla y accesible.

A Juan la conclusión le resultaba obvia. El atentado estaba armado. Era improbable que, en tan rigurosas condiciones de seguridad, un desconocido ingresara sin más. Sabían que el atacante suicida venía, lo habían dejado entrar. Controlaban sus movimientos. La orden sería algo así como “en cuanto intente acercarse a Gabriel, lo repelen y lo dejan que se detone”. La presencia de Pauline era una tremenda imprudencia de su madre, si es que estaba al tanto de lo que iba a pasar, y la responsabilidad de su muerte absurda era de la Orga, sí, pero también era culpa de Gabriel.

Se tomó varias horas para armar el cuadro. En él se veía la escena del atentado, y con un globo sobre cada uno de los presentes se identificaba quién era quién. Nadie estaba allí al azar, excepto la pobre Pauline. Ahora era fácil ver que todo era una representación. Extasiado, Juan miraba el cuadro en movimiento dispuesto en la enorme pared como si fuera una sinfonía. Se veía cómo cuando el suicida entraba, todos se apartaban hacia los márgenes con poco disimulo - si uno prestaba suficiente atención -, brindándole un pasillo que iba derechito no a Gabriel sino a la suela del zapato que el guardaespaldas le estamparía en el pecho. Juan marcó el movimiento evasivo de los presentes con flechitas rojas y escribió “sospechoso, ¿no?”. Detuvo la imagen en un momento revelador: en el preciso instante en que ingresa el atacante, ambos guardaespaldas hacen contacto visual con él. Alguien se los avisó por el audífono. Agregó otro texto en esa imagen detenida, “sabían

que venía", y le agregó flechitas que señalaban a sus audífonos. El movimiento de casi todos los presentes, la mirada de los guardaespaldas… era todo tan claro, cualquiera que se hubiera tomado el trabajo de analizar la escena, con el acceso a la información que tenía Adrián Márquez, se hubiera dado cuenta. Allí está todo: entra el atacante, acompañado por otro pobre infeliz que sólo tiene por función darle apoyo moral y reportar luego a la Orga. Todos lo ven llegar, nadie le pide identificación ni le pone ninguna restricción. La Seguridad sabe lo que va a pasar así que se corren y dejan pasar al suicida; los guardaespaldas saben lo que deben hacer. Algo puede salir mal, su tarea es arriesgada, pero ese es su trabajo. También Gabriel corre algún riesgo, pero es remoto; en el restaurante hay un total de diecinueve personas, de las cuales diez son personal de Inteligencia. De las otras nueve personas, cinco están identificadas como afiliados destacados del partido. Los otros cuatro deben ser simpatizantes.

¿Había Gabriel propiciado la tragedia de la niña para darle mayor dramatismo a la escena y asegurarse de manera definitiva el triunfo electoral gracias al golpe de efecto? Juan se inclinaba a pensar que no. La madre de Pauline seguramente no sabría lo que allí iba a ocurrir, ninguna madre arriesgaría así la vida de su hija. La seguridad no había previsto las cosas del todo bien y la muerte de Pauline había sido pura negligencia criminal.

Pero, y esto era la clave de todo el cuadro, había una pequeña torsión, un instante de vacilación en la trayectoria del atacante (esto se veía en la toma cenital), quizás víctima de un súbito terror, un lapsus de razón donde el instinto de supervivencia lo había hecho dudar. Esta desviación, imprevista por los organizadores de la puesta en escena, era lo que seguramente los había desconcertado, y era el motivo por el cual todos habían hecho ese movimiento de correrse de la escena que Juan había percibido, y que era lo que los delataba. Y luego el suicida había retomado su impulso, pero ahora perfilado de manera

ligeramente distinta a lo que el camino de la Seguridad le había no tan discretamente allanado. Y entonces la patada del guardaespaldas lo había arrojado a unos metros de donde se esperaba su detonación, desgraciadamente justo sobre Pauline.

Ampliando la imagen en cada cuadro de la grabación, con mucha paciencia, pudo verificar que había varias otras cámaras en el lugar. Sin embargo, sólo se conocía lo grabado por la cámara cenital. La grabación frontal había sido supuestamente tomada por un particular. Esta era la cámara de la que Gabriel y sus cómplices no podían prescindir, aun cuando seguramente ellos mismos pudieran ver que mostraba movimientos sospechosos, pero era el plano que lo consagraba a Gabriel como héroe. La cámara cenital servía para componer el cuadro, entender los movimientos. ¿Por qué no se conocían las grabaciones de las otras cámaras del restaurant? Juan apostaba a que, en todas las otras grabaciones, los movimientos sospechosos debían ser aún más notorios.

¿Por qué no habían recurrido a pixelar la imagen de los demás implicados para la difusión pública del video? Era una práctica habitual no mostrar el rostro de terceros ajenos al hecho delictivo. Habían dejado trascender la toma frontal sin pixelar, que aparentaba haber sido tomada por un particular presente casualmente en el lugar y subida a la red antes de que el hecho trascendiera a las cadenas informativas oficiales. En otras palabras, a cambio de amplificar el impacto y viralizar la difusión de la noticia antes de que llegara a los noticieros, habían asumido un riesgo muy grande y, pensaba Juan, innecesario. ¿Por qué?, ¿impunidad, soberbia, seguridad de que a nadie se le iba a ocurrir ponerse a investigar? La figura de Gabriel era tan poderosa, y los Servicios estaban tan empoderados -gracias al conflicto NIG- que era perfectamente imaginable que cuando la Policía local se presentara a investigar el hecho, le respondieran simplemente “Esto es un delito Federal, la Policía local no tiene nada que hacer”. La causa caería de manera amañada en algún Juzgado

amigo, donde nadie vería ningún motivo para investigar. Pero, estaba cada vez más seguro Juan, las otras cámaras habían grabado la escena y esas grabaciones, que seguramente habrían sido destruidas, serían concluyentes. En definitiva, el cuadro no era un elemento de prueba definitivo, pero era un indicio contundente.

Volvió a la cuenta anónima, que ya había decidido llamar "Silvestre", para comunicarse con la Orga. Escribió: "Estoy tratando de probar que fue un auto atentado. Me falta información sobre el compañero mártir. Quién era, quién lo reclutó, dónde. Si tienen alguna información adicional sobre Pesce, sería muy importante. Si logramos probar que Gabriel hizo un falso auto atentado y es el verdadero responsable de la muerte de la niña, les damos en la línea de flotación. Atentamente, Silvestre".

Estaba exultante. Sabía que tenía algo muy grande entre manos, algo que podía cambiar las circunstancias inmediatas del tiempo que le había tocado vivir. Le parecía increíble que él fuera el único ser humano sobre la tierra que hubiera llegado a la conclusión correcta. Alertado por la enemiga pública número uno, Marcia, ayudado por un loco como Esteban y por un muerto como Adrián Márquez. Y por supuesto, por la capacidad de observación y la inteligencia de Juanita, claro. ¿Derribaría a Goliat?

Lo pensó varias veces. Era arriesgado, pero los beneficios potenciales eran tentadores. Buscó la dirección desde la cual la Senadora Martínez publicaba en sus redes sociales y le envió un mensaje privado desde la cuenta de Silvestre: la escena del auto atentado con sus globitos indicando quién era quién y señalando los movimientos sospechosos. Y la pregunta "¿Alguien pidió la grabación de las otras cámaras?" ni una sola palabra añadió al mensaje. Era fácil de entender.

Fue imprudente. Muy imprudente. Y lo confirmó la noche siguiente.

Juan volvía de su habitual peregrinaje nocturno cuando al llegar a su edificio vio que había un auto estacionado en la puerta, con dos personas adentro. Era el único auto en toda la cuadra. Lo habían atrapado, lo sabía.

El equipo de la Senadora Martínez había recibido su informe e inmediatamente habrían verificado quiénes habían accedido a las páginas correspondientes, llegando con facilidad a Adrián Márquez y a su actual domicilio. ¿Por qué había cometido tamaña estupidez?, ¿justo ahora que estaba por dar en el blanco se boicoteaba así? Esteban se lo había avisado: una cosa es subestimar a la Orga, otra subestimar al Estado.

Pero momento. Si quisieran emboscarlo, no se estarían mostrando en la puerta de su edificio. Si fueran esbirros de Gabriel, ya lo habrían liquidado. Si estaba en lo cierto, y esta gente del Gobierno estaba contra Gabriel, ¿por qué iban a querer matarlo, si él sólo les había dado el avance de una mercadería que con seguridad ellos apreciarían?

Juan miró un rato el auto que lo esperaba desde un lugar donde no podía ser visto, a pocos metros. Supuso que ya todo su crédito habría sido bloqueado, que el iris de Adrián Márquez ya no podría volver a abrir ninguna puerta. Igual que el de Juan Alassia. No había forma de huir. Se metió las manos en los bolsillos y avanzó hacia su puerta, como si no hubiera visto el auto, pensando “ojalá no las jodan a Pola y a Juanita, y ojalá ellas me perdonen”. Un hombre y una mujer se bajaron del auto y lo interpelaron.

- ¿Usted es Adrián Márquez?
- Depende.
- ¿De qué depende?
- Depende de con qué ojo los mire – dijo Juan, y se rio de su propio chiste, mientras les apuntaba a la frente con el bello juguete que le había regalado Esteban.

Los jóvenes estaban sorprendidos y aterrados de ver la línea de fuego cruzar frente a sus ojos. Juan lo percibió de inmediato y esto lo hizo sentirse poderoso.

- Díganme quiénes son ustedes y qué mierda quieren antes de que les vuele los sesos y después me los vuele yo mismo. Estoy jugado, no le tengo miedo a nada.
- Calma señor Márquez. Sólo queremos hablar con usted. ¿Nos tomamos un café? Creo que tenemos muchas cosas de qué hablar. Cosas buenas para todos – dijo la mujer, sin dejar de levantar las manos por encima de su cabeza con precaución, igual que el hombre que la acompañaba.
- Entréguenme sus armas.
- No estamos armados – respondió el hombre – sólo queremos hablar.
- Muéstrenme que no tienen armas – dijo Juan, un poco desconcertado.

La mujer y el hombre abrieron sus abrigos mostrando que no tenían nada. Juan sabía que le estaban diciendo la verdad.

- Podríamos estar llamando la atención de alguno de esos ojos… -sugirió la mujer, desviando la mirada hacia el cielo, adonde se veían lucecitas rojas dispersas.
- ¿Quiere subir al auto por favor?, es un lugar seguro para tener una charla discreta.

Si lo hubieran querido matar, ya lo habrían hecho. Y hubieran mandado gente pesada, no a estos dos jovencitos párvulos.

- De acuerdo. Vamos por un café – invitó Juan.

Subieron al auto. La mujer y el hombre se sentaron frente a Juan. Juan dio la dirección de un bar por el centro y el auto arrancó despacio.

- Antes de responder cualquier pregunta, por favor, apague sus dispositivos electrónicos, esto es confidencial – dijo la mujer.

A Juan le pareció un pedido razonable, así que apagó su ordenador pulsera y se los mostró.

- Soy Brenda Camagni, apoderada del partido Naranja en Mar del Plata.

Brenda era joven y bella, como todas las Alfa. Vestía de manera sobria, poco maquillaje, un tatuaje pequeño, discreto y precioso de un pájaro azul y dorado en la sien derecha.

- Manuel Guzmán – se presentó el joven Alfa, atlético, de traje negro y corbata verde, los ojos subrayados con delineador, como usaban muchos jóvenes varones.
- Si sólo quieren hablar conmigo bastaba con responder el mensaje.
- Nos arriesgábamos a que se tratara de una trampa. No podemos contestar ese mensaje. No podemos permitir que nuestro enemigo exponga públicamente que tenemos vínculos con la guerrilla NIG -dijo Manuel.
- Señor Márquez, acá lo que está pasando es que el partido de oposición fue colonizando los organismos de Inteligencia – informó Brenda.
- Lo sospechaba.
- Y también sabe más cosas, como nos sugiere en ese video tan interesante que le envió a la Senadora – siguió Brenda – Teníamos sospechas de que el atentado fue armado para favorecer a Gabriel. Usted agregó unos datos que Inteligencia nos había ocultado. Es todo muy sugerente.
- ¿La Inteligencia del Estado le oculta datos al propio Gobierno?
- No lo hacen de manera abierta, simplemente no colaboran. Trabajan para Gabriel, contra el Gobierno. Para obtener la información que nos trajo hasta usted, tuvimos que pedírsela a uno de los pocos agentes que nos responde – afirmó Brenda.
- Difundir su video a la prensa, que en su mayoría no está con nosotros, podría ser un buen golpe de efecto. Pero necesitamos más, necesitamos pruebas.

- Las estoy buscando. No es tan fácil.

¿Estos dos jóvenes creían de buena fe que él era un ciudadano honesto, un ex agente de inteligencia indignado, que simpatizaba con la causa del Partido Naranja?

- Necesito algunos compromisos de parte de ustedes. Creo que puedo conseguir lo que necesitan, pero no voy a hacerlo porque sí. Negociemos.
- Necesitamos su colaboración. Imperiosamente – dijo Brenda.
- Yo colaboro con ustedes si ustedes colaboran conmigo – dijo Juan, cortante.

Brenda y Manuel se miraron entre sí, poniéndose de acuerdo.

- Sabemos que usted no es Adrián Márquez, que está usurpando su identidad. No hay imágenes de Márquez en ningún archivo, salvo una foto de usted, quien quiera que sea, en el CRAMPE del distrito, que alguien coló muy recientemente. Los movimientos de sus cuentas bancarias son muy sospechosos – dijo Brenda.

Juan no respondió y el corazón le empezó a latir más fuerte.

- Le digo esto al sólo efecto de que ambas partes tengamos en claro cuál es la relación de fuerzas para empezar a negociar – concluyó Brenda.

Claro, sabían que estaban frente a un delincuente, pero lo necesitaban.

- No voy a colaborar con ustedes a cambio de nada. Tengo un arma y una tonelada de cianuro en el bolsillo, así que por las malas no van a obtener nada.
- ¿Usted trabaja para la guerrilla NIG? – preguntó Brenda, ignorando las amenazas de Juan.
- No. Trabajo con la guerrilla NIG – dijo Juan, subrayando el “con”.
- ¿Entonces usted no es un terrorista?

- Yo no, ¿y ustedes? Yo vi como quemaron vivo a un hombre inocente y fusilaron a otros por la espalda.
- Son grupos parapoliciales armados desde los Servicios, están fuera de control y no los mandamos nosotres ni juegan para nosotres –respondió Brenda.
- Ustedes son el Gobierno. Son responsables. No los veo denunciando la situación.
- No podemos salir con una denuncia si no tenemos pruebas, sería un suicidio político. Lo contactamos a usted porque necesitamos esas pruebas. Usted dice que no pertenece a la organización criminal, ¿es acaso un socio de los terroristas?
- Soy más bien un mediador.
- Señor Márquez, o como se llame, no queremos complicarle la vida. Podemos trabajar juntes, pero no podemos aparecer involucrades con usted, ni con esa Organización. Usted debe comprometerse a no revelar nada de esto.
- Comprometo mi silencio en el futuro si ustedes aceptan mis condiciones respecto del pasado. Si quieren algo de mí, no investiguen mi pasado. Y mucho menos mis movimientos de cuentas bancarias, ¿de acuerdo? A cambio, yo no existo ni existiré jamás. Y créanme, soy experto en el arte de no existir.
- De acuerdo – dijo Brenda – no tenemos ningún interés en su pasado. No vamos a molestar a nadie que haya tenido que ver con usted.

El bar vacío, la atmósfera mortecina, una mesa lejos de la puerta. Se sentaron. Pidieron café. Juan estaba tan entusiasmado con su nuevo papel que hasta pensó en pedir coñac, como Esteban, e imitar su manierismo, pero la sensatez primó y lo hizo desistir.

- No tenemos ni idea de cómo avanzar en esta investigación – confesó Brenda – Pedimos a los dueños del restaurante que nos dieran las grabaciones de las cámaras

de seguridad. Nos dijeron que le habían alquilado el local al Partido Verde, y ellos las tenían. Se las pedimos al Partido Verde y nos dijeron que ya se las había llevado Inteligencia. Preguntamos a Inteligencia. Nos dijeron que ellos no las tenían… en fin, para cuando demos con los responsables del ocultamiento ya habremos perdido las elecciones.

- La irrupción de la Organización guerrillera nos tomó por sorpresa. Nuestra inteligencia no sabía nada. En realidad, ahora sabemos que sí sabían todo, pero no nos informaron. Una organización clandestina de esa envergadura nunca pudo haber escapado a la mirada del Gobierno si las cosas funcionaran con normalidad. Acá hay un sector del Estado que sabotea, oculta, y que le facilitó el accionar a esa Organización – dijo Manuel.
- Miren, estoy detrás de algo. Pero no sé si voy a conseguir pruebas definitivas. Me encantaría servirles a Gabriel en bandeja de plata. Pero cuando lo tenga, quiero negociar directamente con la Senadora Martínez. Cara a cara.
- ¿Usted busca un beneficio económico?
- No, Brenda, no espero ningún beneficio económico.
- ¿Y entonces qué es lo que quiere?
- Eso lo voy a hablar directamente con la Senadora, ¿me pueden garantizar eso?

Brenda se incorporó y salió del bar para comunicarse en privado a través de su ordenador pulsera. Manuel y Juan quedaron frente a frente. Juan no tenía ningún interés en continuar la charla.

- ¿Usted nos odia a los Alfa?

- No, odio al sistema que extermina a los NIG. Ustedes que se creen tan idealistas, ¿cómo hacen para hacerse los boludos ante semejante crimen?

Manuel quedó pensativo, fingiendo darle un último trago al pocillo de café que hacía rato que estaba vacío. Volvió Brenda.

- Si usted consigue la bala de plata, tendrá la entrevista que solicita – dijo ella.
- Tenemos un trato.

…

- Pola se mató.

Así lo dijo Juana, con expresión perpleja, sin dramatismo. Juan tardó unos segundos en reaccionar. No podía ser verdad, seguía repitiéndose. Pero era verdad, lo sabía. Sintió bronca e indignación; indignación por cómo los profesionales que la atendían no pudieron evitarlo, y por ese estúpido deporte que le había arruinado el cerebro, y por el morbo de los espectadores del circo romano, y por esas estúpidas pantallas que sólo estaban para desinformar y atontar con esas peleas, sólo por echarle la culpa a lo primero que le vino en mente.

Juana lo miraba mientras él trataba de asimilar la información. Se la veía inexpresiva. Juan seguía buscando culpables, ¿Juana misma, tal vez? Por qué no se había puesto en su deber de amante – tutora respecto de esa joven inconsciente. Pero no, pobre Juana, qué culpa tiene. Pola se mató. Increíble.

Luego entendió que la indignación no lo iba a proteger del dolor y pasó a la resignación y a la pena. Todo eso junto y a la vez.

- Te juro que todavía no lo creo. Estoy esperando que alguien se me acerque y me diga que todo fue un error. O despertarme, darme cuenta de que esto no es más que una pesadilla – dijo Juana, empezando ella también a reaccionar.

- No te puedo creer. Qué desgracia – alcanzó a decir Juan, consternado.
- Se escapó, salió corriendo y se tiró a la autovía, donde un camión la atropelló. Hace de esto tres horas. Ahora estoy en la morgue judicial. Están haciendo las averiguaciones del caso. Rutina. Hay testigos y están las filmaciones de las cámaras de seguridad. En un par de horas me entregarán el cadáver. No termino de caer, Juan, no sé qué está pasando. Pola está muerta, me dicen. Y me llevan a reconocer el cadáver… destrozado…

Juana se desarmó en un llanto y se cubrió la cara con las manos.

- Veré cómo hacer para llegar hasta allá, Juana, alguna forma debe de haber…
- No, Juan, gracias, no es necesario.
- Quisiera acompañarte.
- Lo sé, pero no podés. Te lo agradezco.
- Me pone muy triste – alcanza a decir Juan con impotencia, mientras trata de aceptar que Pola ya no está, y que Juana es la única persona que queda en su vida.

Había sido necio de su parte no darse cuenta de lo que iba a pasar, había sido estúpido quedarse con esa última sonrisa de ella, había sido cómodo, conveniente, tranquilizador pensar “ella va a estar bien”, y no ver todo lo que ella había dicho y todo lo que le estaba pasando. Pero no, sólo faltaba que también se culpara y se indignara consigo mismo.

- Ella sabía de su enfermedad y no quería vivir el futuro que le esperaba. El futuro que nos esperaba a las dos era difícil. Me dijo “quisiera liberarte de esto. Cuando no lo aguantes más, dejame sin culpa. Internarme en algún lugar y chau. Le dije que nunca la iba a dejar. Fue un error, en cierta forma se mató para dejarme libre.
- No es tu culpa. Se mató para liberarse ella. No es tu culpa, Juanita queridísima.

- En parte sí lo es. Ella debió haber dejado el deporte tiempo antes. Yo lo sabía y no tuve la personalidad suficiente. Siempre le dije lo que ella quería escuchar. Hasta anoche, que no le dije lo que quería escuchar, y entonces se mató.
- No Juana. No te tortures, no sirve para nada y es injusto. Vos la quisiste, estuviste siempre. Ella tomó sus propias decisiones. No lo hizo contra vos, y estoy seguro de que nunca quiso que te mortificaras por esto.

Juana empezó a secarse las lágrimas con un pañuelo que tomó de su bolsillo.

- No va a haber ceremonia. Los padres ni siquiera me respondieron. Crematorio. Y después arrojaré los restos al mar. Creo que a ella le hubiera gustado así, nunca lo hablamos. La muerte no estaba en los planes de nadie hasta hace muy poco.
- ¿Hay alguien con vos, Juana?, ¿estás acompañada?
- No.
- Voy a buscar la forma de ir para allá. Necesito estar al lado tuyo en este momento. Y necesito despedirme de Pola.

Juana miró a los ojos de Juan y esbozó una sonrisa triste.

- Juan, sos una bellísima persona. Te propongo lo siguiente: voy a esperar a que me entreguen las cenizas de Pola, y cuando las tenga me voy para Mar del Plata y nos despedimos juntos.

Juan asintió en silencio.

Esa muerte de alguna manera prefiguraba la próxima e inevitable muerte de Marcia.

Esa noche, en uno de los bares a los que siempre volvía, en la pantalla pudo ver a un circunspecto presentador de noticias que anticipaba nuevas e impactantes imágenes de un suicidio. Allí se veía a Pola, escapando por la ventana de un edificio, y arrojándose hacia la

autopista, donde al caer, quizá ya muerta, un camión la atropellaba. La escena estaba editada con el material de varias cámaras de los ojos flotantes. Estos miserables habían hecho un espectáculo con la muerte de Pola buscando causar el máximo impacto, que nadie pudiera apartar la vista de tan vibrante espectáculo, de tan magnífico material para la sociedad de las pantallas omnipresentes. Seguramente repetirían la escena por todos los canales durante todo el día. Luego seguían imágenes de la última pelea de Pola, con detalle de los golpes recibidos, de la sangre, del cuerpo yaciendo inconsciente al final del combate. Continuaban con las palabras de la acongojada Karateca, que no salía de su consternación. Le preguntaban si sentía culpa. Hijos de puta. Pobre Karateca. Como si la culpa fuera de los payasos y no del dueño del circo. Y ahí ese otro payaso del noticiero pasaba a otra información. Qué triste todo. Pobre Pola, carne de cañón, objeto de morbo durante su corta vida, lo seguía siendo ahora, muerta. Si a veces daban ganas de que ganara Gabriel y se cargara a este puto mundo de mierda de una vez por todas.

Caminaron por la escollera hasta el extremo, haciendo equilibrio entre las rocas. Era una tarde helada que empezaba a hacerse noche. No se veía un alma sobre la costa, y la bruma mantenía a Juana y a Juan a cubierto de cualquier curioso. Las cenizas estaban en un pequeño cofre de madera, con una inscripción donde figuraban el nombre, fecha de nacimiento y fecha de defunción. Adentro del cofre, una bolsa de supermercado contenía los restos de Pola.

Eso éramos al final, después de todo, pensó Juan, apenas medio kilo de cenizas. Eso hacía el tiempo y el fuego con nosotros.

De pronto el viento cesó. Quien quisiera pensar en alguna mediación metafísica o esotérica, como Juan en ese momento, podía creer que los dioses hacían un silencio de respeto para

despedir a la brava guerrera. Juana abrió la bolsa y dejó caer las cenizas sobre las aguas turbulentas. Y allí fueron. Todo duró apenas no más de un minuto.

- Polaquita mía, hermosa, amor. Que vayas en paz. En algún momento te seguiré y estaremos juntas para siempre. Acá está Juan, que también te quiere. Adiós, amor.

Y las cenizas que Juana soltó ya se habían perdido en las aguas eternas, y volvían allí de donde todos vinimos.

¿Por qué nos dan la vida, y nos dan la conciencia de la muerte? ¿Acaso dios se divierte a costa nuestra manteniéndonos en el terror de saber que vamos a enfermar, a degradarnos, a morir de manera humillante, miserable, gritando de dolor y de impotencia?

Si dios existe, es una entidad malvada. Dios inmortal, sos la idea más aborrecible que se le haya ocurrido a la imaginación humana.

¿O es que hay algo que tenemos que aprender y que no entendemos?

Si existís, dios, y si vos nos creaste, danos una señal. Explicanos claramente qué es lo que esperás de nosotros. Porque solos no podemos.

Dios, como siempre, no responde, se hace el boludo.

Por eso la nueva humanidad lo ha olvidado, desplazado por la eutanasia.

Y allí van las cenizas de Pola.

Te queremos Pola. Te amamos. Siempre te vamos a amar.

- Qué vas a hacer con el cofre, no te lo vas a llevar de vuelta. El cofre también debe partir.

Así que ya de noche, en la orilla del mar, Juan sacó una pequeña botellita de alcohol etílico, roció el cofre con ella y le dio el encendedor a Juana.

Juana, con los pies en el agua helada, dejó flotar el cofre apenas un instante, luego hizo fuego con el encendedor, lo acercó a la madera, y esta se prendió en una llamarada. Lentamente, el cofre ardiente empezó a internarse mar adentro. Superó la rompiente sin que la ola lo tapara, más bien las olas parecían arrullarlo. El pequeño fuego, internándose en el mar, en medio de la noche, era un espectáculo bello. La bruma se había desvanecido y se veían estrellas en el cielo. Juan pensó que cuando llegara su hora, le gustaría irse de la función de ese modo tan cinematográfico.

Volvieron caminando sin apuro hasta el parador de la playa que, inesperadamente, estaba abierto. Pidieron un café.

- ¿Qué voy a hacer ahora?
- Vivir, Juana, qué otra cosa.
- ¿Para qué?

Juan calló. No iba a hacer el papel de estúpido que tan mal le había resultado con Pola.

- ¿Lo viste en la pantalla?
- Sí Juana. Lo siento. Es de un mal gusto y una falta de sensibilidad que asombra.
- Qué hijos de puta. Y no se puede hacer nada, son imágenes públicas. Las pueden pasar cuantas veces quieran. Lo más visto del día. Todo un éxito. “La peleadora suicida de Bahía Blanca”. Te juro que ahora entiendo por qué te hiciste guerrillero, dan ganas de volar este mundo a la mierda.

Juan tomó la mano de Juana por encima de la mesa, y por primera vez tuvo la sensación de que él era el más fuerte de los dos y que, si no la sostenía, ella se iba a derrumbar, o iba a entrar en combustión instantánea de tanta indignación y dolor. Le hubiera gustado decirle que él había pensado lo mismo, palabra por palabra, cuando vio las imágenes, pero mejor cuidar a Juanita. Se despidieron con un fuerte abrazo en la estación terminal.

Raúl Jiménez era argentino, vaya casualidad. Argentino como Gabriel, argentino como Treinta y cuatro Pesce. Había firmado su cese; historia conocida. Vivía en París, donde había sido reclutado, y se había ofrecido para la misión que fracasaría. Jiménez era un antiguo conocido de Pesce, quien lo había estado convenciendo durante meses. Era un suicida antes de tener una causa, o un pobre tipo a quien Pesce le había lavado el cerebro. Y sí, la misión suicida había sido diseñada por Treinta y cuatro. Así lo afirmaba la Orga en su comunicación con Silvestre. Eran demasiadas las casualidades como para no pensar en que existía una especie de "conexión argentina".

Y era una prueba definitiva: el servicio de inteligencia infiltrado había planeado el falso atentado. Había sin embargo una debilidad: era la palabra de la Orga, que sería desacreditada y puesta en duda por los medios.

Esto era lo más lejos que podía llegar, supo Juan, y decidió que era el momento de actuar.

Empezó por enviarle a la Orga su propuesta de llamar a la paz. Se tenían que dar cuenta de que lo que Juan les proponía era la única jugada posible.

Se comunicó con la cuenta que le habían dado Brenda y Manuel: Ya lo tengo al hijo de puta, con perdón de todas las putas a las que respeto y aprecio. Ahora quiero hablar con la jefa. Le respondieron al instante.

A la mañana siguiente Brenda y Manuel lo pasaron a buscar por la puerta de casa para llevarlo al aeropuerto. El documento de identificación de Juan estaba a nombre de Silvestre Nadie, como él había pedido.

- Sonrían, vamos a ganar las elecciones – les dijo Juan.
- ¿En serio? – preguntaron al unísono, incrédulos e ingenuos a la vez.

- En serio. Pero vamos a ver qué hacemos cuando seamos gobierno. No podemos seguir con las mismas cagadas de siempre.

Brenda y Manuel lo miraban sorprendidos. Eran dos tiernos, pensó Juan, buenos pibes. A estos, y no a los NIG, eran a los que de verdad les temían los ideólogos y seguidores de Gabriel. No iban a hacer ninguna revolución, pero al menos iban a impedir que el mundo desbarrancara hacia un nuevo capitalismo esclavista.

La Senadora lo había invitado a Juan a Brasilia, adonde ella estaría apenas unas horas. Lo subieron a un avión privado. El viaje fue breve y sin inconvenientes. Un auto los esperaba, y los llevó hasta una casa, en las afueras de la ciudad. Antes de bajar del auto, Brenda y Manuel le pidieron que les entregara su ordenador pulsera y cualquier otro dispositivo con el que se pudiera grabar video o audio. Caminó solo unos diez metros hasta la entrada de la casa. La puerta se abrió y allí estaba la Senadora Martínez, recibiéndolo en persona, hablando un español en que se mezclaba algo de portugués y claro acento inglés. Era una persona de modales amables, pero se adivinaba que podía ser muy dura si hacía falta.

Juan se sentía una especie de estafador de alta gama. Tenía que hacerle creer a Martínez que él hablaba en nombre de la guerrilla, y a la guerrilla, que él hablaba en nombre de Martínez. Si ambas partes se lo creían, el trato era posible.

- Adelante, pase por favor. Gracias por venir hasta aquí.
- Gracias por la invitación.

La Senadora lo condujo hacia un amplio jardín, adonde en una mesa esperaban una tetera y dos tazas. La Senadora sirvió el té.

- ¿Tiene la bala de plata, Señor Márquez?
- Sí, creo que sí.
- Muéstreme.

- Ya le mostré bastante. Primero negociemos.
- ¿Qué es lo que quiere?
- Déjeme negociar la paz definitiva con la Organización NIG.

La Senadora lo miraba estudiando con detenimiento los movimientos de los músculos faciales de Juan. Juan se mantenía calmo como un jugador de poker.

- ¿Usted habla en nombre de esa Organización?
- Digamos que sí.

Se produjo un grave silencio.

- ¿Usted entiende que, si yo apareciera teniendo una conversación con alguien de ese grupo terrorista, mi carrera política estaría terminada?
- En ese caso, la respuesta a su anterior pregunta sobre si hablo en nombre de la Organización guerrillera, es no.
- Eso está mejor – sonrió la Senadora.
- Y arreglemos lo que sea que arreglemos, nunca le diré a dicha Organización que yo hablo en su nombre.
- Bien, nos entendemos. ¿Qué quiere que haga?
- Usted ya tiene el cuadro con el nombre y el cargo de todos esos señores y señoras que estaban presentes el día del falso atentado, con todos los sospechosos movimientos remarcados. La novedad es que esa Organización que usted mencionó me asegura que Pesce fue quien diseñó el atentado, y están ansiosos por decirlo públicamente.
- Eso sí es fuerte.

- Y podemos revelar la identidad del suicida, que, oh casualidad, era tan argentino como Gabriel y como Pesce.
- Interesante.
- Si estamos de acuerdo, usted hace público el cuadrito que le mandé, y la Organización hará público un comunicado revelando el papel de Pesce en la planificación, la identidad del suicida y la forma en que fue reclutado.
- Eso va a poner en problemas a Gabriel, pero no alcanza para acabar con él.
- Es una bala de plata, pero requiere de la habilidad de un buen tirador para ser mortal. En otras palabras, requiere habilidad política.
- Explíqueme qué se propone.
- Se da a conocer la sugestiva "conexión argentina". Ahí usted hace un pedido de informes intimando a que se hagan públicas las grabaciones de las otras cámaras de seguridad. La Organización NIG sacará un segundo comunicado ofreciendo el fin del conflicto mediante su desarme unilateral. Dirán que fueron infiltrados por el Partido de Gabriel, lo que es cierto y, más importante, es verosímil.
- ¿Usted puede conseguir eso? – exclamó entusiasmada la Senadora.
- Sí, se lo afirmo en nombre de la Organización a la que no represento – aseguró Juan, sintiéndose un vendedor de humo.
- Eso sí que sería un gran golpe. Que la guerrilla ofreciera la paz desmantelaría toda esta absurda maquinaria de ideología guerrera en la que nos metimos, podría ser el principio de un cambio del clima social.
- Me alegro de que así lo entienda.

- Pero los medios de comunicación van a seguir en su escalada. Aunque si la guerrilla ofrece la paz… tienen un serio problema. Y si encima Gabriel aparece vinculado a esa guerrilla… - la Senadora pensaba en voz alta.
- Y entonces viene la jugada genial, Senadora. Cuando la guerrilla ofrece la paz y el desarme unilateral, usted declara que si gana la elección va a ordenar un alto el fuego. Puede hacer un discurso muy emotivo diciendo que somos todes hermanes, que ni una gota de sangre más, basta de guerra, seamos todes felices. Créame, eso va a cambiar completamente el panorama electoral.
- Sin dudas, sin dudas. Una candidata hablando de la paz y mostrando que se puede concretar de inmediato y otro candidato hablando de guerra y sospechado de traficar con el enemigo.
- Ahora bien, mi precio…
- Dígame su precio.
- Indulto inmediato, apenas asuma, a todos los detenidos de la guerrilla NIG. Suspensión de la vigencia de la NPRS hasta su revisión por una mesa interdisciplinaria con la participación de integrantes de la ex guerrilla NIG, ahora desarmada y trasformada en un partido político legal.
- Momento, momento, momento. Ese precio es impagable. No podría hacerlo ni aunque quisiera. La presidencia no tiene poder de indultar a nadie y la revisión de la NPRS compete al Congreso, y tiene amplio consenso social. Y llamar a participar a quienes hoy son nuestros enemigos es impensable.

Juan tenía que pensar rápido. Había presentado su programa de máxima sabiendo que podía ser rechazado. Ahora, Juancito, vamos paso por paso.

- Senadora, como usted sabe, la política es dinámica. Cosas que hoy son impensables, mañana serán posibles y hasta necesarias. Una vez que la guerrilla ofrezca el desarme, será lógico y entendible que usted ofrezca algo, un gesto de buena voluntad: no puede seguir matando prisioneros.
- Aquí nadie mata prisioneros, señor Márquez – dijo Martínez, cortante.
- Los detenidos son prisioneros de guerra. Si se acaba la guerra, se acaban los prisioneros.
- Los detenidos atentaron contra el orden público.
- Son presos políticos.
- Son criminales.
- Tiene que entregar algo. De lo contrario no puedo comprometer nada de la Organización a la que no represento.

La Senadora Martínez se incorporó y Juan pensó que todo se terminaba ahí, que no había logrado nada con toda su intrincada maniobra política.

- ¿Puede hacerme el favor de quedarse hasta mañana? Tengo gente con quienes hablar, tengo que evaluar lo que usted me está planteando. Mañana nos volvemos a reunir. Brenda y Manuel lo acompañarán al hotel que usted elija.
- De acuerdo. Pero piénselo de esta manera: hoy son criminales, pero si hay paz y hay distensión, y si eso genera condiciones políticas en las que todos queremos dar vuelta esta página negra, entonces los podemos perdonar, ¿o no? – dijo Juan, hablando por primera vez con un poco de honestidad.
- Usted está involucrado en todo esto de una manera muy personal, ¿no es cierto?

- Quisiera acabar la guerra, arreglar el mundo, acabar con la discriminación contra los NIG, que no haya esclavitud, y para eso hay que acabar con Gabriel. Pero si salvo a Marcia López, me doy por hecho y quedo agradecido – dijo Juan en un brote de sinceridad que lo dejó sorprendido a él mismo.

La Senadora esbozó una sonrisa.

- Mañana hablamos – dijo, dio media vuelta y se retiró.

Cuando estaba llegando al hotel, su ordenador pulsera le indicó que había una nueva comunicación de la Orga con Silvestre.

"Estimado compañero Silvestre: no entendemos quién es usted ni qué pretende, pero nos ha dado información valiosa y nosotros también le hemos dado datos clave a usted. Nos propone que hagamos un llamamiento a la paz, que sabemos que caerá en saco roto. Si tiene algo para ofrecer, hágalo ya mismo."

Juan contestó de inmediato "Estoy en Brasilia, negociando la paz, la amnistía general, la revisión de la NPRS y el llamado a una mesa de diálogo del futuro Gobierno con ustedes. La Senadora demoró un día más su estadía aquí para reunirse con sus asesores y ofrecerles a ustedes la mejor propuesta posible, dadas las circunstancias políticas. Mañana mismo les haré llegar la propuesta".

A Juan le dio un ataque de risa. Estaba engañando a las dos partes, y lo hacía por el bien de ambas. Se sentía grandioso.

Brenda y Manuel lo invitaron a cenar, y Juan aceptó.

- ¿En serio vamos a ganar las elecciones?

- Sipi. La pregunta, amigues, es para qué quieren ganar las elecciones. ¿Para qué hacen política? ¿Es nada más que una fascinación por el poder?, ¿o es el poder para transformar las cosas?
- Queremos cambiar cosas – respondió Brenda – estuvimos pensando y tal vez tenga usted razón en cuanto a que la NPRS es un tanto compulsiva.
- ¿Un tanto? Viene mi hijo y me dice que él no puede ser padre, que una persona nueva que debería nacer no puede nacer porque yo, que soy una mierda vieja y horrible, ocupo un lugar en el mundo que ya no me corresponde. No jodan, eso es ponerle un revólver en la cabeza a cualquiera y decirle dale, apretá el gatillo.
- Pero alguien debe ceder el paso para las nuevas generaciones.
- ¿A vos te parece bien el chantaje?, ¿esa es tu política de Estado?, ¿eso es lo que proponés como gobierno, chantajear a les viejes para que se maten?
- Esto está mal y hay que revisarlo todo. Somos cada vez más les que pensamos que hay una abierta contradicción entre algunos aspectos de la aplicación de la NPRS y nuestras bases humanistas, y somos cada vez más les que queremos volver a las fuentes de nuestro pensamiento doctrinario – dice Brenda, y Manuel asiente.

Juan entiende que esos chicos entienden. ¡Bravo! Tal vez algo pueda cambiar.

- Hola Juan, ¿qué hacés en Brasilia, loco?, ¿cómo llegaste hasta ahí?
- Acá estoy, Juanita, tratando de salvar al mundo –se rio Juan.
- ¿Salvarlo de qué? – se rio Juana - ¿vale la pena?
- Qué se yo. Estoy haciendo un zafarrancho bárbaro, nunca había dicho tantas mentiras por minuto – dijo Juan, riendo.

Juana también rio, sin entender bien de qué estaba hablando Juan.

- Juana, si todo sale bien, vuelvo mañana, y quisiera ver si podés arreglar para venir aunque sea un día a casa. Tenés que venir a Mar del Plata porque tenemos algo pendiente. Algo que sólo se puede hacer allá. Bah, quizás en otros lugares también, qué se yo, pero hay que hacerlo ahí. Es una deuda que tenemos.
- Te encanta crear intriga.
- Sí. Me estoy transformando en un profesional de la intriga. Decime, ¿cómo estás vos? Acepto mentiras por respuesta.
- Entonces te diré que estoy fantástica.
- Me alegra oír eso.
- Sí Narizota, no te preocupes por mí, voy a estar bien. Soy fuerte.
- Lo sé, lo sé. Pero en serio, arreglá para venirte un día la semana que viene, o cuando te venga bien, que se me ocurrió algo que me parece que te va a encantar y que nos va a hacer bien a los dos. Dale. ¿sí?... decime que sí, Juani… dale…

Juana lo miraba un poco intrigada, un poco divertida.

- Dale, Juanita, decime que me vas a venir a visitar la semana que viene.
- No sé si podrá ser la semana que viene, pero pronto voy a ir a verte, te lo prometo.

La Senadora lo recibió a primera hora de la mañana. Esta vez no había té ni ceremonia alguna.

- Las cosas van a ser así. Usted le va a decir a la Organización a la que no representa que publique de inmediato el cuadrito ese tan bonito en el que se ve que todo el atentado contra Gabriel es una farsa, junto con toda la información sobre el posible

vínculo de Gabriel con Pesce, y de Pesce con el suicida, y denunciando el ocultamiento de las grabaciones de las cámaras de seguridad. Y que a la vez hagan el llamado a negociaciones de paz y al desarme. Larguen ustedes todo ese paquete y nosotros podremos actuar. A pesar de que usted y yo nunca hemos hablado, dele mi palabra a esa gente con la que no puedo hablar y a la que usted no representa, que voy a llamarlos a una mesa de negociación más adelante. Necesito crear el clima social propicio, pero si todo sale bien, en pocos días la relación de fuerzas cambia de manera drástica. Alto el fuego inmediato, fin de la guerra, y que armen un partido político en vez de andar poniendo bombas, ¿de acuerdo?

- De acuerdo.
- Ahora bien, su precio… a ver con qué le puedo pagar. No le diré que hablé con los jueces de la Suprema Corte, con los que no puedo hablar porque eso podría pensarse como una injerencia de un poder sobre otro, y todos sabemos que eso es aberrante, que no debe pasar, que no pasa jamás. Pero me han llegado rumores de que se impondrá la doctrina de que no se cesa a los detenidos. Cesarlos sería darles un honor que no merecen. O sea que su amiga va a vivir, ¿bien?
- Bien.
- Adentro de nuestro propio partido empiezan a haber disensos respecto a algunos aspectos de la NPRS. No podemos relajar el control de la natalidad, eso está fuera de discusión. Tampoco está en discusión el hecho de que ofrecerles a los mayores de cien años una muerte digna e indolora es una gran ventaja. Pero hay alguna alarma acerca de la política de personalizar los ceses para acceder a un nacimiento. Hay un creciente grado de corrupción allí, sabemos que existe un mercado negro.
- Muy evidente.

- Tenemos que rever eso. Esto es todo lo que le puedo ofrecer por ahora.

Juan se sintió un poco tonto, lo único que se llevaba era una promesa de que no ejecutarían a Marcia y que tal vez algún día se revisaría la NPRS. Él les acababa de servir en bandeja la carta decisiva para ganar la elección y lo único que se llevaba a cambio era una promesa que sólo el honor obligaba a la otra parte a cumplir. La Senadora entendió inmediatamente la cara de decepción y recelo de Juan.

- Señor Márquez, cuando las circunstancias políticas cambien, veremos si hay espacio para pensar en alguna forma de amnistía o abreviación de las penas; por el momento eso es impensable. Pero tiene mi palabra, haré todo lo que esté a mi alcance, y vamos a lograr muchas cosas, lo que no puedo es poner plazos.

La Senadora apoyó su mano derecha sobre el brazo izquierdo de Juan, y lo miró a los ojos con firmeza. Juan inmediatamente sintió que podía confiar en ella, que no lo estaba engañando. Y un instante después pensó "que buena es esta mina, con apenas un gestito mínimo de confianza y liderazgo ya me tiene en el bolsillo. Y yo que me creía un embaucador profesional; tengo mucho que aprender".

- ¿Usted cree que Gabriel va a perder apoyo en su propio partido?
- Los medios van a relativizar las pruebas, pero Gabriel va a quedar muy lastimado. Me parece importante qué posición tome la madre de Pauline. A esa mujer le han destrozado la vida. Odiará para siempre a los NIG, pero yo creo que los hechos son tan claros que no le quedará más remedio que verlos. Si la madre de Pauline manifiesta, aunque sea sospechas, la opinión pública se da vuelta. Una palabra de esa mujer marcaría un punto de inflexión.
- No tiene ningún sentido lo que hizo Gabriel, iba a ganar las elecciones sin esta artimaña.

- Soberbia, impunidad, compulsión por hacer el mal, vaya a saber - dijo la Senadora incorporándose, dando a entender que la entrevista había terminado -Hasta nunca, Señor Márquez, me hubiera gustado conocerlo, me alegro de haber tenido esta conversación que nunca ocurrió.

Brenda y Manuel lo acercaron hasta el aeropuerto y allí se despidieron. En el aeropuerto, Juan tuvo tiempo para hojear los diarios. Encontró el título que le parecía más adecuado. Era un diario español, alineado con Gabriel, que ponía una foto de la Senadora Martínez ingresando a la casa de Brasilia y el título "Sólo un cisne negro puede evitar su derrota". Buscó un local donde le imprimieran esa tapa en papel. Grabó un par de imágenes del aeropuerto, donde se veía el cartel "Aeroporto internacional de Brasilia presidente Juscelino Kubitschek", que remataban en un plano aproximación a la impresión del diario y al rostro de Juan sosteniéndolo. Dictó las instrucciones de la Senadora Martínez a su ordenador pulsera. Luego agregó las imágenes del cuadro en movimiento del atentado con todos los nombres de los agentes participantes que la Orga debía hacer público. Luego, le agregó las imágenes del aeropuerto y el diario; si no podía probar que había estado con la Senadora, al menos podía probar que había estado en Brasilia el día de los sucesos, y el título de diario que había elegido era más que aleccionador sobre qué había que hacer y la urgencia en hacerlo. La Orga quedaría convencida de que hablaba en serio; el cuadro con los nombres de los agentes no dejaba lugar a dudas y era perfectamente creíble que el mismo Gobierno era quien se lo había dado a él. Envió el mensaje a la Orga allí mismo, antes de abordar el avión, desde su cuenta de Silvestre. Pero esta vez firmó "Silvestre, o ex Suboficial Ciento diecinueve, o Juan Alassia". Subió al avión con una sensación de paz interior que hacía mucho no sentía.

Contento de volver a casa, ordenó comida y se recostó a escuchar música. Puso en su pared pantalla unas imágenes de mándalas que se descomponían y formaban otros mándalas, una y otra vez, siempre distintos. De pronto recordó que los mándalas cambiantes era lo que Marcia había elegido para su habitación aquella lejana primera noche que compartieron, y entonces toda la paz interior se desvaneció y la angustia volvió a ocupar su lugar. Hice todo lo que estaba en mis manos, ya no depende de mí, querida Marcia.

Se durmió en algún momento, arrullado por un lánguido Chet Baker.

Cuando despertó a media mañana, la Orga ya había hecho público el cuadro que mostraba el atentado fallido y fraudulento, la denuncia de que los Servicios de Inteligencia estaban manipulados por Gabriel, junto con un llamamiento a la paz y la declaración de cese unilateral del fuego. Invitaba al Gobierno a deponer la violencia y prometían que, si el Gobierno cesaba las detenciones, la Orga se comprometía a iniciar de inmediato un proceso de desarme.

Si bien las revelaciones y las propuestas causaron conmoción pública, la noticia no explotó como una bomba sino más bien como el chasquido que encendió la mecha. De manera inmediata salió Gabriel a negar su responsabilidad y a denunciar la connivencia entre el partido de gobierno y el terrorismo por difundir falsas afirmaciones. Sin embargo, estaba herido y lo sabía, pensaba Juan. Los medios, proclives a Gabriel, salieron a respaldar a coro sus argumentos. Pero estaba claro que había un nuevo estado general de desconcierto y sospecha. El Partido Verde le dio el apoyo a su candidato. Pero algunos de sus dirigentes más importantes hicieron un sugestivo silencio.

Un juez de esos con los que seguramente la Senadora tampoco hablaba, consideró que había suficientes evidencias para iniciar una investigación y lo citó a declarar a Gabriel y a todos los que aparecían mencionados en el bendito cuadro de video del atentado, y exigió

que le entregaran de inmediato todas las grabaciones de cámara del lugar del hecho. Primera sorpresa: todos los implicados estaban prófugos. Segunda sorpresa: La empresa propietaria del restaurante afirmó que el alquiler del local había incluido un acuerdo para dejar el control de toda la seguridad, incluyendo las cámaras, en manos del Partido Verde y su apoderada, quien no era otra que la madre de Pauline. Ningún periodista se animó a ir a preguntarle nada a la señora, y evidentemente siguiendo indicaciones de la Senadora Martínez, la gente del Partido Naranja eligió no presionar sobre ella. En cambio, diputados y diputadas, senadores y senadoras del partido de Martínez empezaron a fatigar los estudios de los noticieros haciendo preguntas como "¿por qué no aparecen los guardaespaldas de Gabriel y los señalados como agentes de Inteligencia?, "¿por qué no aparecen las grabaciones?", "¿Se presentará Gabriel a decir ante el juez, bajo juramento, las mismas mentiras que dice por los medios?", "¿a quién le conviene la guerra, a los ciudadanos y ciudadanas que quieren vivir sus vidas en paz o las aspiraciones presidenciales de Gabriel?" Los medios, muchos de ellos comprometidos con Gabriel, lo seguían defendiendo. Pero la gente no es idiota y la duda crecía como una mancha venenosa.

Los verdes y sus voceros afirmaban que en la imputación del juez había intencionalidad política, y tenían razón. Sin embargo, el hecho de que Gabriel no afirmara fehacientemente que se presentaría a declarar, sumaba más a la duda. ¿Por qué no barría de una vez esas dudas diciendo sin ambigüedades que presentaría su verdad ante el juez, si es que era inocente?

El Partido Verde sacó un comunicado diciendo que se habían entregado las grabaciones a la Agencia de Inteligencia. Inteligencia no respondió a la requisitoria del Juez, así que el Gobierno intervino y descabezó de un plumazo a la Agencia. Se abrió una investigación y empezaron a rodar cabezas. ¿Cómo podía ser que hubiera tantas personas prófugas en un

mundo repleto de ojos flotantes? O los servicios de inteligencia estaban corrompidos, como era evidente, o al menos eran por completo ineficaces, ya que no lograban dar con uno sólo de los prófugos. La silenciosa política de la Senadora estaba rodeándole el rancho a Gabriel, y se empezaba a percibir un cambio en la opinión pública.

De manera paralela, los noticieros se quedaron sin noticias de atentados. La Orga cumplía su promesa de tregua unilateral. Eso sugería que la vía política de resolución del conflicto merecía ser explorada.

Al quinto día la mecha llegó a la bomba y todo estalló. Uno de los guardaespaldas prófugos de Gabriel se entregó y confesó todo. No más de una hora más tarde apareció la atribulada madre de Pauline diciendo que tenía serias dudas sobre la honestidad de Gabriel, y lo desafió a que si tenía pruebas de que todo se trataba de una trampa política, que las expusiera públicamente. Explicó que sí, que ella había firmado el contrato de alquiler del restaurante, convencida de que se trataba de una situación de rutina, y que el equipo de seguridad de Gabriel se había hecho responsable de esas grabaciones.

Una hora más tarde apareció Gabriel, luciendo su beatífica sonrisita, diciendo que todo se trataba de un ardid para ensuciarlo. Pero la suerte estaba echada; Martínez estaba en lo cierto, no hay nada que se pueda hacer contra la furia de una madre ante el asesinato de su hija.

Los medios empezaron a tomar distancia de las posiciones de Gabriel. Al sexto día se habían entregado la mitad de los prófugos, todos confesando para tratar de aliviar la pena que les correspondiera, según la responsabilidad en los hechos que a cada uno le cupiera. Al séptimo día, haciendo gala de un experto manejo de los tiempos políticos y de los humores sociales, por fin apareció en cámara la Senadora Martínez dando un breve discurso: “Querides ciudadanes del mundo. Estoy tan azorada como ustedes por los

acontecimientos públicos. No he querido hacer oír mi voz antes porque necesitaba meditar profundamente, y no dejarme llevar por la indignación. Les invito a dar vuelta rápidamente esta página espantosa, la peor en la historia del Gobierno Mundial. El nivel de corrupción que ha aflorado a la luz en ciertos niveles del Estado, me refiero a los Servicios de Inteligencia, da asco. En el caso de que ustedes decidan que yo sea su presidenta, aceptaré de inmediato las negociaciones de paz que nos propone la Organización guerrillera. No queremos más guerra, y si ellos tampoco la quieren, no hay ninguna razón para continuarla. Construyamos la paz, juntos. Me comprometo a llamar a una mesa de diálogo a todos los sectores políticos, sin proscripciones. Volvamos a ser esa sociedad magnífica y próspera que éramos hasta hace muy poco tiempo." El discurso, simple y claro, que una semana antes hubiera sido políticamente suicida, ahora golpeaba justo en el corazón de lo que las mayorías se orientaban a pensar.

Esa misma tarde Gabriel anunció que declinaba su candidatura presidencial hasta que su nombre quedara limpio de culpa y cargo. Su propio partido le había soltado la mano.

Juan saltó por los aires cuando lo vio en las pantallas de los edificios del centro de la ciudad, mientras volvía de otro de sus diarios vagabundeos. Inmediatamente llamó a Juana por su pulsera y, enloquecido de la alegría, empezó a gritarle "lo tumbé, Juana, lo tumbé, es Knock out" mientras hacía unos ridículos movimientos de golpes pugilísticos al aire con su mano derecha, y Juana se reía con ganas. La gente que pasaba, extrañada, lo miraba gritar y festejar desencajado, sin saber que ese viejo y loco NIG acababa de mandar a la lona a Goliat.

VI – Martillo y cincel

En los días siguientes la inversión del humor social era tan clara que no hubo que esperar a que Martínez ganara la elección, fue el propio Gobierno en funciones quien aceptó el cese del fuego, y la apertura de negociaciones para la paz. De la noche a la mañana desaparecieron los ojos flotantes y las fuerzas de seguridad volvieron a sus cuarteles, lo que reforzó el clima general de alivio y bienestar.

La Senadora Martínez se convirtió en la Presidenta Martínez con un margen de votos inédito, casi sesenta y cinco por ciento, compitiendo contra un candidato ignoto de última hora que había nombrado el partido verde y que disputó palmo a palmo el segundo lugar con los votos en blanco. Asumía así Martínez con una acumulación política importante, y una composición parlamentaria ahora ampliamente favorable. Y entró al Palacio con una serie de medidas que incluían amnistía para todo aquel que no hubiera sido procesado o condenado, lo que abría la puerta para que la Orga saliera de la clandestinidad con la garantía de que no irían presos ni se les iniciarían causas judiciales.

También hubo un decreto que cambió de manera decisiva la situación de Juan: se abrió una comisión bicameral para revisar la NPRS, mientras tanto se suspendía la obligatoriedad de la citación anual, y aquellos que hubieran firmado su cese y cambiasen de parecer en el año de su cumplimiento, quedaban eximidos. Juan volvió así de la clandestinidad, recuperó su identidad y su crédito social, aunque no sus propiedades, que ya habían sido adjudicadas a su heredero. Ahora era dos personas a la vez y tenía crédito en cada ojo, puesto que Brenda y Manuel habían cumplido su parte y no habían hecho pública la suerte de Adrián Márquez.

- Si me volvés a dar un rodillazo en las bolas, te mato – le dijo a Esteban, que lo esperaba en su auto, mientras le apuntaba con el mismo revolver que Esteban le había regalado.
- No campeón, cuando te merecías un rodillazo en las bolas, yo te lo di. Para que estuvieras alerta. Pero ahora te saliste con la tuya, sos un campeón. En todo caso debería besarte las bolas – rio Esteban.
- Ni lo sueñes.

Juan se subió al auto y el auto arrancó, otra vez rumbo al parador favorito de Esteban.

- Qué bueno que acabaste con esa basura.
- Pensé que apoyabas a Gabriel.
- ¿Yo? No, qué va. Bueno, cuando parecía que iba a ganar, sí. Pero ahora no. Verás Juan, mis posiciones políticas siempre han sido claras, estoy del lado del que gana.

De manera insólita, ese tipo que antes le causaba escalofríos, ahora le empezaba a parecer un personaje simpático. Charlaron otro rato sobre jazz. Juan tomó nota de unas cuantas recomendaciones. En el parador pidieron el café simultáneamente con el coñac.

- Qué desgracia lo de Pola – dijo Juan.
- Terrible. Me gustaba esa chica. Me fui unos días a Europa tranquilo, pensado "está internada, la van a cuidar". Qué manga de inútiles. Si yo fuera el director de esa clínica, los echo a todos y después renuncio.

Esteban parecía sinceramente dolido.

- Esta vez traje uno para vos – le dijo Esteban, ofreciéndole un cigarro.
- La última vez que fumé tenía catorce años
- Saboreé su triunfo, campeón.

Se repitió la ceremonia de las copas calientes y el corte de la punta de los cigarros. Juan se preguntaba qué era lo que Esteban había venido a decirle. Este tipo no daba puntada sin hilo. Eso sí, se tomaba su buen rato para gozar de sus rituales.

- Decime che, ¿ahora sos feliz? – lanzó – digo, más allá de la desgracia de Pola.

Juan pensó un buen rato, mientras intentaba en vano hacer aros de humo con su cigarro, y Esteban le permitía demorarse, saboreando su coñac.

- No sé, Esteban. Estoy mejor que hace un tiempito. Sí. Siento que hice algo.
- ¿Y entonces?

Juan no respondió.

- Ya sé, tu chica sigue presa. Pero eso, ahora, puede cambiar.
- Sí. En eso estamos.
- Tranquilo campeón, tenés la pelea ganada, es cuestión de tiempo nomás.
- Eso espero.
- Pero me asombra que no estés en un estado de éxtasis. Te juro que esperaba encontrarte saltando de nube en nube, bailando con los ángeles… y sin embargo parecés el mismo tipo medio tristón de siempre.

Juan dio otra bocanada. No había caso, no sabía hacer aros de humo.

- Mirá Esteban, yo he aprendido que a veces las circunstancias pesan más que los valores más arraigados que uno tenga. Uno puede terminar traicionando todo en lo que cree, participar en un crimen de un pobre inocente, robarle el ojo, usurpar su identidad, desvalijarle la casa y las cuentas bancarias, todo puede pasar, si las circunstancias se dan de determinada manera. Pero también aprendí que uno es más o menos siempre el mismo, más allá de las circunstancias.

Esteban asiente en silencio.

- Cuando era chico, leí algo que no me lo olvidé más. Leí que había tipos tristes que ganaban la lotería, se hacían ricos, pasaban de la miseria a la prosperidad, y a las pocas semanas eran otra vez tipos tristes, aunque ricos. Y también había tipos felices que de pronto sufrían una enfermedad paralizante, y a las pocas semanas eran enfermos crónicos, con futuro sombrío, y aun así eran felices. Es increíble. Las circunstancias condicionan nuestros actos, pero no pueden con nuestra naturaleza.
- Tenés razón. Supongo que algunos nacemos con un talento especial para ser felices.

Apuraron el coñac. Esteban pagó, como siempre. Y Juan se seguía preguntando qué era lo que Esteban había venido a decirle. Un instante antes de levantarse para irse, lo supo.

- Vos entendés que no podés dejar de ser Adrián Márquez, ¿no?

Juan había estado pensando sobre el tema. Si él mismo se presentaba y confesaba sus crímenes, tal vez, y solo tal vez, podía acogerse a la amnistía, puesto que no había sido ni juzgado ni procesado, y en cierta forma podía alegar que no se trataba de un crimen común, sino que había sido una circunstancia más del conflicto de guerra social que se estaba pacificando. Quedaba a merced de la benevolencia de un jurado, que también podía interpretar, por el contrario, que su único objeto había sido enriquecerse y reventar los bienes de Márquez. Y Juana y Esteban iban presos porque ellos sí eran asesinos comunes; no había forma de mostrarlos como partícipes del conflicto. Y Esteban, antes de ir preso, se tomaría un momento para volarle la nuca, cosa que perfectamente podía pasar apenas salieran de ese parador, camino al auto, dependiendo de la respuesta que Juan le diera a la pregunta que Esteban le acababa de formular. No podía asustar a Esteban. Aunque lo había pensado y en el último momento había decidido llevar su revólver, no tenía agallas para acabar con él. Sin embargo, no resolver la situación lo mantenía en situación de comisión

de delito permanente, pues seguía usurpando la identidad de Márquez y seguía cobrando su Crédito todos los meses.

Finalmente concluyó, una vez más, que las circunstancias a veces pesan más que los valores; tal la sabiduría que había acumulado en su larga vida, o su vieja treta para auto justificarse.

- No Esteban, ya sé que seré Adrián Márquez hasta el último día. Esto no se puede desarmar. Terminamos todos presos.

Esteban sonrió.

No pudo evitar ceder a la tentación. Desde su recuperada cuenta de Juan Alassia, escribió: "Los seres humanos no están eficientemente diseñados para un sistema de producción capitalista" Eric Hobsbawm. Y lo envió a la cuenta de Gabriel.

Inesperadamente, al día siguiente recibió la respuesta: "La paradoja del comunismo es que en el poder resultó ser conservador" Eric Hobsbawm. Y un minuto más tarde: ¿Cómo está Profesor?

Juan se quedó alelado. Ese joven a quien había visto una sola vez en la vida, sesenta años atrás, se acordaba de él, un ignoto profesor de secundaria. Estaba pensando qué responderle, cuando en su pantalla apareció un llamado directo. Era Gabriel. El que había sido hasta hacía unos diez días el hombre más poderoso del mundo, lo estaba llamando a él, Juan Alassia, que diez días atrás se suponía muerto o prófugo.

- Hola Gabriel.
- Profesor, qué gusto saber de usted. Es increíble que siga vivo. ¿Cuántos años tiene, doscientos, trescientos?
- Casi la misma cantidad de años que vas a pasar vos en la cárcel.

Gabriel estalló en una risotada.

- Usted me encanta. Siempre tan visceral, tan NIG. Jugar a provocarlo es promesa de diversión asegurada.

Juan no entendía qué estaba haciendo, intercambiando agresiones con su antiguo y efímero alumno. Pero él era quien había buscado el contacto.

- Profesor, espero que esté disfrutando de su triunfo. Supongo que le habrá dedicado la vida entera a sentarse en la puerta de su casa a ver pasar el cadáver de su enemigo. Bien, aquí lo tiene. Felicitaciones. Pero quería decirle dos cosas. La primera es que yo no soy responsable de su desgracia. Admito que era un pendejo maléfico e insolente, sí. Pero no dejaba de ser un niño. Su trabajo era educarme, no putearme o compararme con Hitler. Usted se puso a la altura de un chico de catorce años, ¡hasta se arremangó y me invitó a pelear en la esquina!

Juan no se había acordado de ese detalle durante años, su memoria lo había borrado por completo. Ahora lo recordaba con nitidez. Era verdad. El recuerdo de que había dado un discurso meditado, preciso y mortífero frente a todo el curso para luego darles la espada y marcharse con su dignidad invicta, que era el que había sostenido durante todos estos años, ahora se revelaba como un engaño de su memoria. Lo había puteado. Y no se había limitado a putear a Gabriel y a todos sus compañeros, lo había invitado a pelear. Había perdido por completo el autocontrol. Y estaba borracho. Era tan patética, tan vergonzosa la escena, que su memoria la había borrado de cuajo. En esa época se tomaba dos whiskys por la mañana antes de salir para la escuela. Si no lo hacía, sentía una ansiedad que lo torturaba hasta volverlo loco. Dos whiskicitos, nadie lo notaba, y el Profesor Alassia estaba al mando y controlado. Hasta ese momento lo había llevado bien, pero ese día…

- Profesor, yo me di cuenta de que lo había sacado de sus cabales. Entendí que usted tenía algún problema personal y me di cuenta de que estaba un poco ebrio. Sabía que no me estaba respondiendo sólo a mí, sino a todo lo que lo estaba dañando. Pero usted superó todos los límites.

Es verdad lo que dice el muy hijo de puta, fallé también como docente, fallé como adulto a cargo, me comporté como un machito imbécil, como un borracho.

- Bueno, ojalá que estas verdades lo ayuden, aunque le quiten un poco de lustre al placer de su venganza.

Juan calló. No tenía nada que decir. Estaba desnudo frente a la verdad.

- Y la segunda cosa que tengo para decirle es que volveré.

Semejante autosuficiencia hizo que Juan finalmente reaccionara:

- El problema de mucha gente brillante es que generalmente carecen de escrúpulos. Vos no sos la excepción. Te creíste tan genial, tan poderoso, tan iluminado, que al final vos también terminaste cruzando todos los límites.
- Gracias por el elogio, le devuelvo la moraleja.
- Al fin de cuentas, fuiste una estrella fugaz. Sólo eso. Vas a ir preso, Gabriel.
- Sí, es verdad, la voy a pasar mal unos años. Pero volveré. Más temprano que tarde vendrán a la cárcel a buscarme, y me van a sacar en andas para llevarme al Palacio de Gobierno. ¿Y sabe por qué?, ¿sabe por qué, Profesor? Porque tengo razón.

Juan se sentía por completo fascinado frente a su némesis. Ese hombre, derrotado y todo, seguía siendo el chico que lo había acorralado y sacado de su quicio con dos o tres frases.

- Explicame porqué pensás que tenés razón.

- Es simple profesor. Ahora viene un gobierno de ustedes que va a aplicar una política blanda. Y conservadora, como todos los comunistas, diría su amigo Hobsbawm. Conservadores y blandos, lo peor de los comunistas con lo peor de los humanistas hippies, qué fracaso. Van a hacer las paces con los NIG, van a acabar con el proyecto de producción de MOGI, van a suspender parcialmente la NPRS. Mire, no hay lugar para todos en el mundo. Les viejes tienen que dejar el lugar a les jóvenes. Eso no estaba pasando a la velocidad necesaria, y por eso yo planteé reformas de fondo. Ahora van en sentido contrario. Van a agravar todos los problemas. La única consecuencia de esta política humanista de no forzar a los NIG a cesar es que va a haber que estrechar cada vez más los permisos de natalidad, y la población va a estar mucho más envejecida dentro de diez años. Y por lo tanto más improductiva. Y más estancada. Y pronto no se va a poder pagar el Crédito de retiro de nadie. Y vamos a sumirnos en la miseria global, con lo cual el caos y el sálvese quien pueda quedan a la vuelta de la esquina. Mi propuesta era la única razonable: eliminar a los NIG viejos e improductivos, reemplazarlos por mano de obra genéticamente intervenida con capacidad ilimitada de trabajo, y acelerar la conquista del espacio, porque este mundo ya no va a durar mucho más.
- ¿Y para qué deberíamos conquistar el espacio?
- Para que la humanidad sobreviva al desastre que nosotros, o principalmente ustedes, los NIG, han provocado.
- ¿Y cuál es el sentido de que la humanidad sobreviva?

De pronto Gabriel queda desconcertado con la pregunta.

- Gabriel, ¿qué es lo que nos hace humanos? ¿qué es lo que nos define como humanos? ¿por qué deberíamos sobrevivir? ¿para qué, con qué objeto?

- Caramba, profesor, no esperaba que nos pusiéramos filosóficos. Sólo sé que tenemos que sobrevivir, que para eso fuimos programados por la naturaleza. Y si la única forma de que eso suceda significa ir a colonizar el cosmos, lo haremos.
- Nunca se te ocurrió pensar que tal vez, así como destruimos nuestro planeta, luego nos la ingeniaremos para destruir el sistema solar, y con los siglos y los milenios, la galaxia, y allí hasta donde nos dé el cuero. Que somos para la destrucción.
- Somos el ángel exterminador. Que visión tan pesimista.
- No es pesimista. No se puede construir sin destruir. Venimos a barrer para hacer el campo orégano. Cumplimos nuestra misión. Unos construyen, otros destruyen para que se pueda volver a construir.

Gabriel sonríe.

- De pronto hay que salvar a los viejos y a los pobres, y de pronto tenemos que destruirlo todo. ¡Póngase de acuerdo con usted mismo, Profesor!
- No son cosas incompatibles, Gabriel. Los seres humanos debemos tener una moral, porque eso nos hace humanos. Pero somos instrumento del universo, que es moralmente neutro. Tenemos que hacer lo mejor que podamos, aunque el saldo de nuestras acciones resulte destructivo.
- Es usted muy interesante, Profesor Alassia. Y muy querible. Aunque pésimo docente. Me encantaría ser su amigo, si usted no me odiara tanto. Ahora tengo que dejarlo. Abogados, y esas cosas inútiles y cargosas con las que voy a tener que lidiar estos años, hasta que finalmente llegue al poder.

Gabriel quedó un momento pensativo. Luego dijo:

- La humanidad como un agente de destrucción… vaya idea retorcida. Podría ser, quién sabe. Pero si es como usted dice, no podemos hacer nada al respecto, debemos obedecer el dictado de la naturaleza.
- Aunque hay otra posibilidad, Gabriel, y es que vos tengas razón, y que nuestro destino sea colonizar el cosmos. Pero no estamos preparados para eso. Así que lo haremos a través de la creación de inteligencia no biológica, artificial. Nuestro papel entonces sería crear una inteligencia superior a la humana, que necesariamente luego nos eliminaría, porque no le quedaría más remedio que eliminar al agente de destrucción para asegurar su propia sobrevivencia.
- ¿O hacemos mierda todo, o tenemos hijos que nos asesinan?
- No es nada que ya no hayamos visto en la historia humana.
- Es verdad. Los hijos asesinan a los padres, primero de manera simbólica, luego de manera real, por medio de la inyección. ¿Por qué molesta tanto que yo haya pretendido reglamentar y darle institucionalidad a un proceso que es parte de la naturaleza, tratando de quitarle el dolor, el dramatismo y la culpa?
- Gabriel, vos pensás que hay una parte de la población que sobra. Y que hay que eliminarla.
- No hay otra alternativa.
- Y qué es lo que justifica que unos sean eliminados para que otros puedan sobrevivir.
- Los viejos deben dejar el lugar a los jóvenes, ya se lo dije.
- Y cuando hayas eliminado a los viejos y aun así no te cierren los números, ¿a quién más vas a matar?, ¿quién sigue en la lista?

- Usted insiste en pasar por alto que programamos la muerte para evitar el dolor de la enfermedad degradante. Antes, en su mundo, juntaban a los viejos en lugares aborrecibles para esperar a que se murieran, mientras no hacían otra cosa que babearse y cagarse encima, y sufrir y sufrir ¿Eso le parecía más humano?

Juan admite que en cierta forma Gabriel tiene razón, pero que con habilidad ha eludido dar una respuesta a la pregunta de cuántos deben morir.

- ¿Qué es lo que nos hace humanos?, Gabriel.
- No creo, como usted, que tenga algo que ver con tener una moral. Creo más bien que tiene que ver con el deseo. Tiene que ver con la capacidad única de sostener un deseo a través de toda una vida y darse los medios para realizarlo. Yo haré todo lo necesario para llegar al poder. Y lo conseguiré, se lo aseguro.

Gabriel cortó. A Juan le hubiera encantado decirle que no se había sentado en la puerta de su casa a ver pasar el cadáver de su enemigo, sino que él había sido artífice de su puta desgracia. Pero no podía exponerse de esa manera, su historia jamás sería contada.

Charly. Qué sorpresa. Lo reconoció apenas lo vio en su pantalla. Aquel señor amable y simpático que lo había recibido en la vieja casona en algún lugar perdido del sur bonaerense resultó ser el Comandante Siete, máxima autoridad de la Orga en el territorio argentino. Ahora, depuestas las armas, volvía a ser el Ingeniero Orlando Pascual, Secretario General del recién creado partido legal que suplantaría a la antigua Orga.

- Era cerca de Monte Hermoso – confirma sobre el paradero de aquella casona- Me pareció interesante, en aquel momento, tener una opinión de primera mano sobre cuál era la moral y cuál era la calidad técnica de nuestra tropa, por eso pasé un par

de días allí, sin dar a conocer mi identidad. No quería que se cuadraran en mi presencia, quería charlar mano a mano.

- ¿No tenían ni idea de que estaban infiltrados?
- Considerándolo en retrospectiva, es verdad lo que usted decía, el hecho de que avanzáramos sin ser descubiertos hasta el momento en que hicimos la acción que fue nuestro golpe maestro, contrariamente a lo que pensábamos, no significaba que no estábamos infiltrados, sino todo lo contrario; estábamos infiltrados hasta los huesos y nos dejaron correr porque deseaban el conflicto.
- ¿Era necesario ejecutar públicamente a Pesce?
- Era imprescindible. Yo mismo apreté el gatillo. No puede haber contemplaciones ni vacilaciones frente a la traición.
- ¿Cuántas vidas costó el conflicto?
- No tengo números exactos. Más allá de nuestras bajas, la represión se cobró muchísimas vidas de gente que no tenía nada que ver con nosotros. La historia hará ese cálculo. Aceptaremos el juicio de la historia.
- Después del gran golpe, ¿no hubiera sido más conveniente abrir una negociación?
- Era imposible. Usted lo sabe tan bien como yo. No teníamos nada que ofrecer en ese momento. El Gobierno negoció con nosotros sólo porque, en gran medida gracias a usted, le pudimos entregar a Gabriel.
- No cree que, si se hubiera intentado negociar antes, se hubieran salvado vidas.
- Como le dije, tal negociación era imposible en ese momento. De todas formas, permítame aclarar algo: acá no se obligó a nadie a participar de nuestra Organización. Quien se sumó, lo hizo en función de sus propias convicciones. Y

sumarse implicaba la eventualidad de dar la vida, como implicaba también aceptar las decisiones de la Conducción. Lamento todas y cada una de esas muertes de personas tan valiosas, algunas de ellas queridísimos amigos, pero tengo la conciencia en paz.

- ¿Valió la pena?
- Señor Alassia, si no hubiéramos hecho nada, nada habría cambiado. No logramos la revolución, pero impedimos un golpe de Estado en marcha.
- ¿El fin justifica los medios?
- No cualquier fin justifica cualquier medio, pero hay fines que justifican cualquier medio. En cada caso, hay que analizar las circunstancias.
- ¿Las circunstancias prevalecen sobre los valores?
- Este tipo de preguntas abstractas no llevan a ningún lado, señor Alassia. Si usted quiere tomar una posición principista y decir que el fin no justifica los medios y que los valores están siempre por sobre las circunstancias, lo felicito, porque entonces usted se convertirá en un campeón moral, recibirá aprobación, y será complaciente con el poder. La moral es ideal y abstracta; si quiere modificar la realidad, entonces tiene que bajar a pelear en el barro de la historia.

Juan queda pensativo. El Comandante Siete le está dando un valioso material para sus memorias, que ha decidido que seguirá escribiendo, aunque no las pueda publicar.

- No sé si hace falta aclarar, quizás sí y por eso lo hago, que esto que digo no quiere decir que todo dé lo mismo y que la moral sea irrelevante. No es así. Nosotros iniciamos una guerra, es verdad, pero siempre tuvimos una moral: tratamos de minimizar nuestra violencia, de ajustarla para alcanzar nuestros objetivos derramando la menor cantidad de sangre posible, no torturamos a nadie, si tomamos

algún prisionero, lo respetamos y lo liberamos apenas nos fue posible, no matamos personas que no estuvieran directamente involucradas en el conflicto…

- ¿Pauline? – interrumpe Juan.
- De acuerdo, eso es imperdonable. Pero usted sabe que no fue nuestra intención.
- ¿Y los chicos y chicas del servicio de seguridad social?
- Es lo que el sistema nos ponía enfrente, y después de todo, estaban armados. Pero nunca atentamos contra lugares públicos buscando masacrar inocentes, nunca buscamos generar el terror en la gente común, si capturamos dinero o armas de nuestro enemigo fue para fortalecer nuestra organización, y le puedo asegurar que acá nadie se quedó con ningún vuelto. Nadie hizo esto buscando un rédito personal. Señor Alassia, impedimos un golpe que hubiera acabado con todos nosotros. Actuamos en defensa propia.
- Usted habla de golpe de Estado, pero Gabriel iba a llegar al gobierno por elecciones limpias.
- Puede que hubiera tenido cierta legitimidad de origen. Eso soslayando en el análisis la manipulación de la prensa, la corrupción de los servicios de inteligencia, en fin, de todas formas, le concedo la legitimidad de origen. Pero exterminarnos a nosotros y crear esclavos le quitaba toda legitimidad de ejercicio. Disculpe el ejemplo mentado hasta el cansancio: Hitler llegó al poder por elecciones. Después asesinó a todos sus rivales políticos, ¿qué legitimidad democrática le quedaba?
- ¿No tiene la impresión de haber vivido la historia como farsa?
- Marx. El dieciocho Brumario. La historia ocurre dos veces, la primera como tragedia, la segunda como farsa. Sí, Alassia, en cierta forma, nuestra organización y

nuestras formas de lucha resultaron involuntariamente un remedo farsesco de las luchas de siglos anteriores. ¿Por qué adoptamos esas formas? Es sencillo, porque no había otras. ¿De dónde más íbamos a nutrirnos? Uno de los efectos más terribles que logró o pretendió la hegemonía de cincuenta años de gobierno Alfa fue abolir la historia. Toda la historia de la humanidad quedaba subsumida en una vaga prehistoria de seres humanos animalescos. La historia comenzaba cuando se fundó el Gobierno mundial. Y en la historia pasaba… nada. No clases, no conflicto, en fin, un mundo silencioso y artificial, aparentemente armónico, dormido en sus laureles, estancado. Hasta que vinimos nosotros y de una patada metimos la historia de nuevo en cuestión. Todo este mundo de cincuenta años en suspenso no podía durar para siempre. La historia estaba a punto de desencadenarse, lo hacíamos nosotros o lo hacía Gabriel.

- ¿Cómo cree que la historia lo va a juzgar?
- No sé cómo quedaremos en la historia, esa es una batalla que recién comienza y que vamos a disputar con el mismo ardor con el que hicimos la guerra.

Volvía a Buenos Aires con la sensación de haber estado exiliado durante décadas, y apenas había estado lejos poco más de un año. Su casa ya no era su casa; la Justicia había accedido a darlo por muerto unos meses antes de la amnistía, y su hijo Bruno la había vendido. Se hospedó en un hotel en el antiguo centro, con sus calles angostas, que volvían a lucir sus varias veces centenarios adoquines, una vez removidas las capas geológicas de malas ideas urbanísticas. Salió a dar una vuelta para tomarle el pulso a la ciudad de toda la vida. La sentía extraña. Era un pálido reflejo de la que había sido cuando Juan era un muchacho y estaba llena de gente, de cines y teatros, de miseria y esplendor. Sin embargo, seguía

teniendo su melancólico encanto, quizás ahora acentuado por los años y el vacío de gente, que se había marchado a lugares más prometedores. Caminó por Corrientes y se sentó a comer un par de porciones de pizza. La pizzería conservaba un aire antiguo y acogedor, lo que era parte esencial de la experiencia que ofrecía a sus clientes. El mozo lo reconoció como antiguo cliente y le preguntó por Hobsbawm. Juan le contó que el compañero había fallecido y que él se había mudado de ciudad. Luego cambió de tema. Le preguntó al mozo si estaba consciente de que en esa pizzería hacían la mejor pizza del mundo. El mozo, orgulloso, le respondió que sí, que venían turistas de todos lados. Que eran la mejor pizza del mundo, contra lo que decían los de la pizzería de la vereda de enfrente. La pizza en Italia es una mierda, agregó Juan, la pasta la hacen bien, pero la pizza da lástima. Y en Nueva York ni le digo, los yanquis no entienden nada, respondió el mozo. Ambos rieron, habían sostenido la misma exacta conversación a lo largo de muchos años. Qué lindo es volver a casa.

Caminó por el desangelado pasillo interminable de paredes descascaradas que parecía de otro siglo, y era de otro siglo. Un olor ácido suspendido en el aire, una luz blanca, fría. Pasaba de un guardia a otro, jóvenes cumpliendo su año de servicio social, que lo revisaban sin interés, burocráticamente. Le temblaban las rodillas. Estaba tan ansioso, tan nervioso. Puso su ojo en el identificador, el izquierdo, el de Juan Alassia, y lo hicieron pasar. Sólo tenía veinte minutos, ni uno más. Cuando entró al pabellón y vio a Marcia, creyó que se desmayaba.

Se miraban, cristal de por medio, casi sin creer que estuvieran juntos una vez más. Tanto Juan como Marcia rompieron en llanto. Juan apoyó la palma de su mano sobre el cristal, y Marcia apoyó la suya también, y quedaron así, mirándose, sin palabras. Finalmente, Marcia le señaló el dispositivo para comunicarse.

- No puedo creer que estés acá.
- Acá estoy, Marcia.
- Todavía no puedo creer que hayas entendido mi mensaje, no tenía ninguna esperanza. Fue un acto desesperado, como lanzar un mensaje al mar en una botella. Fue lo único que se me ocurrió. Y vos lo recogiste. Es increíble.
- Todavía no puedo creer que, en semejante momento, pensaras en mí.
- ¿En quién más podía confiar?

Marcia está delgadísima. Se la ve debilitada. Sus ojos oscuros, ahora enrojecidos, llaman la atención aún más de lo habitual. El pelo negro le ha vuelto a crecer, salvaje.

- Ay, Juan, gracias, gracias, gracias. No sé qué otra cosa decir.
- Gracias a vos, Marcia. Mi vida no valía nada hasta que lanzaste tu mensaje en una botella. Estaba perdido.

Hay otro silencio. Ambos parecen incrédulos aún de estar otra vez juntos.

- ¿Josby? – pregunta Marcia, y en su expresión se adivina que intuye la respuesta.
- Josby falleció al día siguiente de…

Marcia cierra los ojos, con mucho dolor.

- Me lo imaginaba, cuánto lo siento.
- Al menos murió bien, sin dolor, acompañado.
- Qué bueno que pudiste estar. Visto a la distancia, tomaste la decisión correcta. Hubiera sido cruel e injusto que lo abandonaras. Y si hubieras seguido en la Orga, por ahí ahora estabas muerto, o preso de por vida en el pabellón de al lado.
- No creas que no sentí culpa.
- Al menos no sos culpable de haberte dejado engañar por un traidor, yo sí.

Marcia hace un silencio, como si necesitara tomar aire antes de empezar a poner en palabras lo que siente.

- Cuando caímos, de inmediato me di cuenta de que Treinta y cuatro nos había entregado. Qué pedazo de hijo de puta. Pero yo estaba medio enamorada, medio deslumbrada por él. Qué boluda.

Juan no responde. No le gusta nada confirmar lo que él ya había intuido, pero por otra parte siente que el tiempo puso las cosas en su lugar.

- Cuando me enteré de que lo habían ejecutado, llegué a pensar si acaso eso había pasado porque vos habías entendido mi mensaje. Pero me dije, no, imposible, Juan debe estar plantando zanahorias en la isla – sonríe Marcia- pero cuando escuché la propuesta de paz y el llamado al desarme me dije "esto es lo que Juan decía, palabra por palabra". Y no sé por qué, pero estaba convencida de que vos tenías que ver con todo eso, lo sabía.
- Es una larga historia que empezó cuando logramos descifrar tu mensaje.
- En el momento en que caí, pensaba "Juan me lo había dicho, o estábamos infiltrados o nuestra conducción estaba desquiciada". Vos habías visto lo que era evidente, lo que los demás no queríamos ver. Así que en el instante en que la cámara me tomó, y mientras solo quería morirme lo más rápido posible, te hablé a vos. ¿A quién más?

Juan se siente halagado. Marcia lo mira como si lo amara y lo admirara, sensación que él no recuerda haber sentido tan intensamente jamás.

- ¿Es verdad que hablaste con la presidenta?
- Sí. Dos veces. Cara a cara.
- Guau. Quiero que me cuentes todo.

- Ya tendremos tiempo. Y no sólo eso. También hablé con Gabriel.
- ¡No te puedo creer!
- Sí. No quiero alardear, pero tengo línea directa con ambos – ríe Juan- Y también con el “comandante Siete”.
- Increíble.
- Nunca lo hubiera hecho sin vos. Y sin algunas pequeñas ayudas de algunos amigos. Ya te voy a contar de mis amigues, también. Gente muy rara.
- ¿Qué pasa con tu ojo? Tenés un ojo distinto.
- Es otra larga historia. Ya habrá tiempo.
- Es raro, pero es lindo.
- Hacé de cuenta de que no te diste cuenta. Con tiempo, ya también te voy a contar sobre eso. Pero no lo menciones.
- Estás muy intrigante.
- Puede ser, pero no porque me guste. Es estrictamente necesario.

Luego de algún silencio, Juan retoma.

- Estamos organizando el Partido.
- Supongo que ya serás el jefe.
- No Marcia, apenas un militante, no tengo madera de jefe. Soy más bien un asesor fantasma, eso sí, como te dije, con teléfono rojo. Y somos un pequeño partido.
- Por algo se empieza.
- Sabés que afilié a la primera Alfa a nuestro Partido. Juanita, una amiga que espero que pronto conozcas.

- Sos un genio, deberían preguntarte todo a vos. Que no tomen ninguna decisión sin consultarte. Guialos para que no hagan más boludeces.

Juan se ríe, casi incómodo con tanta alabanza.

- Marcia, querida. Apenas nos quedan diez minutos de entrevista. Quiero que sepas que, si vos estás de acuerdo, voy a venir todas las semanas a verte, ¿sí?
- Gracias, pero sólo si ese es tu deseo; nunca lo tomes como una obligación.
- Y estamos peleando para la amnistía general para todos los condenados por delitos de orden político. No va a ser fácil. No va a ser rápido.
- Ahora que estás conmigo, creo que voy a poder esperar.
- Otra cosa, y esto es importante: si en algún momento te permiten hablar públicamente, no cuentes que me mandaste un mensaje en una botella. Si vos le das la punta del ovillo a la prensa, cuando la desenreden el que va preso soy yo.

Marcia asiente. Juan está muy feliz de estar con Marcia, pero le apena verla presa, tan indefensa, tan entregada a todo, incluso a su amor. Lo único que tiene en el mundo son veinte minutos conmigo, una vez por semana, hasta que le mejoren las condiciones de detención. Y quizá nunca salga de esta celda. No le puedo decir eso. Nunca.

- Juan, ¿en qué pensás? – interrumpe Marcia el soliloquio de Juan.
- No, nada.
- Juan, ¿y si no salgo nunca? Yo no quisiera que te quedaras atado a mí. Te merecés algo mucho mejor. No quiero sentir que te estoy reteniendo u obligándote a padecer mi condena eternamente.

- Es puro azar que vos estés presa y yo esté libre. Es una demostración de que la justicia divina no existe, y la justicia humana tampoco. Vos sos una persona noble. Yo, no tanto. Yo debería estar preso y vos libre.

Marcia no puede evitar volver a lagrimear, y entonces todos los diques emocionales que Juan había sabiamente levantado se rompen:

- Marcia, querida, voy a remover cielo y tierra para lograr tu liberación. No sé si lo voy a conseguir, pero por qué no, mirá todas las cosas que hemos hecho juntos, y quién hubiera dado un centavo por nosotros. De todas formas, pronto van a cambiar las condiciones de tu detención. Y vamos a poder pasar la noche juntos una vez por semana, si vos también querés.
- No te voy a culpar si encontrás otra novia. Es más, si yo no salgo pronto, te vas a tener que buscar otra novia. Casi que te lo ordeno, Suboficial. Pero prometeme que cuando la encuentres, vas a seguir siendo mi amigo.
- Marcia, mi corazón siempre va a estar con vos. Siempre.

Dijo Juan, mientras volvía a apoyar la palma de su mano sobre el cristal que los separaba.

- Te quiero, Juan.

Dijo Marcia, mientras apoyaba la palma de su mano sobre la mano de él.

- Algo más. Necesito pedirte un pequeño favor.
- Lo que quieras.
- Escondí en una cuenta anónima los recuerdos digitalizados de Abril.
- Me habías dicho que los habías borrado.
- No pude. Debí haberlo hecho, pero no pude. Una trampita… -dice Marcia y sonríe.
- Hiciste bien, muy bien.

- Te quería pedir si podés entrar a la cuenta y, cuando vuelvas, me traés alguna foto de ella.

Tengo que ir a verlo a papá, llamarlo… se despertó otra vez inmerso en la culpa de su sueño recurrente, hasta que terminó de despabilarse y recordó, una vez más, que su padre llevaba muerto más de cincuenta años. Aunque jamás pensaba en él estando despierto, cada seis meses o un año su inconsciente le recordaba que la sensación de culpa no prescribía jamás. Si bien era medio siglo tarde para arreglar cuentas con su padre, tal vez no era del todo tarde para saldar otra cuenta pendiente.

Se preparó un té de hierbas, valeriana y tilo. Algo para sedarse un poco, acompañado por una pastilla que le habían dado en el CRAMPE, adonde seguía concurriendo cada vez que podía, sosteniendo la ficción de la existencia de Adrián Márquez. Se sentó frente a su pantalla. Era una batalla que no podía ganar, pero que debía dar de todos modos. Llamó. La imagen de Bruno apareció en pantalla, su expresión era de asombro.

- Sos vos… estás vivo. Increíble.
- Cómo estás, Bruno
- ¿Dónde estás?, ¿dónde estuviste todo este tiempo?
- Estoy en Mar del Plata. Estuve en muchas partes, sería largo de contar.
- ¿Linda la playa? Me hubieras mandado una foto con los lobos marinos – dice Bruno con sarcasmo - ¿Y para qué llamás?
- Para saludarte…
- ¡Para saludarme! – estalló Bruno con una expresión entre indignada e irónica – te borrás durante un año y ahora pasás a saludar. Vos no tenés vergüenza.

- La vergüenza es una de las muchas cosas que dejé por el camino.
- Mentira, nunca la tuviste.
- Cómo estás vos, Bruno.

Bruno se queda mirando a Juan, haciendo un gesto de negación con la cabeza. Es una negación llena de resentimiento.

- Me jodiste la vida. Me la jodiste bien jodida. Nunca estuviste. Mi madre me contaba que tenía que intimarte por abogados para que depositaras lo que correspondía por manutención. Un ser miserable, decía ella. Y tenía razón. Un borracho irresponsable. Y un día, cuarenta años después, aparecés pidiendo perdón. Y yo te perdono. Y te trato como si fueras mi padre. Nunca te sentí mi padre. Y vos nunca me sentiste tu hijo. Pero bueno, adelante. Confío en vos para que me ayudes a ser padre. Para que yo pueda ser un mejor padre del que fuiste vos. Eso de alguna manera te redimía. Pero no, no pudiste con tu genio, y también la cagaste. Otra vez te borraste. La única forma en que podía calificar para ser padre era que vos me cedieras tu cese. Ahora ya nunca podrá ser.
- Bruno, yo no quise que las cosas resultaran así.
- Mirá, voy a cortar la comunicación y quiero que nunca más en tu puta y miserable vida vuelvas a intentar comunicarte conmigo. No sos mi padre.

Y Bruno cortó. Juan quedó apesadumbrado. Se sentía abochornado. Todo lo que Bruno había dicho era verdad.

Podemos tratar de ser mejores, y podemos mejorar. Podemos echarle la culpa de nuestros delitos, faltas, pecados, infracciones, errores, deslices, incumplimientos, omisiones, yerros, fallos, tropiezos, etcéteras, a las circunstancias, y afirmar que éstas pesan más que los principios y valores. Todo eso puede ser cierto, o no. Lo que sin dudas es cierto es que a la

culpa la podemos ignorar, pero ahí está, siempre, agazapada en nuestros peores sueños. Por más que lo lamentemos, a veces el daño que causamos es real e irreparable, y lo sabemos, más allá de las mejores intenciones que hoy podamos tener. Adiós Bruno, ojalá te vaya bien, te veré en mis pesadillas.

- ¿Y esta belleza cómo se llama? – pregunta Juana, poniéndose en cuclillas para acariciar al cachorrito de orejas grandes, ojos saltones, cuerpo blanco veteado de marrón, cola corta y patas que parecen más largas que lo que cabría esperar para ese cuerpito tan pequeño y flaquito.
- Braudel. Se llama Braudel. Brody para les amigues – responde Juan, mientras le calza una correa de paseo.
- ¿Y de dónde salió?
- Me lo encontré entre las rocas. Se debe haber caído desde varios metros de altura. No podía moverse. Tenía las dos patas traseras quebradas. Tenés que ver la mirada de resignación del pobre animalito. Se ve que se despeñó, y la mamá debe haber tratado de sacarlo de ahí. Como no lo consiguió, no le quedó más remedio que seguir adelante con el resto de la cría, dejándolo abandonado a su suerte.
- Mirá si serás novelero. Lo más probable es que algún hijo de puta lo haya lanzado al mar, un NIG, seguro –dice Juana, chicaneando.

Juana había pasado a buscar a Juan por la puerta de casa. Juan bajó con el cachorrito en brazos, y ahora avanzaban los tres por la costa, hacia el sur, a la altura del Cabo Corrientes, en una tarde amable de sol tenue y sin viento, plena primavera.

- Juana, te quería preguntar, ¿no querés adoptar a Braudel? Yo le puse ese nombre, el de un historiador al que admiro, pero vos lo podés rebautizar como quieras, porque todavía es muy chiquito y no se va a desconcertar por eso.
- ¿No estás encariñado con él?
- Sí. Pero todavía estoy en esa ventana de días en que aún me puedo desprender, sí sé que es para bien. Dentro de una semana ya no me lo sacás ni con un arma.
- Me parece que él está muy contento con vos.
- Sí, creo que sí. Lo vi ahí a este pobre, con esos ojitos de todo está perdido. Lo levanté como pude, con los dos brazos, y empecé a trepar por las rocas haciendo equilibrio, sin poder agarrarme, en cualquier momento terminábamos los dos en el fondo del acantilado, con las piernas rotas, hasta que la marea subiera y nos ahogara.

Juana se ríe.

- No te digo, qué novelero que sos.
- Logré subirlo y empecé a buscar alguna veterinaria cercana. Lo llevé caminando, cargándolo como podía. En fin, encontré un veterinario que le acomodó las patas y se las soldó. Bueno, no exactamente, viste eso para que cicatricen rápido los huesos.
- Ya sé de qué hablas, yo tengo todos los huesos así, soldados.
- La cuestión es que, unos días más tarde, el Brody ya estaba contento, hinchapelotas como todo cachorro, comiéndome las patas de los muebles y saltándome encima las veinticuatro horas. Y yo pensé, Juana, que en una de esas te venía bien adoptarlo. Mirá, en un momento difícil, adoptar a Hobsbawm me salvó la vida. Cuando estaba en lo peor, me dio un motivo para levantarme a la mañana, para salir a la calle, a

pasearlo. Y cuando te encariñás, si realmente sos una persona empática, y yo creo que, a pesar de ser una Alfa de mierda, lo sos, te juro que vas a tener un compañero y amigo para toda la vida.

- Agradezco que pienses en mí, NIG decadente y sentimentaloide. Tampoco estoy tan mal que no me levanto de la cama o salgo a la calle, che. Trabajo más que nunca y aquí estoy, te vine a visitar.
- Me alegro mucho de que hayas venido.
- Tal vez en algún momento quiera adoptar un perro, o un gato. Pero con semejante historia que me contaste, ese no puede ser Brody; Brody y vos ya están unidos para siempre.

Juan lo considera durante un breve momento.

- Sí, creo que sí, tenés razón. Lo siento por ti, Brody.

Pasando Playa Chica, a la altura de la bella Plaza San Martín, que es una especie de enorme balcón verde volcado hacia el mar, las rocas de la costa son escarpadas.

- O sea que lo que querías era que adoptara un perrito.
- No, eso apareció después. Apareció mientras investigaba el verdadero motivo por el que quería que vinieras. Ahí está – señala Juan hacia lo que desde esta distancia parece una mancha blanca, aunque de contorno regular, sobre una roca.

Acercándose unos pasos se ve que se trata de una pequeña placa en mármol, adherida a la roca, y dice “Eliana, Siempre te llevaremos en nuestro corazón – 10-08-66 / 28-01-05”.

- Vení Juana, acerquémonos.

Juana no parece entender bien qué se propone Juan. Juan alecciona a Brody:

- Usted no, viejo, usted se queda acá, y si nos caemos, empieza a ladrar pidiendo ayuda, ¿entendió?

Pero cuando Juan y Juana pasan del otro lado de la breve cerca de piedra que separa la vereda de las rocas del acantilado, el perrito empieza a gimotear y se sube peligrosamente a la cerca. Juan se da cuenta de que no va a poder dejarlo solo.

- Este es el problema de adoptar un perro. Mañana mismo empiezo a buscar un entrenador que me enseñe a educarlo.

Juan toma al perro en brazos y empiezan a acercarse al mármol.

- Juan, explicame.
- El mármol es una de las rocas más duras, resiste bien la erosión. Los cementerios están llenos de lápidas de mármol, ¿fuiste a un cementerio alguna vez?
- Sí, en el Instituto te llevan como visita obligatoria. Nunca entendí ese ritual de coleccionar muertos. Enterrarlos, vaya y pase. Pero eso de los nichos… también nos llevaron a la biblioteca, que era más o menos lo mismo: una colección de objetos obsoletos y en descomposición a los que todo el mundo les rehúye.
- Mi impresión es que este mármol es muy antiguo, las fechas corresponden al año sesenta y seis del siglo veinte, el cero cinco al siglo veintiuno. Apenas treinta y nueve años vivió Eliana, pobre. Fijate la fecha de la muerte, mes de enero, plena temporada de verano. Por donde está puesta la placa, sospecho que se suicidó precisamente acá. Y sus parientes o amigues no tuvieron mejor idea que recordarla en el lugar de su instante final.
- Es macabro, Juan.

- Sí, acuerdo. Podrían haberla recordado en algún lugar que remitiera a sus días felices, que seguramente los debe haber habido, sobre todo si era tan querida como para que le pusieran esta placa, pero bueno…
- No entiendo bien estos rituales NIG.
- Los Alfa también tienen estos rituales. Ya no se entierra a los muertos ni se los guarda en nichos, pero qué otra cosa es toda la ceremonia de los ceses masivos o incluso las ceremonias privadas de los ceses individuales.
- Es verdad.
- Te digo más, los humanos no podemos vivir sin rituales – dice Juan, depositando al perro sobre la roca, exhausto de cargarlo haciendo equilibrio.

Juana ha desviado la vista del mármol, y su mirada recorre las rocas. Juan continúa:

- Escribimos nuestros nombres en el mármol o en la piedra, esperando que aquellos a quienes quisimos se acuerden de nosotros cuando ya no estemos, o a veces otros escriben nuestro nombre, cuando ya no estamos, para no olvidarnos.
- Es verdad, necesitamos recordar incluso lo que nos duele.

Juana se incorpora, algo le ha llamado la atención y camina hacia allí. Se trata de una inscripción grabada en la roca. Se la señala a Juan, quien vuelve a cargar a Brody y baja un par de metros entre las rocas. La inscripción dice “Tina y Quito 1959”.

- ¿No es fabuloso? –exclama Juana.
- Guau, esa no la había visto.
- ¡1959! Es conmovedor.
- Me los imagino. Jovencitos, una tarde de verano, el amor nuevo. Seguramente juntaron las pocas monedas que ganaban en sus sórdidos trabajos, ahorraron todo un

año para pasar una semana en un hotel de mala muerte. Se vinieron en esos trenes que tardaban como doce horas desde Buenos Aires. Todo por conocer el mar y escribir estas pocas letras, celebrándose mutuamente.

- ¡Qué novelero sos, Narizota!

Los dedos de Juana acarician el relieve de la escritura, un surco de apenas unos pocos milímetros de espesor, y menos aún de profundidad, suficiente sin embargo para desafiar a los siglos. Hay un instante de silencio, durante el cual Juan deposita sobre la roca a Brody y toma del bolsillo de su abrigo un pequeño estuche.

- Sabés Juan, esto me gusta más. Porque el homenaje de los parientes a Eliana, pobre, huele a muerte y dolor. En cambio, Tina y Quito, en algún momento de mil novecientos cincuenta y nueve, decidieron inmortalizar un momento de felicidad.
- Es verdad.
- Quizá yo, si quisiera hacerle un homenaje a Pola, lo haría de este modo.

Juan da dos pasos en dirección a Juana y le alcanza el estuche. Juana, intrigada, lo abre. Adentro hay un martillito y un cincel. Juana se ríe.

- Te lo tenías todo planeado.
- Sabía que la idea te iba a gustar. Vos la mejoraste.
- ¿Qué vamos a poner?
- Juana y Pola, ¿te parece?
- Mejor Pola y Juana. Y la fecha de hoy.
- Claro.
- Bueno, Juana, a trabajar que se viene la noche.

…

A un año vista de la caída en desgracia de Gabriel y el ascenso al Gobierno de la presidenta Martínez, un proceso caótico está en ciernes y habrá que ver cómo resulta. Una sociedad que había mantenido un férreo equilibrio durante varias décadas, ante la encrucijada de que ese equilibrio ya no se podía sostener –resultado de la acumulación de tensiones sociales, económicas y políticas muy complejas de analizar-, tuvo que elegir entre dos tendencias.

Es verdad que, de no haber mediado un cisne negro, hubiera elegido lo contrario de lo que efectivamente eligió, pero eso es historia contra fáctica, mera especulación.

Si tuviera que resumir las opciones que estaban en disputa, apelaría como siempre a la alegoría. La encrucijada era la siguiente: El barco se hunde. Y la decisión que hay que tomar es si en los botes, insuficientes, subimos primero a los niños, a los ancianos, a los que tienen enfermedades o dificultades motrices, a las mujeres embarazadas, o si es un sálvese quien pueda y los más fuertes se suben a los botes dejando atrás a los más débiles, tirándolos por la borda en la corrida. Bien, la sociedad ha optado por lo primero. Algunos dirán que es la solución más ineficiente. Otros diremos que es la solución más humana.

En un año, los ceses han disminuido a la cuarta parte. Esto viene a probar lo que siempre habíamos dicho: el sistema era compulsivo, la libre elección era una ficción, mera propaganda. Una vez que los hijos ya no se aseguraban la paternidad enviando a sus propios padres a la tumba, cesó de inmediato la guerra de hijos contra padres y las diferencias entre Alfa y NIG empezaron a ser vistas como sobrevaloradas.

Hoy todo vuelve a estar en discusión, el antiguo equilibrio inestable se ha roto y pasará mucho tiempo hasta llegar a un nuevo punto de equilibrio.

Todavía no termino de sorprenderme de que el sector de halcones que planteaba "apropiémonos de todo el producto social y volvamos a la esclavitud" haya sido

derrotado. Sería temerario afirmar que su derrota es definitiva. Pero ahí está su líder mesiánico en la cárcel.

Esa cesura al interior del sector dominante fue lo que permitió que una esmirriada organización político militar de NIG, que en otras circunstancias podría haber sido anulada sin un solo disparo, terminara conmoviendo la política hasta ser parte desencadenante del actual proceso.

Esto no invalida el razonamiento de Gabriel y ya se verifica que también las autorizaciones de nacimientos se han reducido a una cuarta parte del año anterior. Esto motivará tarde o temprano más envejecimiento de la pirámide poblacional y problemas para seguir pagando los Créditos de retiro, y es de esperar una baja en la productividad, aún por debajo de lo que se esperaba decrecer, ahora quizá de manera alarmante. Se están evaluando distintas soluciones al respecto. Ninguna puede dejar a todos conformes, y por esa hendija de descontento es que Gabriel espera que lo saquen en andas de la cárcel.

Habrá que hacer docencia, explicar de cara a los pueblos porqué hay que hacer algunos sacrificios, y repartirlos de la manera más justa posible. Pero las parejas que ya no podrán calificar nunca para ser padres se verán afectados, como los Créditos de retiro más altos que necesariamente deberán ser recortados, como los jóvenes que deberán extender seis meses o hasta un año más su aporte de trabajo social, y como muchos otros sectores que serán perjudicados. Y habrá quienes pregonen "todo para salvar a los inútiles NIG" o "por qué coartan mi derecho a explotar al prójimo". Así que nosotros debemos estar movilizados, mostrar que somos una fuerza política en cada rincón del mundo, dispuesta a salir a la calle, a pelear y a acordar cuando sea, de la manera más inteligente posible. Tenemos que dar la batalla en la conciencia de los pueblos, desnudar las falsedades a que induce el "sentido común", combatir la ideología del egoísmo. Ya no podemos pasarnos

cuarenta años vegetando en los CRAMPE, ahora los CRAMPE tienen que ser centros de discusión y concientización, lugares apropiados por nuestro trabajo.

Dije hace un par de párrafos que el mundo, en la hora de la encrucijada, había decidido por la opción más humana. Y lo afirmo porque después de mucho pensarlo, he llegado a la conclusión de que todas las criaturas actúan dentro del plan que la naturaleza les ha trazado, y viven, y se reproducen, y mueren de manera incesante. Pero los humanos hacemos cosas que no están dentro del imperativo de la naturaleza. Y las hacemos porque la muerte y la nada son ideas que nos repugnan, que no podemos concebir. Escribimos poemas, historias, componemos música, enseñamos a las nuevas generaciones, persistimos en comprender la ciencia para entender el cosmos, el mundo, los fenómenos de la vida y la inteligencia, y escribimos nuestros nombres y los nombres del amor en la piedra para desafiar a la muerte. Seremos derrotados, lo sabemos, pero lo hacemos desde el paleolítico y lo seguiremos haciendo. Es bello y tiene algo de heroico, y esa es una de las más poéticas acepciones que se me ocurren acerca de qué cosa es el ser humano.

Nunca olvidamos a quienes hemos amado, los mantenemos vivos en nuestra memoria. Sostenemos una moral que nos dice que no podemos abandonar a los débiles o a los que sufren, en medio de un universo implacable, y aunque el resultado de nuestra existencia sea destructivo para el planeta, somos sensibles a la belleza y necesitamos dar y recibir amor.

Si la vida me da tiempo, seguiré ahondando en estos temas. Y hasta es posible que me empeñe de una vez por todas en leer a los filósofos.

Y en eso estoy hoy. A mis ciento ocho años, trabajando para los días que vendrán. Me siento entusiasmado ante un proceso social y político contradictorio, con avances y retrocesos, siempre en disputa, y del que me siento modestamente parte. Es una lucha

irrenunciable donde lo que está en juego es nada menos que la supervivencia de la especie humana, y de aquellas cosas que nos hacen humanos.

Tal vez seamos para la destrucción, o tal vez sólo seamos un experimento fallido de la evolución, o acaso una mera fase efímera hacia la construcción de una inteligencia artificial superior. Pero lo único cierto es que aquí estamos, y seguiremos desafiando a la muerte de manera quijotesca, aunque más no sea tallando en la roca con martillo y cincel.

...

Un año más tarde, el partido de Martínez se impuso en elecciones legislativas por amplio margen. Al día siguiente mandó al Parlamento un proyecto de ley de amnistía, que se aprobó con más consenso entre los diputados que entre la población.

Marcia recuperó así su libertad, se mudó con Juan a Mar del Plata, y otros dos años más tarde fue elegida para el Consejo legislativo de la Ciudad, en lo que de alguna manera fue el primer modesto triunfo del Frente por la Igualdad y la Convivencia Alfa NIG, dentro de un frente más amplio que en última instancia referenciaba a nivel mundial con el partido de Gobierno.

Sería maravilloso decir que Marcia y Juan fueron felices juntos para siempre, como en los cuentos infantiles, pero en la vida real eso no es posible. Tuvieron días más felices, días menos felices, días anodinos, pero los compartieron amable y cariñosamente.

A los pocos meses de la liberación de Marcia, emprendieron un viaje a la isla de Anadna. Encontraron una isla pujante, dentro de su estilo poco pretencioso. Muchas cosas habían cambiado: la Comunidad Libertad seguía existiendo, pero sus miembros ya no eran evadidos del sistema, sino que habían recuperado su Crédito social y con eso sus posibilidades de acceder a una cobertura de salud igual a la de cualquier ciudadano, en el Centro médico que seguía en pie, notablemente mejorado. Ahora podían ir y venir al

Continente sin temores. La mayoría había decidido quedarse en el pueblo, y hasta había algunos comuneros nuevos. El Crédito había empezado a mejorar el aspecto de las casas, que sin embargo no tenían arreglo posible como no fuera tirándolas abajo y volviéndolas a levantar; por lo menos les habían dado una mano de pintura a la mayoría de ellas. Y el aspecto de los pobladores también había mejorado notablemente: nuevas y relucientes dentaduras paseándose por las dos cuadritas del centro, las calvicies habían desaparecido, y todo el mundo caminaba un poco más erguido gracias a la ciencia biomédica. También los bungalow de la playa habían sido vueltos a levantar, casi idénticos a los que Marcia y Juan habían conocido, y allí se hospedaron durante los días de plácida estadía en la isla.

Fue muy emocionante el reencuentro con Ruth y Oscar, se veían muy felices juntos. También hubo tiempo para comer otra suculenta ensalada de órganos de animales destripados con abundante vino tinto en el restaurante de siempre, adonde ahora las caras eran mucho más amistosas, y hasta se dieron el lujo de que el viejo y querido Domínguez se sentara a la mesa, y charlaran y rieran dejando atrás las viejas rencillas.

También hubo largos paseos por la playa, aunque el clima no ayudaba para hacer el amor bajo la luna y las estrellas, como la primera vez.

A Juan no le sorprendió en absoluto que la calle principal del pueblo ahora se llamara “José Ruli”, ni que el centro médico llevara el nombre de “Dra. Claudia Jiménez”, la médica que lo había atendido y le había salvado la vida al llegar a la isla, y que luego había muerto en el ataque criminal de las fuerzas de seguridad.

Allí había todo un tema que empezar a desmadejar, pero que era muy difícil de abordar: por más infiltrados y manipulados que estuvieran los Servicios de inteligencia y las Fuerzas de Seguridad, la responsabilidad del Partido Naranja y sus más importantes dirigentes en la violación de los derechos humanos durante el conflicto era insoslayable, y a la vez seguían

siendo Gobierno. ¿Cómo ser aliados de gente que había perpetrado, o por lo menos consentido o, aunque más no fuera, tolerado semejantes atrocidades? Era una contradicción que a Juan no lo dejaba en paz. En la isla, el reclamo iba in crescendo y Juan tomó nota y sumó su apoyo a las campañas de esclarecimiento y pedido de justicia. Las autoridades habían admitido los rituales de poner carteles y recordar a los caídos, pero de ahí a impulsar investigaciones había una gran distancia, y los Jueces de la Corte Suprema con los cuales la presidenta jamás hablaba, se mostraban más bien confusos o directamente sordos cuando se les reclamaba. Se pretendía que toda la responsabilidad recayera sobre los autores materiales y sobre Gabriel, sin avanzar sobre otros responsables políticos. Sería una larga lucha. Perseverancia y paciencia, le dijo Ruth a Juan.

Para Marcia también el viaje a la isla fue muy movilizador. Ella sentía una gran tensión de principios porque formaba parte de la Conducción del Frente, que tampoco tenía mucho interés por investigar nada, y donde había una aquiescencia culposa respecto a la amnesia general que proponía el gobierno, puesto que la Orga, sin llegar a ser el Estado violador de los derechos humanos, también tenía sus muertos en el placar. Además, el silencio y el olvido habían sido condiciones implícitas de la ley de amnistía que les había devuelto la libertad a muchos, entre ellos a Marcia. Marcia había aceptado esta política, pero una vez en la isla cambió de opinión. Hacer borrón y cuenta nueva era imposible, inhumano para las víctimas y sus parientes y amigos, y además era muy perjudicial para el futuro, ¿qué Estado mundial se podía construir sobre una base tan endeble? No se podía avalar la impunidad.

Marcia nunca estaría en paz con sus muertos, sabía Juan, como él tampoco estaba libre de culpa.

Una cuenta que sí podía Juan saldar, y que de hecho había sido el principal motivo para volver a Anadna, era poner una lápida en la tumba del querido perro Hobsbawm. La había

mandado a hacer de mármol negro, y después de mucho pensar qué palabras grabar, decidió que no se trataba de ser ingenioso ni original, así que la lápida decía: Mi vida fue mejor gracias a tu compañía. Estuviste siempre, en todos los momentos, cuando nadie más estaba. Te guardo por siempre en el corazón, querido amigo perro.

Una tarde de lluvia de invierno, sobre la costa, casi llegando a Playa Grande, unos turistas escucharon el aullar desesperado de Braudel. Al acercase descubrieron a un hombre muerto, caído boca abajo.

Juan murió mientras sacaba a pasear a su perrito. En algún momento empezó a sentirse mal y quiso llegar hasta un banco que estaba a veinte metros para sentarse a descansar. De pronto, para su maravillado asombro, supo que se moría. Quizá alcanzó a levantar la vista y darle un último saludo al mar, antes de caer sobre sus rodillas. Tal vez en ese último instante de vida tuvo una revelación y supo que no era más que un personaje de ficción, dotado de un pasado garabateado en unas pocas páginas apuradas, o quizá alcanzó a saber que su materialidad era ilusoria y él sólo era un experimento, un juego en la mente de seres desconocidos, o tal vez alcanzó a ver cómo el soplo de la vida se separaba de él y se alejaba, o quizá entendió que él era el soplo de vida y que lo que dejaba atrás no era más que un cuerpo agotado, para transformarse en otra sustancia inconcebible, que nuestra imaginación limitada suele llamar espíritu, o tal vez sólo se apagó como la llama de un fósforo.

La autopsia dio un vago “fallo de órganos múltiple simultáneo”, que tal vez se podría haber evitado si alguien hubiera pasado por allí unos minutos antes, o si se hubiera adelantado el trasplante de hígado programado para un mes más tarde. O quizá no, quizá estaba escrito en el libro secreto del demiurgo que en esa encrucijada de tiempo y lugar concluían sus luchas,

sus sueños, sus amores, sus fracasos, sus victorias, sus culpas, sus escritos, las músicas que siempre lo acompañaron.

Marcia publicó sus trabajos meses más tarde, siguiendo las instrucciones que Juan le había dado. En los escritos, Adrián Márquez figuraba con nombre falso, Juana y Esteban sólo con sus iniciales, para ponerlos a salvo de cualquier eventual problema legal. Los que sí estaban con pelos y señales eran los nombres de la presidenta Martínez y de Gabriel. Se publicó como “Silvestre Nadie - Escritos dispersos de un NIG que nunca quiso ser protagonista”, y causó enorme revuelo. Marcia y Juana, buenas amigas entre sí, pensaban que Juan hubiera estado contento.

A instancias de Juana, se reunieron al anochecer en Playa Varese. Estaban Marcia, Juana, Esteban, y muchos miembros del Partido, una veintena, que habían tomado gran respeto y cariño por Juan. Entre ellos estaba Ciento doce, ahora Adela Méndez, con quien Juan se había reencontrado poco tiempo antes. También vinieron Ruth, Oscar, Domínguez y Eugenia.
Arrojaron sus cenizas desde la escollera y luego dejaron ir el cofre de madera de nogal, hecho una llama, hacia el horizonte del mar, por el caminito de plata que pinta la luna.

Pocos meses antes de este desenlace, Marcia y Juan, en una mañana luminosa de primavera, se tomaron su buen tiempo para dejar su testimonio en la roca. Allí, no muy lejos de donde dice “Tina y Quito 1959” y “Pola y Juana”, se puede leer, desafiando a los vientos y a las mareas y a los siglos por venir “Marcia y Juan viven la fugaz eternidad del amor”.